This is a reproduction of a library book that was digitized by Google as part of an ongoing effort to preserve the information in books and make it universally accessible.

Google books

https://books.google.com

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Princeton University Library
32101 067489748

Digitized by Google

LIBRARY

OF

PRINCETON UNIVERSITY

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

EL ALBA

Y OTRAS COSAS

POR

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA

BIBLIOTECA

CALLEJA

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

BIBLIOTECA CALLEJA

PRIMERA SERIE

Digitized by Google

OBRAS DE RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

Entrando en fuego (agotada), 1904.—*Morbideces* (agotada), 1907.
El concepto de la nueva literatura.—La utopía.—Beatriz.—Cuento de Calleja.—El drama del palacio deshabitado, 1908 y 9.
Mis siete palabras.—El laberinto, 1910.—*La bailarina.—El libro mudo.—Las muertas.—Sur del Renacimiento escultórico español*, 1911.
Ex-votos.—El Teatro en soledad.—El lunático, 1912.
El ruso. En el «Libro Popular».—*Ruskin el apasionado*, estudio crítico publicado con la traducción de «Las piedras de Venecia». Editorial «Prometeo, Valencia.—*Tapices* (agotada), 1913 y 14.
El Rastro. Editorial «Prometeo», Valencia. 1,5o pesetas, 1915.
La viuda blanca y negra. Novela grande. «Bibl. Nueva». Librería Rivadeneyra, Avenida Conde Peñalver, 8 y 10.—*Pombo*. Librería Beltrán, Príncipe, 16. 4 pesetas. Numerosos grabados.—*Senos*, ilustraciones de Apa). Librería Beltrán, Príncipe, 16.—*Greguerías*. Editorial «Prometeo», Valencia.—*El circo*, 1916 y 17.
Muestrario. «Bibl. Nueva». íd. 3 pesetas.—*El Alba*. Editorial «Saturnino Calleja».—*Greguerías selectas*. Prólogo de Rafael Calleja. 2,5o pesetas. *In Memorian* sobre «Silverio Lanza» y *Sus páginas escogidas*. 3 pesetas. «Bibl. Nueva». íd.—*Exhumación de Oscar Wilde*, con interesantes grabados. «Bibl. Nueva». íd.—*Retrato del señor Conde Villiers de L'Isle Adam*. «Bibl. Nueva».—*Retrato del Gran Mariscal Barbey d'Aurevilly*. «Bibl. Nueva».—*Remy de Gourmont*. «Bibl. Nueva».—*Gerardo de Nerval*. «Bibl. Nueva».—*Edgard Poe*. «Bibl. Nueva». Con grabados.—*Los Goncourt*. «Bibl. Nueva».—*Paul Verlaine*. Blanco Fombona, editor. Con grabados. — *Carlos Baudelaire*. Con grabados. «Bibl. Nueva» 1918, 19 y 20.
El libro nuevo, 4 pesetas. Beltrán, Príncipe, 16.—*Virguerías*, 4 pesetas. Los pedidos, al autor, Velázquez, 4 (torreón).—*El cubismo y todos los ismos*. «Bibl. Nueva».—*Variaciones*. Ilustrado por el autor. Atenea, Ferraz, 21.—*El Prado*, numerosos grabados, 2,5o pesetas. Fernando Fe, Puerta del Sol, 15.—*Toda la Historia de la Puerta del Sol y otras muchas cosas*. Con numerosas ilustraciones. 1 peseta. Fernando Fe.—*Teatro*. Dos tomos, a 3,5o pesetas cada uno. Editorial América. Sociedad General de Librería. Ferraz, 21.—*El Doctor inverosímil*. Novela grande. Atenea, S. E.—*Disparates*. Calpe. Colección de humoristas.—*Pombo*, segundo tomo, con numerosos grabados. Beltrán, Príncipe; 16. 10 pesetas.—*Los muertos y las muertas*. Atenea.— *El Circo*, edición corregida y aumentada, portada de Bagaría e ilustraciones de Apa. Calpe.—*El Gran Hotel*. Novela grande. Editorial América.—*El conde de Lautréamont*. «Bibl. Nueva».—*Mallarmé*. «Bibl. Nueva».—*La tormenta*. Fombona, editor, Ferraz, 21.—*El asco al mar*. En «La Novela Corta».—*Leopoldo y Teresa*. En «La Novela Corta».—*La Gangosa*. En «La Novela Corta».—*El olor de las mimosas*. En «La Novela Corta».—*Góngora*. Atenea.—*Ramonismo*. Ilustrado por el autor. Calpe. Colección humoristas.—*El Novelista*. Novela grande. Atenea.—*El Chalet de las Rosas*. Novela grande. — *El Incongruente*. Novela grande. Calpe.—*El Secreto del Acueducto*, Novela grande. «Bibl. Nueva».—*Cinelandia*. Novela grande. Atenea.—*La Quinta de Palmyra*. Novela grande. Atenea. *La Saturada*. «La Novela Corta».—*Colette Villy*, con interesantes fotografías. «Bibl. Nueva».—*Apollinaire*, con grabados. «Bibl. Nueva».—*La malicia de las acacias*. En «La Novela Corta».—*La Roja*. En «La Novela de Hoy».—*El mestizo*. En «Novela Semanal».—*Vida, pasión y muerte de un humorista*. Novela grande. Calpe.

TRADUCCIONES

Echantillons. (Trad. Valery Larbaud y Matilde Pomes en «Les Cahiers verts».)—*Seins*. (Un tomo con ilustraciones en «Les Cahiers d'aujourd'hui», que edita Crés.)—*La veuve blanche et noire*. (Trad. de Jean Cassou, en la casa Kra.)

Digitized by Google

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

EL ALBA
Y OTRAS COSAS

MCMXXIII

EDITORIAL SATURNINO CALLEJA S.A

CASA FUNDADA EL AÑO 1876

MADRID

Digitized by Google

PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS
PARA TODOS LOS PAÍSES
COPYRIGHT 1923 BY
RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

Tipografía Moderna, Mallorca, 4.—Madrid.

Digitized by Google

P R Ó L O G O

He sido un espía del alba.

Es este el libro que más está hecho con la muerte en mí; la muerte clara, enjuta, lista, sarcástica, inconveniente, mundana, fluída, muy tratable y muy animosa.

Mucho he tardado en destilar este libro.

En su preparación destruí numerosas cuartillas que escribí en las albas de París durante un invierno helado, envuelto en dos gabanes, dos chalecos y dos mantas, esperando el momento del alba con el rostro agrietado, los ojos llenos de chiribitas, la lengua quemada por las últimas pipas.

Parece que la Providencia, como quien busca unos papeles comprometedores, y hasta compra al ladrón que los ha de robar, me hizo equivocarme y romper aquellas cuartillas, que me confieso impotente para reproducir ya nunca.

Algo debí yo decir en aquellas cuartillas gélidas que la Providencia no quería que de ningún modo se dijese, y me aplicó su censura implacable.

Aquella fué la visión del alba en una adolescencia

(RECAP)
Digitized by Google

medio completamente tonta, medio completamente lista, cuyo tono claro de rendijas que daban a la idiotez pura, ya no podría rehacer.

Por fin, de todos modos doy este libro tan anunciado a través de los años, y que es, de mis libros, el que más depuré con las alquitaras, los filtros, los alambiques.

Digitized by Google

PRIMERA PARTE

EL ALBA

Asomándose a la noche de vez en cuando, a sabiendas de que se camina hacia el alba, se ven las estaciones por que pasa el cielo, por que pasa la noche.

Hay una estación que es Miranda de Ebro. (En el cielo de Francia y de Italia también habrá su Miranda de Ebro, o sea una estación de la noche más clara que las otras, una estación que podrá ser en Francia Toulouse, y en Italia, Pisa por ejemplo—yo qué sé.)

El trac-trac del reloj en la noche es como el son monótono, constante, isócrono, del tren sutil, del tren que se mueve, del tren que marcha.

Sale por el Hipódromo como del mar, y desde allí comienza a barrer como una barredera mecánica toda la ciudad.

Una vibración como de cristal... Sobre el puente de la tierra vibra el tren del alba.

Y comenzamos a oír el grillo de la cabeza... Esto es lo peor.

Digitized by Google

Este es el otro crepúsculo. No hay que olvidarlo. Hay que meditar en lo que tiene de dramático eso de *crepúsculo*, lo que tiene de término, de final, aun cuando lo de matutino— crepúsculo matutino—le dé la nota optimista y renaciente de la natividad.

Los pisos altos son los que comienzan a ver el alba... Se vuelven ojos y se llenan de una luz del otro mundo, mientras los balcones de abajo se vuelven bocas y bostezan como con el bostezo final.

Por el oído sentimos la transición del alba.

—¡Ahora!... ¡ya!—nos decimos impacientes y trémulos. (Un coche ha pasado y ha sonado la calle a vacío, con esa vaciedad *sui géneris* del alba.)

Primero parece que otra luna más potente y más sabia sale por el otro lado.

De pronto, ya a una hora muy avanzada, los ojos hundidos en la letra, sucede algo extraño, como si la luna se hubiese fundido de golpe, como si un fenómeno extraño y fin de mundo hubiese pasado... Esta uno sobrexcitado... Ha sido el farolero que ha apagado el farol de enfrente. El alba está cerca.

En el alba, siempre—alguna vez materialmente—aparecen nevadas las balaustradas y las cornisas de la casa de enfrente.

¡Qué vacías y qué hondamente blancas se ponen

Digitized by Google

las cuartillas en cuanto sienten el alba! Se ponen pálidas de terror porque viene la que desmiente su mentira, la mentira de que están llenas aun estando blancas.

Se oye la artillería del alba.

Las codornices parecen ranas del alba y cantan durante sus instantes como si se multiplicasen, como si fuesen las numerosas ranas que croasen a su manera al alba.

No tiene color esta luz... Vemos sólo la foto del mundo.

El alba más antigua está en el alba más moderna. En Pompeya pensaba yo: «En el alba, Pompeya es la Pompeya de su tiempo», y aquí pienso que ésta es también el alba primitiva de Pompeya o de la desconocida capital de Atlántida.

El aire mojado del alba.

Si el suicida logra pasar el alba sin haber disparado sobre su sien, si la mira con audacia a los ojos de cráneo vacío, volverá a conseguir para sí los ojos que pueden seguir viendo y se sentirá resignado a vivir, háyale pasado lo que le haya pasado, entrando con seguridad en esta vida indiferente, ni fu ni fa, que absuelve el alba.

Digitized by Google

El alba nos arroja un vitriolo que nos inutiliza y... después nos rehace.

La casa tiene la mirada de la otra casa que mira realmente al mar... Ésta mira realmente al mar del alba, ese mar que después se reparte y se va a los mares, separándose así todas las mañanas los mares como en el primer día de la creación y haciéndose también la luz como en aquel primer día en que Dios dió al gran conmutador.

Las aceras parecen licuarse, parecen moverse, parece que sus canalillos de piedra corren hacia el gran depósito del alba para volver después y formar las mismas veredas ciudadanas que mueren en la gran plaza que es como el lago central de la Gran Ciudad. (Son duras y líquidas. ¡Qué contradicción! Ninguna. Este es uno de los contrastes feroces del alba, que aunque parecen contradecirse ante los hombres de aviso fácil, no se contradicen.)

El alba nos sacramenta con su sacramento.

Los grandes fundadores fué en el alba cuando solieron fraguar y erigir sus fundaciones.

Cristóbal Colón vió que existía América en el alba.

Las esferas de los relojes se quedan ciegas y descifradas con la atrofia gris del alba... El alba no se

Digitized by Google

compadece con los relojes, siempre de minutos chicos y aparentes.

El alba de invierno es de un cristal más duro y más translúcido, un cristal tan duro, que sobre él hace palanca la fuerza de la nueva creación.

Los árboles de invierno tienen sobre el alba una gran negrura y un gran retorcimiento; sobre todo, los de los grandes bulevares de la ciudad.

Las fábricas de luz eléctrica son las únicas que tienen bastante tenacidad para pasar el alba sin pausa... La electricidad, que en el fondo es tan consubstancial con el alba, tiene ese privilegio y parece que ayuda a trabajar en su creación al alba que se vale de ella y de sus cables para infundir las nuevas corrientes.

Calles de Moscú son en todos lados las genuinas calles del alba... Calles de color frío... Caminos de la muerte y del no ver.

En el alba del reflorecimiento es cuando se fraguan las hojitas pequeñas e iniciales.

El alba despoja al mundo de ladrones.

Lo apaga todo de ese modo súbito con que el farolero del fondo de la calle apaga sus faroles.

Digitized by Google

El alba cuida los lirios.

Por el alba, a lo lejos, pasan diligencias cuyos cristales ponen una cara de llanto atroz... Son diligencias que van dando tumbos como sobre los baches y los relejes de las olas.

Los muertos pueden ponerse al teléfono durante el alba; pero hay que ser muy discretos en la comunición, hay que no pedirla, hay que aprovechar un descuido de la central y ponerse al habla desde luego.

El alba tiene en su punto álgido una cosa de cataclismo geológico.

Las ventanitas altas la imploran... Son las que la ven más cerca... Lloran como recién salidas del útero materno.

Todos son escombros.

Un mar, un poco como el mar del Norte, es el del alba.

La noche queda rezagada en la fábrica del trabajador intelectual... Pero hasta allí entra el alba y la decomisa.

En el alba estamos sin mujer, como si se nos hubie-

Digitized by Google

se muerto o se nos hubiese ido... Qué juego más macabro si nos empeñamos en que no sea esto verdad y jugamos con su espectro.

Las catedrales en el alba son como fósiles del pasado, que el alba desdeña y deja enhiestas.

Las iglesias en el alba son como iglesias de pueblo, cándidas y estupefactivas. (No es éste el final del mundo que nosotras esperábamos—se dicen).

Los espejos se traslucen como la luna, se metamorfosean y pierden su acerbo azogue como la luna en la madrugada.

Hay una campanita que se atreve a tocar en el alba y demuestra lo en el vacío que suena, y lo martillito impertinente y mezquino que es.

Los pueblos bajo el alba parecen emigrados a América. En todos los sueños de todos, quizá todos realmente, se sienten en América.

El burro en el alba ya no es el que dice: «yo no sé nada de nada» y se ve su ignorancia. No. El burro en el minuto del alba lo sabe todo, ve que todo da igual y queda lo bastante desengañado para resistir su tarea. El burro gris, sobre todo, se impresiona mejor que nadie de la gris sabiduría del alba.

Digitized by Google

Todas nuestras substancias, nuestras esencias y nuestras quintaesencias se han mezclado a este minuto, todas se han revuelto con él... Nos hemos quedado sin nada, exangües, siendo apenas la mirada que ve... Ni el corazón está en su sitio, ni el alma; todo, *si vuelve*, es que, amasado de nuevo, nos es devuelto en una nueva cochura.

El alba es un filo, y pasa de refilón y muy difícilmente se la enfila. ¡Cuántos días no he podido enhebrar ni una palabra ni una nueva mirada por el ojo de su aguja delgadísima!

El alba es la hora de agudo oído.

En el alba precisa, los trenes no suenan, sino que se suceden; se van y vuelven de un modo vertiginoso, ayudando a la obra de reconstrucción mágica que se opera con el alba.

El alba sobre los lagos se les queda mirando y nada más. No hay nada más estático que ese momento.

El delito de haber espiado tantas albas nos lo hará pagar la Providencia. Por de pronto, ya tenemos, de tanto mirar el alba, algo así como unas viruelas locas o una erisipela de veracidad.

La miserable dormía en sus brazos a un niño de cabeza gorda y piernas flacas, extendido como un niño

Digitized by Google

muerto de los que van en caja blanca con galones de plata. Ese niño que vi en el alba tenía unas greñas como canosas, como blancas.

Relucen las cuartillas con una destemplanza feroz.

Hay un momento en que, como al final de ciertos viajes a la costa, nos decimos: «Después de ese monte, ya está el mar, ya está la playa y el olor denso».

Las calles de árboles, los viales, se quedan más obscuros que en la noche profunda... Si nos coge ese minuto en plena calle, debemos ir por en medio para ir más tranquilos, pues así vemos a los lados y preveeremos el golpe que nos quieran asestar.

El principio del alba casi todos los días es de día de lluvia... Solo después del alba se ve que nos había engañado el fenómeno.

Toda torre puntiaguda irrita al alba y destaca después la construcción humana atrozmente, exasperadamente.

Como las inundaciones del Nilo, lo borra todo, y de su íntima geometría sale después todo amillarado según el antiguo amillaramiento.

Sentimos en las articulaciones el paso del alba. Nos las separa. No es broma que somos descompuestos,

Digitized by Google

deshuesados por el alba para volver a ser compuestos.

Sobre todo a esa hora de la madrugada no hagáis ningún movimiento brusco, porque podréis morir facilísimamente.

El haber estado vigilantes hasta este momento del alba es como haber hecho un largo viaje, y por eso no podemos ponernos en el violento disparadero de tener que reaccionar; hasta podremos quedarnos ciegos como aquel marino que, después de la larga travesía, se dió un baño antes de descansar.

Tiene millones de campanillas el alba. Primero se oye la fragua que las fabrica, en toda su rigidez, y después, según el alba se depura y avanza, todas las campanillas recién fraguadas suenan.

En el buen tiempo, el silbido de la primera golondrina despierta el alba; es la señal, es como el «continental» o «botones» que llama a quien hay que llamar. Del gallo, tan descompuesto y tan incongruente que a veces da el primer toque del alba a media noche, ya desconfía la naturaleza.

Limpiad los dientes al caballo; que si no, se nos caerá el alma si abre la boca en los bostezos del alba, bajo su luz clari-vi-den-te.

En el alba la ciudad es el plano obscuro de una ciudad por construir, es un proyecto de ciudad sin ningún precedente... Por eso resulta inverosímil y cruel,

Digitized by Google

para los que conocen bien lo que significa el paso de un alba por la vida, que los jueces se basen en el precedente.

En el alba van creciendo de nuevo las chimeneas. Sobre todo las de fábrica, cuando el alba está ya declarada, parece que se desperezan en lo alto.

Lo que más alto se destaca en el alba son las chimeneas de las fábricas. Son sus altas columnas, sus sostenes, sus pies maestros.

Las poblaciones de grandes y numerosas chimeneas son las que sostienen más el alba.

Ni las catedrales tienen ese valor en el alba ni se destacan de la misma manera.

Las chimeneas se destacan más como cosas esbeltas, de alta facha, de crecido continente.

Depósito lleno de agua de mar es la misma ciudad de la altiplanicie, seca, lejana al mar, cuando el alba se acerca... Inundan los mares del alba la ciudad para que cante la palinodia, para que sienta el escalofrío del diluvio universal de cada día.

Siempre parece que amanecemos después de un velatorio... La luz de la lámpara queda al amanecer convertida en la luz de un cirio, y el cadáver somos nosotros, que nos tendemos en el diván esperando la resurrección de la carne y del día.

Aunque tengamos cerrado el balcón, el alba llega a nosotros. Es el alba fuera, es el alba dentro, en nues-

Digitized by Google

tra plazoleta interior, entre las piedras antiguas de nuestra alma.

Resultan dos claridades con un obstáculo incomprensible en medio. No sólo allí fuera hace claror. La acera de enfrente está allí, y la acera de este lado está en el fondo de nuestra alma.

¡Cómo entran las aguas del alba por las galerías de cristales, por los invernaderos, por las «serres»!

Se podrían instrumentar con el alba una serie de diálogos como éste:

—Debo de estar como una muerta.

—¡Como que estamos asomados al infinito, con la cabeza fuera del mundo!..

—Mira, todas mis joyas están desaboridas en el alba, con los ojos como en blanco...

—Para que ellas, que son tan permanentes de color, se pongan así, ¡qué instante de final del mundo tiene que ser el alba!

—Vamonos a un pueblo en que no haya alba...

—En todos la hay... Bien se ve que notas que es sólo el alba la que corroe la belleza.

Los perros, algunos perros, ladran al alba...

«¡Que viene! ¡Que va! ¡Que ya está aquí!» Sólo les da tiempo a lanzar esos tres ladridos del alba.

Ese rostro morado que pone el alba.

Todo lo hiere esta luz. Hiere la luz del alba como ninguna otra.

Digitized by Google

No hay optimismo, ni fe, ni esperanza en el Paisaje... La Nada, la idea de la novela máxima, es lo que abunda.

No hay verdadero gusto de reaparecer en la tierra. Se ve que no se puede implantar nada... Que el alba todo lo deshace y gasta un sarcasmo destructor con todo... La literatura está anonadada bajo el cielo anonadador del alba.

Al pueblecito lejano —a ese pueblecito— se ve que le molesta reaparecer... Tiene un color feo de pueblo bajo el nublado más desconsolador.

Resulta todo hueco mirado con esa mirada de cráneo mondo y rebañado que se nos pone en el alba.

Los sembrados no están crecidos de la noche anterior ni crecerán a la tarde; crecen en el alba, y no en el primer momento esterilizador y arrasado del alba, sino en el segundo, cuando ya va a dar entrada al tren de la mañana.

Las flores, los insectos, todo lo que ha de tener una vida muy efímera, está contento... A lo que ha de tener una vida larga le pesa el alba atrozmente.

La tierra tiene un agrio, un escepticismo, un tono blasfemo durante el alba que desconcierta... Al ver que no podremos edificar sobre ella nada verdadero,

Digitized by Google

dan ganas de no edificar nada... ¡Si no fuese porque tenemos buen humor!..

El alba en los campos nos hace morder el polvo, nos hace tragar tierra, nos atraca de su papilla, queramos o no. Así como en la ciudad hay defensas, la sana plenitud del lucio campo no nos deja levantarnos de esta sensación.

No vale la pena. No podemos inventar ninguna exaltación, ni la del color ni la de las palabras. Todo lo destiñe el alba.

Mundo extinto, completamente extinto, el del alba; todo sin porqué, todo informe, nada con fisonomía; todo tendido, arrasado, tumbado, intimidado, medido por un rasero común; mejor dicho, arrasado según un rasero común.

Al alba, donde más ancha y áridamente se la ve es en los campos de Castilla... Allí tiene una cosa terrible de Miércoles de Ceniza que espolvorea los campos y los anega con una plaga cenicienta.

Ni la obscuridad de abajo ni la niebla de arriba es el alba... Es el espectro claro... Es como si dentro de un nublado, en vez de estar todo como está, no hubiese nada.

Lo que es para seguir siendo así, invariablemente, bien podían no haberme llamado... Hay en todo un

Digitized by Google

gran cansancio de ver lo que se ve... Sin embargo, el alba se dedica a esta labor ingrata y dura de la nueva creación con verdadero ahinco; todos sus tramoyistas locos de prisa.

En los campos sobre todo, nada quiere recomenzar, nada quiere despertarse tan pronto. Todo cierra los ojos con fuerza un momento. Todo era prehistoria de nuevo, todo estaba muerto y frío, y en seguida una ola de vida lo despierta y rompe en los riñones formidablemente.

La ventana del infinito se abre en la madrugada, que huele a los reservorios, a las montañas, a los espacios del infinito, lleno de materias bravas, de elementos nuevos y limpios y puros. ¡Qué aire más puro! ¡Este aire tan puro y tan fuerte es el que mata con su pureza y su entereza a los moribundos, que se mueren por eso en el alba!

El alba de los sábados es feroz. Parece que amanece llena de víctimas como un campo de batalla. Víctimas civiles y tumefactas. Gracias que la mañanita del domingo, que es lo único bueno y alegre de los chabacanos domingos, es un gran reconstituyente y resurrecciona todos los cadáveres del alba del sábado.

En el alba del sábado pasan hombres silbando o con unos churros colgados del junquillo verde. Aunque saben que dando unos cuantos pasitos más entrarán en el domingo, sienten la duda mordaz del alba, su falta de elementos de cálculo, el que todo en ella se queda colgado, incierto, trémulo, entre cuatro vacíos.

Digitized by Google

En el alba parece que llegamos a la ciudad como a una estación... Primero la miramos sorprendidos desde el fondo de nuestro vagón, diciéndonos con premura: «Ya hemos llegado»... Después, si bajamos, vagabundeamos por la ciudad del alba como por aquella ciudad hasta que se levantaron los amigos y supusimos que podíamos entrar en las casas dormidas... (¡Qué claramente quedó descubierto todo aquel día!) Otras veces no nos detenemos, y el tren sigue raudo sonando mucho en la gran oquedad de que se llena el alba... En el corral de la aldea lejana canta el gallo con ese canto lastimero y desentonado como un aullido que se le pone en el alba, en el minuto increado del alba... (Después ya canta bien, como si se hubiera tomado una clara de huevo.)

En el alma se inutilizan, se mezclan a la gran bola de pasta de papel, las facturas... ¡Qué situación más despejada!

Las casas amarillas y descortezadas aparecen en el alba más al descubierto que nunca, extrañas, como si fuesen recién nacidos hijos escrofulosos del alba.

Todos nos mezclamos al alba como los microbios a una gota de agua... La creación en el alba es como una gota de agua vista al microscopio.

El estúpido cazador no ve el alba, y la deshonra por haber parido un hijo así de cegato.

El pobre trabajador lleva los ojos del alma dormi-

Digitized by Google

dos; por un milagro da con seguridad los tres pasos decisivos sobre el abismo... El va al trabajo; él trabajará desde dentro de unos minutos; pero a su alma y a sus ojos no los despertará hasta media mañana.

No se puede hablar ni de amor en el alba. Queda flojo el amor y asustado. Le guillotinan los espejos del alba.

Parece que mañana todos se van a negar unos a otros.

En el alba se raciocina la amnistía de todos los presos.

Es cauce un momento sin llenar, y a poco lleno de agua nueva que no concibe el rencor de cosas, de costumbres y de leyes que después se demuestran atrabiliarias y absurdas.

El hondo y largo mar del alba lechosa, removido y en la hora de la crecida trae sus olas hacia uno, hacia el arenoso trecho de playa en que estamos... Tanto puede, tanto avanza este mar, que en el alba no podemos tener quietud, y todos inquietos, nos guardamos de ese mar, como si nos hiciese guarecernos, cada vez más, dentro de una embestida irresistible... Por eso, en el alba, como queriéndonos salvar de ese mar frío, que nos envuelve con su resaca, que nos tira hacia fuera, nos metemos en el lecho.

Digitized by Google

Por los hilos del telégrafo del alba se comunican y pasan todos los telegramas de muerte: «Falleció...» «Acaba de fallecer...» «Murió papá...»

También hay un automóvil del alba, marca «alba», un automóvil blanco, que pasa desbocado por la madrugada, tentado por todas las esquinas. De raudamente que vuelve las esquinas, parece que la tierra le ayuda y ha comenzado a voltijear medio loca.

He visto el momento en que nacemos, y la ciudad tal y como está cuando se aparece.

Es ese momento en que no se sabe si será gris o azul el día.

Suena el hierro en el alba como a ninguna hora. Las llantas de hierro que tenían los coches antes sonaban sobre las piedras como aros tracamundanos. Esos componedores de los postes y los rieles de los tranvías dan con sus golpes un tono de hierro que va bien al alba, como al agua el hierro de los clavos que se derriten en los botijos.

Los árboles se mueven en el alba con meditativo cabeceo.

En el alba todo anda un poco a la deriva.

Saca las manchas de los trajes, las denuncia como

Digitized by Google

la greda; pero de algún modo eficaz obra sobre ellas, porque después, entrado el día, no están ya, o por lo menos no hay tantas.

Esos trabajadores que pasan en la madrugada llevan direcciones lejanas... Van a trabajar a las pirámides...

No se debe uno mirar durante el alba en ningún espejo. Si se hace eso nos dará la viruela de los espejos, que es peor que la viruela negra.

El azul de los letreros de las calles se pone fuerte, vivo e irritado bajo el azul desvaído y acerado del alba, toma aspecto de congestionada cicatriz.

El alba riega del polvo de los siglos las calles.

Las golondrinas se precipitan sobre el alba. Salen demasiado pronto a jugar. Sus jardines están vacíos. El fresco es clarividenciador. Vuelan más altas que nunca, despabiladas, recién despiertas, alegres. Pían como en lo infinito.

El alba se inicia con un color irisado de aspecto solar. El cielo se profundiza como en una noche de luna blanda. Figura el violeta entre el azul. Parece que el iris va a nacer de este azul claro y nervioso. Sólo cuando se define el lívido blancor del alba, la mueca del cielo es terrible.

Digitized by Google

Al aparecer en la madrugada en el jardín con estanques, todos sienten el deseo de tirarse al agua, de desayunarse con suicidio.

El agua en el alba es el agua pura llena de una conciencia profunda, subterránea, de fondo frío de montaña, muy bicarbonatada. Es el aguafuerte que destaca y muerde la plancha de cobre en la que hicimos a ciegas dibujos sin nombre.

Color de población después del exterminio, después de una lluvia de cenizas precedidas por un eclipse; luz de mundo muerto, luz de una tormenta inverosímil, luz asesinadora...

Honda evidencia blanquecina.

En el alba todo hombre pierde su identificación... Se es en el alba cadáver sin identificar.

Los Bancos están en quiebra durante el alba... Las cajas de caudales están vacías... Es el momento en que no existe tipo de cambio.

En el alba queda una sola estrella que es dios de ella.

En el alba parece la ciudad esa ciudad de la que todos se han despedido. Ese coche de ferrocarriles que va a la estación por los primeros viajeros parece que

Digitized by Google

trae a la ciudad sus primeros moradores entre los deslavazados sones de sus cascabeles.

Ese canto nutrido de los pardales invisibles en los árboles de la madrugada llena al árbol de racimos de cerezas musicales, nutridas, incontables... No se desprenden aún del árbol los pardales en el alba; parece que están todos apretados unos con otros, balbucientes, como naciendo a la vida, como saliendo de los huevos de los nidos.

En el alba parece que toda la ciudad se ha incendiado y solo quedan las fachadas sin nada dentro.

El porvenir que se fantasea se rompe cada día en el alba, se remata en el alba, de hoy para siempre y de nuevo de mañana para siempre, en distintos hoy y en distintos siempres.

Casi se puede volver una religión positiva la contemplación del alba. Puede ser un rito de uso universal, pues en él pueden coincidir los trasnochadores y los madrugadores, que son los seres más difíciles de poner de acuerdo.

La pantomima vive en el alba con más destacada fuerza que ninguna pantomima. Es la pantomima pura, el principio de la pantomima y del teatro, de todo teatro.

A los objetos se les busca en el alba el secreto como a objetos recién encontrados.

Digitized by Google

Sorprende la repetición del alba como una empresa excesiva, como la apertura diaria de un canal inmensamente superior al de Panamá, como una obra así, de unión de dos mares... ¡Un trabajo de minería y de ingeniería supone el alba todos los días, porque la noche ciega y niega la obra del alba!

Las rosas en el alba aparecen de un rosa recientísimo.

En el alba el gato se vuelve a acordar de que está encerrado.

En el alba se abren las compresas con que la ciudad industriosa contiene el caudal del agua del tiempo y todos los ríos se nivelan y pasa el barco del alba.

Suenan los carretones y un gran ruido de oídos, que quizás proviene de que numerosos despertadores suenan en este minuto.

Cuando nos levantemos a las tres de la tarde tendremos una sonrisa para el mundo reconstruído.

¡Lo averiada y deslucida que está la tela del cielo! Tiene un tornasol de tela antigua.

Se ve lo triste que es el cielo y cómo en él no hay más que una gran friolencia de vacío.

Digitized by Google

La fábrica de las casas queda como quedará de desprovista de sentido cuando sobre el mundo del que hayan emigrado los hombres queden aún las casas en pie.

Miran al alba más que los ojos de nuestro rostro, más que nuestros blandos ojos, los ojos vacíos de nuestra calavera.

Nos acordamos de cuando éramos peces en el mar total, en el maremágnum que lo llenaba todo, así como el alba lo llena ahora. Un sabor de aquel mar primero hay en el alba.

¿Qué le diremos a ella cuando lleguemos a su lado después de ver el alba? La tendremos que engañar.

En el cementerio hay un revuelo de camisas, de lo más depravado, de lo más sin sentido.

De los bancos públicos levanta el alba a los que están acostados y los empuja más allá... ¿Adónde?
—Saluden ustedes—les dice también autoritaria.

Las ojivas se destacan con una rotundidad vivaz. El alba es gótica.

La gran ciudad vuelve a ser el pueblecito de cien habitantes.

Digitized by Google

No se puede pasear en parejas por el alba. Dos en el alba descomponen el alba, la hacen estéril, la hacen teatral y objeto de observaciones sin sutileza, de tópicos espantosos, de una amistad entrañable, que es lo que menos admite el alba.

Un carro nos acompaña, y ni nos pasa ni se queda atrás. Es una compañía maldita que mata duramente al silencio.

¡Qué infortunio caer en un alba eterna!

En el alba siempre hay un airecillo que se nota en los remates de las hojas. Es el soplo primero.

Un momento nuestro propio corazón intenta pararse definitivamente, y nos hinchamos un poco, atacados por la uremia que provoca el alba. Por lo menos, el corazón se queda quieto, sin respirar, sin sentimientos, viendo llegar la hora en que desciende el agua, en que se rechupa de ver llegar la paloma con el ramo de olivo.

Es el colapso del que se vuelve. Solo algún enfermo de corazón débil se habrá muerto para siempre.

El médico del alba viene a vernos, nos mira y nos dice:

—¡Desahuciado!..

Lo bueno es que generalmente se equivoca cómo casi todos los médicos.

Digitized by Google

El que ha matado en la noche, pasea y vaga por última vez a través del alba.

Para el sentenciado a muerte, la hora indicada de ajusticiarle es el alba. Sólo el alba puede ver con tranquilidad ese espectáculo; durante ella, lo mismo da que un hombre más entre en su fosa común. ¡Si ha entrado en ella toda la humanidad!

La catedral del alba abre sus puertas y concita dentro de ella a todos los que están despiertos y en pie.

Pasan tras los panaderos los bolleros con sus grandes bandejas de madera como cajones de una ancha mesa, cajones sin fondo, que llevan cubiertos con un paño blanco. Llevan los pequeños bollos que apenas pesan y que son la comunión breve del ciudadano tabernario; el bollo de taberna es la simbólica forma para los anarquistas y blasfemos.

Los animales piensan ante este fenómeno excesivo del alba. Los caballos van con la cabeza baja. Como durante los eclipses, pueden volverse locos, y más con este parecido que tiene con la luz de los eclipses la luz del alba, medio de sol, medio de noche con la luna eclipsada por una nube clara.

El papel impreso se ha vuelto blanco, ha vuelto a ser papel en rama o papel embobinado.

El que silba en el alba es el perfecto silbante, el maldito silbante.

Digitized by Google

Igual puede ser ésta una población del Japón que de América. Durante el alba se recortan todas las poblaciones igual.

Así nos hemos sentido, por ejemplo, en esta ciudad, tan lejana a Chicago en sus amaneceres, en el propio Chicago viendo amanecer. Espera lo que ha de ser, el bautizo de cada día.

Sucederá en el alba el único final. La estrella del alba tiembla de incertidumbre por si irá a ser hoy el día señalado, el día en que no salga la tierra del alba.

Los árboles se destacan en negro sobre el alba. Son otra cosa, son árboles más profundos y encefálicos, árboles del limbo de los árboles, árboles submarinos de ramas compactas, de un ramaje sólido, de mechones negros que se destacan sobre el cielo lleno de una luz que todavía no comparte con nada.

Todas son casas recién construídas, que tienen en su remate cuando sale el primer solecillo de la mañana la bandera que quiere decir que el tejado ha sido acabado.

Y por fin los focos del día quedan encendidos.

En una última carreta tirada por diez bueyes viene el Banco de la Nación.

Queda escondido en los pajares del día el huevo del alba de mañana; pero el alba de hoy se ha ido a lo insondable. Sólo en los hondos pozos que recogen el cielo en su profunda superficie de agua queda algo de alba pura.

Ahora se podía dudar de ella y podremos creer

Digitized by Google

que es lo pasajero lo que flota sobre las cosas y no las toca ni las crea.

Sobre los tejados de cinc es una especie de nieve lo que pone el alba.

Siempre, todos los días, el alba es EL ALBA DE LOS SIGLOS.

La última estrella que se apaga es la del farol de los serenos. En el alba se les acaba el aceite. El sentido de la noche se ha apagado en sus faroles. Entran en el alba sin autoridad. Su chuzo es irrisorio.

En el alba, en el preciso instante, se rompieron los sellos del sepulcro y ascendió El... Fué el alba.

Esas fiestas que duran hasta el alba, en cuyo minuto todos se dan la mano apresuradamente y huyen, tienen una cosa de fiesta desesperada en la última hora del mundo... La comitiva, los grupos, se parecen a los que siguen un entierro, a los que viven un eclipse, a los que huyen de la ciudad arrasada. (TODAS LAS ALBAS PARECEN EL TERREMOTO DE MESINA.)

En el alba se siente la vergüenza del cargo que se tiene... Se ve a los compañeros consumidos... Se tiene la idea de las mesas de oficina ensangrentadas de tinta... Se ven las bombillas sin luz, fundidas... Es la hora en que los oficinistas están muertos, tiesos, exánimes, eliminados, secos, sin cargo ni som-

Digitized by Google

bra... ¡Consoladora idea de cómo todo está fallido; por lo menos, durante el alba de todos los días!

¡Oh el canguelo del alba! Canguelo de auténtico Juicio final con algo de falsa angina de pecho del mundo.

Los hombres pusilánimes son cogidos por la ratonera del alba como ratoncitos incautos. ¡Que no se descuiden, cuidado! ¡Que desaparezcan antes que la luz del alba aparezca, y así se habrán comido el queso de la noche, su pedacito de luna *Gruyere*, sin ser cogidos! Que lleguen a su casa a tiempo de cerrar las ventanas de fuera y las espesas ventanas de dentro.

Pasan los colilleros en la madrugada como perros madrugadores: la misma curva, la misma mirada, el mismo modo de soslayar la cabeza, el mismo olfatear, el mismo bajar la cerviz hasta el suelo, el mismo ladearse, retroceder, envolver el camino.

En el alba nó se anda por la calle, sino por el patio del alba, por la gran cuadra del alba.

En el alba nos sentimos copartícipes de ese trabajo que comienza. Nos sentimos afines con la actividad del gran todo. Por de pronto, ya que estamos vivos, podemos tener esa conciencia.

Hay el alba de la victoria. En todas las guerras se

Digitized by Google

habla del alba de la victoria. Los muertos, en las cartas a sus familias, hablan de ese alba de la victoria. Pero esa alba es lenta, tardía, pausada, y de pronto, en vez del alba de la victoria, es el alba de la derrota, o un alba que siempre, aun en el triunfo, tiene más de derrota que de victoria. El alba de la victoria, que tanto esperan los pueblos en masa, no existe. Que se asomen para verlo al alba diaria, y su «qué más da» y su «todo es lo mismo» les dejarán tranquilos.

En el alba resuenan de un modo atroz las alpargatas; los zapatos con tacón Luis XV de las pelanduscas que han sido soltadas en las Delegaciones suenan a zapatos vacíos, y las botas de los hombres producen ese chacoloteo de las herraduras desprendidas. (Por el eco de las botas claveteadas con tachuelas se podría saber cuántos clavos tienen, pues cada uno desprende su nota en este aire sutil.)

Nada nos mira... Se ve la gran inconsciencia de la creación.

¡Ah! Vamos; ya ha vuelto a surgir nuestro jardín... ¡Qué gran prestidigitadora es el alba! Otra vez han surgido las tapias, las acacias y las ventanas.

Los ladridos de los perros en el alba parecen gritos inarticulados de mujer.

La gran torada salvaje de la madrugada.

Digitized by Google

Acaba de aplastar a otro enfermo que se estaba muriendo.

—

¿Será niño o niña?—se preguntan una vez más las que están pariendo en el alba—. ¡Sólo el alba lo sabe! Depende de lo que haya pensado el alba.

—

En el alba se sufre porque todos parecen haber muerto... Todas las respiraciones se han callado... Sólo cuando ha pasado el gran colapso del alba se vuelve a oír respirar.

—

En el cielo—y esto se ve sobre todo cuando hay una luna clara—hay como una enorme sala de máquinas.

—

Las calles de la ciudad en el alba se vuelven calles de aldea, y las de aldea en el alba, calles de gran ciudad.

—

Pasan los caballos normandos de la madrugada.

—

Por el embudo del alba que comunica con lo espectral se van todos los espectros.

—

Hay un momento en que se reúnen el pasado, el presente y el porvenir en la torre del alba... Después se dispersan y se separan. Celebran quizás consejo de ministros.

—

Digitized by Google

Los monumentos emergen muy abajo y en vano.

En esa luz, en ese momento demasiado radiante, se lavan los ojos con un fuerte y admirable ácido bórico.

Se lee en los andamios momentáneos del alba un enorme cartel como el que los contratistas colocan en sus obras:

CONSTRUCCIONES METÁLICAS
Y DEFINITIVAS
EL ALBA
Patente núm. 1.

En el alba querríamos andar por arriba... Toda la expectación y el interés está en lo alto.

El alba es profana.

Y en medio de todo, la idea de lo que sucede es que se verifica la construcción de la ciudad por uno mismo.

En el alba, esos días en que de tanto trabajar trasudamos —que es otra cosa que sudar— aparece la Verónica que recoge con verdaderos trapos secantes nuestra faz y se la lleva a lo sucio.

Digitized by Google

Porque en la contemplación del alba nadie invierte toda su alma, resulta que quedan equivocaciones que cada nueva alba que pasa sobre ellas fija más.

El alba abrasa el estómago como el aguardiente fuerte o un *cazalla* terrible... Siento al tomarme su copita algo así como un tiro en el estómago vacío de solemnidad.

De los árboles del alba primaveral surge un olor a flores en un agua espesa de olor agrio.

Cómo se adelanta durante el alba. Su minuto, si tiene un anverso desintegrante y anonadador, tiene un reverso fertilísimo, avanzar mucho hasta las obras interminables durante ese minuto.

Esa estrella que brilla tanto en el alba es como el brillante de la sortija de la Providencia al que se saca el mejor destello, la más pura luz: la luz del alba.

Los pescadores salen con el alba porque el pescado acaba de ser creado. En el minuto antes de la nueva creación hubiesen salido vacías sus redes.

Nos deja en los huesos. Sobre todo, la friolenta alba del invierno comienza por dibujarnos con su frío los pies y las piernas hueso a hueso.

«La alta marea, la más alta marea del mundo suce-

Digitized by Google

de fuera», se dice uno, y nos asomamos a los cristales de los balcones como a esos cristales de los acuariums, del más grande acuarium.

Algo como una vegetación marina hay fuera. Una vegetación de pulpos verdes.

En el alba el mundo vuelve a ser la nebulosa primitiva... Por eso se siente un vértigo reblandecido, incomprensible, con pérdida del conocimiento..., y después se recobra todo.

El Gobernador viene en ese coche que suena en el alba—otro Gobernador que el civil o el militar—, el verdadero Gobernador de la ciudad.

El alba, como una riada espesa y crecida, trae como peces revueltos en ella algunos hombres que indudablemente no van a ningún lado de la ciudad, no se quedarán en ella, no viven ni están empleados aquí, sólo pasan arrastrados por el alba y se van al mar de las albas.

Las funerarias es en el alba cuando reciben más visitas y más recados telefónicos.

En las farmacias no hay que perder tiempo en el alba, hay que remover al farmacéutico, hay que hacerle que despache antes de que pase el alba; hasta con una pistola se debe vencer esa parsimonia del hombre dormido que cocina en el fondo de la rebotica.

Digitized by Google

El alba tiene un olor a esas retamas con las que se prenden los hornos de pan. Es que toda la hornada de la nueva creación deja escapar ese perfume.

La madrugada está fuera de la luz y de los intereses creados.

No sabemos en qué polo del pensamiento plantamos nuestra bandera en la exploración y excursión polar que es el alba para quien se mete de verdad en ella.

En el alba todas las calles parece que nos llevan rapidísimamente a casa como si fuésemos en raudas motocicletas. Las revueltas sobre todo las coge la motocicleta del alba, esa motocicleta que aparentemente nos conduce o quiere conducirnos, al rape, en vertiginosa curva.

En la madrugada se oye un tren que parece que va a entrar en la ciudad, que la va a atravesar por la mitad, sin necesidad de rieles, caminando sobre el adoquinado.

Los canarios y los ruiseñores que se escaparon de las jaulas son los primeros que cantan el bonito canto de la libertad en el alba.

Cómo la luz violeta descompone las facciones.

Digitized by Google

Sube la luz del alba como en el pabilo recién encendido la aureola de la llama, en arco, en un círculo blanco alrededor de un corazón azulino.

El artesonado negro de negras vigas se hunde y deja el cielo libre... Por espacio de dos o tres veces se mira hacia arriba para encontrar el artesonado obscuro, y se encuentra el cielo resplandeciente y acerado.

En trineos tirados por perros o por caballitos pequeños también se pasa por el alba; vemos gentes así, extrañas gentes, numerosas gentes.

Lo que no llega en el alba, en este alba, lo que iba a suceder en el mundo—el mundo sólo sabe lo que iba a ser—, no llegará ya quizás nunca o quizás dentro de no se sabe cuánto tiempo, porque las albas surgen a la suerte, al completo azar, y vaya usted a saber la de mañana cuántos siglos—o días—estará separada de la de hoy.

La gran grúa levanta la mañana, y la transporta del vapor al solar de la ciudad con la ciudad y todo. ¡Oh formidable grúa!

¡Ese agua; ese agua de la madrugada! Sentimos que no va por el conducto de siempre. Se tuerce, entra en el corazón; hace en él ¡glu! ¡glu! y lo deja tan frío como si hubieran depositado mercurio en él.

Digitized by Google

El alba del domingo es más alba, viste con casulla y capa pluvial distinta..., viene llena de gentes con trajes azulados... Las gentes la cruzan camino del campo... Salen tílburis y del tráfico comercial sólo el inevitable carro del pan.

Durante el alba del domingo no se abre el telón metálico de su teatro. (La tienda de enfrente no se abre hoy).

Por el alba pasan los automóviles llenos de cansancio, aunque haciendo el último y veloz esfuerzo para llegar. No frenan, ni temen tropezar con nadie, ni tocan la bocina en el alba... Parece que van desbocados y espantados como las bestias cuando las coge Aurora Boreal... Les pesa la trasera atrozmente, llevan un poco desprendidos los riñones, les duelen las piernas y arrastran una especie de rabo metálico que suena sobre las piedras de la calle.

El alba nos señala con un puntero el Mapamundi.

«¡Que en el fondo de la tierra estamos!»—es una de las frases que brotan casi constantemente con el alba, y junto a la que sólo hay otra que se repita tanto y que sólo puede lanzar el que marcha sobre el mar y tiene conciencia completa del alba: «¡Que en el fondo del mar estamos!»

El alba derrama esa agua lívida, sucia, de afiladura, con fuerte y agudo filo, que cae y vuelve a subir y vuelve a caer, cuando se afila el cuchillo, en el cangilón que hay bajo la rueda del afilador.

(¿Explicación?... Es que se afila el día, se despunta

Digitized by Google

el día en este momento solemne, batido, con ruptura de la bolsa de las aguas en medio del parto, cuando además llueve de verdad en el alba. Todos los días el alba está llena de una agua extraña, entrañable, progenitora; pero los días de lluvia ya resulta el alba escandalosa, irritante, más grave aún).

En el alba las bestias tienen esa clarividencia que sólo se ha supuesto que tenían junto al pesebre aquella mula y aquella vaca.

La campanada de la hora del alba la llama, pero no la atrae; es vana como ella sola. El alba viene porque quiere, y algún día se quedará la campana colgada porque no vendrá el alba. Ese día, todas las gentes, las muchedumbres, esas que estaban acostadas y que creían que no tenía influencia sobre ellas el alba, saldrán de sus casas despavoridas porque todo su ser, flojo, y sin carga nueva, por no haber venido el alba, se sentirá próximo a la extinción. Estarán las calles llenas y todos mirarán a los tejados como si viesen un incendio. Todos se darán cuenta de que ya sólo vivirán de lo que les quede en la despensa, y que sin nueva alba, el mundo se pondrá rugoso, seco, leñoso, en pocos días. Vivía—comprenderán entonces—porque era eliminado y creado todos los días en el minuto del alba.

Los coches que llevan a alguien en el alba, llevan a un cojo, cojo de las dos piernas, el hombre que ya no pudo seguir andando, y aunque no tiene mucho dinero se embarcó en la barca caballuda del coche, en la góndola destartalada del simón.

Ya no tenía fuerzas; se sintió como un borracho en el alba; sus ojeras parecían querer sacarle los ojos.

—¿Daré mucha propina o poca a este cochero que

Digitized by Google

me ha salvado? ¿Dos reales, una peseta?—se va preguntando—. Quizás una peseta—se dice—, porque un servicio en el alba es un servicio contra corriente, contra la fría llegada al centro de la ciudad de las aguas caudalosas del alba.

En el alba todos los coches tienen que ir despacio, todos van muy despacio, hasta los que han sido alquilados. Todos los cocheros, durante el alba, reclinan su cabeza sobre el remonte de la cápota, ya sin fuerzas, heridos por el atentado del alba.

El que va en coche tiene por eso la responsabilidad de una mayor propina. Ha despertado al coche y al caballo. Hace que el caballo bracee en el paso del río del alba y casi le llegue el agua a las grandes narices, por cuyos ojetes parece que se podría ahogar.

El que se va a su casa en un coche simón del alba, no mira a los lados, no se luce, no sabe que yo le veo siempre.

En el alba de verano hay unos vencejos que la anuncian, unos vencejos que rayan como una sortija el cristal del silencio de los minutos de su víspera.

Es un minuto y una raya larga, larga, pero queda señalada el alba si teníamos las maderas cerradas.

Es como si rasgasen el papel de seda de la última obscuridad nocturna esas madrugadoras golondrinas o esos vencejos que tanto se parecen a ellas como en su figura se parece el falso poeta—pero también con barba y melena—al verdadero.

Las golondrinas o los vencejos del alba, no es que jueguen y vuelvan a pasar y a repasar por el mismo trecho en que se las ha sentido, como, por ejemplo, sucede por la tarde. No. Su viaje es muy largo, quieren reconocer toda la ciudad que les pertenece y se

Digitized by Google

van y no vuelven hasta después de un largo rato. ¿Quizás se van a los mercados para hacer la compra? ¿Quizás se van a las iglesias para oír la misa primera? ¿Quizás se van a las afueras, al campo, para pasar revista?

El caso es que se van, y se van lejos, como flechas más veloces que después durante el día, como si el ayuno les diese más velocidad, como si fuesen a darse un baño en los mares lejanos o tal vez en las aguas del río próximo.

En el espejo del alba es como una raya negra, como una raya profunda, esta raya estrepitosa y aguda que ponen los vencejos.

El alba convierte en una estación de entrada a toda la ciudad. Todo tiene aire de gran estación, de alta claraboya, de inmensa marquesina de cristal.

Llega el espíritu que vigila.

Los demás duermen.

Cuántos días—día tras día, quizás toda mi vida—he llegado con mi maleta cargada de cosas, de mundo, de ideas de ayer, y me he encontrado solo y sin ómnibus ni coche simón que tomar en el alba de todas las ciudades.

Todavía no había llegado ningún tren oficial y se había hecho un momento de silencio y de tregua, por el que se habían detenido todos los coches flotantes donde les había cogido el alba.

Indeciso, con mis maletas a ambos lados cuales pesas del gimnasta que descansa, he mirado la ciudad a la que acababa de llegar.

Se encienden los cristales como si en las habitaciones de los dormidos, alguien hubiese dado a la llave de las lucecitas del alba que hay en cada habitación.

Digitized by Google

Parece que las bombillas del alba se han encendido en todas las casas obscuras, dando resplandor íntimo a todos los cristales.

¿No habrán sentido en su sueño todos los que duermen este encender súbito de las luces de las habitaciones?

Las fachadas están a obscuras, y los cristales claros, brillantes, encendidos en su sueño.

Poco después estarán los clistales obscuros y las fachadas claras.

Por lo pronto, si se hiciese la experiencia de lo que pasa en los sueños de los que duermen, se vería encenderse en ellos cuando esta luz llega a sus cristales una luz de otra clase que la que ilumina las visiones de los sueños. A través de sus párpados, de las maderas cerradas, de toda la obscuridad, hay un segundo amanecer en el fondo de los qae duermen.

Descubre todas las torres y todas las chimeneas y todas las T T T que sostienen las cazoletas de los hilos del telégrafo y del teléfono.

Esas T T T, que quizás algún día no serán el adorno de los tejados, revelan alegre vida de relación.

«Han amanecido ya las T T T del telégrafo»; nos podríamos decir en el alba cotidiana y escapados por un momento a lo que el alba tiene de eterna.

Estas T T T familiares dan la sensación de la ciudad moderna, y corrompen íntimamente, como un atributo muy ciudadano, la solemnidad del alba. Quieren decir algo elocuente y menudean en los tejados. Son el sencillo y bohemio estilo de estos tejados que aun no son los de la ciudad permanente, los de la última ciudad, la ciudad futura a la que le habrán sido arrancadas.

Digitized by Google

Pasa el hombre que se ha perdido, muy parecido al perro que ídem de íbidem anda extraviado a esas horas por la ciudad.

Parece que camina a alguna parte, pero está equivocado. No lleva dirección ni la tiene. Camina por caminar, por no sentarse en un banco, por no confesar su derrota y ya someterse a no encontrar ningún camino.

No quiere aparecer en el alba como el pobre niño perdido. Tiene esos escrúpulos del hombre al que parece que también le está prohibido llorar.

El hombre que se ha perdido en el alba y que camina muy chiquitín, muy en lo hondo de una civilización que comienza, como primer hombre de la tierra que va a ser repoblada, en cuanto llega la mañana se orienta y encuentra su portal, mirando mucho el número como misionero de sí mismo que se trajese una misiva.

¡Y pensar que he estado perdido como un niño de los que cogen los guardias de la mano y llevan a la Comisaría!

Avergonzado espera el hombre que ha estado completamente perdido en el mundo, no en la ciudad, que abran los portales para poder entrar en su casa y olvidar la pesadilla del alba, ocultándose con las sábanas la cabeza.

¡Qué alta columna de tiempo y espacio vió en el alba!... ¡Por qué sierra más profunda anduvo como pastor sin ninguna oveja!

El hombre extraviado durante el alba recurrirá ya siempre a su reloj para seguir su camino de vuelta.

En el alba que demuestra que toda la ciudad está metida hacia adentro, sorda a todo grito de auxilio, salen unos caballeros como los que son padrinos en los duelos, que buscan al médico, o porque su mujer

Digitized by Google

va a dar a luz, o porque su padre se muere o por otras circunstancias tan graves.

Nada que dé un corte tan firme en el cuello como salir a esa hora por el médico. Se ve con toda realidad cómo puede acabar aquella vida que pasa por el peor momento y cómo están fuertes, sanas y respiran con plenitud estas vidas que comienzan su día en salud, dedicadas a trabajos activos y fuertes. (Sobre todo se oye al que machetea la carne sin piedad).

Lo que comienza y lo que acaba se ve junto, y tan racional lo uno y lo otro, que se apresura el mandadero urgente para no llegar tarde. Le entra más miedo frente a esa indiferencia letal de la vida.

El alba le ha quitado algo de esperanza, pues le ha dado el mundo la sensación de que tiene que ser muy material y firme su edificación para poder resistir el alba, y además la ciudad le da el espectáculo de soportar el tiempo sin pensar en sus habitantes, sin pensar en cuántos son y cuántos han quedado. Se ve que a esta creación del mundo lo mismo le da que sean unos como que sean otros.

—Por mí, por mí, en cuanto yo viva—se dice al que va por el médico o por la medicina—, que sigan viviendo los que quiero con más angustia.

El caballero—hasta un jovencito se convierte en ese «caballero» si va a eso en el alba—apresura el paso y no le hace sonreír ni lo más mínimo el espectáculo del amanecer. Presiente lo poco que cuenta con el hombre. Como es egoísmo puro de la naturaleza.

Yo he salido un alba por hielo para contener la sangre a una persona querida. Me acuerdo de aquella alba entre todas las albas. Sonaban de igual modo que en todas las albas los machetes de los descuartizadores, los nudillos del chuzo del sereno llamaban de la misma manera en la puerta del que usa el horno para bollos; sólo un par de personas vieron mi figura presurosa como la de alguien que llega tarde al tren,

Digitized by Google

con la corbata liada de cualquier modo. ¡Aquella alba fué extraordinaria!

Entré en la carnicería cuyo machete me había molestado tantas veces, y que ya desde entonces no me molesta, y pedí un poco del hielo en que guardan las carnes. «¡Para eso han amanecido siempre tan temprano las carnicerías!»—pensé entonces, cuando me dieron el hielo en trocitos que guardé en una servilleta y salí corriendo hacia casa de la enferma.

¡Cómo redujeron la hemorragia los copitos de hielo que tomaba como terrones fríos! Nunca me he visto frente a un alba tan inexorable y en la que pareciese agonizar tanto la vida.

Se ve lo viejos que son los tejados, y como son algo así como muchos zapatos viejos reunidos, algo en que toda casa un poco antigua revela su vejez.

Los tejados bajo el alba confiesan su edad, su miseria, el cómo no son una cosa de muy de lo alto, como se creen a otras horas.

Vemos los tejados como lo alto de las cabezas de los niños que se nos acercan. Vemos cómo tienen hechas sus numerosas rayas que no significan nada.

Acariciamos quizás con la mirada como a algo muy modesto estos tejados convictos y confesos de tejadez en esta hora que se levanta sobre todos y hace contemplar la exactitud porque es la HORA EXACTA.

El alba tiene un fondo de piedras de río, de cantos rodados, de pedruscos regastados por el mar.

El ruido de las carretas evoca esta idea no sé por qué extraña asociación de ideas, quizás porque suena a un glu glu de río, a un lamento de agua tropezando con las piedras del cauce, a un ruido rústico de carreta que va por la madre seca.

Digitized by Google

El caso es que en el alba se ve como a través de una agua translúcida un cauce lleno de piedras, limadas, suavizadas, pulidas por el agua de las numerosas albas que han amanecido en el mundo.

El alba va abriendo los ojos, abriendo los inmensos ojos, mirando las cosas con clarividencia. Si no fuésemos inmodestos comprenderíamos que en ese momento no somos nosotros los que la miramos, sino ella la que nos hace mirar, nos devuelve la facultad y mira con grandeza inusitada, mira hasta fabricarlo todo con su mirada.

Pronto se restriega los ojos el alba, y ve con sus ojos cambiantes—azules, grises, verdosos—toda la montañosa personalidad de las cosas, su obeliaco saliente.

¡Qué modo de dilatarse las pupilas del alba y de abrirse su círculo!

Los ojos del alba demuestran qué es lo que más vale para ver. Son los más grandes ojos de un recién nacido.

Al asomarnos a los cristales del balcón de la madrugada es como si nos asomáramos a la ventanilla del tren o saliésemos al pasillo para ver el alba, la misma emoción que tiene el pasillo del tren de pasillo de alcobas, el mismo sentirse desencajada la cara por los carbones de la noche y lo que en la noche crece de desigualmente la barba, la misma cosa de estar cerca de la población por los caminos color pecera.

Tan de viajero es el asomarse al alba, que parece que realmente llevamos puesto en ese momento el abrigo de viaje y la gorra a cuadritos del ferrocarrilero.

Digitized by Google

En el alba salen barcos de Madrid. En la ciudad central y sequeriza se oyen las sirenas despiertas, con voz de cañería despierta y de rebaños tocando al unísono sus esquilas.

Grandes, inmensos barcos recién botados que bajan por la tarima, por la rampa inmensa de su astillero, todos dotados del nombre del gran suceso, del gran personaje de actualidad, del nombre del que murió desconocido y grande hombre en la noche pasada.

Los grandes barcos esos que se lanzan al mar de cada alba y que se lleva la baja marea del alba a los puertos lejanos, son grandes como cárceles y tienen esas ventanitas de las cárceles en sus últimos pisos.

¡Y las casas ponen su cara de tontas a todo lo que pasa! Tienen la estúpida indiferencia con que miran al que se va en el primer tren. Todo piensa despertarse mañana frente a un día completamente igual que el de ayer.

Y el día es radicalmente distinto al de ayer.

Las losas de la calle son más duras. Esto ya lo saben los que pasan por el alba con alpargatas. Sienten las losas de la calle como si fuesen con los pies desnudos.

Y son tan duras las losas de la calle porque son las losas fabricadas con la lava solidificada que sale de los cráteres del alba.

La primera materia que durante el resto del día se esconde y está debajo de la tierra, a esta hora está en lo alto y recibe la planta del pie con adusto rigor.

Tienen el color de la dureza las aceras. No hay más que verlas para comprenderlo. Tienen el aire de los paseos después del día de la fiesta, siempre el as-

Digitized by Google

pecto de los andenes del domingo el lunes por la mañana.

Porque el alba siempre es de lunes, menos los domingos.

En este momento del alba se ha muerto el señor que se muere mientras duerme y que es el que más grande susto da, pues se le mueve y hasta se le pellizca y hasta se le da un bofetón—¡oh profanación inolvidable de la muerte!—y no responde.

Ha muerto sin cansancio, sin incompletar un día, sin haber puesto el pie en el día de mañana. Su alma está en el alba soñadora como ninguna, pues éstos que han muerto en sueños durante el alba serán siempre sus poetas, los que no la acabarán de comprender nunca, porque estarán flotando en esa especie de limbo soporífero que es el alba.

En el agua del alba serán como el ludión del alba.

Los gallos que ocultan los vecinos de las casas, porque no quisieran que se enteraran los demás inquilinos de que pronto se comerán un gallo, se destapan, y el que está despierto se queda asombrado de cómo en la ciudad puede haber tantas cabezas de gallos ocultos en los baúles quizás, o quizás en las fresqueras.

Los gallos que iban a ser la sorpresa del arroz de pasado mañana cantan, sobresalientes, con sin igual indiscreción.

Los gallos negados—«creí que había oído el moverse de un ave de corral»... «Ca, no; son supersticiones»—sacan la cresta indudable de su canto por encima de las sombrereras en que se les guardaba.

Digitized by Google

Es grave, pero optimista, el alba. A todo el mundo se le ha olvidado su desgracia, o su dolor, o su melancolía o su malestar. Todas las prevenciones, los temores, la idea de que mañana cumple tal letra, todo eso se ha adormecido.

Asomándose uno al balcón del alba se siente que el mundo, el aire, las casas, el fondo de la calle, es menos desgraciado, porque, por lo menos, todos—unas cuantas excepciones de insomnes no perturban esa palabra—, todos tienen dormidos sus conflictos.

Por eso las casas tienen una fachada más optimista, y alrededor de los balcones hay una orla blanca y dichosa. El adorno feliz de los balcones, eso que hay a su alrededor con ambición decorativa, y que no vemos de día, se destaca durante el alba.

Es que al mundo y su visión serena y despejada no le enturbia esa especie de ácido carbónico del día, que son las ideas negras, desconsoladoras, atemorizadas, temblorosas, titiritantes.

En el alba, gran encanto de las casas, los dolores, las aprensiones, todo está dormido. Hasta la seguridad de los desahuciados está compensada por el alba, en la que hasta el que no ha podido pegar un ojo en toda la noche los ha logrado cerrar con apretado tesón.

Nadie se acuerda de sus ruinas, de sus fracasos, de sus preocupaciones apremiantes, y hasta los que velaron el cadáver hasta ayer antes del entierro, hoy están dormidos y se han olvidado de que se murió su deudo querido; hasta que despierten no lo volverán a saber.

Ese haber olvidado de todos, ese estar reducida la preocupación, da a la hora de alba y a sus balcones esos ojos azul claro, translúcido, con brillos en que repercute la alegría de vivir.

Cogen las chimeneas del alba un solecito en la punta que las dignifica como si fuesen el cocorotillo

Digitized by Google

de una pirámide Egipto o de uno de los altos y definitivos obeliscos que hay en los campos antiguos.

Son las chimeneas de las grandes fábricas las que primero ven el sol del nuevo día, las que señalan la verdad fehaciente de un nuevo día, que se esconde detrás del alba.

La encarnadura de esos ladrillos de la elevada chimenea es encarnadura de ladrillos muy cocidos en los hornos de los siglos, ladrillos antiguos y patinados, ladrillos fabricados en la Persia.

Primero llegan las gasas de viaje de la mañana; después echan un poco de canela.

Las campanas del alba son campanas submarinas.

Y van echando más canela los cocineros del cielo, sin dejar de mover a fuego lento esta preparación de la mañana.

Al pasar por las carnicerías durante el alba, lo que más se destaca es el rabo sobradero, el rabo que quedó de ayer, el rabo de ayer.

Ya estamos en la galería fotográfica del alba, frente a los telones de nubes grises en el primer vagido del día como un artificio, como nubes pintadas cuya pintura se nota por estar tan cerca de su origen.

Hemos subido, hemos subido a la galería del gran fotógrafo. El balcón ese obscuro de la casa de enfrente, porque no han sido cerradas las maderas, tiene tipo de objetivo de la gran máquina que en las foto-

Digitized by Google

grafías se nos acerca como queriéndonos comer y se vuelve a alejar como teniéndonos miedo.

Estamos frente a los telones de fotografía del alma, y hasta nuestro gesto de escribir en este momento, en que el alba se proclama y nos fotografía, es como un gesto que va a salir en la fotografía.

Por fin se hace la prueba de esa fotografía del alba, que consiste en que salgamos vivos y de cuerpo entero del trance.

También quizás viene el alba en cubas.

Nadie podrá descorrer el visillo del alba.

Los trasnochadores, cuando salen por la puerta secreta de los *cabarets* que en el fondo están aún iluminados por las lámparas, entran en la ciudad carcelaria y triste, en la iglesia del alba. Por eso se quedan cohibidos en la ciudad que no se ríe ni admite gritos, en la ciudad que aun no saben cuál es.

La emoción más pura del alba en Madrid está en la vieja plaza de las Comendadoras, porque es una plaza de otro tiempo a la que llevan calles de otro tiempo con ventanas del pasado con verjas históricas.

En ese convento de las Comendadoras hay, sin duda, alguna monja del tiempo de su fundación, que no se puede calcular los años que tiene y que ve detrás de las celosías de los balcones que dan a la plaza el alba no sabe ya qué número. Ella tiene fe en que es el ver el alba lo que la mantiene viva, y por eso se asoma a todas las albas con gran afán. Ni cuando más enferma ha estado ha dejado de asomarse al alba.

Digitized by Google

Después de ir al encuentro del alba en esa plaza de cuya iglesia es de donde parece que sale la procesión del alba, bueno es entrar en dos o tres iglesias. Es cuando las iglesias están mejor y ve su secreto. Entonces es cuando se ve a la pobre humanidad que comienza a asustarse del día, que ya está sobre aviso y ya ha sacado brillo a las supersticiones del diablo y de la muerte. Las monjas, detrás de un formidable enrejado, ya están en sus palcos viendo el espectáculo solemne de la vida que devora de un modo absurdo imágenes, velas, candelabros, floripondios y cornucopias.

En la iglesia vacía en este primer momento del alba, cuando aun no se ha encendido más que la primera vela, parece injusto que los cristos se hayan tenido que levantar tan temprano para su dolor.

No hay que estar mucho en las iglesias durante el alba. Las monjas miran con sospechas al réprobo madrugador, y ya han enviado un recado a las autoridades para que saquen de la iglesia al incrédulo que se ha persignado mal al entrar y que se persigna peor al salir. Todas las bayonetas que defienden los coros de las monjas se dirigen a él y podrían avanzar hacia su pecho si tardase un poco más en marcharse.

¡Cómo se ve en el alba la perpetuidad de las cúpulas sobre nuestra posible repentina desaparición!

Los que duermen en los quicios de las puertas se despiertan con un gran escalofrío.

Son las mujeres a las que falta la nariz y los hombres a los que falta media cara, como a ciertos bustos anatómicos.

—¡Berrrr!—dicen con su escalofrío al despertarse y se encaran con el alba, cuyas fuentes mercuriales co-

Digitized by Google

rren incesantes. ¡Que miedo les da esa agua que ven correr al amanecer como la fría riqueza que brota espontánea de la mina de la vida!

—¡Mira tú si brotase así el oro y la plata!

Sale el hombre más feo y se pasea durante el alba. Es la única hora en que puede gozar de la luz del día mirando a lo alto, parándose a ver las fachadas, mirándose sin miedo en los altos cristales.

Ese hombre terriblemente feo, mostruosamente feo, es el protagonista humano del alba, su tipo «shakesperiano», el que hace entrar en plena acción dramática las calles vacías por el alba, que echa sobre ellas una cosa así como la cal viva que se echa sobre los muertos. Son desatadas las varas de la constelación «el gran carro» y... bru-run-run... se vacía el carro en una caida de espaldas violenta y cubre la vida de pulverización que desinfecta la ciudad del día anterior y la llena del material nuevo.

En el alba pasan los curas envueltos en sus bufandas negras, como niños que van muy temprano al colegio y que como no se saben muy bien la lección van preparándose por la calle con el libro de misa en la mano. Es en la hora en que no pudiendo comprender la seriedad natural del mundo tienen fe y tienen miedo. No se sabe de ningún cura que haya sido recalcitrante a esa hora, y hasta el menos cura de los curas, el que pasó la noche en animada rebeldía con unos amigos, a esa hora se demuda y se pone pálido como una mujer. No saludaría a sus amigos de anoche si se los encontrase en la calle. Van a vestirse el «alba» sagrada.

Digitized by Google

El que pasa mira de pronto un balcón, y si no es conocedor del alba, no sabe lo que ha visto y por qué se ha parado. Sólo cuando es muy conocedor del alba, cuando no es un *dilettanti* cualquiera, ve la ascensión de una forma blanca. Sospecha, más que ve, que por aquel balcón se acaba de tirar hacia arriba el que acaba de morir allí arriba. Si más tarde pasase por allí vería que la media puerta del portal estaba cerrada.

Las cigüeñas del alba se posan en todas las alturas. (Quizás solo son las veletas que tienen una animada vida de cigüeñas en ese primer albor.)

No se levantan en este alba de la ciudad los pardales que persiguen con cortedad de vista a los primeros mosquitos del día, comenzando sus ejercicios con un vuelo revoloteante de mariposas. No son estos árboles de los bulevares de esos arbolitos de las carreteras con pájaros madrugueros. Está completamente quieta el alba en el fondo de la calle.

Al hombre más feo que domina toda la ciudad y aprovecha el tiempo en recorrerla por entero se le encuentra uno en distintos sitios. ¿Es que habrá varios hombres horripilantes que sólo pueden gozar de la luz del día durante el alba? No. No puede haber más que un hombre más feo que todos los demás, y al que por eso, con todos los miramientos y procurándole hacer toda la justicia debida, he llamado el hombre más feo del mundo.

El hombre que se pasea durante el alba con aire de paseante, ensanchando el pecho para meterse después todo el día en la habitación de opacas vidrieras

Digitized by Google

de colores, va con su sombrero de copa y su paraguas, recogiendo los frutos de corazón helado del alba.

De vez en cuando mira el reloj para ver si ya es hora de volverse.

Busca caminos en que hay muchas tapias, pues las tapias están llenas de los desconchados, los garabatos, las manchas y los arabescos que convienen a una tal fealdad, y, además, no tienen ojos, y a veces son como paranoyas del mundo, como trechos, al pasar por los cuales se hace completamente invisible el que pasa.

El hombre feísimo que transita por el alba y se la absorbe con el entusiasmo de un orador, con las grandes aspiraciones que hace el hombre elocuente, tiembla de emoción ante la vida que tiene que abandonar después.

Las carbonerías también son de lo primero que se abre en el alba, y los carboneros se caracterizan de carboneros, poniéndose, con el dedo untado de negro, las cuidadosas manchas que debe lucir el perfecto carbonero. Se miran en el espejito lleno de alba y al que no temen porque se disfrazan, pues sería imposible mirarse mucho a ese espejo teniendo la cara completamente desnuda y blanca.

¡Cómo se ven los cuartos desalquilados en el alba! Es la única hora en que pueden encontrar un piso los que no lo hallan nunca, y, además, un piso aceptable, con tres balcones a la calle por veinte duros. Sólo a mí que soy un ducho conocedor del alba no se le han ocultado los pisos estratégicos y baratos, y veo amanecer por distintos balcones en las distintas casas de las que yo sólo tengo la llave y cuya posesión es mi único ideal, escribiendo en cada una de ellas una novela distinta.

Digitized by Google

El reflector del alba señala las cosas, dirigiendo hacia ellas sus rayos intencionados, que se apoyan en los largos radios de su ligera neblina.

En el alba, lo primero que llega a Madrid, lo primero que entra por sus puertas, lo primero que retumba en sus calles que aun no están empedradas y suenan a carretera, es el carro del alba tirado por dos robustos bueyes con pintas, rabilargos, rabinegros, de pezuñas formidables. ¿Qué traen en el carro, que apenas pueden mover? Algo que es como una primera piedra inmensa, el nacimiento del alba, la perspectiva primera de la ciudad. ¿A que todo el que no se asoma al alba escucha como el primer ruido del alba ese cencerreo lento, submarino y enterrado de los bueyes del alba?...

Después de esa entrada solemne de la fundación del alba, llega a Madrid la caza... Vienen forrados con el mejor abrigo de pieles de plumas los cazadores, que traen las piezas en racimos: las perdices, como si hubieran sido pescadas más que cazadas, pues penden por el pico de un anzuelo común, y los conejos, colgados como si corriesen aún en su muerte con un gesto de escapar.

En las grandes plazas de abastos, y no en su interior, porque allí sólo venden los revendedores, abandonan sus piezas los intrépidos cazadores, que parecen haber matado tres piezas de cada tiro. Son contadas todas y echadas en los canastos de la venta, viéndose que las pobres perdices están bien muertas, aunque los conejos saltan a la canasta como si entrasen en una madriguera, dando el salto del zambullirse en la conejera.

Las tahonas, que suenan como los telares, están

Digitized by Google

entornadas, y sólo en el penúltimo minuto del alba se entreabren y van saliendo los panaderos, que dejan una ráfaga de pan en pos suyo, como si fuesen fumando el pan tierno y encendido.

Gracias a estas visiones del alba y a los refrigerios de más tarde, tales como el humo de la molienda del café y de los churros recién extendidos en las bandejas de cinc, no se mueren los miserables que pasan en ayunas por el tiempo.

Poco después del alba las cosas están como en un mediodía.

Es lo que se vive con más sabor de eternidad. Nos tomamos en el alba después de su copita de aguardiente un vaso de agua de eternidad.

El alba está representada en el cinematógrafo y se ve a la actriz con ojeras de una noche profunda, de una noche de fiebres artísticas, de delirios de ser una gran actriz...

Pero todo lo que sucede en la película sucede representado también por los payasos del alba.

¡Qué extraño para la providencia lo que hacen estos mamelucos bajo la luz cruda y sin sal ni levadura del alba pelicular!

Los casados de ayer, en el alba de hoy están ya irremediablemente casados...

El hijo nacido ayer tiene ya un día. ¡No quiere decir nada que digamos esta simpleza!

Digitized by Google

—¿Pero ha habido ayer?—se pregunta el alba.

La noria de la luz comienza a moverse, y comienza a caer actividad en el mundo.

Las lámparas dicen:

—Que tienes que apagarnos... Que tienes que apagarnos... Que tienes que apagarnos...

Están asustadas como ante el enemigo que avanza. Se quieren meter dentro de su corola de porcelana.

Los gruesos cables que atraviesan lo alto de la ciudad son como las maromas de que agarrarse en las playas profundas e inundadas del alba.

El parto de los montes es el parto del alba.

Los hombres que hablan en el alba están en el estado de espíritu de saberlo todo. Parecen los dotados de mayor experiencia y de mayor instinto.

La telegrafía sin hilos recibe el primer aviso del alba, en medio de la que crece y se destaca como nunca la gran antena. Anuncia siempre el alba un signo que no se sabe lo que significa y que llaman en los puertos de T. S. F. el signo del alba.

El alba donde es más alba es en la alcoba vacía y estucada de la casa deshabitada.

Digitized by Google

Nos vemos a nosotros mismos lívidos y morados; pero esta afición a trasnochar es una dipsomanía letal y fatal.

Las nubes están asustadas y por entre ellas hay un color de mirada providencial, un color que no es azul.

Los pueblecitos los dibuja el alba como en una improvisación. Como en un diseño de álbum de veraneante.

—No he vivido horas tan altas sino en los días de enfermedad o de preocupación en que no se ve nada.

—Pues mira qué otro mundo, qué otra cosa.

—Suelta el recuerdo de tus faltas, de tus procacidades, de tus crímenes, porque el alba es un gran turbión que pasa con el jabón y la lejía mezclados al agua.

En la madrugada, cuando volváis de un baile, cuidad de arreglar vuestro cuarto y de guardar el frac y su camisa... Si no, será deplorable el despertar, pues un concepto vivirá en la mañana con todo por medio y el frac ahorcado: el concepto de la INUTILIDAD.

Nada más desconsolador en el alba que el llanto de aquel niño de pobre, dolorido de no encontrar su casa, visionario de una conciencia superior en la voz del alba, disconforme, imponente, con ojos en su niñez como en las parálisis el paralítico, ojos de querer decir qué y no poder.

Digitized by Google

—¿Que sientes frío en las piernas?

Entre los retazos de diálogo de un posible drama titulado «El alba» se dice:

—Tus ojos que miran el alba tienen expresión de agonizante.

—Tú también, tú parece que miras desde el fondo obscurísimo del mar, ya naufragada bajo la superficie iluminada.

Por el bosque del alba invernal, bosque que se proyecta sobre la ciudad urbanizada, pasan los hombres embozados, cheposos y echados hacia adelante.

La ciudad queda convertida en antigua ciudad lacustre, en siniestrada ciudad, en ciudad vista desde lejos.

La idea compacta, prevalida y testaruda del tiempo se deshace porque se la ve la trampa.

Hay un olor a tormentas lejanas, desbordadas, de húmedas gavillas.

Sorprende a vivos y a muertos con idéntica superioridad... Recuerdo en los velatorios lo ruda, lo igualmente indiferente que entraba para el muerto y para nosotros en la casa fúnebre.

Digitized by Google

Fábrica de acero de la madrugada. Nos resistimos a aceptarlo. Queremos ser blandos y suaves. Pero entra en nosotros este acero y nos llena de un vigor terreno, de un instinto solitario y atrabiliario.

Empiezan a nacer las cosas y las casas y las montañas por arriba, de arriba abajo.

La explanada del cielo es mayor.

¡Cómo mira el alba por las ventanas vacías que dan al otro mundo!

Toda la ciudad parece un panteón, tanto, que al pasar durante el alba por delante de los balcones que sabemos de quién son, nos decimos frente a sus maderas, que son como laudas reunidas por unas bisagras:

—Allí vivía Fulano.

Es lo único que podemos decir.

Esa primera campana no está en ninguna parte. Es del campanario del alba, se funde en cada alba y tiene como inscripción de campana la fecha del día, igual que esas inscripciones del pan de cada día.

Las horas prehistóricas y cavernarias vuelven con el alba.

Digitized by Google

En los pisos altos y en las guardillas comienza a regir primero la nueva ley de la existencia, el nuevo movimiento de la vida, el nuevo estado de espíritu.

Hay en el alba como señales de estación, brazos blancos y cartabones pintados que se destacan sobre el cielo y en los que pone «EL ALBA»... «EL ALBA»...

La nueva aurora ha borrado ya al muerto de ayer. Eso completamente. Es como cuando se pasa la goma por segunda vez sobre lo ya borrado.

Lo enterraron ayer tarde y todavía durante la noche flotó algo de su ser en la vida.

El alba arranca todas las esquelas de defunción del día anterior y con la impiedad necesaria borra los muertos. Si no fuese por eso estaríamos llenos de lutos antiguos, y el día en que aún no teníamos luto propio ninguno hubiéramos llevado colgandero el luto abrumador de los demás. La aurora sería negra en vez de blanca si no tuviese tan terminantes decisiones.

En nosotros seguirán todos los recuerdos, pero ya aquel catafalco que a raíz de la muerte del muerto entrañable ocupaba el día será borrado por la nueva aurora.

El turbillón, esa atmósfera o cuerpo flúido que rodea nuestro planeta, se desgarra.

Una aurora más. Vamos de luz en luz distinta, de luz en luz de nuevos días, aprendiendo el significado estrecho del mundo.

Digitized by Google

Hay contornos esperados, los que ya sabíamos que iban a aparecer frente a nosotros; pero el sentido del nuevo día es absolutamente distinto.

¡Cómo riza el alba el tirabuzón de las volutas! No es que hayan tenido durante la noche un *papillón* prendido a su piedra, no. Sólo el alba se ha encargado de trazar ese tirabuzón envolviendo la piedra en uno de sus dedos formidables.

Lo que forma el alba con más rudo milagro son las montañas. De ellas se escapa el color y la frescura de recién nacidas, de recién creadas, y tienen ese olor a lo nativo que hay en los corderillos recién nacidos.

Todas las plantas y todo dan su olor más tierno, y en los huecos de las peñas, en todo lo que forma una sombra, no es sombra la que hay, es la huella violeta de los limbos, aun sin desprenderse ese mechón vaginal.

Se pueden comer aún los tiernos huesos del alba, como los de los corderos lechales, que tienen, como se puede recordar, el color azulenco y acerado del alba pura.

«Los poetas, que no han hallado medio más a propósito para agradarnos que el de hacer hermosas pinturas en sus versos, han delineado y propuesto las imágenes más gallardas de la aurora. Hácenla hija del aire, dándole el título al mismo tiempo de precursora del día. Con este título la suponen encargada

Digitized by Google

de guardar las puertas del Oriente, de modo que en el punto de tiempo prescrito y determinado las viene a abrir con dedos de rosa. Delante de sí dicen que envía a los céfiros para que purifiquen el aire condensado y disipen los vapores sombríos y perjudiciales. Por cuantos parajes pasa y se deja ver va dando nueva alma a las plantas, verdor al campo y hace que nazcan las flores.»

Estos son los tópicos de los poetas que han reducido el alba quitándole su seria, mate e incongruente voluntad y las enloquecidas imágenes que la pueblan.

Una mayor y más terrible incongruencia hay que dar al alba.

Sus inmensos cielos de incongruencia vibran en su atmósfera, y todas estas imágenes que he escrito, las he sentido y las he consultado, no con mi ansia de novedad, sino de verdad.

Todas las campanillas del cielo suenan como las que hay en los coches de niño.

Un gorjeo interno se plantea con la luz del alba. Es copiosa la caída luminosa del ruido. Abastece al mundo.

Es un inmenso ¡oh! ¡oh! de OOO enormes, desmesuradas, que en vez de letras parecen Zodíacos, Zodíacos acústicos con voces proporcionadas al signo de sus OOO desmesuradas.

¿Oímos este gran ruido, esta balumba inmensa que se arma en el cielo?

Así como la luz de esos crepúsculos del estío, largos, interminables, que dan al hombre luz «del modo más obligatorio y con el mayor silencio», el crepúsculo de la mañana, si da su luz del modo más obliga-

Digitized by Google

torio también se podría decir que con el «mayor ruido» dentro del mayor silencio.

Este despertar de la luz del alba es ruidoso, inundante, magnificente, trae el raudal del ruido como trae el raudal de la luz.

Los pájaros, los hombres, todo lo que de pronto siente el ansia eficaz del ruido es que lo bebe en ese gran acopio que derrama el alba silenciosamente.

Como se echa en la jofaina el agua de la primera ablución, así echa el alba en los ríos el agua de la mañana.

Las galerías de cristales miran al alba desorbitadas, ansiosas, pegada la frente, llena de una atención inmensa, a los cristales que elevan los ojos.

Suenan los zancos del alba y sus almadreñas.

Los primeros perros se levantan; los gatos se recogen.

Cae sobre el pianista el alba y se despierta, no sólo con la luz de la iluminación, sino con la luz del sonido.

Después del alba viene una especie de salida de túnel... Nos acordamos de las salidas del túnel y de esa rama verde y como lacrimosa y cuajada de un persistente rocío, que se transparenta como si fuese de concha en ese marco súbito.

Digitized by Google

Los pararrayos son como las astas banderas de la madrugada. Se les ve más que cuando hay tormenta.

Siempre hay alguien lo bastante idiota e imprudente que nunca sabe lo que se hace y que grita en un grupo de hombres y mujeres indecisos en el amanecer: «¡Vámonos al Retiro a desayunar!» ¡Qué chapuzón de desengaño recibirán todos si van..! ¡Qué mal les sentará aquello!

Pasa el panadero con los niños Jesús dentro de la banasta; es decir, con el pan nuestro de cada día.

En la plaza de Oriente se ve el amanecer mejor que en ningún sitio... El caballo de Felipe IV sale corriendo y desbocado por el alba... Los balcones del Palacio Real cogen el alba como si fuesen de cristal de nácar... Cogen el alba tan de frente como si se celebrase en sus salones una fiesta con luz de alba en las lámparas... En la plaza de la Armería, por las rejas de los sótanos, salen los cantos de los grandes gallos para los arroces y las pepitorias de las comidas de recepción. Están encerrados por orden del rey, y tiene su canto empaque de canto de prisioneros... La botica de Palacio está aún encendida con luz artificial. ¿Quién traerá la leche y los churros del desayuno real..?

Cuando abren los ojos los que están dormidos en los quicios de las puertas no piden más que el amanecer no sea de esos que hay con la luz muy cruda, que no sea, ¡por Dios!, el de esas madrugadas de juicio final que suele haber.

Digitized by Google

El alba está llena de toses porque busca en todas las alcobas los pulmones de todos y los aprieta.

Cielo de arena, como unas grandes dunas celestiales.

Primero, los árboles de los campos; al fin, los árboles de las aceras que sobresalen de sus hoyos redondos como brocales de pozo.

No hay Venus para el alba.

En el alba aquella muchacha provinciana me iba a abrir la puerta, y yo iba a entrar en su portal imitando a otro con impermeable y cojeando. Sólo al asomarse durante aquel amanecer a los balcones que daban enfrente de su casa, vi que aquello que habíamos meditado era imposible. Había escogido mala hora. Ella salió al bacón para decirme que no podía ser, y llorando lágrimas de alba, unas lágrimas que se hinchaban en el alba general, que se hacían nubes grises del alba gris.

Las codornices, antes de nada, dan pequeños aldabonazos en la noche para que abra el alba. ¡Venga golpear la puerta del alba con los nudillos de su canto!

Durante el alba nos crece la barba como en una enfermedad.

Digitized by Google

Las altas troneras redondas y triangulares que hay en las fachadas son las que mejor ven el alba.

Se ve en el fondo de las alcobas de aire enrarecido a las angulas humanas.

La ciudad parece cerrada por defunción.

Los hombres de blusón blanco pasan como amortajados.

Está sin mí la ciudad, está como cuando yo no la mire, como cuando yo ya no la pueda mirar.

En el alba la Dictadora firma las sentencias de muerte. Muchos secretarios de distintas nacionalidades le ponen a la firma numerosas hojas, y ella firma, firma, hasta que pasa el breve instante oficial del alba.

En el alba es cuando se rajan las maderas. Las de pino sobre todo parecen haber recibido un hachazo.

Cuando los dioses vieron el alba se quedaron turulatos y desposeídos.

Somos durante el alba ese que no podría responder, que no podría suplantarnos porque no sabe nada de lo que sabíamos, y cuando el día le hable de lo que debía saber, no lo sabrá.

Digitized by Google

Tengo la cara endurecida por el alba, y cariancha y pasmada por el alba también.

Después de estar en la capilla del alba seremos los indultados de la mañana.

El momento en que germina el grano es el alba.

Sucederá que una noche se esperará mirando la calle por los balcones a que el alba reaparezca... Ya iba a ser la hora... «¡Pero estas albas del invierno son tan lentas y tan tardas!», pensará el que espera... «Quizás este día de invierno es ese en que la noche es más larga y que está señalado con precisión en el almanaque de los entendidos», continuará pensando el que espera.

Sin embargo, el reloj pasará por las siete y las siete y media, y el alba no apuntará en el cielo. Los que esperan el alba pensarán que quizás el día sea de esos pavorosamente nublados.

Pero ya en el límite habrá un momento en que será gravísimo que no haya amanecido y en que si realmente no amanece se tendrá la sospecha de que ya no va a amanecer.

Tan penetrante será ese fenómeno absurdo, que los que duermen a esa hora como lirones se despertarán abrumados por ese ostensible fenómeno. Todos se levantarán, y después de ver la hora irán silenciosamente a los cristales y mirarán la calle sombría y el cielo cada vez más obscuro, un cielo en que irán apagándose las estrellas como el monago apaga las de las arañas de iglesia cuando todo ha acabado.

«¿Qué va a ser? ¿Qué ha pasado?», serán las primeras preguntas que se esbozarán en los labios cárdenos

Digitized by Google

y en las bocas cortadas oblicuamente como heridas dolorosas.

Y seguirá entrando la mañana y todos se darán cuenta de que no volverán a ver amanecer ya, de que el mundo irá a desaparecer porque no creado en ninguna parte por el alba se apurará a sí mismo en la última e invariable obscuridad.

En el alba parece que se han de ver todos los peces del mar y los barcos hundidos y los tesoros que hay en su fondo.

El alba no quiere conversación.

Las plataformas giratorias del alba son grandes plataformas como las de las entradas de agujas, sino que inmensas... Se siente una entrada de tren enorme que hace sonar las más enormes planchas.

Todo está respetuoso y erguido como bajo una confirmación, la gran confirmación solemne que es el alba.

El alba tiene olor a tomillo y olor a conejo silvestre.

Los cristales miran el alba como San Francisco miraba el cielo.

Los guardias se quedan como ante aquel resplan-

Digitized by Google

dor que iluminó los alrededores de la tumba del Señor cuando ascendió a los cielos... Se quedan pegados a la pared, sin saber qué les pasa, turulatos, más vestidos de negro que nunca, petrificados.

El alba es salada, y eso comprueba más que nada la gran marinidad que hay en ella.

El alba se porta como una fecunda escultora.

Se muere un azul y renace otro.

Hay días en que tarda más en despertar la tierra. No es que el cielo está nublado. No. El cielo luce igual. Es la tierra la que tarda en coger esa luz que el alba parece que no quiere compartir.

Navegamos. Las estrellas son estrellas sobre el navegante. Todo sucede como en medio del mar, como en algo anegado y fuerte. A veces sólo nos asomamos por el ojo del camarote.

Hay una nube que es como el desayuno del cielo, como su bizcochito rubio y ligero. Pequeña ensaimada del cielo.

El que sale primero de la casa sale como un ladrón. Abre y cierra, o a veces no cierra, porque las llaves

Digitized by Google

o tienen difícil el abrir o el cerrar, y la casa se queda vendida.

El marqués se queda sin marquesado durante el alba.

«Oír al borracho», debía ser otra de las obras de misericordia. En el alba, sobre todo, debíamos oírle y acompañarle. Dice a veces cosas admirables. No me olvidaré de aquel que en el alba de París no dejaba de decir: «Miguel Angel Buonarroti», marcando con gran silabeo lo de Buonarroti, que parecía embriagarle cada vez más.

Me rompí el alma en una de mis contemplaciones u ojeos del alba. Todas las almas están pegadas y recompuestas. No hay ninguna entera.

Se alargan los caminos, las calles son más largas, todas las rutas son interminables, vienen y van de lo remoto a lo remoto.

Se necesita buena vista para ver el alba. La mayor parte de los que pasan por ella van pensando en cosas ruines; viendo si pescan carteras o colillas, las colillas, los bancos de colillas de que están llenas las calles.

Las mulas llevan las anteojeras del sueño final.

Digitized by Google

En los campos, se nota el segundo después del alba en que el surtidor de la fuente que corría y no sonaba suena con una materialidad más fuerte que la que tendrá el resto del día, una materialidad de duros diamantes de agua.

En el alba se planea lo que ha de pasar durante el día... Por eso celebra el consejo de administración, el consejo de ministros y la junta en la redacción de «El Alba»... (Si el alba editase su periódico, sería en el único en el que podría decir las cosas en toda su novedad y con todos sus pormenores antes de que sucedieran.)

En el alba todas las casas necesitan revocarse... Si el que se ocupa de eso las viese a esa hora, lo ordenaría con urgencia.

El alba está ya declarada, atisbada en la ciudad cuando en los patios aun no ha aparecido. Los patios duermen como pozos, como depósitos de sueño, como concentradores de silencio. Sólo les conmueve una especie de gota gorda, pesada, interminable.

En los patios, las ventanas y los balcones están como inscritos en los planos de los arquitectos. Tienen esa facha simple, sosa, sin vida. Todo está increado real y verdaderamente.

Algo como un bicho, como una salamanquesa, como un poco de aire, como la misma gota insiste sobre el cinc y lo martiriza.

El que saliendo de la luz ya un poco iniciada del alba que ilumina el despacho se interna en la casa, siente la pobre categoría de los patios y del resto de la casa. Nos hemos vuelto a meter en el túnel de la noche, otra vez nos hemos hundido en la noche de an-

Digitized by Google

tes. Nos desconcierta y nos pone como a salvo y en seco, frente a la inundación, ese resto de casa en el que aun no ha penetrado la luz del alba.

Si íbamos para un instante nos quedaremos para un largo rato, y la merienda de las altas horas—¿por qué ha de ser merienda solo la de la tarde?—la tomaremos en ese fondo de casa. Estamos como más defendidos y más pertrechados en esa obscuridad última de la noche.

Fuera ha amanecido más aún. El alba ha puesto piedras de alba a la calle — como las piedras de lava.

Dentro entonces entra ya el alba por lo alto de los patios y se pega a las paredes del patio, como si el revocador hubiese colocado su andamiaje y fuese enjalbegando de alba todas las paredes.

En las alcobas de las criadas entra el alba como una llamada silenciosa, apenas sensible, aunque muchas ventanas tienen una ligera cortina que no evita la luz del alba. Se las ve abrir los ojos con tristeza, empavorizadas, desengañadas de sus sueños, como teniendo que ir al baño de mar muy temprano, porque sus amos van a la playa a la hora elegante y ya muy tostadita o dorada por el sol.

Las sábanas y su ropa se muestran más sucias en el alba, un poco sucias de alba en medio de todo, y el alba insiste tanto, que las levanta, que las hace buscar en camisa de hospital los zapatos perdidos. Sienten toda la desgracia de su oficio en el alba.

Ya hasta el piso bajo ha descendido el alba y ha llamado a la criada de ese piso triste, que ha mirado hacia arriba para saber bien qué hora es y si es verdad que está declarada el alba.

En el patio el alba tiene color de telaraña mustia, de velo de polvo, de tapia de convento o de hospicio. Está completamente ciego el patio y además está sordo, aunque se perciben todos los ruidos como nunca.

Digitized by Google

Se podía decir que se percibe en él una sordera transparente y diáfana.

Pronto el primer zurriagazo de los zorros y el primer chisteo de la escoba se levantaran insistentes y comenzaran a incordiar al silencio. Las cocinas sufren de estar apagadas y se quejan sus fogones dormidos.

Pronto se sentirá el ruido de su tapadera de hierro al ser levantada por el gancho, ruido a hierros duros, ruido precursor.

Del primero que baja la escalera se oye el taconeo precipitado, pareciendo que rueda las escaleras en vez de bajarlas. Los cajones escalonados de la escalera están vacíos aún, y por eso son tan resonantes. Poco después estarán llenos de la mañana, como esos cajones llenos del tabaco, que cuando están llenos suenan con un ruido mate y sordo, así como cuando están vacíos son ruidosos como ellos solos.

La primera entrada que se verifica hacia dentro es la de los lecheros. Han estado quizás sentados esperando frente a la puerta, porque más bien llegan antes que después, y suenan sus lecheras al subir las escaleras, suenan a balde de agua removido, suenan a cubo que se recoge para tirar el agua lejos.

La leche del alba recién ordeñada ya está alimentando el mundo.

Todavía hay patios en los que tarda en llegar el alba más aún. Son esos segundos patios muy interiores, muy perdidos, que tiene la casa y en los que el sapo más hundido toca su flauta silenciosa, y mira con sus ojos saltones el alto tragaluz.

En esos patios sólo mucho después de que llega el alba se inicia su primer lacticinio de luz. Ya la primera criada ha abierto la primera ventana en el otro patio para que salga el humo que se ha levantado en la co-

Digitized by Google

cina al encender, cuando aun duerme este patio, de cuyas cornisas o claros cuelgan las medias de lo viejo, las largas medias de la desidia.

Este segundo patio, que es el patio de los suspiros en la casa, suspira por la luz siempre y espera el alba, con gran envidia del otro patio.

Lo que pasa es que siente el alba como una gran caridad este patio sosegado y embarrancado. Todo se alegra en él de que llegue también a su fondo la gran munificencia de luz de que es capaz el alba, y que para todos llegue esa especie de toalla para las almas y para desinfectar la vida.

El alba echa también sus cuerdas salvadoras al fondo del patio desgraciado, del «puerco ceniciento» de la casa, al que llamo así no por simbolismo ni en comparación con la «Puerca Cenicienta», sino porque está puerco y está lleno de las cenizas del tiempo y del color ceniciento de lo perdido, de lo hundido, de lo miserable.

El alba del segundo patio es alba precaria que sólo reluce en el último piso, cuyos cristales relucen con delectación que envidian las demás ventanas.

Las altas claraboyas que dan a las escaleras de las casas, aunque parezca que dan a los estudios del Arte, están atemorizadas ante el pedrisco, porque ni en los rostros humanos he visto tanto miedo como el que se ve retratado en los cristales sobre los que cae vertical el cielo—los de las «serres», los invernaderos o estos de las claraboyas—, cuando cae el pedrisco bárbaro sobre la ciudad. (¡Los faroles se echan las manos a la cabeza!) En el alba se repite en esas cristalerías el temor al pedrisco y se impresionan como prensas de fotógrafo puestas ya a la luz para revelar la placa del nuevo día.

¡Que auténtico pedrisco de luz desabrida cae en las escaleras de las casas, donde el alba pone triste la escalera como si la lavase con arena!

Digitized by Google

Esas especies de carracas o de martilletes de Semana Santa que son el canto de las codornices, matraquean el alba con largas pausas en que la codorniz señala los cuartos de esos minutos como horas.

Han encontrado de nuevo la jaula y llaman a la desesperada a la especie de codornices nuevas que vienen en bandadas con el alba.

Cuando la codorniz se da los más fuertes coscorrones con la jaula es en ese momento.

El fondo de sótanos destartalados que tiene el alba se siente gracias al canto de nuez vacía que tiene la codorniz.

Escalones y escalones del alba señalan el canto de la codorniz.

Se comienzan a ver a lo lejos los frentes de las casas lejanas, enfrentando el fenómeno esclarecedor.

Cuando está ya bastante preparado, suena un timbre, el timbre del alba, que señala el relevo en todas las fábricas y en el mundo entero del día anterior por el día de hoy. El timbre del alba suena con nítida precisión, un cuarto de segundo, de tal modo que siempre se cree uno que es que ha oído mal; pero el timbre del alba ha sonado con autenticidad.

El azulejo del día aun no está cocido, aunque ya está preparado.

Se van creando las cosas, y cuando ya se está en este minuto número doce del alba, es creada la portera que sale de la concha del portal que queda abierto y barre con ensañamiento los residuos del día anterior, sus pelos caídos, sus horquillas, sus sobres rotos en pedacitos.

Digitized by Google

Se tiende el cielo de pronto, se tiende hacia arriba. Se tiende el cielo sobre el cielo. Se despliega, se desarrolla, se erige, y así comienza la habitación del día fantásticamente por el techo.

La mirada clara de otro día desaparece en el cielo.

Nos sorprende tanto, podemos tan difícilmente imaginarnos lo completamente nuevo, que más nos parece luz de ayer que luz de mañana.

Se asoma el cielo a la tierra, la observa y vigila. Unos ojos azules y claros, sin saber nada del presente, amanecen con avidez en este cielo matutino.

Lo verdaderamente nuevo surge en este gesto.

Los carriles de acero son regatos fundidos que corren a través de las calles grises poniendo la nota brillante de su acero fundido por el alba.

Todos los días, durante el alba, hay boyística procesión del Rocío.

Las celosías que a veces cubren el hueco que da al cielo en las altas espadañas es lo primero que mira al alba.

Entran en la ciudad y descargan frente a las carbonerías aún cerradas los serones de carbón que parecen haber extraído de la noche.

Ya salen los primeros tranvías, los tranvías de las gentes de gorra. No va en ellos un señor con sombrero de copa ni ninguna señorita. Son, más que vagones de tranvía, carretillas de mineral, esas carretillas en

Digitized by Google

que viajan los obreros a la mina y que corren sin máquina, como por la fuerza del deber. Y, sin embargo, esos tranvías cuestan lo mismo en ese primer viaje, ingrato y desagradablemente salado, que a las otras horas en que es un poco un viaje de recreo.

En el invierno salen los tranvías hasta un poco antes que el alba, y parecen tranvías equivocados, tranvías que se han despertado de pronto, y confusos, apenas restregados los ojos, han salido como para buscar a los que han salido de los últimos teatros, cuando el último teatro está dormido hace muchas horas...

Las luces de esos primeros tranvías del invierno toman un amarillo atroz como la de los primeros faroles del mundo.

Los tranviarios están asustados, y sienten la insurrección de aparecer de nuevo en una noche que es como la noche del día anterior, haciéndoles eso el efecto de que no han salido del trabajo.

Son esos tranvías de la madrugada obscura tranvías policlínicos, tranvías de urgencia que salen en busca de viajeros enfermos, en busca de los más sentenciados de los trabajadores, algo así como aquellos trenes de heridos que vimos durante la guerra.

Esos primeros tranvías atropellan el sueño de la ciudad, pillan lo dormido, casi atropellan el alba.

En el verano, por el contrario, los tranvías aparecen un poco después del alba y adelantan un poco la mañana, la despiertan demasiado, parecen trenes alegres de excursionistas, y en seguida convierten a la ciudad en ciudad industriosa y llena de trajín.

Y el hombre del alba, el feísimo solitario del alba, mira su reloj, donde ya se marca sobre el esmalte vivísimo de la córnea del tiempo la hora de la retirada,

Digitized by Google

y toma el coche simón de la huída, el coche renqueante y agrietado que pasea a esas horas por la ciudad, que se retirará a su cochera cuando deje en su casa al hombre monstruoso del alba.

Las tejas se vuelven nuevas bajo el sol de esta primera mañanita.

Ya salen los largos coches que llevan a los niños al colegio. Van a buscar a los niños que han nacido bruscamente a la brusca mañana, los niños que vuelven a sentir con su claro sabor la primera saliva sucia del recién nacido, los niños que han olvidado la lección de ayer porque no son de ayer, sino de hoy, aunque los profesores, sin la conciencia del alba, les regañarán y forzarán a su espíritu para que se acuerde de ayer.

Inmediatamente después se distrae la verdad.

Cuando clarea el día, cuando despunta, cuando surge el llamado rosicler, ya no está el alba, este alba creatriz. Los mismos llamados *albores* no suelen ser del alba.

Queda una tierra, un mundo, como cuando el mar se separó de parte de la tierra.

Las chimeneítas de barro son como palomitas ingenuas que ya están en el tejado.

Digitized by Google

¡Ah! Todo sale de la pesadilla, de la lluvia fiera... Todo ha podido quedar deshecho o petrificado, y, sin embargo, todo vive.

Y ya viene el tonto optimismo... No podemos creerlo los que acabamos de ver la incineración de todo... Pero hasta puede con nosotros.

Los golpes del sereno en la puerta de la tienda más tempranera anuncian que el telón se va a levantar, como en los teatros franceses... Después toca un campanil con una campanita de fábrica... Después se oyen unos pasos que dibujan la calle... Después se oye una llave... Después, las burras de leche... Después, el tráfago, el lechero que llama en la casa, la muchacha que barre.

Ya han nacido los girasoles, que es lo primero que nace en la mañana.

Casi dentro del alba afilan sus cuchillos los carniceros contra los mármoles del mostrador o cuchillo con cuchillo, y en seguida comienzan a machetear las reses que el alba ha *recreado* para los mortales.

Otro gallo canta en la ciudad, siempre como en una hostería, siempre como en uno de esos corrales que viven llenos de una entera realidad todo el día, sobre todo el alba.

Digitized by Google

Ahora se sabe los pájaros que hay, porque pájaro que no cante en el alba es que está muerto.

Corre el tiempo hacia las ocho con velocidad, como si fuese bajando una cuesta... Desde las diez será subida.

En este momento, recién pasada el alba, suena una media o una hora en todos los relojes como unánimes por única vez, todos como despertadores de la mañana.

FIN DE EL ALBA

Digitized by Google

SEGUNDA PARTE

OTRAS COSAS

España es rica de realidad.

No se crea que lo que yo he querido decir ha sido «que España es rica en realidad, o sea que he recalcado de ese modo la evidencia de su riqueza, ¡no! España en realidad es pobre, y, sin embargo, rica «*de*» realidad.

El que sea rica de realidad España no quiere decir tenga más territorio que ningún sitio ni muchas más piedras que otras naciones. Tampoco.

Esta riqueza de realidad que yo supongo y en que yo creo, y que es quizá su única y permanente riqueza, es lo que voy a especificar y a aclarar.

Esta riqueza de realidad en que es abundosa España significa una mayor intensidad de las cosas; quizás eso es por lo que es tan categórica nuestra lengua y todo lo señala sin suavidad, con entereza, con exceso.

Quizás el desistimiento que hay en el español es porque se ha contentado con su realidad, con su ver y mirar las cosas, con lo que hay de espontáneo y radioactivo en el lanzar miradas y recibirlas llenas de vida y de hallazgos.

Esta cachazuda y sobria ambición del español procede de este gran amor a la realidad, de este no aburrirse con ella, de esta idea tan contenta con ella.

A veces unos revolucionarios—ocho, nueve, a lo más diez—creen que pueden lanzarse a la calle con

Digitized by Google

seguridad de éxito, con todos los elementos necesarios, y se quedan solos. Los demás, toda la muchedumbre que creían que iba a seguirles, se ha adormecido en la contemplación de su vida, cada cual en su rincón y en su barrio: «¡Pero si somos tan ricos de realidad, para qué queremos más!» Y se han quedado quietos.

Parecen a veces exhaustos, en la mayor penuria; pero la realidad, a cuya mayor cuantía colaboran las penas, las miserias, los hondos sinsabores, les compensan y no entrarán en ese albur de vida o muerte que hace correr la rebeldía.

Esta riqueza de realidad del pueblo español no es alegría engañosa y aturdidora, no son amores y jaleos de patria chica, no es asumir la pintoresca fama que pueda tener el pueblo español; es conformidad con su realidad verdadera, efusión por la tierra y el horizonte que se encrespan en lenguaje, en verbo de realidad. Tiene una gran afición a la realidad este pueblo y no a la realidad monumentalizada, sino a la realidad que apenas tiene corcovas y ligeros collados y leves mesetas, a la realidad elemental.

Sólo en los propagandistas y en los jaleadores de oficio está la lamentación catastrófica. En el pueblo hay más tranquilidad y placidez desde que lo perdió todo. De la misma tragedia deduce el puro trazo de la realidad, ese puro trazo que es placer.

Esa idea de la realidad hace que la idea del ridículo, por ejemplo, sea aquí más fuerte que en ningún sitio.

Esa idea de la realidad es tan original y cuantiosa por lo donosa, lo acabada, lo requisitada y lo llena de más erres que está. Hay que pensar bien en lo que de hallado, de bien hallado, hay en esta superdimensión de la realidad gracias al concepto, a la palabra, a la certeza.

La visión de la realidad, esta expropiación intensiva

Digitized by Google

de la realidad, parece asequible a todo el mundo, y, sin embargo, no lo es.

Se necesita para obtenerla haber renunciado por apatía de gran escéptico o por grandeza de ánimo y desdén a todas las cosas, haber mostrado en los días de los grandes sucesos, como en los siguientes, igual despego.

Por eso no pueden ser computadas según las estadísticas las riquezas de este pueblo. Las estadísticas, a lo más que llegan es a calcular la extensión territorial, la producción respecto a ella, el número de habitantes; pero no es nada de eso lo que significa esta riqueza de realidad del pueblo español.

Este gusto por la realidad escueta en su paraje natural y rudo le hace amar el cuarzo desabrido, reseco, quebradizo; le hace encontrar el duro placer de andar sobre los camellones de las tierras aradas y romperse los pies por medio pisando sobre los áridos estribos que soporta el centro sensible del pie, y hasta sentir con gusto la enteriza realidad que hay en esas terribles heladas negras que ponen negros los campos como si les hubiese entrado la gangrena.

Hasta nuestros cazadores no salen a cazar, sino a buscar la realidad, porque, además, apenas hay caza en la estepa castellana.

Esta visión escueta, concentrada, solemne, de la realidad, este modo de sentarse a mirar quedándose fijos, está tan desarrollado en este pueblo, que ya no se le puede llamar pobre, perdido, estancado.

Estos atardeceres de los pueblos españoles, en que todos están asistiendo a la agonía del día, y recogen su último suspiro a la cabecera de su cama, son admirables y suculentos de realidad.

En los pueblos franceses hay luces y hasta escaparates que distraen de esta realidad esencial y nada trivial a la que se dedican los españoles. En otros pueblos están preocupados por otras cosas que no

Digitized by Google

son la realidad ni tampoco son la cultura, y en otros, una especie de lirismo más o menos saudoso los aleja de esta realidad entrevista e interceptada como realidad suprema y seca.

El mismo misticismo español está lleno de realidad.

Santa Teresa está atorada de realidad, y el *Quijote*, más que sobre el ensueño, sobre lo que proyectó luces tan intensas y fúlgidas que hasta dan la bizquera, es sobre la realidad.

El naturalismo literario no fué realismo. Ese fué su error, lo que le ha hecho pasajero, lo que le hizo tan efímero. El naturalismo fué cosa superficial e improvisada, apariencia de realismo, tópicos flotantes recogidos con chabacana veracidad. Francia no podía producir ese naturalismo con bastante fuerza, porque se había dejado las fuerzas en construir un pueblo brillante, orgulloso, fervoroso por los grandes tópicos, esponjado, henchido de bienestar.

Porque tengo bien pesado y repesado este concepto de riqueza de realidad que abunda en España, es por lo que no tengo esa visión de una España ingrata, dura, desesperada, sino de una España que se puede contentar con su realidad, por como la ve a través de recios cristales hialinos y aumentativos.

Y esta riqueza es ya permanente, no se nos podrá ir de entre las manos ni del magín, porque es algo afincado hasta lo incalculable, es algo tan radioactivo, tan fuerte en potencialidad, tan inagotable, que lo podremos exportar en literatura sin perder nada de su fuerza, sin que ni por ese medio debilitemos esta riqueza española de realidad, la única, la postrera riqueza.

Caprichos.

La desesperación.—Con el dinero que había heredado había comprado un billete para dar la vuelta al

Digitized by Google

mundo, comprendiendo el recorrido del Sahara en automóvil de cremallera y la visita a los polos en hidroavión polar. Era su billete para aquel viaje como un voluminoso libro de cheques lleno de cupones recortables.

Llegado el día, se fué corriendo al puerto, retrasado, temiendo llegar tarde. En el camino tuvo una disputa con una vendedora de naranjas, a la que tiró todas las naranjas, que salieron irradiadas por el fango de los alrededores del puerto.

Una veintena de carros de bueyes, sin separación entre ellos para poder pasar, lo detuvieron unos minutos más.

Un escuadrón de artillería con los cañones apuntando al trecho por el que podría pasar, se atravesó también en su camino. Parecía ya el héroe cinematográfico, aunque mucho más en serio.

Un hornero se interpuso por fin en su camino con su larga pala de sacar los panes.

Entonces se fijó en los transeuntes que avanzaban hacia él, y vió volver a las mujeres que lloran después de una despedida para muy lejos y para mucho tiempo.

El corazón dió entonces en su pecho el salto con redoble de tambor.

—¿Salió «El Repentino»?—preguntó a cualquiera.

—Salió hace más de media hora—le contestaron.

¡Su billete alrededor del mundo, inutilizado! para eso no había soportación posible en este mundo, y se tiró con maletas y todo al mar sucio del puerto.

La gorra a cuadros.—Yo tenía colgada en mi armario hacía mucho tiempo mi gorra de cuadros; pero aquel amigo me rogó encarecidamente que se la prestase.

Digitized by Google

¿Para qué quería aquella gorra a cuadritos blancos y negros?

No lo volví a ver después de mi préstamo. Me dijeron los que se lo encontraron por casualidad que iba con una gorra a cuadros por los suburbios, y a veces asomado a las ventanillas de los trenes o en las pasarelas de los buques.

Le había fatalizado mi gorra a cuadros.

Las arras.—Las trece monedas de oro las llevaba siempre ella en el bolsillo durante el viaje de novios. Eran trece libras relucientes que sonaban en aquel fondo de bolsillo a pesada fortuna.

El aventurero dormía pared por medio de los novios, y se propuso huir con la recién casada, que cruzaba los pasillos con miedo, presa de la descomposición de la luna de miel.

El aventurero la pretendió en los pasillos, y por fin consiguió entenderse con ella. Convinieron la fuga, y cuando aquella noche entró el marido, encontró las trece monedas sobre la mesilla de noche y la carta de despedida.

El hambriento.—Le sentaron a su mesa. Era elocuente, decidor, anecdótico.

—¡Cuántas chimeneas de barco habré pintado yo!—solía decir, porque, como gran estratagema, para huir de los puertos en que no había otro medio de escapar, se agarraba a pintar chimeneas y hasta a veces el casco completo del barco, por etapas.

Daba gusto ver comer a un hambriento; pero la preciosa vajilla de Etretat, con florecitas y guirnaldas, les quedó descabalada, porque al rebañar los platos con fuerza los había dejado sin sus estampaciones.

Digitized by Google

El colmo de la antigüedad.—Tan antiguo era el templo, que se le habían desrizado las volutas a sus columnas.

Los pinceles de Rossetti.—Los pinceles que usó siempre Rossetti estuvieron hechos con pelo de mujer.

Alcoba de cómico.—No dejéis el sombrero de paja del verano en la alcoba de otoño o de invierno, porque se convertirá vuestra alcoba en deplorable alcoba de cómico.

Final de la charla interminable de los dos cazadores.—Los dos amigos se habían ido a pasar unos días de caza al coto escarpado, nivoso, pero en el que podrían matar las cabras de tres cuernos, las célebres cabras de una raza única que sólo existían en aquel rincón de la España abrupta en que los precipicios amontonan su terror tonto.

Las primeras batidas fueron eficaces. Cobraron seis cabras. Pero después la nieve aumentó, amenazando con elevar los abismos a valles de altura.

Los dos cazadores tuvieron que guarecerse en la casa de campo, y comenzaron los días y las noches interminables, de que los cazadores gustan más que de la misma caza, contándose al calor de la lumbre toda su vida.

La nieve, impertérrita, incesante, como producto del gran día de romper papeles del Creador, caía y caía sin cesar. Los árboles no eran ya coliflores, sino cubiertos y engrosados hasta arriba: osos blancos.

Los dos hombres habían agotado todas sus anécdotas, sus confidencias, sus recuerdos; pero la gran intimidad que daba el apeadero de caza con sus atri-

Digitized by Google

butos y su enorme fogón les estimulaba más y más a hablar, a contárselo todo, a ser sinceros, ímprobos, desentresijadores.

Tanto apretó la interminable charla en la interminable última noche, que el duque le contó al marqués, con voluptuosidad confidencial indecible, cómo le engañaba con su esposa.

Entonces se desarrolló la tragedia en el apeadero, y el marqués tuvo el gusto de hundir en el pecho del duque el cuchillo de monte que tan poco se usa.

La rubiez de la carne.—Me he dado al fin cuenta de lo que conmueve tanto en esa nota ocre, o color aceituna pasada, o color rubio, de la carne femenina enteramente desnuda.

¿Sabéis lo que es?

Que ése es el color de la muerte, que ya está en eso la amarillez de las carnes muertas.

Noche de mucha luna.—Tanta luna había aquella noche, que los biberones del gas estaban más rezumantes que nunca, y había alrededor del nacimiento o tiesto de los árboles verdaderos charcos de leche de luna.

Pero en lo que más se notaba la diafanidad que adquiría la noche bajo tanta luna era en que se veía a los muertos mudarse de camisa.

El buen atardecer.

El azul del cielo no era ninguno de los azules usuales en los cielos, sino de los azules que tiñen las sedas del Celeste Imperio.

La tarde estaba vestida de mandarín.

Digitized by Google

Se enamoraban ellas y ellos al pasar por este atardecer de vuelta de viaje y de encuentro del buen tiempo en la ciudad natal. Era la tarde que resulta el haba entre las tardes.

Las nucas de las rubias tenían una madurez y una aurirrosada calidad que hacía que todos las besásemos, sin contar con que llevaban unos niños vestidos de marinera cuyo sostenimiento debía ser muy costoso.

Ya habían encendido los faroles, que estaban como nunca pletóricos de ilusiones. Eran como payasos con la cara enharinada.

Pero lo que daba toda la sensación del atardecer y de cómo habían jugado los niños en la tarde admirable eran los bancos de piedra, todos llenos de las «comiditas» servidas en pequeños montones.

Allí había quedado la pimienta, los garbanzos, las judías, el café y la sal, todo eso que las niñas que serán esposas de los tenderos de ultramarinos han estado vendiendo a todas las niñas que serán comadres de barrio y visitas insistentes e interminables de las tiendas.

Las gateras.

—Es una casa provisional—decían a todo el que iba a verles.

—Es un caserón destartalado, del que nos mudaremos en cuanto encontremos otra casa—insistía la esposa.

La casa era una casa de hondas entrañas, de esas que tienen uno o dos tramos para pasar de una habitación a otra, casas llenas de chimeneas de mármol con aplicaciones de bronce que hay que estar abrillantando constantemente, untándoles las criadas esas leches que después hay que restregar tanto con un trapo.

Digitized by Google

Pero lo que más le indignaba al matrimonio eran las gateras.

—Todas las puertas están sacrificadas por las gateras... El gato puede entrar en todas las habitaciones cuando quiera... Parece que la casa está hecha para los gatos—decía muy indignado Alberto, que siempre les había tenido una manía grande.

—Se nos escapa todo el calor que podemos ir almacenando en la habitación—se quejaban siempre, hasta que el día de gran frío taparon las gateras y murieron asfixiados por un exceso de ácido carbónico.

El ilusionista de la muerte.

El ilusionista de la muerte es un ser con el frac holgado y la ancha pechera de celuloide de los ilusionistas.

Suele hacer el juego ante pocas personas y de pronto nos los hará a nosotros solos de un modo misterioso, quizás sin ponersenos delante, quizás haciendo el juego desde detrás.

—Vea, vea; ¿ve esos libros que hay acostados sobre la mesa?... ¿Ve ese retrato que hay enfrente de usted?... Bueno; pues ya no ve nada de nada; ya acabó todo... Todo desapareció en la sima profunda...

Y dirá verdad el ilusionista de la muerte. Todo estaba y todo ya no está; lo que ha hecho es que desaparezca todo lo que veíamos en la cámara obscura de la muerte, de la que no se vuelve y en la que ni siquiera se cae. Está hecha con tal limpieza la eliminación de la muerte, que ése es el único gran consuelo que nos debe quedar. Debemos darnos cuenta de lo admirable que es el hecho y de lo desaparecidos que quedamos sin que quede en ningún doble fondo nuestra particular conciencia de la vida.

Digitized by Google

A la muerte, pues, hay que representarla vestida con el frac de los prestidigitadores y con una varita mágica en la mano.

El hotel invulnerable.

Aquel hotel estaba un poco en las afueras, y por eso los que lo vivían le dotaron de barras, llaves especiales, rejas, telas metálicas, rejillas para los montantes, cerrojos de a metro y medio.

Al venderlo lo vendieron mejor por lo invulnerable que lo dejaban, pues no había un hueco por donde pudiera entrar el ladrón.

Los nuevos dueños se instalaron tranquilos, sonriendo de invulnerabilidad todas las noches cuando después de haberlo cerrado todo se sentían impenetrables.

Muchas noches en aquella alegría del hotel propio e invulnerable, la hermana mayor tocaba algo al piano y las hermanitas bailaban con los hermanitos la polca de la casa cerrada a piedra y lodo en medio de la noche.

Así las cosas, una noche robaron el hotel invulnerable

—¿Pero cómo ha podido entrar el ladrón?—se preguntaban todos.

La policía estudió el asunto, subió y bajó las escaleras del hotel, se asomó a todas las ventanas y balcones. Nada: no había medio de descubrir por dónde había entrado el ladrón. No se les ocurría quién pudiese ser ni por qué resquicio se había filtrado.

Entonces llamaron al detective particular, y éste, después de fumar un cuarterón de tabaco en su pipa, dijo:

—El ladrón no ha podido ser más que el dueño

Digitized by Google

anterior... Sólo el dueño anterior puede saber el sitio por donde es vulnerable este hotel...

En efecto: se buscó al hijo calavera del antiguo dueño, y se le encontraron las joyas robadas, aunque no se pudo saber por dónde era vulnerable el hotel.

El candelabro de las sonrisas.

Ya no se usan los candelabros con velas de cera, y por eso chocaba ver sobre la mesa de aquel salón el candelabro de velas.

El misterio de que siempre estuviese aquel candelabro sobre la mesa consistía en que aquél era el candelabro de las sonrisas; es decir: que cuando el noble dueño del palacete encendía su candelabro, todos los retratos, los bustos, las figuras de los relojes, todo se sonreía.

El temblor que en los rostros inanimados producían las llamas de las velas era un efecto de espiritualidad viva y temblorosa.

Sobre todo, lo que más le encantaba al dueño del candelabro de las sonrisas es que sonriesen los retratos de su padre y de su madre.

Los faroles funerarios.

De la fachada del hotel pendían dos faroles extraños de forma impensadamente funeraria, pero funeraria sin duda, largos, con una corona muy negra y un soporte también muy negro.

Los cristales blancos, esmerilados de un blancor penoso, dejaban pasar una luz color leche condensada, siempre mezclándose, diluyéndose con dificultad en el espacio.

Digitized by Google

Los dos faroles tristes enlutados de un luto blanco y negro dejaban una impresión fría en el espíritu de los que pasaban, y se miraba en seguida al portal para ver si se veía la media puerta cerrada.

Generalmente lo estaba.

—¿Será que todo está impregnado de la tisis del tiempo?—decía un día el que iba a ser el próximo fallecido.

—¡No hay peine con que quitarle los microbios al terciopelo!—dijo la que iba a ser próxima fallecida.

Yo les miré, miré los muebles, y queriendo salvar la decoración de aquellas habitaciones con estatuas de mármol como las de los museos, y divanes redondos también como los de los museos, les denuncié los faroles.

—Quiten esos faroles de funeraria que alumbran la puerta del hotel y que hacen que la muerte tome a esta casa por una sucursal de funeraria.

Arrancados los dos faroles, la calle se sintió consolada y la media puerta no se volvió a cerrar en mucho tiempo.

Aquel pitido de tren.

Oímos todos aquel pitido de tren. Traspasó toda la ciudad, entró por las chimeas y las rendijas de los balcones y se paró un momento en el aire.

Además de despedirse de sus familias, ya desprendidas del tren en el andén porque el convoy iba a echar a andar, se despedían de los que estábamos tan lejos de la estación trabajando distraídos en los despachos en que sólo se oye la marcha del tren del reloj.

Aquel pitido de tren conmovió como nunca a los que están sentenciados a cadena perpetua y sonó en todas las llaves de todos los llaveros como en una

Digitized by Google

sutil imitación sentimental de la gran llave de la locomotora.

Se quedó vibrando en la habitación aquel pitido aleteando en el fondo de algún búcaro o estacionándose en el fondo de las pantallas invertidas como esos moscardones que se ahogan en los tazones de luz.

Cuando llegó ella de la calle con la punta de la nariz morada de frío—la punta de la nariz que yo calentaba hundiéndola en mi mejilla—, me preguntó:

—¿Pero qué tienes?

—Nada... Un pitido de tren que se me ha metido hasta el fondo del alma y me suena en los oídos...

Toda la noche recordé el pitido del atardecer que había llegado a mí con la ondulación con que llegan a los que viven debajo del agua las campanas marinas.

Por la mañana, al abrir el periódico, leí:

CATÁSTROFE FERROVIARIA

CINCUENTA MUERTOS Y MÁS DE CIEN HERIDOS

¡Había sido aquel pitido el pitido del presentimiento, el pitido de la despedida definitiva del tren!

Tinta de calamar.

Había inventado varias cosas aquel hombre inquieto que quería tener ahorrados unos miles de pesetas y pagar hasta al carbonero con cheques azulencos, esos cheques en que se repite hasta la saciedad y la repugnación «BANCO DE TAL... BANCO DE TAL... BANCO DE TAL... BANCO DE TAL.»

—Lo que yo necesito, más que una cosa práctica, es el título feliz del invento—solía decir siempre.

Digitized by Google

Buscaba aquel título con afán, hasta que por fin lo encontró.

Llamaría a una fabricación de tinta negra «Tinta de calamar», y en la etiqueta iría pintado un calamar chorreando tinta por sus tentáculos, la propia imagen que imitan siempre los grandes borrones.

Aprovechó para que le resultase barata aquella tinta, la tinada de tinte negro con que preparaban los lutos en veinticuatro horas en los grandes tintes, y fué un éxito en el mercado «la tinta de calamar», la tinta que tenía que haber, la tinta más natural del mundo.

Sólo le molestó en su gran triunfo que muchos le escribiesen consultándole si servía para la condimentación del calamar fresco.

La caja del Banco.

La caja de aquel Banco estaba robada hacía tiempo, pero nadie lo sabía, porque el cajero era el ladrón y los arqueadores no habían llegado a esa deshora terrible en que llegan de pronto. ¡Los arqueadores son más guardias civiles que la Guardia civil!

La caja estaba irritada en el fondo porque conocía el desfalco y le daba sarcasmo ver la gran vigilancia de noche, con luz encendida durante toda ella y los pobres guardianes dando cuerda a sus relojes concienzudos cada cuarto de hora para que constase en su interior disco de papel que habían estado despiertos durante toda la noche.

La caja estaba irritada y esperaba con impaciencia el riguroso arqueo, cuando una noche los ladrones, despues de grandes esfuerzos, lograron abrirla y se encontraron con que estaba vacía.

¡Qué encolerizados se pusieron!

¡Mas que se hubiera puesto el mismo dueño del

Digitized by Google

Banco, al que no le costaba ninguna responsabilidad ni trabajo el abrirla!

Con gran cuidado la cerraron de nuevo y escribieron el siguiente anónimo:

«Señor director del Banco: Es un escándalo y casi una estafa tener la caja del capital social tan vacía como la tiene usted. Defraudados la otra noche al abrirla despues de muchos trabajos y haber agotado las tres cuartas partes de un diccionario para encontrar *la palabra*, le escribimos en señal de protesta.

Los ladrones.»

Los arqueadores fueron al día siguiente para inspeccionar la caja y metieron al cajero en la cárcel.

La personalidad fantasmagórica de D. Ramón.

Sobre la personalidad literaria, sobre su misma historia personal, después de mi relato de las numerosas maneras que tuvo de perder su brazo, trazado en mi libro *Muestrario*, queda en don Ramón la personalidad fantasmagórica.

No puede ser verídica y seguida ni ordenada la descripción de esa personalidad, tiene que brotar de la pluma como los dictámenes de las echadoras de cartas.

Tengo que reclinar la cabeza sobre los brazos cruzados sobre la mesa, en ese obscuro cercado de uno mismo que se forma así, para suponerme a D. Ramón y recordar su personalidad fantasmagórica, esa personalidad que es la más difícil de encontrar y que en don Ramón es tan potente.

Tan fantasmagórico es, que en las tablas de las

Digitized by Google

puertas del Renacimiento, entre ringorrangos, volutas, rúbricas y hojarascas, hay unas cabezas de su calaña, cuyas barbas desmadejadas son útiles a la estructura del conjunto.

En una de esas puertas misteriosas del Renacimiento en caoba obscura, he visto yo antes a D. Ramón el fantasmagórico.

Don Ramón procede de Cronos, así como otros proceden de Dios.

El viejo Cronos es el abuelo natural de D. Ramón, que cuenta también entre sus antepasados al otro viejo Cronos de los ríos y al Cronos de las nieblas y al de los entresijos de los bosques tupidos.

Don Ramón vino al mundo con sus barbas de hilos claros, y de niño era el asombro de los demás niños con sus barbas luengas, que entonces, aunque después haya sido tan moreno, eran rubiales como las de la panocha.

Don Ramón tuvo una adolescencia fantástica, grave, de seminarista que va a ser patriarca de las Indias.

Sobre los libros cayeron sus barbas como raíces de los conceptos, como arraigo de la cabeza a la que subían las ideas por ahí.

Vió agonizar a muchos viejos que le dieron la mirada última, y tiró de las piernas a los muertos para que no se quedasen rígidos y sin el descanso que hay en tener las piernas estiradas.

Se extasió en la selva viendo raíces como serpientes, quietas unas sobre otras en cópula inmóvil.

Bailó con las vaqueras del bosque en esos salones que cierran los arbustos y aclara una especial luz verde clara.

Tuvo un caballo prestado—se lo prestaba el boticario—; pero él, con su decisión y su fantasía, lo

Digitized by Google

convirtió en el caballo de las leyendas, en el hipogrifo que hecha fuego por las narices y lleva sobre sus lomos al caballero y a la raptada.

Acompañó a dar la extremaunción a las aldeas que están sobre los picachos y en las que la muerte se reviste de más absurdidad.

Don Ramón tuvo el primer sombrero de copa a los diez y seis años. Era sombrero de copa muy alta, en el que iba toda la librería de sus ideas. Se paseaba por el atrio de la iglesia aldeana, imaginando lo que tal vez hiciese algún día, acariciando las empresas, esperando que escampase después de las lluvias que hay que aguantar primero en la vida.

Don Ramón tenía una gran habitación que daba a la parte fuera del pueblo, dedicándose a mirar la naturalidad del campo, su atroz monotonía, que sólo el Arte puede amenizar.

Don Ramón olió día tras día las humedades de la casa gallega, fué tomando todo él ese olor a maderas antiguas y a manzanas guardadas; en fin, ese húmedo sentido que guarda su estilo.

En la habitación torcida en que parecía que iba a naufragar D. Ramón, flotante en el valle sobre aquel primer piso, recogió luces, al parecer inútiles, de las que después había de acordarse muchos años. En los inviernos, con las ventanas cerradas y el ruido de los dedos de la lluvia que teclea en el cinc de las ventanas, creció la personalidad de sauce y reloj de arena que es en el fondo la de D. Ramón.

En la otra ventana, en la que no daba a la espalda del pueblo, sino a la calle estrecha y siempre lloviznada, en cuyo pavimento sonaban las barcas de las almadreñas, había un espión, un espión que recogía la silueta de todos los que pasaban, reflejándose, sin asomarse al balcón, en el pupitre interior de su memoria, detrás de todos los cristales que guardan del invierno.

Digitized by Google

En ese espión vió la humanidad implantada para la novela.

Después D. Ramón salió de su tierra, la mitad en peregrino, la mitad en emigrante. Por eso tenía que ir muy lejos, tenía que tocar en tierras líricas ignoradas.

Vino a Madrid en la última diligencia y se atracó del paisaje de España para siempre. Tardó días enteros en transitar los «puertos», esos magníficos puertos secos que succionan al universo en su entraña y absorben aires extraños, lejanos, exóticos, corales y madréporas de luz, además de inmensas, rutilantes y claras estrellas diurnas.

Al cabo llegó a Madrid este gran señor literario, y se encontró con un Madrid lleno de aguadores. Vagó por las calles, y dió, como nadie, la representación de las cosas de aquel tiempo en los cafés y en las tertulias privadas. Dijo las primeras paradojas, que hasta llenaban de asombro a las columnas de los cafés y hacían abrir la boca a los rodilleros.

Ya entonces tenía D. Ramón la aristocracia desdeñosa y agresiva que merece un pueblo tan plebeyo.

Hay que saber que D. Ramón estuvo en las casas de huéspedes en que hay que escribir sobre las mesas de noche y en que hay que comer con los demás.

Don Ramón tiene siempre la exaltación despreciativa que le quedó de aquellos dias en que tuvo que yantar con los beocios peores, los que no tienen siquiera la grandeza rústica de los de las posadas.

Don Ramón entonces salió en un barco de vela con rumbo desconocido. Se veía su baúl negro atado sobre el barco, y a D. Ramón sentado junto al palo mayor, con sombrero de copa y envuelto en la capa del emigrante, en cuyo cuello los broches eran dos conchas, para que se hermanase el emigrante con el peregrino.

Cuando entró en la bahía de Méjico se puso en pie

Digitized by Google

y permaneció en pie con dignidad de visitante que sabe ponerse en pie cuando está a la vista del que le va a hospedar. ¡Gran caballero!

Don Ramón encontró en Méjico un Madrid más romántico aún que el Madrid de entonces, y que daba a unos campos de gran estilo. Alfonso Reyes, Orozco, Rivera, acababan de nacer, y por eso no pudieron hacer los honores al patriarca.

Todos los relojes de Méjico sonaron en sus oídos con timbre español—porque aunque parecen lo mismo las campanadas de unos y otros relojes, hablan lenguas distintas—, y le parecieron todos los relojes relojes de reloj de cuadro, relojes del puro estilo evocador.

Le recibió el ídolo en piedra jabaluna, que desengarfió en su honor los dientes poderosos de su boca formidable, regalándole ese gesto de movilidad que no había hecho nunca.

Acarició las trenzas de una hermosa mujer, praviana ideal con pelo teñido en la tinta china de Dios, con ese punto de negror que tuvo la que Él derritió en el platillo para hacer la morena pura.

Volvió. Su capa estaba agujereada, su sombrero de copa tenía en los bordes rozaduras de cuello de gabán, y sólo se trajo de allí un bastón, una bengala de una madera exquisita del país, como si fuese la vara mágica para conquistarlo todo al regreso.

Madrid le aguardaba lo mismo que le dejó. Al recordar las calles y las costumbres de aquel tiempo, se ve que se veía menos, aunque las cosas tenían el mismo aspecto. Había una opacidad en las calles que patina y va bien al recuerdo de aquel tiempo.

Don Ramón pasaba por las calles ocultándose detras de una anunciadora de los teatros. Yo creo que por arte misterioso de magia le seguía uno de esos biombos anunciadores, protegiendo sus pasos por las calles, disimulándole. Yo recuerdo haberle querido

Digitized by Google

ver al pasar y haberme encontrado siempre al insistir con esa interposición de una cartelera.

Aquella fué la época de sus célebres desafíos; aquel que no quiso el contrincante concertar si no se cortaba D. Ramón su melena, mitad de poeta, mitad de gitano bravo, y D. Ramón se lanzó al desafío con el pelo recogido de extraña manera.

Su desafío con revólver también fué célebre. Desechó esas pistolas de salón de los desafíos, y quiso desafiarse con el arma de fuego moderna, que era entonces el revólver, con su cilindro giratorio, que lo convertía en algo así como en la pistola cinematográfica. Cada uno de los dos contrincantes tuvo derecho a descargar sus siete tiros, dando gusto al dedo y viendo variar de postura la rueda fatal. Pero después de los catorce tiros los dos quedaron ilesos.

En aquella época sentía D. Ramón el rizo de su melena sobre el cuello del gabán, y eso le daba una gran fuerza, un gran tesón, un empuje barbarisco. Abrigaba su personalidad aquella melena extraña, melena de gitano, melena de hombre que va hasta el fin.

Don Ramón acariciaba y pensaba el estilo. Se encerraba con el estilo en su cuarto y se estaba días enteros encerrado con él y recibiendo la comida por el montante de la puerta.

Fué el primer estilista que hubo en España que en vez de hacer su esposa a la retórica, la hizo su querida, y no su querida para pegarla y maltratarla—en eso quizás había tenido antecesores—, sino su querida para someterla a su espíritu, y hacerla los mimos inolvidables.

Don Ramón, para pensar bien en sus cosas, pasaba la noche en las iglesias en que había adoración nocturna; y su espíritu, así, se llenó de palpitantes y vivas lámparas votivas y de lamparilleros perpetuos.

Cada día tenía más maravillosas condiciones de faquir, y hasta conseguía fenómenos de levitación—las

Digitized by Google

formas de sus ideales mujeres ascendían sobre el suelo—, y también conseguía que las semillas que aguarban, que estaban preparadas para después, germinasen espontáneamente y con gran antelación.

En aquella época, que no sabía nada; en que nadie se imaginaba el porvenir y, por lo tanto, se veía el presente sin profundidad, todo plano y en estampa para niños o en grabados de *La Ilustración Española y Americana*, D. Ramón paseó su melena como un rey merovingio del porvenir soviético.

En aquella época fué en la que se dedicó D. Ramón a la alquimia misteriosa, no por encontrar la despreciable fórmula del oro, sino para encontrar la palabra creadora, la imagen en que más duradera pudiese ser la figuración. Es su época de Fausto. En sus ojos queda el fuego de sus manipulaciones y de sus hornillos, y llevaba a las tertulias ese brillo extraño. Fué su hora de leer en el gran Facistol los libros inmensos de los que cuelga una larga cinta como señal, pues si se perdiese por donde se iba, se sería ya un extraviado eterno.

Don Ramón adquirió después de eso facultades más maravillosas, y pudo, por ejemplo, cambiar el estado de la luna y sus fases, y la luna que era llena se convertía en luna menguante después de su conjuro. ¡Sólo un escritor, y un escritor fantasmagórico como D. Ramón, es capaz de conseguir eso!

En ese momento D. Ramón es un gran adivino y un «mefisto» de primera. Con su vara mágica hace aparecer cuadros, habitaciones, una mujer que sufre, un marino que vuelve, cosas, en fin, que no tienen que ver nada con la magia de salón, pero para las que estaba hecha su figura y dispuesto el poder de su cabeza.

Don Ramón consigue ya su consagración. Toda la civilización, los periódicos, las cosas, los descubrimientos, han actuado para que la gente le comprenda.

Digitized by Google

Ya D. Ramón cortó la vuelta de su melena, el plumaje en que se encoge el águila y se siente águila. Ya don Ramón se siente a gusto en la vida; tiene una esposa y una hija, y se sienta y reposa en el sofá de la victoria.

Cuando la barba vuelve a ser ya lino, lino puro, de nuevo lino primitivo, vuelve D. Ramón al agro donde están los Ramones antepasados, y vuelve Valle al valle y el señor de Inclán al señorío: a la casona solariega; con refectorio y capilla bien tenidas y puestas.

Ya es cosa arbestre, más que arborescente, su barba y su guedeja y le gusta ser liana de los árboles viejos.

Todo el paisaje le vitorea y le dice cosas nuevas. Ve pasar por los caminos gentes a caballo, y se encuentra con los hidalgos de piedra y vozarrón de viento de invierno.

Busca en los bosques de castaños y cruces clavadas en sus troncos, las veredas del miedo, y se le hunden los pies en la tierra por un fenómeno del pavor, que tanto ama con ser tan valiente.

Entra en las casas de piedra y en las casucas de aldea, y con el achaque del cansancio y la sed escucha lo que pasa en ellas. Sabe la historia del mendigo y la del indiano que casó con chica joven y fué muerto con el veneno que no se nota y que entra en la gallina en pepitoria.

Los atardeceres de los grandes paisajes imperan en su obra, y se ve cómo en esa vuelta a casa aprieta un poco el paso.

Se atisban en su obra las playas inmensas, en cuya arena sólo quedan las huellas de sus pies durante toda la bajamar.

Es D. Ramón, en medio de esa gran naturaleza, el astrólogo de las flores, de los ecos, de los que pasan muy lejos y no se sabe si son fantasmas o son de una realidad aplastante.

Toda la emoción del paisaje de su juventud se une

Digitized by Google

a la emoción de ahora, ya entrecano, y se dan un fuerte abrazo. De esa fuerte unión de las primeras imágenes, que no tuvieron audacia para expresarse, y las últimas, sosegadas y muy hechas, brota su última obra enzarzada, resaltante, forcejeadora, entusiasta.

La nostalgia habida durante siempre de este gran paisaje con hombres bíblicos—nada de fantasmas—que al pasar confiados bajo las ramas poderosas se quedaron colgados de ellas por los cabellos, ha sido el tercer ingrediente que ha entrado a hacer verdadera, saliente, veraz y lenguaraz su obra última.

Don Ramón es en medio de aquellos paisajes como un cenobita suelto, rebelde, que concita todas las aves, las tentaciones y los recuerdos a su alrededor y halla el sentido del paisaje como nadie.

Es en la tarde de ese paisaje el hombre más fantasmagórico que se conoce, el hombre que comprende la selva y que se presenta en el palacio más señorial de los contornos a pedir el predio que le pertenece; a ninguno de sus antepasados mejor que a él habrán ido a preguntar cosas y a someter litigios sus colonos; el salón de la geografía, cuyos terráqueos movidos por sus manos tendrán rotación de mundos manejados por el Creador, y el salón de la biblioteca, todos cuyos libros serán entendidos por él como por ninguno de sus antepasados.

Don Ramón ha tenido cortada la cabeza, esa cabeza fantasmagórica y que parece injertar en la vida las volutas renacentistas.

¿Quién le cortó la cabeza a D. Ramón? En un martirio del arte, en una disputa sobre la liturgia; pero D. Ramón fué de esos mártires que después se pusieron la cabeza que les habían cortado, consiguiendo así más tesoro sobre su garganta.

Su larga barba encubre la cicatriz; pero hablando

Digitized by Google

con él de perfil yo le he visto la sotabarba llena de esas fieras rugosidades de las cicatrizaciones.

Ese mismo encono que tiene D. Ramón en la cabeza, ese modo fiero y cercenador que tiene de encararse con todo, le quedó de su época de haber tenido cortada la cabeza, repitiendo desde entonces su rostro el gesto que tuvo cuando se encaró con las cosas en su hora de cercenación y desprendimiento, un gesto que no podrá imitar nadie, un gesto entre clarividente, colérico y pasmado.

Con este descubrimiento de que la cabeza de don Ramón ha estado cortada se aclaran muchas de sus idiosincrasias, su impasibilidad, su fiera independencia, su actitud de monarca degollado y repuesto, su estrella fría y consolidada en la frente.

Una cabeza que ha sido cortada y vive tiene un fanatismo por sus propias ideas que llega a ser tan hermosamente dogmático como el de D. Ramón y que ya no cejará nunca por nada ni por nadie en sus orgullos y suposiciones.

Por eso tiene su cabeza esa colocación en forma de cuña, en forma de puñal clavado, en forma de cosa remetida con imperio, de estandarte encujado—no encajado—en la alta almena después de la reconquista.

La cabeza de D. Ramón, siempre echada hacia atrás, como cabeza articulada de santo de vestir, tiene un gesto resurreccionado y ve por eso con nitidez y fulgor todo lo que tiene algo de inmortal, todo lo que no va a ser efímero, todo lo que, como él, volverá a resucitar y persistir. Esa visión de lo permanente, de lo indecible, de lo esencial, que tiene D. Ramón, depende de que sabe lo que va de lo pasajero a lo perdurable, de que conoce por experiencia ese límite, esa brusca transición, ese seguir encendido de lo que no ha de apagarse y ese estar ya apagado de lo que ha de apagarse aunque aun siga encendido.

La cabeza cercenada y rediviva tiene esas faculta-

Digitized by Google

des de ver lo radiante, lo latente, lo constante, lo sostenible, lo indiviso, lo que es fenómeno de la unidad inveterada y sempiterna.

Esa experiencia que tiene la cabeza de D. Ramón no admite competencia. Repetir esa trama de perder la cabeza y reanimarla sobre los mismos hombros es cosa peligrosísima y mortal para casi todos.

Por eso merece más respeto D. Ramón y que ese respeto sea de una especie supersticiosa y salvaje. Compara la vida de todo con aquel instante o instantes en que tuvo su cabeza cortada y en que vió lo que murió y vió lo que no murió en el subitáneo espectáculo del mundo, durante su muerte, mientras su cabeza rodó como muerta, igual que el capitel de una columna cuando se desprende de ella para que el tiempo siempre le arme de nuevo sobre el alto pedestal pulido.

Fijémonos bien en cómo está de recompuesto, de venido hacia atrás, de extrañamente colocada sobre el altivo D. Ramón la cabeza quimérica, la cabeza resurrecta, la cabeza que no sólo evoca las tallas de los muebles del Renacimiento, en que todos los adornos son barbas y guedejas del viejo y venerable genio central, sino que evoca esos colofones de los libros complicados en que los ringorrangos del pendolista o dibujante, sin que precisen una cabeza, sin precisar una fisonomía, componen un ser imaginario, un apóstol teórico, un ser formado por las rúbricas, los arabescos y las volutas puras: el verdadero ente del estilo.

Este es el D. Ramón fantasmágorico que yo pienso.

Ahora perdonadme que haya escrito tantas veces Ramón en mi trabajo; pero es que tengo la facilidad de escribir ese nombre, que se adquiere en el firmar mucho y dialogar mucho con uno mismo. Es un to-

Digitized by Google

cayo y un tocayo de nombre muy español que los franceses convierten en *jamón* y que ni una sola vez he dejado de acentuar.

El claveteador.

Hay que decir «clavador» y hay que decir «clavador de clavos» para representar a este tipo.

Siempre estaba clavando clavos con fiebre, con anhelo profundo, buscando más, más, en el cofre inagotable.

Le daba una sensación de poderío y de dominio el clavar clavos. El necesitaba prodigarse y aquello era una manera de hacerlo. Era una manera de penetrar hasta en las paredes con su deseo de persuación y de ahondamiento.

¡Con qué alegría tomaba un nuevo clavo y aplicándolo a la pared descargaba sobre él los martillazos! Ya sabía dar los justos y tan en recto, que el clavo entraba con una obediencia absoluta.

El clavador de clavos en lo alto de las escaleras se embriagaba, y con cinco clavos en la boca iba sacando de ella como de un alfiletero los que incrustaba en la pared.

¡Lo de llenas de clavos que había dejado las casas en que había vivido! Con la agravante de que cuando se iba de las casas, en vez de arrancar los clavos con los alicates, que era cosa que le desagradaba mucho, los remataba dentro de la pared, los hundía, hacía que perdiesen su cabeza en el fondo de la pared. Así guardaban indesprendible memoria de él las casas en que había vivido. Los nuevos vecinos muchas veces encontrarían al clavar un clavo la cabeza del otro, y sólo por chiripa podían colgar un cuadro.

El clavador de clavos ha clavado en su vida numerosos paquetes de esos que vienen repletos de las fe-

Digitized by Google

rreterías y que parece que no se podrán gastar nunca. Ya los clavos para él son como una manutención especial y parecen servirle el pedido mensual de la tienda de ultramarinos ferruginosos.

¡Pom!... ¡Pom!... ¡Pom!...

«¡Ya está clavando clavos!», se dice su familia consternada.

«¿Pero es que le quedará aún sitio?», pregunta su padre.

¡Pom! ¡Pom! ¡Pom!

Toda la casa tiembla bajo el martillo del Thor doméstico y humanísimo y los cuadros se van torciendo más de lo que estaban a cada nuevo martillazo.

El clavador de clavos se inmortaliza, se perpetúa, se venga de las resistencias de la vida, martiriza la tierra que se lo ha de tragar, clavando clavos en las paredes. Resulta un millonario, pues habrá clavado sus diez mil millones y pico.

El teatro de los ladrones.

Los ladrones tienen admirablemente montado su Gran Teatro. En la taquilla, despachando los billetes, tienen al ladrón sagaz que se asoma a la ventanilla inquiriendo qué clase de tipo es el que toma localidad y qué clase de ladrón necesita a su lado. ¡Qué gran ojo clínico tiene!

Así como hay localidades con entrada aparte, las de este teatro son con entrada y con ladrón.

— Butaca con entrada y ladrón.

— Butaca con entrada y ladrón.

— Butaca con entrada y ladrón.

El teatro de los ladrones no tiene entrada general ni palcos. ¿Para qué? Sólo butacas.

El comité de ladrones que dirige el teatro tiene en cuenta los efectos de luz y los latiguillos que necesita

Digitized by Google

el robo. Todo está calculado y ya saben los vecinos de los espectadores cuál es el momento de la operación, pues han asistido a los ensayos generales para aprenderlo bien.

Después del robo la claque entra en funciones y acaba de distraer al público con sus aplausos arrebatados.

Las caballerizas reales.

Las caballerizas reales son el sitio designado para que vivan los criados de Palacio, para los grandes conserjes rollizos y de casaca dorada, para los porteros de todas las puertas vestidos con frac sobredorado y con pantalón de perneras de jamón. Allí la vida es distinta que en el resto del mundo, más optimista y sobre todo mucho más confiada.

En caballerizas reales nacen muchos potricos y muchos niños. Están llenas de niños gordos y recién nacidos, que se asoman a todas las ventanas y juegan en los pasillos y en los grandes patios.

Son los hijos de la vida confortable y segura, de los criados corpulentos y fastuosos que se casaron con las criadas de casa grande o con las hijas de los otros criados, gordos todos por ser los sucesores de varias generaciones de criados de rey.

Es magnífica la maternidad de las caballerizas reales y son magníficos los niños llenos de hoyuelos en todas sus mejillas que nacen en aquellas camas formidables.

El gran fascinador.

El magnetizador de más cartel del mundo, que ha dado el mayor de los prestigios a su seudónimo de «Nabucodonosor», llevaba siempre detrás a un débil

Digitized by Google

caballero particular que no se podía desprender de su influencia. Es con el que hacía las experiencias más difíciles y al que esperaba cuando lanzaba su proposición más peligrosa.

— ¿Hay quien quiera pasar la cabeza por el agujero de la guillotina y ser guillotinado?...

Nunca faltó a sus funciones. Iba en el último vagón de los trenes que él tomaba, y siempre por cuenta propia y sin conversar con él fuera del espectáculo y hasta sin querer influirle.

Aquel caballero débil quería huir, hubiera querido no volver a ver a «Nabucodonosor»; pero era el caso que desde los carteles le atraía.

Cuando el caballero débil se iba diciendo «ya no volveré a entrar en su teatro... ya no volveré a entrar en su teatro... ya no volveré a entrar en su teatro», tropezaba con uno de esos carteles que «Nabucodonosor» fijaba en todas las esquinas de la ciudad, exagerada la proporción de su frente y la intensidad de su mirada en una cabeza de tamaño doble que el natural, y el pobre caballero débil quedaba sugestionado y buscaba el teatro en que actuaba «Nabucodonosor», tomando su butaca de primera fila en contaduría. ¡Ya le magnetizaba sólo el cartel! Realmente, «Nabucodonosor» no tenía ninguna culpa.

Tanto, que hasta llegó a cansarse «Nabucodonosor» de aquella insistencia, pues ya todos los públicos creyeron en una superchería y en un compinchamiento al llegar a conocer demasiado al pobre caballerete. «Nabucodonosor», entonces, un día se comió el alma de su corderillo inevitable, en el hotel en que paraban juntos, a la vista de todos, después de mondar una manzana haciendo brillar mucho el cuchillo, quedándose jugando con él durante mucho rato como si mondase algo invisible...

Nadie volvió ya a ver nunca jamás subir al escenario a aquel caballero débil y pusilánime.

Digitized by Google

Decadencia de los hules de mesa.

Es indudable que ha habido hules de mesa hermosísimos y que hubiera sido un museo admirable el museo de los hules de mesa.

Aprovechando la hermosa condición de lienzo flexible y agradable al tacto que tiene el hule, los grandes artistas han aplicado a él su inspiración, y por eso han resultado esas cosas tan bellas de color que un barniz eterno hace resaltar.

Ha habido paisajes y cacerías admirables en los hules de antaño; pero el uso se come tanto los hules, los casca y los deshace tanto, que ninguno ha pasado de su año.

Las flores de colores magníficos, dotadas de incomparable exaltación de esmalte y brillo, los grandes girasoles y las malvas reales de los hules fueron mejores que los de la Naturaleza y tuvieron una hojarasca verde, con un verde inimitable fuera de los hules.

Hubo los hules que representaban un circo y en que después de en el circo era donde más se veía la alegría y la disparatada fiesta del circo. Yo recuerdo estos hules en que parecía verse el espectáculo circense desde el alto anfiteatro y se distinguían los caballos, con su bailarina amazona sobre el tambor de la montura, y se veían los *clowns* que se tiran de cabeza a cabeza los numerosos gorritos que son como las tejas de sus cabezas, etc., etc.

Ha habido muchos hules geográficos que parecían aprovechar la estampación en los otros hules con dos paralelos listones de madera que se llaman mapas.

En el Rastro quedan aún los últimos hules pintorescos con grandes floripondios estampados a todo color y hasta aun se puede comprar algún mapa geográfico, aunque no haya de hacerse caso de sus latitudes

Digitized by Google

y de que el Meridiano ese sea el que pasa por ahí: son mapas para nadar a bordo de la camilla, son mapas de sedentario, pues el que se orientase por ellos iría a parar a bosques y mares desconocidos.

¡Qué lástima haber perdido los hules geniales con sus *kermesses* divertidas, y sus romerías, y sus batallas, y sus grandes paradas, y su «vista de Dresde», y su «primera salida del Mongolfier», y sus plantaciones tropicales, y sus flores rarísimas!

Los paisajes que pintó el gran artista Rousseau fueron supremos paisajes para los hules, así como Goya pintó cartones para tapices.

Cuando la reina María Pía de Portugal se volvió loca, regaba todos los días las flores de su hule; y es que la locura devuelve la razón a muchas gentes, y por eso María Pía comprendió que eran más suculentas que las flores de las macetas aquellas flores de los tapetes de hule.

¡Y pensar que hemos visto pasar durante muchos años al vendedor de plumeros y hules pintorescos sin comprarle un indeleble bancal o una barranquera refrescante y optimista!

Hoy tendríamos lo que en hules substituye y puede ser comparado con El Greco, con Velázquez, o con el divino Leonardo de Vinci.

El Estado debería crear antes de que se extingan los buenos hules una Real Fábrica de hules en que volverlos a su primitivo prestigio; pero, ¡lo que son los tópicos!, todos creen en las cerámicas populares, en los tapices tradicionales, y cometen la injusticia de no creer en los hules clásicos destellantes y felices.

Recuerdo que de pequeño, cuando comía en casa de mi abuela, me sentaba en la mesa camilla cubierta por un hule geográfico de esos en que se desarrolla el mapamundi de extremo a extremo, y elegía la punta que correspondía a América del Sur.

Mi plato caía junto a la Argentina y tenía el gusto

Digitized by Google

de estar en otro país al mismo tiempo que en España.

—Yo, aquí, abuelita—le decía con esa insistente minuciosidad de niño que busca su rinconcito con testarudez y que habría llorado si se hubiesen opuesto a su capricho.

En aquel mapa, que daba frío, y en el que el mar estaba representado por un leve ondulado, en el único sitio en que me sentía a cobijo era en ese ándito americano en cuyos nombres de ciudades encontraba un eco de España: Córdoba, Florida, Nueva Granada, Guadalajara, Santa Fe etc.

Viajero de aquellas comidas en la casa silenciosa de mi abuela, custodiada sólo por un gato, me parecía que además en aquel país del hule me entenderían aunque yo hablase con mi media lengua de niño. Yo podía ser allí el niño que se ha perdido, por que siempre me quedaría el recurso de hablar con los guardias y darles mis señas para que me devolviesen a casa de mis padres. Mientras que si me perdía en la Oceanía, ¿que iba yo hacer? Nadie me atendería y tendría que ir saltando sobre esos pedruscos que resultan las isletas de Oceanía, muy parecidos a los que se colocan sobre el riachuelo de vado superficial para pasar sin mojarse, sólo con poner con buen acuerdo un pie en un pedrusco, otro pie en otro, y así sucesivamente en los restantes.

En aquella época he estado yo en América y es posible que haya cenado algunas noches en Buenos Aires y otras en Montevideo, y en Santiago de Chile, y en el Chaco probablemente en aquella época en que mi hermano Pepito, el rubio, tuvo el sarampión y para que no me contagiase pasé un mes entero en casa de mi abuela, desayunando, almorzando y cenando sobre el hule geográfico, bien asentado el plato sobre el inmenso continente sudamericano.

Digitized by Google

Caldo de microbios.

En la medicina actual se habla constantemente de caldo de microbios.

En los laboratorios se oye decir:

—¿Está ya ese caldo?

Se llega a sentir el apetito de ese caldo, y parece que alguien, sin poderlo remediar, se toma a lo mejor uno de esos ricos caldos microbiales, que, como todo lo venenoso, deben de saber exquisitamente. ¿Será el nuevo cocainismo de la humanidad el de tomar microbios en tabletas de caldo Maggi?

Cocineros terribles y cuidadosos de la humanidad, los médicos preparan con esmero sus caldos con color de caldos muy cargados, caldos para resucitar un muerto, con su gran color de gelatina.

El día en que sea permitido extirpar los enfermos incurables, tétricos y que ya ni ven ni entienden, les será dado uno de estos caldos que preparan los hombres de laboratorio.

—Denle un caldo de escorbuto—dirá el doctor—. Y por dar un poco de optimismo a su prescripción, dirá:

—Y también le podrán dar una rueda de merluza y un poquito de pan, una cortecita.

¡Espantables caldos de los laboratorios! No se debían llamar caldos; se debían llamar de otra manera: «preparación», «menjurje», o una cosa así.

La tapia.

Hay un cuadro de la vida que siempre se verifica frente a una tapia.

Digitized by Google

Todos habéis visto esa escena larga definitiva: transición de un acto a otro del drama que se verifica frente a la tapia.

Muchos están cansados de ver la tapia, y confusamente, sin darse verdaderamente cuenta, esperan que en la producción literaria aparezca una obra que se titule *La tapia*.

Yo lo sé, pero como no tengo tiempo para escribir todas las novelas que debiera escribir, ni todos los dramas que habría que escenificar, he de recoger como tema de ensayo, y no de ensayo pasajero o de ocasión, el tema de la tapia.

La tapia que yo voy a situar no tiene secreto, ni resorte, ni puerta. Es una tapia seguida, una tapia dentro de la ciudad, en el camino de sus gentes veloces y compactas, como guión de unas casas con otras.

Es una tapia un poco patinada, llovida, obscurecida por el tiempo y en la que parecen haberse retratado confusamente las sombras de los árboles de bulevar que tiene enfrente. Las huellas de la lluvia son en ella como lágrimas en una mejilla churretosa.

Tiene algo de fondo muy preparado y en el que ninguna pincelada es fortuita para retratar y hacer la película de los que pasan.

El manipulador de la vida parece que no cesa de recoger la proyección de la tapia, que no pierde momento de impresionar la comitiva más espontánea de las comitivas.

Toman un aspecto simbólico los que pasan frente a la tapia de color obscuro, y es el momento en que son personajes en la lista del reparto de la obra, los verdaderos «dramatis-personæ» en acción y en hilera.

En vez de ser esos transeuntes desapercibidos, que se confunden unos con otros, y son unos cualquieras que pasan frente a las fachadas de las casas, éstos que pasan frente a la tapia toman su justo valor, se ve hasta qué punto su rostro tiene carácter, quedan

Digitized by Google

convertidos en lo que realmente son en medio del mundo, quedan definitivamente estereotipados.

Las mujeres con manto o que se arrebujan en mantones son como beatas que van a las iglesias íntimas, a las iglesias que estarán atestadas dentro de un rato por ser demasiado el público que parece que va a ellas.

Yo he observado la tapia desde el alba pasando por el atardecido y la noche.

En la mañana muy tremprano, un poco después del alba, se ven pasar los que parecen, por la actitud y el paso, que van a ser fusilados.

Se puede clasificar el modo de andar de cada uno en cuanto se aclara la mañana, y se ve el paso del que tiene muelles en las piernas; el paso militar del que sin ser militar es la personalidad personificada; el paso de estudiante que no sabe cómo llevar los libros bajo el brazo en jarras; el paso de cura; el paso de atrabancado que marcha cayéndose sobre el camino; el paso del infantil colegial que tiene frío y da dos saltitos sobre un pie, y después unos cuantos pasos naturales sobre los dos, repitiendo esa intercadencia sin dejarlo; el paso del lechero campanudo, sonantes y bollantes todas sus garrafas; el paso de retaco con las piernas cortas; el paso de mujer con las medias de lana muy gruesas y las zapatillas de pezuña etc., etc.

A través de la mañana y de la tarde la tapia toma aspectos diferentes, siendo las mejores horas de visualidad para sus personajes las de la salida y entrada del trabajo; horas veloces de pasos que se pisan los tacones, haciendo unas alpargatas a las otras esa rebarba que les sale en el calcañar como una espuela o espolón.

En algunos de esos momentos se siente que su presencia frente a la tapia es una fuga de seres y se nota que tiene demasiados personajes la vida, debiendo todo autor hacer figurar, en esa obra que describe la

Digitized by Google

vida, un personaje olvidado y abandonado hoy, y que para caracterizarlo con una sola palabra y que el público se dé cuenta de quién es diré que se llama: TODOS.

Hay muchos momentos en el día en que la tapia se queda sola, y entonces se pone triste y se podría decir que la da un vahido. Tiene avidez de gente, de transeuntes, como si ésa fuese su propia vida, como si el pasaje de gentes la diese sentido y la inculcase espíritu. Pasa unos malos ratos muy hondos al quedarse sola, y se presencia su mutis, un verdadero mutis, en la escena de la vida.

Los miserables son los que mejor van a la tapia, los que mejor la sienten: es para los que parece estar hecha. El carbonero se destaca con firmeza de trazos en ella y parece estar pintado con lápiz compuesto en un papel crudo de esos preparados para que sea menos dura la huella del carboncillo y del lápiz, cuya barra es también de carbón.

Cada tapia tiene su pobre, al que se ve funcionar frente a ella como si la tapia fuese su coro o la decoración pintada exprofeso para él. Adquiere grandeza escénica un pobre de pedir limosna frente a esas tapias curadas con el tono neutro que los directores de museos dan a las paredes de las salas para que los cuadros tengan el relieve debido. Todo es como fondo de altar y retablo del pobre, siendo la mejor clase de desvalidos para las tapias los que no tienen piernas, los que han de estar sentados sobre el suelo como una figura que apenas levanta un poco sobre su zócalo. Lo único malo que se ve frente a la tapia que exalta al pobre imposibilitado es que se nota cómo repite sus gestos de imploración, cómo persigue con la conminadora cabeza a los que pasan, cómo se rasca hasta merecer la denuncia al fiscal que debía haber para esa denuncia.

Estudiando sutilmente la tapia se llegan a distinguir

Digitized by Google

dos clases de gentes: los que han de vivir bastante y los que van a desaparecer en seguida. Los que están recalcados y encajados en la vida; los que han sido fijados con el fijador se destacan sobre ella con mordiente grabado; así como los que han de desaparecer pronto, aun siendo vistos a la misma hora de luz que los otros, se destacan apenas, son sombras desvaídas, son débiles fantasmas que pasan evanescentes y sin pulso; vigilando el metraje en desarrollo incesante de la película de la tapia, se ve cuáles son los seres indelebles y cuáles los seres mortecinos los que han pasado probablemente por última vez delante de la tapia.

Pero cuando más valor de último acto tiene la tapia es cuando ha atardecido y aun no se han encendido los faroles, durante esos diez minutos de naufragio de la ciudad, de emigración, de transmutación, de algo así como lo que hacen los maquinistas de los teatros en esas transformaciones rápidas en las que no bajan el telón y sólo se apaga un momento la sala.

Tiene ese momento la hilera humana un trotecillo de fantasmas vivos y lejanos. Parece que el que proyecta la película da con más velocidad a la cigüeñilla, sobre todo los días de mucho frío, en que el paso de cada cual hacia su casa es raudo como el de los troncos que van a la deriva del río impetuoso, y parece que todos los que caminan, en vez de dar un paso, dan cuatro. Esos días, ante la precipitación de la friolencia, sin haber tenido que salir y sin abrir los cristales, nos decimos;

¡Qué frío debe de hacer!

En esa hora indecisa pasan también las señoritas y las señoras que van de visita, ¡qué mal les sienta la tapia! Una señora debía dar siempre una vuelta y hasta alargar un poco el camino con tal de no pasar por delante de una tapia. Se quedará desairada, un poco de ridiculizada y acusada rigurosamente su rimbombancia por la tapia sucia y ruda.

Digitized by Google

Los últimos que se destacan sobre la tapia como cifras humanas sobre el encerado o pizarrín de la vida son los que fuman su cigarrillo atizando mucho la candela, resultando ese brillo fatuo por lucir delante de la tapia de la vida, como la lucecita escasa y efímera de la propia existencia del que pasa como su destello ruin.

Paisajes imaginarios de América.

No hemos estado en América; pero una fraternidad fatal y sinceramente sentida nos hace pensar en sus paisajes, porque la nostalgia del atardecer busca los sitios de elección, aquellos en que se nació por segunda vez, aquellos en que un hermano nuestro vió la luz, aquellos por los que pasó nuestro padre sin decirnos jamás nada.

¿Qué vemos al pensar en un paisaje tan distinto y tan desconocido, al que, sin embargo, creemos conocer?

Yo, que soy un hombre sincero, voy a dilvulgar ese paisaje de la inconsciencia con estribaciones en la cordillera mundial que es como la espina dorsal del mundo. Circula para todo él, aunque sus tabas se separen un poco, corriendo por el túnel de esa dorsal el mismo líquido denso, la misma substancia céfalo-raquídea.

Ahora, al plantarme ante esta necesidad de fijar los paisajes imaginarios de América, me siento como en la cumbre esos peñones que dan al mar y que reciben el nombre de «Bellas Vistas», y lo primero que veo es un ocaso, un gran ocaso.

Digitized by Google

El ocaso americano.

El ocaso americano es como un amanecer.

Es tan fuerte, que aviva la vida con llamarada excepcional.

El sol es más anaranjado que en ningún sitio y todos los alrededores se ennegrecen más. El disco del sol es como un escenario redondo e inmenso.

Estoy en España—siempre estos paisajes están hechos a base de que mi balcón está en España—y lo veo.

Es un ocaso que está detrás del ocaso castellano, y detrás del ocaso cantábrico y detrás del ocaso portugués. Siempre trasciende en el fondo de los ocasos.

—Más allá está el ocaso americano—nos decimos—, el ocaso que puede ser exaltando en la misma lengua nuestra, pues las oraciones que los hombres le dirigen allí lejos se nos comunican por el teléfono natural con las mismas palabras y el mismo idioma que nos responde en las comunicaciones más íntimas dentro de nuestra ciudad. ¡Esto es maravilloso!

Al final de nuestros ocasos, por lo tanto, vemos un disco mayor, un disco gigantesco como un arco de triunfo para los demás soles, un gran arco que se levanta en la lontananza, extralimitado, desorbitado, mayúsculo como la mayor o de las oes.

Al final de los soles superpuestos—como una pila de monedas de oro de los ocasos—se lleva como bandeja ideal ese sol del ocaso americano, y como detalle con el telescopio del ocaso, pasa por el borde del gran disco un jinete embozado en un capote de viaje, una silueta de hombre ágil y emergente, figurita desenfocada en la película del ocaso, que lanza su lazo para ver si puede retener el día que se escapa, y

Digitized by Google

el lazo muere, estrangulado en la esterilidad de un nudo.

El español noble, que siente las afinidades de la palabra y del espíritu, ve durante todos sus atardeceres, como telón de fondo de su mundo espiritual, el ocaso americano. Yo es hacia donde miro al escribir.

Los grandes ríos y el barquito.

Vemos un barquito muy chico en un río muy grande.

Varias veces, como en sueños, hemos sufrido la angustia de este barquito en medio de un río como un mar, caudaloso, copioso, cubierto en sus orillas por los pelos de hipopótamo que son los mimbres de las orillas, muchos pelos hirsutos e intensos de un inmenso hipopótamo sumergido, siempre con el rubor de asomarse.

¿Cómo se llama ese gran río? ¿El «León», el «Titán», «Prometeo»?

No tenemos idea sino de un gran nombre, un nombre magnífico escrito como en los mapas sobre sus aguas azules, inmóvil sobre ellas, cada letra como una boya del río. No es ninguno, son todos.

Pasan también grandes barcos por ese río enorme; pero nada tan conmovedor como esa barquita en la que parece que oran como en un reclinatorio los marineros, pues los remeros de las pequeñas barcas en el mar o en los grandes ríos son como presuntos náufragos, que van rezando el terrible rosario de los naufragios, que varía de número de dieces, pues ha habido naufragio en que se ha rezado un rosario de cuarenta y hasta cien dieces.

El punto desde donde ver la inmensidad de un paisaje es desde el centro de un gran río, en un barquito de pobre de pedir limosna de las aguas, de vaga-

Digitized by Google

bundo que parece ir andando por en medio de las aguas.

Nosotros tenemos ríos históricos, ríos en los que aun hay un fondo bermejo porque la sangre de las batallas no ha acabado de correr hacia el mar; pero al pensar en los ríos americanos nos parece que nuestros ríos son como venas humanas, venas íntimas, y aquellas son venas de la Naturaleza, mares sueltos.

Nos hacen el efecto los ríos americanos de que el Océano Atlántico se comunica con el Océano Pacífico, y que, por lo tanto, no son ríos de fuente, ríos de fuentecita como lo son todos, sino ríos de agua salada, ríos en que dos mares magníficos se aproximan, se enlazan.

Pero siempre lo que da toda su intensa vastedad a los ríos americanos es que vemos en ellos esa barquita osada, recalcitrante, entusiasta, que es como un caminante de las aguas.

En esa barquita viajamos nosotros por el centro de América; en esa barquita boga nnestro espíritu extasiado llorando las grandezas de la Naturaleza, abrumado por el espectáculo, viéndose en medio del mundo, en la partición, en la raja del mundo bipartido.

Siempre se sentirá el hombre el indígena del mundo, el aborigen primitivo, viéndose en esa barquita en medio de los grandes ríos americanos, sintiendo esa grieta luminosa que se hace en el cielo sobre esos ríos exuberantes.

Yo me echo los brazos a mí mismo, me llamo, me atraigo desde la orilla, como el padre que llama a su hijo, escapado en la barca de un desconocido, en la barca prohibida, en la barca que estaba atracada a la orilla como algo prendido de un respeto superior hasta por parte del ladrón.

—¡Ven! ¡Ven!— he gritado a mi alma y me he gritado a mí mismo, extraviado, desesperado de inmensidad, sometido a la terrible presión que opera en

Digitized by Google

medio de los grandes ríos y sobre las barquitas que apenas tienen resistencia, las barquitas que andan como un gran zueco por mitad de los ríos inacabables, donde el sentimiento del ermitaño que es el hombre solo sobre el agua se agudiza, se crispa, se anonada.

En la idea de América y de sus paisajes imaginarios, este río que lleva una barquita que pide protección al cielo es una de las cosas que más nos absorben.

¡Ah! Las aguas de esos ríos son como inmensas cabelleras desmelenadas, son como cabelleras de las que tira la violencia y detrás de las que van muy bellas mujeres sobrecogidas, tendidas con desesperación, arrastradas.

Pasa una beata.

Es una villa en que resalta la amarillez de su asiento bajo un cielo demasiado azul y demasiado luminoso. Está en la misma América del gran ocaso y del gran río.

¡¿Qué luminosidad es esa?!

Nos hemos ofuscado, nos hemos quedado parados contra la pared, en la calle por la que íbamos.

¡Cuidado que hemos visto luces esplendorosas y cegadoras, pero ninguna como esta!

En Sevilla hay día en que se pega el cielo a la tierra, en que se derrite el uno sobre la otra, por la luz. Caen los goterones de las estrellas derretidas como cabezas de clavo que lagrimean su metal fundido.

El mundo, como si fuese de esa pasta que se echa en las conteras de los *bastones*, y que primero se ablanda y se deshilacha de un modo meloso y después se seca y se endurece con dureza de pedrusco, se ablanda en esas horas sevillanas.

Digitized by Google

En Badajoz he visto los días más luminosos de mi vida, tan luminosos, tan ígneamente luminosos, tan sin tregua, que no se podían cerrar los parpados porque quemaban, porque quemaban las córneas con sus cierres métalicos.

¡Ah! Pero esta luminosidad de esta calle en esta villa americana es superior a todas las que hemos visto, y, sin embargo, no arde de aquel modo seco con que ardía la de Badajoz.

La luz eleva esta localidad, le da altura sobre el nivel usual de la luz, la hace un pueblo del primer cielo de los cielos.

El lado de sombra de las casas es como un hábito morado que se han puesto, uno de esos hábitos que se prometen en las grandes epidemias. Es apenas un filetillo de sombra, un ribete escasisimo.

La calle está sola, como están solos los tejados, y solo por el alero de la sombra pasa muy de vez en cuando un perro huído, galopante, caballito de la rabia.

En eso pasa una beata, una simpática señora, maternal, dichosa, que como va vestida de negro se queda muy oscura, aunque una aplicación de *moire* que tiene la manteleta parece que la refresca.

¿Dónde va a esta hora en que la luz persigue y escarnece al que pasa?

Va a la iglesia refrescante, segura, llena de alegrías místicas. Ha tenido un gran pensamiento y una gran decisión, va pasando por la clarividencia del día hacia el fondo obscuro de la iglesia.

Esa dama con traje negro en la calle de una villa americana a cuyo fondo se ve una iglesia de piedras rizadas escaroladas, tirabuzonadas, con las patillas de las volutas muy redichas, se ha destacado a mi vista como ninguna otra dama por las calles de cualquiera otra ciudad

La veo, veré siempre los días de más luz, a esa

Digitized by Google

dama honesta, digna, simpática, con opulentos aires de buena madre, que cruza la calle más luminosa del mundo, camino de la iglesia del pueblo, como se buscan los frescores del sótano, encantador refugio que salva del bombardeo de la luz.

Me dijo aquel señor.

¿En qué república me ha sucedido eso? ¿En el Ecuador o en la Argentina? ¿En Méjico o en Venezuela? Soy el español que no ha estado en América, y, por lo tanto, no lo sé.

Lo que sí sé es que aquel viejo con vejez de marino que ha viajado mucho y está muy culotado y está tostado en su punto como el buen café, me dijo a la puerta de una calle medio de aldea, medio de ciudad, de la capital de una de aquellas repúblicas:

—Mira, ¿quieres entrar?

Yo era como un niño que acababa de llegar a América. Era aquella ciudad como esas en cuya desembocadura, sálgase por la bocacalle que se quiera, siempre se encuentra el mar, que es la playa intransitable, el camino imposible.

El buen anciano, de ojos brillantes de risa, me dijo:

—Pase al patio... Es lo mejor que tiene la casa... Es lo mejor del país.

Entré en el patio alegre, viendo como se cruzaban y se desenvolvían juegos de niños, en su esparcimiento, que daban al aro del círculo vicioso que palpitaba en aquel patio, el patio de no querer salir de allí.

El buen anciano americano, de corazón suavizado por el clima, me hizo sentar en el patio, y yo comprobé que había allí una serenidad que no se puede inventar, una serenidad que para sí quisieran las casas pompeyanas, en cuyos patios no he visto tan serena compañía, tan adunada calma.

Digitized by Google

Había en aquel patio al que me hizo pasar aquel señor Patricio con dos barbas en vez de una, como Moisés, una serenidad a la que coadyuvaban las virginidades con que contaba en derredor, en el cielo y en la tierra. Pompeya tenía un cinturón de inquietudes que allí no había, y, además, en Pompeya el turismo entraba en aquellos patios y los observaba de pie, como la policía, como la vigilancia, como el que no ha de ser inquilino de la casa.

Aquel patio tan cerrado, tan íntimo, de uno de mis paisajes imaginarios de América, me ha dejado una honda impresión de suficiencia, de vida interior, de retiro recoleto, feliz, inestimable.

Los «zopilotes».

En esta escena de los «Paisajes imaginarios» puede haber un error, pero hay que afrontarlo. ¿Por qué me he de negar yo mismo la evidencia de lo que no he visto?

Los «*Z*opilotes» es el nombre genérico que he dado yo a esas grandes aves que vuelan por los cielos de América y que son muy negras, imponentes, inofensivas, y de tan inofensivas hasta magnánimas, siendo como los que dan una última extremaunción a las víctimas, los que se las comen, los que las quitan de en medio, los que las salvan a su desenterramiento.

Los «*Z*opilotes» aprovechan el encanto de los cielos americanos, como ringlera de seminaristas que se pasean por las alturas. Son como aviadores que vuelan sin aparato o jueces impasibles que se aprovechan del vuelo de sus togas para volar a satisfacción.

Esa congregación de los «*Z*opilotes», esa especie de ronda de día que avizora el fondo de las calles y ve hasta los objetos perdidos con su vista de gran alcance, danza en el cielo de nuestra imaginación,

Digitized by Google

pasa por los soportales de nuestra memoria, es como la ringlera de los hospicianos del cielo.

Nosotros, que tenemos pájaros pequeños, y que si tenemos alguno grande es la cigüeña, tan flaca, tan tísica, tan vieja esquelética, tan libélula máxima, envidiamos esos grandes pájaros negros, actores del cielo, vagabundos inofensivos, *buenazos* especuladores en basura.

Esos pájaros negros cuelgan del cielo un pingajo *violado,* algo así como una levita puesta a secar o a orearse en los balcones más altos para que no se apolille o para que pierda su olor a naftalina.

La bajada rápida a la tierra de esos grandes pájaros negros debe parecer muchas veces la del suicida que se tira desde un sexto piso.

Los «Zopilotes» en bandada son algo imponente, tocan al cielo como con una de esas manteletas de terciopelo que se ponen las viudas, una de aquellas antiguas manteletas de seda y terciopelo que se ponían las aldeanas.

La sensación que se siente al peinar un dulce terciopelo dan ellos al desplegarse en bandada; cuando hacen sus ejercicios en los solares del cielo acarician el aire con los sesgos repetidos que dibujan, enterneciendo las miradas cuando encuentran en *su negrura* el tornasol de la suavidad de la pluma, el *violado* de los negros de la *naturaleza,* mucho más optimistas siempre que los de los lutos.

Esos grandes pájaros negros de América acentúan el paisaje con grandes acentos circunflejos y son como los *Zumbones Hamlets* del cielo.

¡Cómo los envidiamos! ¡Cómo quisiéramos ver a esos monagos del cielo, a esos policías secretos del cielo, a esos estudiantes de Salamanca del cielo, en el cielo de Madrid!

En vista de que no puede ser, muchos ratos nos quedamos mirando cómo vuelan sobre las *torres del*

Digitized by Google

silencio que son las ciudades durante las epidemias. Vemos lo bien que harían en nuestro cielo, y cómo nos acompañarían en la desgracia esos animales que son como pingüinos sin camisa blanca o como empleados municipales de las alturas.

El «otro».

Está sentado a la mesa las mismas horas que yo—en ese rincón de América—y escribe las mismas cosas. Yo sé que le es más difícil que a mí editarlas, que le resulta casi imposible, pero escribe esas mismas cosas.

Hace un momento escribía en una primera cuartilla este mismo título de una novela que tendrá el mismo argumento que la mía:

El Biombo.

Se ha dormido también trazando ese título con los mejores trazos de la pluma, con cuidado, con perfección de hombre que traza las letras de imprenta de un gran cartel.

Su mesa es una mesa de pino claro en el que se ve el leve oleaje de las vetas que se deslizan suaves, a través de todo el tablero, como sobre una fina, rubia y transparente playa...

Es un tipo como yo, recuadrado, con patillas que las tijeras de la peluquería aclaran muy de tarde en tarde, con la misma mirada perdida.

Sólo el paisaje de la ventana es distinto. El de él es un paisaje de gran distancia, un paisaje que galopa y en el que se ve correr la plataforma rodante del mundo.

Digitized by Google

Le envidio esa ventana; pero la goza de tan intensa manera y de un modo tan parecido a como yo la gozaría, que eso me compensa. Si yo tengo la publicidad, él tiene esa extensión de paisaje magnífico que oye sus pensamientos, que raspan el marco de su ventana al salir de su despacho, como esas golondrinas que tienen el nido en los altos esquinazos interiores de las habitaciones.

Buscamos al mismo tiempo los dos esas palabras que se extravían a lo mejor y que son irremediablemente necesarias, como «querube», «madreperla», «trapantojo», «augurante», etc., y que los dos amamos tanto. Yo creo que nos hemos ayudado mutuamente hasta encontrar la palabra escondida.

Tiene mucha luz en su cuarto, mucha luz, como si viese el paisaje desde lo alto de la catarata que lo crea y lo esparce en el espacio.

Yo creo que estudiadas las posiciones de nuestros dos cuartos y de nuestras dos ventanas, da la una en frente de la otra, y con nuestra mirada puesta en los cielos completamos el ángulo de la coincidencia, por el que si dos pensamientos coinciden sin haberse puesto de acuerdo los que los lanzan, cae una verdad o una observación constante e incontrovertible, en la mesa como aerolito real. De la coincidencia con ese mismo joven de América, que trabaja como yo hasta en invierno con los sencillos pijamas del verano, han procedido casi todas mis «greguerías». Con esa línea interseccional las he consultado, y por eso ahora se reproducen en todas las revistas jóvenes de América.

En la lectura de la misma cuartilla, ese gemelo mío y yo vemos que hasta nos hemos olvidado de poner tildes a las mismas tes.

Digitized by Google

La gran plazoleta de estrellas.

¿Una gran plazoleta, o una gran playa, o un gran valle de estrellas?

Cuidado que están altas siempre las estrellas; pues allí lo están más.

Mayor vértigo que aquí sentiremos allí cuando nos paremos bajo su fulgor o nos asomemos a la ventanita de la posada para mirar a lo alto, con ese gesto de pequeñez que nos iguala con los ratones que sacan la cabeza por el agujero y hacen el mismo ademán.

Con esa perspectiva descomedida que gozamos en estos paisajes se agrupan más las estrellas, y se las ve tomando grandes plazoletas o anfiteatros que acaban de dar prestigio de gran conclave o de ordenada asamblea al cielo misterioso.

El águila auténtica.

¿Veo volar sobre América el águila auténtica?

¿Siempre quedará en la indecisión esto que digo porque no podrá ser cazada—no llegará a esa altura ningún tiro—ni podrá ser cazada viva en los nidos o en los cepos?

El águila auténtica que yo veo volar en los altos cielos americanos es un águila con garras de bronce dorado y con plumas mojadas, no en el drogueresco frasco con purpurina de los pavos reales y de los otros pájaros dorados de la pajarería, sino mojadas en el fuego dorado del dorado indeleble,

Digitized by Google

El silencio americano.

No sé, todo es imaginario; pero al pensar en aquel silencio, al imaginármelo, se me profundiza la mente en un silencio que ahonda la perspectiva de mi oído.

Sinceramente encuentro yo catorce veces repetido el silencio que hay en otros paisajes. ¡Muchísimos millones de metros cúbicos o kilómetros cúbicos de silencio! «El terrible silencio»—se le podrá llamar—, o «los mares del silencio» o «los barrancos y los valles del silencio».

Es un silencio muy comunicativo, corriente, expansivo, con resaca; un silencio que lleva hasta donde no se sabe la facultad de escuchar. ¿A qué acantilados del otro mar nos hemos asomado en ese silencio? ¿A qué agua marina grande como una noche empotrada e incluída en el día?

Espadañas y campanarios.

Las espadañas y los campanarios se destacan en el cielo de la América latina con una exaltación que no tiene ni el alto mirador del Generalife. La flecha que remata hasta las ermitas parece prendida a los cielos como un alfiler en una corbata, o la flecha transverberadora en el corazón místico.

Los arcos de esa fábrica empinada de las espadañas y los campanarios miran y muestran el azul más exaltado del mundo, el azul más vidente de los mediodías.

Ni en esos pueblos andaluces de cielo tórrido y de azul depurado por el fuego que esmalta hemos visto campanarios y espadañas de un enjalbegado de cal

Digitized by Google

tan resucitado ni tan fosforescente de blancura como la de los campanarios y espadañas americanos.

¿Pues y si tiene la espadaña o el campanario una celosía?

Pasará por ella el añil más cernido del mundo, el añil capaz de volver azules los ojos negros que lo contemplen demasiado.

Los cocodrilos y las llamas.

Vemos cocodrilos de piel granulada que parecen estar forrados de maletín. La granulación en algunos es de arena con piedrecitas, de mosaico vivo, como si quisieran quizás imitar el fondo pedregoso de las aguas.

Las llamas, con sus cabezas muy alerta y sus cuerpos de cordero, son otros animales que nos atisban desde los paisajes imaginarios de América.

Las llamas nos sorprenden como animales vivaces, de ojos de gran alcance, que hasta se pueden pasar de listos.

Sus cabezas no corresponden a sus cuerpos; tienen algo de prevenidas y suspicaces cabezas medio de avestruz, medio de camello más despabilado y atento que suele ser el camello.

Los grandes estuarios.

Los lugares en que se producen los grandes flujos, las grandes mareas, y en los que el mar es como un público numeroso que arrolla a los acomodadores, a los que no se volverá ya a encontrar después de penetrar la avalancha ruidosa y creciente, son magníficos en esta América que recorro como un explorador... que nunca la exploro.

Digitized by Google

El gran anfiteatro está silencioso, vacío; más que silencioso, mudo. El mar del cielo se embarranca en esa entrada monstruosa del estuario. Está vacío como un parlamento en vacaciones, o como los palacios de la música cuando no tienen programa.

¿No recuerda también el estuario silencioso a los grandes frontones sin juego y a los enormes hangares de los que se fué el «dirigible»?

¡Qué gran mitin celebran las aguas cuando crecen y entran en el portentoso estuario, y combaten entre sí, y el pugilato no acaba de tener fin!

En América se siente el miedo de los grandes estuarios, en los que el mar da el espectáculo de la inundación, de cómo podría entrar en los valles, de cómo podría borrar los límites egoístas de la tierra.

En América hay que asistir a los grandes estuarios, y ver cómo el mar busca una alcoba escondida, y cómo en una especie de gran escenario las sirenas y los tritones declaman sus versos de trueno, sus diálogos violentos y rudos, sus poemas magníficos.

Nuestra prometida.

Tenemos una «prometida» en el fondo claustral de América. En la habitación que da al patio pompeyano que cuaja la luz del día, y que hace que repose el espíritu intranquilo de fuera, vive esa mujer bella, de grandes ojos a medio entreabrir, que convierte en convento toda la casa y pone bellas arcadas góticas de claustro modelo alrededor del patio sencillo. Me espera de verdad, no como esas heroínas que esperan vagamente a un caballero que ha de pasar. Esa prometida ideal, que es como una promesa que otro ha hecho por mí al cielo, tiene bastante con su reconditez. Nadie la ve, y guarda una viudez de novia al desconocido que sólo la presiente.

Digitized by Google

Nuestra prometida de América, a la que quizás no veamos jamás, deshilacha los manteles adornados con bellos «deshilados» que han de cubrir nuestra mesa, vacía las lámparas, por si ésa es la noche en que yo voy a presentarme, ha marcado hasta los paños de cocina con nuestras iniciales cruzadas.

La ciudad de los cardíacos.

Está demasiado alta esa ciudad de la cordillera supraandina.

Los cónsules y los embajadores extranjeros son elegidos entre los de mejor corazón, sometiéndolos a un examen previo. Allí no puede ir ningún extranjero desprevenido.

CUIDADO CON EL CORAZÓN

se lee en los avisos del camino.

Todos los indígenas tienen corazones fortalecidos, de formidable arboladura, de tenaz palpitación. «¡Quiero!, ¡quiero!, ¡quiero!», dice el corazón exaltándose.

En los silencios de las saletas se oyen los corazones, que no sólo hacen el *tipi-tín tipi-tán* corriente, sino que marcan el redoble *ti-pi-tín-ta rataplán*.

Los débiles se apagan, se funden, se consumen, no pueden vivir. Sólo las grandes individualidades perduran en la ciudad altísima.

Tardan en morirse todos, y sólo fallecen súbitamente los que se defienden de la malsana curiosidad de bajar a ver el valle, de ver y mezclarse a las criaturas de corazón sencillo y débil, con dulzuras y suavidades inéditas para ellos. Su corazón se sale de su sitio,

Digitized by Google

se estrella en su pecho, se queda fuera de su eje, y cuando los médicos les mueven para reconocerlos como se mueve un reloj, se oye que hay en su fondo una pieza suelta que suena a eso, a estar desprendida.

Los ojos de los padres y de los hijos.

Este es sólo un fenómeno que sólo se da en América, y en cuyo prodigio y contraste nos hemos quedado absorbidos, que es como decir absortos.

El padre ha ido perdiendo la visión de lo cercano, de lo inmediato, de lo que cualquiera ve, y sólo alcanza las grandes distancias, los lejanos horizontes.

—Por allí viene la manada salvaje—, dice y prepara su lazo, el lazo de largo metraje, que caza como por medio de la telegrafía con hilos, al cornúpeto salvaje o al caballo en libertad.

¡Zas!, y lanza su lazo interminable hacia lo lejos, y pone el lazo en el testuz, realizando la más difícil suerte de toreo, o apareja al caballo lejano de orejas pequeñas, pero listas.

El hijo, por el contrario, ve lo que está próximo, que es lo que ya no alcanza a distinguir su padre, de tanto desdeñarlo, de tanto ambicionar ver los sitios lejanos, para ver el peligro y poderse prevenir, para ver pronto la pieza y salirla transversalmente al encuentro.

Es el lazo corto el que maneja el hijo, pues no sabría lanzar ese cablegrama que lanza su padre en la caza. ¡Zás!, y lanza el padre su lazo a lo lejos, demasiado lejos...

¡Zás!, y lanza su lazo el hijo y coge la pieza que se le había escapado al padre, porque el padre sólo puede cazar de un modo difícil y sorprendente.

Salen siempre juntos padre y chico, se completan, se necesitan. El hijo no ve lo que se mueve en las le-

Digitized by Google

janías de las extensas pampas, y el padre sí, así como el hijo es el que salva al padre del obstáculo que le sale al paso, del vado inmediato, de la mala bestia emboscada.

Los árboles de las campanillas de plata.

Entre los árboles extraños de América está el de las campanillas de plata, árboles por entre cuyos ramajes se desliza una armonía deliciosa y jovial.

El árbol de las campanillas de plata suena con el viento de la tarde armoniosamente, y de la región de esos árboles, de los oasis en que suenan, llega a las grandes praderas y a las grandes pampas una especie de son de esquilas más nutridas e innúmeras que nunca; rumor suave pero ensordecedor, que se sobrepone a la sorda grillería que se escucha siempre en los silencios del campo; de los árboles de las campanillas de plata se desprendieron los primeros sonajeros de los niños, sonajeros optimistas y joviales, desconocidos en Europa hasta entonces, los sonajeros que cuelgan de un arito de hueso pulimentado y que son la primera alegría argentina de los niños.

El agua maravillosa.

Hay muchas aguas admirables en América. Hay manantiales exquisitos de aguas bicarbonatadas, en los que los componentes orgánicos son tan cuantiosos y maravillosos, que para que pueda ir el análisis impreso en el brazal de la botella hay que hacer las botellas mucho más largas de lo corriente.

Los exploradores encontraron por casualidad aguas que curaban el cáncer y la tuberculosis, y de las que ahora es imposible hallar las fuentes.

Digitized by Google

Pero el agua más sorprendente de América es esa que describía el bardo Taliessin y que es «más dulce que el vino blanco».

¡Cómo ansío beberme un vaso del agua virgen que brota en sus campiñas! Sólo cruzaré el mar alguna vez, cuando todos mis amigos de allá sean amigos antiguos, con la ambición de beber un vaso de agua en su compañía.

Las verdes islas corrientes.

Estas islas tocan en las costas americanas sin cesar, como mundillos que vuelven, que siguen la pista de los que creyeron sustraerse al destino humano.

Estas islas eternamente verdes que rozan América, corren, se alejan, se pasean por el mar, pero al fin atracan de nuevo en las costas.

Algunos exploradores las buscan hace siglos y no las encontraron, porque siempre escapaban a su invasión.

Son las islas que huyen del explorador y que llevan su verdura exultante y su virginidad por los mares de América, dándola el perfume de sus grandes albahacas.

Las casas que se cimbrean.

Los arquitectos, en general, hacen casas cuyo vicio es la rigidez. En las grandes alturas de América hay casas que sobrepasan el estilo pasado y adusto de la arquitectura y se dejan mover por el viento y por los vientos que quebrarían toda rigidez por fuertes que fuesen sus sillares.

Los arquitectos de la rigidez, cuando creyeron civilizar aquellas regiones, elevaron la casa fija en todos sus lados, orgullosa, de paredes arraigadas, y el vien-

Digitized by Google

to echó abajo sus casas, demostrándoles que la única casa posible frente a los vientos formidables era esa casa asentada sobre unos pies movibles, ligados con grandes lianas a las anclas de los cimientos y que gracias a una prodigiosa articulación pueden ceder en sentido del viento, quedándose inclinada la casa hasta que viene el viento contrario que por fin la equilibra.

Es admirable esa pleitesía ante el viento que desarma su odio y lo deja pasar por encima sin que desarraigue y desarme la casa, con actitud cortesana pero salvadora.

Debe ser emocionante ver todo un pueblo torcido, a medio tumbar sobre las cúspides y saber que sólo es provisional esa postura y que sólo la han tomado todas las casas para que sólo sea un leve tirón de orejas el que las dé el viento.

El río Azul.

Hay un río azul, turbio de azulosidad, que es el que se lleva todas las juventudes, el río en el que desahogan todos los romanticismos, el río al que echan los poetas sus poemas partidos en pedacitos o dobladillados en forma de barco.

El río Azul es un río americano de bello nombre y con cuya agua nos lavaremos los ojos, pues su azul, un puro azul de metileno, es el que mejor los conserva.

El río Azul es como la banda de *moire* de una gran cruz que está ceñida a ese paisaje que merece tanto el haber sido condecorado.

Digitized by Google

El ojo de Juan Ramón.

Ya en otro libro, en «El Doctor Inverosímil», me ocupé de la gran sensibilidad fantástica del oído de nuestro gran poeta Juan Ramón Jiménez, y ahora me tengo que ocupar de lo que le pasa en la vista, porque también es algo maravilloso.

Juan Ramón tiene un ojo prismático, y todo lo que ve por él lo ve como los cubistas o con esa visión optimista con que se ve el mundo a través de una tallada cuenta de cristal que fué el mirífico monóculo que usamos en la infancia y que nos dió la visión más divertida del mundo.

Juan Ramón ve todos los días, a todas horas, todas las cosas con esa variedad de colores y ese desarrollo de las formas que acrece la realidad. Hasta los cuadros académicos se convierten a la vista de Juan Ramón en cuadros cubistas. ¡Qué suerte la suya! (Claro que ante los cuadros cubistas tiene que entornar ese ojo para no devolverles la estructura vulgar, y recompuestos de nuevo, verlos convertidos en terribles adefesios académicos.)

Todos ante Juan Ramón nos presentamos vestidos de arlequines, con trajes de muchos colores. La monotonía de la vida moderna en que todos visten de obscuro se transforma ante Juan Ramón y todo ante él se desangra en colores.

Toda imagen se colorea a sus ojos y se cubre de aureolas. El cielo está lleno de arcos iris y las estrellas son de muchos colores...

¡No es nada lo del ojo! ¡Tener asegurada la visión poética y pintoresca del mundo!

Primero Juan Ramón se alarmó mucho. ¿De qué sería anuncio aquel fenómeno? ¿Le anunciaba su muerte

Digitized by Google

aquella visión paradisíaca e hilarante del mundo...?

Se fué a ver al admirado Marañón, y éste le recomendó a uno de nuestros mejores oculistas, al doctor Poyales.

Juan Ramón impresionó al doctor desde que apareció en su consulta con su rostro de faquir o de santón.

—¿Y qué le sucede a usted?—le preguntó el doctor creyendo que Juan Ramón le iba a contestar que tenía la vista cansada o que no veía «cuatro en un burro»; pero Juan Ramón, con su voz de profeta, le dijo:

—Pues ha de saber usted que cuando miro al suelo lo veo cubierto de papeles de colores...

—¿Cómo?

—Sí; lleno de papeles de colores, de aleluyas de color y luz...

El doctor Poyales se quedó pensativo y atemorizado. Nunca se había presentado un caso por el estilo... Miró profundamente los ojos del sobrehumano poeta, escudriñó sus pozos profundos, encendió los sutiles focos de automóvil que los oculistas tienen para ver el fondo de los ojos, y sólo después de una larga sesión de estudio prolijo y difícil, poniéndole ejemplos en el cinematógrafo de los oculistas y poniéndole números y letras en el escenario luminoso del fondo, como se ponen para anunciar los números en los *music-halls*, descubrió que lo que tenía era un ojo prismático, caso verdaderamente extraordinario en la ciencia, caso que desde hace ochenta y cinco años no se había dado en la historia de la medicina española y que el doctor Poyales no habría conocido si no hubiese estado en un Congreso Oftálmico celebrado últimamente en Nueva York, en el que precisamente por su rareza fué presentado el caso de un ojo prismático.

Juan Ramón salió, por lo tanto, de casa del oculista satisfecho y orgulloso. No significaba enfermedad lo que sucedía en su ojo. Era más bien una superación—

Digitized by Google

no poner supuración—del ojo. No había que curar aquello, porque tampoco tenía curación. Su ojo era como un diamante tallado en vez de ser el diamante en bruto de los demás.

Así Juan Ramón ve como dos poetas, con dos visiones distintas: la del ojo prismático y la del ojo normal. Cuando la realidad no sea muy poética, entornará el ojo que ve las cosas como son de verdad, y cuando la realidad merezca mirarse tal cual es, entornará el ojo cubista, arlequinesco, calidoscópico, polifacético, multicolor y cromático, como el solo ojo que no tiene el prisma hacia fuera, es decir, que no se puede notar sino un prisma anterior.

Y alguién dirá: «¿No será que se le habrá atragantado el cristal de unos *Z*eis?...»

En las librerías, que es donde más se le suele encontrar, los escritores dedican elogios a su ojo estupendo y querrían verlo que lo desprendiese un momento de su órbita y les dejase atisbar el mundo a través de su rareza.

El otro día, «Xenius» le decía haciendo valsar sus palabras con esa cortesía que le caracteriza:

—Así, no sólo pasará usted a la historia de la literatura, sino que quedará también en la historia de la medicina....

Un rey antiguo que resucita.

El panteón de reyes había llegado ya a estar dotado de la frialdad penetrante en que no se corrompen las carnes.

Alguna vez se había abierto la caja de algún rey fallecido hacía mucho tiempo y se le había encontrado intacto, hasta sonrosado y con aspecto de buena salud.

En el frío panteón los vivos se quedaban como muertos y congelados y los muertos se sentían satura-

Digitized by Google

dos de una vida inmóvil, pero encarnadada en sus tejidos humanos.

Era como una sala del sanatorio de los muertos aquella sala frigorífica, por la que pasaba siempre la cascada de las aguas más finas.

Y un día sucedió que el rey Abdón V se evadió de su féretro animado por su antigua vida, porque, enterrado después de un ataque de catalepsia que no supieron diagnosticar sus médicos, el gran frío de la cripta había mantenido incorrupto su corazón, hasta que en aquel día de Agosto en que perdió frialdal la temperatura helada del panteón, el buen rey Abdón V se sintió despertar.

En la corte le quisieron detener; pero él buscó un buen abogado republicano que le defendiese y destronó ante los Tribunales Supremos de Justicia a Abdón XXI, dándose el caso del mayor salto atrás que se conoce en la historia, pues Abdón V reinó después de Abdón XXI.

La niña manchada de tinta.

Recuerdo aquel día como el de haber cometido un crimen.

Aquella preciosa niña de ojos rosas se asomaba a mi mesa buscando el pan de cristal en cuyo fondo se veía el jardín de florecillas de colores que hace soñar tanto a los niños.

Estaba vestida de seda blanca, que es la tela más preciosa del mundo, y estaba limpia como recién sacada de la colada más pura, rizándose los bordes de su traje con delicada ondulación.

Con mi pisapapeles de cristal en la mano, estaba sentada la niña en el valle de las florecillas y de los bombones, como sutiles caramelos de los Alpes de

Digitized by Google

exquisitos dibujos, que hacían más deliciosa la estancia en el mundillo de cristal.

Cuando, de pronto, ¡pum!, vertí el tintero, que se vació encima de su traje blanco.

—¡Pobrecita! ¡Pobrecita!—grité despavorido, como si se hubiera matado, porque me pareció eso: que la había degollado en un arranque de locura, o que se había caído y se había descalabrado, llenándose de sangre.

Acudieron todos los de la casa y fueron recriminándome los gritos que yo había dado «como si se hubiese matado la niña».

Yo recordaré siempre aquella escena trágica, imposible y aciaga en que la niña, vestida de seda blanca, aparecía llena de borrones, pálida, compungida, sin poder romper a llorar.

Vaniloquio de las palabras.

Las palabras se me pusieron a discutir encima. Todas querían ser las más bellas, las más enlabiadoras y las más importantes. Sólo voy a recordar un trozo de diálogo para que se vea su orgullo:

EUFEMISMO.—Yo soy una palabra delicada a la par que graciosa.

MELICO.—Pero siempre te refieres a otras palabras cuya sordina eres. No te pasa como a mí, que soy una palabra con dulzura propia...

MELIFLUIDAD.—¿Y yo? ¿Qué decir de mí?

ESTRUENDOSIDAD.—¡Sarasa!

ADALID.—Lo que hay que ser es una palabra, no sólo bella, sino que capitanee algo grande y entusiasta...

METEMUERTOS.—Te gana a eso Héroe...

HIEROFANTE.—Lo que hay que ser es lo que yo y te-

Digitized by Google

ner además mi hermoso nombre... Estar iniciado en los misterios sagrados es lo principal.

GENÍZARO.—¡Gua! ¡Gua!

REQUINTADA.—Genízaro tenía que ser el muy grosero que lo toma todo a chacota.

PLENILUNAR.—Lo que hay que ser es una palabra del cielo, como yo... Así no se oye ladrar a las palabras soeces...

TRÉMOLO.—Pli-pli-pli-pliii.

PARALELEPÍPEDO.—Lo que hay que ser es una palabra científica y sonora.

LUSTRAL.—Nadie como yo.

AURINO.—¿Y hay alguien que tenga algo que decir de mí?

ELIXIR.—Yo... Te falta mi esencia.

CAPITOSO.—Y a ti, a veces, mi excelencia.

EMPORIO.—Lo que hay que ser es algo como yo, palabra que revela el centro de la civilización y la cultura, y no palabras mezquinas.

NÉCTAR.—Yo soy lo que prefieren los dioses.

PULQUÉRRIMA.—Yo soy sabrosa sólo con que me pronuncien...

FULGURACIÓN.—Pero no tienes mi destello...

ORTO.—Yo soy la palabra más ascendente.

PERIHELIO.—Pero no tienes mi justeza.

ALEGORÍA.—Ni mi grandeza.

LUMINARIA.—Ni mi alegría vivaz y próxima a los hombres.

PERÍNCLITO.—¿No basta con que yo me anuncie y pase mi tarjeta?

ARQUETIPO.—¿Y si yo paso la mía?

DIVINIDAD.—Yo sólo me anuncio con mi aureola...

INCREDULIDAD.—Eso, si creemos en ti...

La discusión continúa inacabable usando de la palabra las palabras más bellas: Rosicler, Exaltación, Aurirrosada, Estuario, Dióscoro, Hechiera, Versicolor, Paradisíaco, Afrodisíaco, Mirífico, Filigrana..,

Digitized by Google

hasta que una palabra que estaba encogida y callada en un rincón ha dicho de pronto en medio del jolgorio acabando el guirigay:

—¡Silencio! Se acabó... Yo valgo más que todas, porque represento tanto a unas como a otras y soy todas al mismo tiempo...

Todas las palabras se levantaron de sus asientos para ver quién había hablado, y vieron que era

ETCÉTERA...

El púlpito de la retórica.

Lo que había que enseñar en aquella iglesia era el púlpito. Era la joya de la gran nave. Todo lo demás era pobre, desdichado, pequeñito, de tal modo, que parecía la iglesia, con magnífica nave de catedral, una iglesia desmantelada, desvestida, sin retablos.

—¡Ah! No se puede usted ir sin ver el púlpito de San Andrés—decían los del pueblo al forastero, y lo conducían a la iglesia, enorme y pobre, mostrándole con el índice, admirativo y apasionado, el púlpito magnífico, lleno de filigranas en hierro repujado y en plata.

Esos hombres inspirados que bautizan todas las cosas con una sola frase le habían llamado «el cáliz de la elocuencia», porque sobre sus repujados y sobre su traza admirable estaba que en ese púlpito se habían lanzado los más bellos sermones. Todo el pueblo recordaba la fluidez de los discursos que el día de la fiesta del Patrón del pueblo habían brotado de aquella joya, que pertenecía tanto a la orfebrería como a la arquitectura.

El dosel y tornavoz del púlpito completaba su encanto. Era como la tapadera suspendida en lo alto del cáliz como por gracia especial, como si el milagro

Digitized by Google

hubiera dado una ingravidez inmaterial a aquella preciosa bovedilla aérea, que era proverbial cómo devolvía de intensificada y enternecida sobre manera la voz de los oradores.

El obispo iba todos los años a oír el sermón célebre, y estaba admirado de lo que allí sucedía.

—¿Pero cómo es posible—decía a sus familiares—que ese orador chabacano, manido, sin gran cultura religiosa, haya podido lanzar un sermón tan estupendo?

Muchas veces, durante el año, había tenido que oír la predicación de los que después se tornaban maravillas en el templo de San Andrés, vacío como un gran silo exhausto.

La gran fiesta del pueblo llegó a ser el sermón, pues para la procesión apenas había santos y estandartes que pasear. El Ayuntamiento también era muy pobre, y no podía hacer nada para sostener los festejos. En las casas apenas se podía festejar el advenimiento del día del Patrón, pues las deudas no podían aumentarse y eran muchas y ahogaban toda iniciativa. No se podía matar una gallina, porque era matar la ponedora de los huevos para los enfermos, pues en el pueblo había la costumbre de dar para los enfermos uno de cada dos huevos que pusiesen las gallinas, ¡y a veces no bastaban! ¡Había tantos enfermos!

Casi el único extraordinario de las fiestas era oír el sermón. Saciaba todas las hambres atrasadas, y era para los forasteros los dulces y las golosinas y el aloque que no podían darle.

¿No iban a tener orgullo con su púlpito, erguido en el tercio superior de la nave central, a la derecha de los fieles?

Silencioso todo el año, guardaba como un sedimento, como una solera de lo que se había dicho en él. Acercándose mucho a su nido, las almas crédulas creían percibir el eco, medio de anatema, medio de dulzura, de lo que es la esencia de los sermones.

Digitized by Google

—¡Qué lástima que no pudiesen ustedes sufragar el poder imprimir un sermonario que contuviese de un modo perenne esta oratoria sublime!—decían los que oían el último sermón.

—Un sermón nunca se debe tomar con taquígrafos... Se le haría demasiado responsable, y el orador perdería espontaneidad—contestaba el párroco.

—Es más precioso—decían los místicos—lo que queda en las almas y es sólo riqueza de unos pocos, que lo que se reproduce...

El valor del púlpito crecía, y entonces se le ocurrió al obispo probar en qué consistía aquella maravilla; y para que hiciese el sermón del año eligió a un pobre fraile, torpe, albino, miope, que buscaba con la cabeza las cosas y las palabras, como si las buscase con una trompa, y que era además tartamudo.

—Pero...—comenzaron a decirle sus familiares.

—Pero...—le fueron a decir los mismos hermanos en Santo Tomás del elegido.

—Pero...—dijo el mismo.

El obispo insistió, y el día solemne subió el fraile obscuro al púlpito mejor repujado de España, al único púlpito sin escalera, pues se utilizaba para subir a él una escalera portátil, que se quitaba durante el sermón.

Se hizo ese silencio riquísimo que sólo se producía antes de los sermones de San Andrés, y el fraile comenzó su sermón con tan dulce voz y con tan mórbido estilo, que parecía que le acompañaba el órgano de más variada y delicada trompetería.

El obispo estaba admirado, y con él todos comprendieron el prodigio. En aquel magnífico nidal de la orfebrería española que aligera y eteriza al hierro, había anidado la retórica.

Bajo los auspicios del Espíritu Santo, aquél era el púlpito de la elocuencia, que florecía del subsuelo en rizado tallo de hierro y después se hacía flor del arte, lirio retórico.

Digitized by Google

Greguerías sólo de este libro.

El cepillo y el cogedor con que se quitan las migas desparramadas sobre las mesas de comedor tienen algo de objetos de peluquería.

Parece que después de hacer esa operación la doncella va a traer el espejo que en las peluquerías sirve para mostrar lo limpia que ha quedado la nuca, aunque en este caso va a servir para mostrarnos lo arrebatados y gorditos que hemos quedado después del convite.

Oyendo la música que suena en el jardín próximo hay veces que se la siente más viva, como si hubiesen abierto las puertas del aire libre, como si eso nos revelase que hay puertas y verjas consecutivas e invisibles entre lo que parece al aire libre y el camino diáfano del campo raso.

Los días de lluvia desigual, gotas gordas y gotas flacas, parece que llueve en el pasillo.

—¡Poned todas las jofainas bajo las goteras!...

Las palabras con puntos suspensivos resultan como aderezadas con guisantes.

Después de muertos, cuando sólo queden de nosotros nuestros retratos al óleo, sólo reviviremos rejuvenecidos cuando nos barnicen de nuevo. ¡Embriaguez póstuma!...

Digitized by Google

Todo montante del que no se ahorcó nadie es un montante fracasado.

En los plafones se esconden las ideas decorativas. Al inventar, no miréis nunca a los plafones en que las hojas de lechuga de yeso se rizan.

Algunos cacareos que salen de los corrales parecerían cacareos que serían de desesperado dolor de muelas si los gallos tuviesen dentadura.

Los pueblos de hormigas son pueblos enteros de cadáveres negros que se arrastran; porque hay que subrayar que las hormigas tienen tipo de esqueletos microscópicos y renegridos.

¿Cómo nos ven las bestias? ¡Qué grabados debemos quedar en sus cámaras obscuras! Sobre todo, nuestro mejor retrato ampliado está en el elefante que nos vió. El elefante es la máquina fotográfica mayor que se conoce con el fotógrafo dentro. La trompa es la mano del fotógrafo, que busca siempre la bombilla de goma que hay que apretar.

En los urinarios secos parece que van a conseguir alas los microbios fatales.

Aquel sonajero de cordérito influyó tanto en aquel niño, que fué después un hombre manso y dulzón.

Digitized by Google

Por el ruido del ventilador hacemos un viaje largo, interminable. Si se parase de pronto, sentiríamos todo el pánico del accidente... Tiene ratos en que insiste más y se oyen en él más ruedas de las que tiene, proyectándose su ruido en una perforación de las montañas. Nosotros podemos decir que hemos subido al aeroplano de los ventiladores de café.

Los holgazanes están con sus largos blusones al balcón de su casa... Son los hijos del papá que va manteniendo la casa sin asegurar mucho el porvenir... ¡Pobre holgazán cuando el papá se muera!... Los holgazanes, con sus largos blusones color de jabón, muchas veces ya descolorido y casi blanco, permanecen en el balcón horas y horas como monos desesperados, buscando el rincón de la esquina y aburridos como seres que acabarán por tirarse del balcón, a cuyos estribos se suben en momentos de impaciencia... Grandullones y vagos, quedará en su vida esa pereza, esa desgracia, esa sonsonería.

Las sandías embarazadas, los melones albinos y barbilampiños, los melones con cara de vejetes de pueblo, arrugados por el sol, con las arrugas menudas, apretadas y cicatrizadas que sobre todo se ven en las nucas de los campesinos viejos y como llenos de mosto en vez de sangre, llenan el cauce seco del verano.

Esas cuatro campanadas de los cuartos que suenan alrededor de la una en los relojes de torre son demasiado acompañamiento para tan poca hora. Se queda muy desairada y colgada la pobre una.

Digitized by Google

El titiriteo o castañeteo de los platos en los barreños de las cocinas nos mueve la dentadura.

(Frase). El tranvía del viento...

Las grandes cortinas blancas que penden de algunos balcones son las servilletas del tiempo...

Los ángeles en verano huelen a demonios, porque sólo los días de tormenta pueden bañarse; ¡los demás días está cortada el agua en su piso alto; es decir, no sube por falta de presión!...

La esfera del reloj no está rodeada de minutos, sino de puntos suspensivos... ¡Oh! Gran circunferencia de puntos suspensivos que no prejuzgan lo que puede suceder.

En esos tecleos triples y seguidos de las máquinas de escribir parece oírse el piar de los pájaros.

En la noche pasa la verbena de los tranvías del verano.

El buho, ese pájaro al que se le ha hinchado la cabeza.

El carro de la heladora es un seguro contra los in-

Digitized by Google

cendios del verano; va buscando como un coche de urgencia a los que aplicar sus barras de hielo.

Aquel brindis, aquel discurso que no estaba en el menú, por más que movimos el café, no se deshizo en él. Mal brindis. El brindis a veces es una cosa que se echa al café, que se mueve con la cucharilla y que hace más amargo el café del banquete.

Parece que los que tuestan café se dedican a recalentar y tostar el terráqueo como locos que así quisieran dar calor al mundo.

Después de todo, ese maderamen que se levanta sobre el terreno de la obra es como la telaraña de madera de la araña humana.

Las joyerías en la noche son como estuches vacíos, pues todas las joyas se han ido al teatro. Sobre todo cuando hay ópera, ya se sabe dónde están.

Ese automóvil que cojea sobre un neumático aplastado tiene ya algo de animal vivo renqueante y desgraciado.

El queso de Gruyere tiene además de ojos, orejas, oídos, la calidad de las circunvoluciones de las orejas humanas.

Las estrellas son los puntos suspensivos del cielo,

Digitized by Google

los puntos suspensivos que llenan el claro de lo que no se sabe.

Hay unas estrellas que son como las mariposas de aceite de los cielos.

Las aceitunas en frasco son lo único que puede estar embotellado desde siempre, *en conserva* desde el principio del mundo.

Me odiaba en el fondo porque en vez de Dorestes le llamaba, no sé por qué, Renovales.

Con las mejores plumas Watterman se quedan los ingleses. Pero alguna vez se les escapa alguna, y si es la que compramos escribimos gloriosamente bien, suave, seguido.

Suenan los huesos del jugador de dominó, todos los huesos puestos encima de la mesa. ¡Magníficos coscorrones con los nudillos!

La incontinencia en que en seguida incurren las jarras y que no hay soldador que pueda soldar bien, se podría llamar diabetes.

Los espejos en que uno se viene afeitando siempre bien podían ya afeitarnos solos... Asomarnos a ellos enjabonados y que nos apurasen bien la barba con el filo de su bisel, mágicamente, echando al trasmundo el jabón y la rasura.

Digitized by Google

Los cuellos almidonados, sucios, revelan la fatiga social de las oficinas.

La hoja de *Gillette,* recuerda la cuchilla de la guillotina. Por eso todos los monarcas se afeitan aún con navaja.

Cuando en pleno día se dan las «buenas noches» en vez de los «buenos días» se queda consternado el que sufrió esa equivocación. No tiene importancia la errata; pero se supone que nos habrán encontrado ya «locos de remate».

Las llaves en su llavero son un elemento de collera en esos hombres que al sonarlas constantemente en el bolsillo de su pantalón revelan que nacieron para caballos o a lo más para serenos.

Las manipulaciones con que se llena una pluma estilográfica son las de ir a poner una inyección al papel.

Sorprenden las bolas de alcanfor y de naftalina consumiéndose solas en el fondo de los cajones y de los armarios. Parecen los bombones del aire que el aire derrite constantemente en su boca.

Las vides de Castilla.

Vamos viendo paisaje por las ventanillas de un tren, recorriendo los campos yermos de España—los de Andalucía o los de Castilla—, y sólo hay un mo-

Digitized by Google

mento en que nos refrescamos con una nota optimista, graciosa, esperanzada, cuando vemos los viñedos, esas tierras como pintadas por un puntillista que ha puesto en su puntillismo las manchas verdosas que mejor sientan al paisaje.

Los olivos que vemos de vez en cuando nos resecan el gaznate y los trigos nos quitan el hambre, pero nos dan fiera sed.

Esas manchas verdes caídas en el paisaje como pequeños nidos hechos en los socavones de la tierra, dividida en cuarterones, guardan nuestras miradas y las esconden entre sus hojas como si fuesen pardales que ya no pueden volar en medio de la luz excesiva del cielo.

Los autores antiguos se han ocupado de los buenos vinos españoles, cuidando de separar los tintos de los blancos, y un viajero, el humorista siciliano Lucio Marineo, ya habla en el siglo XVI de esos vinos españoles, de los vinos de Madrigal y Medina del Campo, Guadalcanal, Ribadavia, Yepes, Ocaña, Valdemoro, Casarrubios, Toro, Cantalpino, Santorcaz, Cantalapiedra..., viendo por todos sitios vinos que son de los mejores del mundo, vinos muy loados y famosos, hallándose entre ellos alguno que «si no fuese el primero, con razón diremos que es el segundo»; pero yo voy a ocuparme sólo de los obscuros y retintos vinos de Castilla.

Hasta en invierno son conmovedoras estas vides de Castilla. Se ve cómo luchan.

No levantan mucho los chorritos de verde, y, sin embargo, son acogedores y deliciosos, y lo que hay en nosotros de antiguos galápagos o lagartijas agradece ese refugio.

Todos los viñedos de España son gratos y representan los pañolitos verdes sobre las ubres de la tierra, siempre ubres blancas y negras, porque ésa es la mayor diferencia y diversidad de las razas; pero los

Digitized by Google

viñedos que sin tener gran fama me conmueven más son los viñedos de Castilla.

Hasta en el invierno son conmovedoras estas vides. Se ve cómo luchan mortalmente con la inclemencia terrible de las heladas. Ese retorcimiento de la vid, que es siempre como los pies y las manos que han quedado fuera de tierra del que fué hundido de cabeza en ella, es en las vides de Castilla retorcimiento más desesperado, porque esas cuatro extremidades elocuentes sufren no sólo la fulminación que las incrustó en tierra, sino el rigor de la Naturaleza y el batir de espadas, puñales y navajas que hay en las heladas afiladas de la altiplanicie española.

Las vides castellanas crepitan, se retuercen como sarmientos en el fuego vivo cuando caen sobre ellas, no ya las heladas blancas, sino las terribles «heladas negras» que anuncian los calendarios para los campesinos, los calendarios en que vienen las ferias y los mercados del año.

Esos niños de cabeza enterrada que, ennegrecidos por la chamusquina de la helada, mueven a piedad a los que pasan; esos seres enjutos, renegrecidos, amojamados, que son como momias violentas—recuerdan las que empavonó la lava de la catástrofe pompeyana—cuando llega el buen tiempo sorprenden estando vivos, y llenándose de las yemas vivas, que son como verdes sabañones de salud en las negras falanges.

Es sorprendente en Castilla esta resurrección, este gran sábado de gloria de la vid. El trigo ha estado oculto, y por eso su aparición no es resurrección, sino cautelosa salida a la luz, que hace con sigilo y marrullería lo que había estado en los sótanos y nutricios.

Lo que ha estado martirizado, lo que ha sido rehogado por los *fuegos* del invierno, lo que ha sido, sobresaliendo sobre las nevadas, como rabillo de la res muerta, es sorprendente que eche las hojillas verdes

Digitized by Google

que pían de nuevo con alegría infantil en que se repone la vida vieja.

¡Qué recio vino por eso el que producen las vides castellanas! Está depurado en el martirio, como sólo lo está el vino simbólico que representa la sangre de Cristo.

Los guardas de los viñedos de Castilla por eso son sanguinarios, y se cuenta con rígidas palabras la fechoría de aquel que mató a la rapaza que estaba robando un racimo, no pudiéndola perdonar el haberla cogido infraganti, aunque retozó un poco con ella, llevándola hacia la fuente, donde le dió el golpe de gracia, y se cuenta aquel otro caso en que el guarda jurado de la viña, con su gran banda de cuero en la que brilla una chapa que reluce como un sol, mató de un tiro de carabina de bala al niño que se comía deliciosamente un racimo maduro, todo un gran triángulo de uvas. (No quiero decir cono.)

Esos guardas de los viñedos son tan duros con el que cogen porque están rojos de sed de justicia situados en medio del fuego de la mañana, del mediodía y de la tarde en el páramo castellano, y porque saben lo que le cuesta a la vid echar su racimo, y porque saben las pocas viñas con que cuentan los vastos campos.

Después, en las vendimias, la fiesta castellana es de muy pocos, no es fiesta de todo el pueblo. Cada vez hay menos *majuelos*, como llaman por allí a los viñedos. Sólo queda uno en ese pueblo, y dos pueblos más allá otro, que es como un breve mantoncito con un motivo de pámpanos en la estampación. El mismo hidalgo, con sombrero de copa, es el que *pisa* sus pocos racimos en el lagar.

La filoxera se los ha ido comiendo, como tuberculosis fatal de la vid, y sólo la viña del último borracho, entre los propietarios del pueblo, sigue produciendo vino insurgente y recalcitrante, dando las tinajas su-

Digitized by Google

ficientes para que se emborrachen los borrachos clásicos y distinguidos del pueblo que no podrían emborracharse con los vinos que vienen de las otras regiones, borrachos de hidalguía indígena que sólo se pueden emborrachar con vino del pueblo, vino del horizonte que vieron siempre, desde sus antepasados a ellos, todos los indígenas de su familia. ¡Pues no faltaba más! De no tener ese vino, tendrían que dejar de ser borrachos, para no ser borrachos indignos.

También subviene ese vino espeso y martirizado, que brota de las brechas de la tierra—que son como lanzadas—a la gran borracha del pueblo castellano, a Doña Mónica, que, inmensamente rica, sólo tiene el placer del vino, y cuya cara parece cara de negro por como está untada por el mosto espeso, pues a su vino no hay quien le eche agua ni lo aclare. ¡Cómo salta de alegría en su gran caserón la borracha que se apitima con la substancia de su pueblo, de su paisaje y de todos los cementerios, los cementerios de los iberos, de los romanos, de los godos y de todos los otros antepasados que radicaron en el mismo pueblo, o en su alrededor, y que llevaron el mismo apellido escrito con distintos caracteres! Da con la cabeza en el artesonado Doña Mónica, poseída por la fuerza de ese vino, que es como vino de moras, más que de uvas.

Pocas botellas de vino castellano hay ya en Castilla; tanto, que apenas sale lejos este vino, y en casi todos los pueblos ni siquiera cruza las calles del pueblo más que una vez, cuando entra en los lagares del amo que se lo bebe, pues muy pocas veces al atardecer despacha una botella para esos jugadores de brisca que son sus amigos, y que saben lo que vale esa botella, que pasa por en medio del pueblo como en último extremo, como en sagrada procesión solitaria apenas iluminada por un farol. ¡Porque es nada menos que una botella de las doce sin nombre y sin marca de un vino único, que se han conseguido en la cosecha!

Digitized by Google

¡Cada vez menos vino de la propia tierra en los pueblos castellanos! ¡Qué pena!

En la tierra fecunda, sangrante, entrañable de las viñas se siembra ya trigo para que broten panes secos, panes y panes que no se podrán sopar en el vinillo negruzco que convierte en bizcocho borracho el pan bobalicón.

No llevan a sus vides en esos pueblos el injerto salvador de la vid americana, esa transfusión de sangre, por la cual podrían seguir viviendo, y que ha salvado tantas veces la riqueza española en una prestacion fraternal, como sólo se suele apreciar en toda su abnegación cuando se muestra de gráfico modo en esas transfusiones que se realizan muy anunciadas por todos los periódicos en la clínica afamada, y gracias a los que el tísico Don Cuál recibirá parte de la sangre del opulento y saludable Don Tal.

Esos pueblos castellanos nunca fueron cosecheros de vinos, sólo querían su vino espontáneo, el que señaló la juventud y la magnífica pubertad de su pueblo, el que era como la devolución de su pasado y de su historia, y tenía hasta el sabor ferruginoso de las monedas antiguas que se encuentran a lo mejor en las excavaciones.

El monóculo de la Providencia.

Poderosas como las mismas escuadras que evoca esta palabra son las escuadras a que me refiero, las triangulares escuadras que usa el geómetra, el arquitecto y el meláncolico.

No tiene escape lo que representa de fijo y de inscrito la escuadra. Está frente a nosotros como un ejemplo de rectitud, es decir, de rectitudes.

Se destaca en el espacio como no hay nada que se destaque, y es como una loncha de espacio puro.

Digitized by Google

El agujero, el ojo que tiene en uno de sus extremos la escuadra, es como el agujerito matemático por donde verlo todo matemáticamente, esquemáticamente, con exclusión absoluta. Mirar por ese ojo de perdiz es como usar los impertinentes del geómetra, del espíritu ponderativo del espíritu del caballero que puede tirar las rectas a mano sin necesidad de regla. Realmente es el binóculo del observador fiel.

Cuando la escuadra está hueca y vaciada por el centro, entonces es el solemne monóculo de la providencia, lo que a la providencia la hace ser tan estricta, tan terminante, tan equitativa.

Echada sobre la mesa la escuadra con el ojo perdido en el vacío, tiene una mirada de reojo, como si llevase la niña hacia el lado en que hace sombra el redondel de que se cuelga.

Ojo de gallo despierto, vivo, asustado de lo que viene por la espalda, es también de ojo chico la escuadra.

Triángulo de la melancolía, rectitud de la correspondencia de lo fatal, ruda síntesis, es por lo que Durero pone de modo visible una escuadra en ese cuadro de la melancolía en que llora el perro. ¡Aparato de tortura de la imaginación!

Colgada, insistente, demasiado visible, es como el patrón inútil. Es un trozo del árbol geométrico de tronco triangular.

Tiene la escuadra también una cosa de último espectro de la calavera de un ave o de un animal de cabeza hocicuda. Así la calavera del antílope está hecha de dos triángulos escalenos, y muchas calaveras hay cuyos dos lados están formados por dos largas escuadras escalenas con el ojo pequeño a cada lado en la esquina de su ángulo recto. (La escuadra escalena es el verdadero cartabón.)

Aparato conceptuoso. Cualquier cosa para no conseguir nada. Sierra falsa para serrar las curvas.

Digitized by Google

Triste escuadra, a la que hace más triste el que sea símbolo masónico, como representando la escuadra del Gran Albañil de la Naturaleza, signo que aparece en esa especie de esquela de defunción o de certificado de haber entrado en la tumba, que es el título masónico desde el día que lo dan. ¡Penoso cartabón! ¡Triste escuadra!..

Los "Asegurada de incendios".

En ningún lado del mundo se da la importancia que aquí al «Asegurado de incendios». Parece la casa «Asegurada de incendios» ennoblecida por un título del rey, ilustrada por algo muy superior a «Proveedor de su Majestad» que ostentan muchas tiendas.

Resulta que todas las casas de la ciudad ostentan el «Asegurada de incendios»; pero, sin embargo, es un signo de distinción que cada una procura ostentar con los mejores caracteres en relieve o en letra gótica.

En el repaso atento y consecutivo de la ciudad, he ido coleccionando en la memoria la más variada serie de «Asegurada de incendios», la que parece una gran lápida romana, la que es un modelo de letra española, la que es como el título de un colegio que hay en la casa, la que utiliza una gran lápida de mármol y es como la lauda general de la casa.

El extranjero, que no entiende, debe pensar cosas fantásticas ante estos ostentosos «Asegurada de incendios». En España escribirá quizás alguno: «abundan mucho unas especies de alcaldías particulares que existen en toda casa de vecindad, cuyo nombre está grabado ostentosamente sobre la puerta», y otro escribirá otra cosa por el estilo: «En España, sobre todo en los portales, está escrito en preciosos caracteres que allí se baila flamenco y se toca la guitarra por la gracia de Dios».

Digitized by Google

No me he explicado nunca esa gran importancia que se ha dado aquí al «Asegurada de incendios». Parece que supersticiosamente lo que se quiere es que se asuste el incendiario diablillo que provoca los incendios al leer esa especie de conjuro escrito en tan claros caracteres. Parece que con ese «Asegurada de incendios» en tres renglones y en letras grandes y pintadas de oro muchas veces, se da confianza al nuevo inquilino, que así comprende que en aquella casa cuyo «Asegurada de incendios» se destaca como las inscripciones en las banderolas de los beguinajes de Bélgica, no podrá estallar jamás un incendio.

¿Es que los bomberos asisten primero a la casa en cuyo frontis leen un «Asegurada de incendios» mayor y esculpido con vigorosos y hondos trazos?

Es triste que se hayan perdido, destruído por la piqueta, numerosos «Aseguradas de incendios», de una originalidad vistosa y a veces genial. Debía recoger la fotografía esas interesantes inscripciones de fantasía inagotable.

Admiremos las que quedan, esas inscripciones con el empaque de lo de «Tanto monta, monta tanto Isabel como Fernando», aunque después se descubra que siempre—siempre—lo que pone en ellas es «Asegurada de incendios», por más que las enloquezca ese prurito de variedad en los tipos de letra que tienen las tarjetas de visita. Ni siquiera pone en alguna «Asegurada contra el fuego», no; en todas, «Asegurada de incendios», con una monotonía que, sin embargo, sobrepasa la fantasía de sus ringorrangos.

¡Cuántas noches y, sobre todo, cuántas madrugadas han sido la única diversión de la mirada perdida del que va solitario, cansado y perplejo!

Digitized by Google

La carta en el manguito.

Ya suele haber pocas damas con manguito. Eso no está bien. El manguito abriga a la mujer, parece que esconde su corazón y es un nido, el nido de las manos que se aman. El haber cogido y apretado una mano dentro de un manguito es de las cosas que no se pueden olvidar, como el hurón no se puede olvidar de la primera víctima cuya sangre se sorbió en el fondo de la gazapera.

El manguito es a la vez un precioso buzón, el buzón más discreto, el que buscan las cartas más apasionadas y en el que se conservan ardientes como en un *thermos* hasta llegar a la alcoba en que se leen.

Como si suprimiesen los buzones las cartas no sabrían qué hacer, suprimidos los manguitos habría cartas sin destino posible, cartas de la buena suerte, que desaparecerían por completo.

Aquella mujer del manguito, aguda y de sonrisita de «marta cibelina», encontró una vez en su manguito la carta más bella del mundo, la que más satisfacía sus ideales. Estaba dentro del manguito cuando lo recogió de la butaca que a su lado estuvo vacía durante toda la representación. ¿Quién habia puesto allí aquella carta? Esperó y no surgió nadie.

Y al contar su confidencia a las amigas supo también muy confidencialmente, ya que era la primera que se espontaneaba y había contado primero su caso, que sí, que ellas también, cuando usaron manguito, recibieron, no una carta igual a la de ella, sino la que convenía a todos los sueños de sus noches antes de dormirse y después de despertarse, a esos sueños vivos y materiales.

Digitized by Google

Indudablemente, ese Amor de quien tan profusamense se habla, y al que tanto se retrata, ese «botones» alado sabe que sólo el manguito es el buzón de la carta auténtica del Amor, y la mete en él. ¿No veis la verosimilitud de la escena?

El destino de los trenes.

Los trenes llevan debajo su destino. En esa entraña pesada de ejes, tornillos y muelles que obscurece su parte baja va el destino del tren, el que tuerce su camino o le desvía de él, el que arranca unas traviesas, o después de haber abierto esa vía el operario lejano, la vuelve a cerrar, adelantando su brazo al tren que avanza, sentado como un timonista en la quilla de la máquina.

Si no estuviesen tan dormidos esos que en las estaciones dan golpes insistentes en esa parte baja de los trenes, podrían distinguir cuándo va el mal destino entre esos hierros entripajados. Intenta asustarle con sus martillazos; pero el destino se repliega y se esconde. Pocas veces le alcanza la cabeza el golpe del formidable martillo, todo de hierro.

Siempre me ha parecido que ese sonido de hierro gravísimo necesitaba una intervencion más eficaz que esa de los martillazos somnolientos.

Metiéndose por ahí, fiscalizando ese subfondo del tren, buscando la posible sombra que se ha engarfiado al tren al pasar por los campos, se evitarían muchas catástrofes.

Como se busca ese pobre torerillo que quiere hacer gratis el viaje de los comienzos de su profesión, con el mismo celo habría que buscar en cada estación el ser que es una especie de ráfaga de sombra y que hará descarrilar o precipitarse el tren, ese ser clandestino que se esconde en los bajos del tren.

Digitized by Google

El reuma.

Hay enfermedades que irritan al enfermo con el médico cuando son las enfermedades que no son enfermedades, sino la naturaleza humana y su lógica.

Yo pondría en mi consulta:

«No se admiten reumáticos.»

Los doctores deben estar cansados de que los reumáticos les miren con ojos atravesados, como si ellos les hubiesen dado el reuma.

No existe la resignación reumática. Lo que habría que predicar son varias resignaciones.

El reuma nos matará.

De pequeño, yo me imaginaba el reuma como ocasionado por la humedad, como cosa de los sótanos, o de los que eran tan tontos que iban metiendo siempre los pies en los charcos.

Para no tener reuma me compré unos chanclos, y para no tener reuma me mudaba de calzado en cuanto llegaba a casa, después de haber pasado por las calles mojadas por la lluvia. ¿Me ha servido todo eso? ¿Es reuma este dolorcito que siento a veces en una rodilla, como si me acabase de levantar de estar castigado de rodillas en el colegio?

El reuma no se confiesa; pero hoy lo tienen hasta los niños de pecho. Todos disimulan al andar su reuma; pero en todas las gentes hay una cojera interior, que es ya reumática. ¡Es tan fácil que se «tome», que se oxide un tornillo, no pudiendo meter el pico de la aceitera en cada articulación, teniendo que nutrir de aceite a cada rincón desde tan lejos!

«Ya está aquí el reuma», se ha dicho uno un día; pero se lo calla hasta para uno mismo, porque parece

Digitized by Google

que en cuanto todos sepan que se tiene reuma, todos querrán echarle a uno la zancadilla Ya desde entonces se ríe uno menos de los que se quejan de reuma y los comprende, aunque es menester decir que es reprobable ese mal humor y esa cólera blanca que echan casi todos los reumáticos.

Hay que ser el buen reumático, sonriente, que comprueba, por fin, lo marraja que es la vida, lo que tiene preparado a los que han sido buenos y no tienen una herencia maligna y no han abusado de nada y han sido contentadizos y optimistas...

Hay que ser el reumático que llame al reuma «reumita», y es necesario encontrar en el dolor fijo, en el clavo que se tiene clavado, el gusto de la realidad. ¡Cómo se ve lo que es la vida en el dolor un poco bastante agudo! Quizás en un dolor demasiado agudo esa estricta idea de la vida se pierda y se entre en la fatal desesperación. No digo que no.

El reuma es ya algo así como la tierra de la tierra, que se nos mete por entre los huesos; un poco de arena, que en vez de metérsenos por entre el zapato y el pie se nos ha metido por dentro. El reuma es la primera paletada que saboreamos.

El reuma parece que lo hemos cogido en la umbría yendo junto al riego o al arroyo; pero no: el reuma es la amistad más clara de nosotros con nosotros mismos, el encuentro definitivo conque nos topamos, el primer apretón de manos fuerte y tendido que nos damos, y todo eso desprovisto de refocilante egoísmo, todo, por lo tanto, depurado. Hasta el día del reuma, todo ha sido en nosotros divagación, hallazgo del yo que es algo muy breve, soporífero y efímero. Sólo cuando tengamos el primer síntoma de reuma es que nos hemos encontrado con algo de más arraigo que con el «yo».

¡Hay que chuparse el reuma, buenos amigos; aprovecharse de él, «aprofitarse», que es todavía más apro-

Digitized by Google

vechado! Yo creo que toda la idea del dolor está equivocada, y que como nos duele porque tenemos la idea de que nos tiene que doler, si cambiamos esa idea no nos dolerá, nos pasará otra cosa mejor y más aprovechable. No creo tampoco en la voluptuosidad del dolor. A eso, sin ser un depravado, no se llega; pero sí podemos llegar a explicárnoslo y a encontrar en él una fuente seria de conciencia de la vida, de expresionismo interior, de franca y satisfactoria constatación de la realidad, de solución a la pregunta con que la existencia se dice: ¿Existo?

Ya esa ilusión que a veces creía uno que era la vida y que éramos nosotros mismos desaparece si hay reuma por medio. Dejamos de ser una apariencia, unos adolescentes presumidos e injustos, para comenzar a ser una verdadera cosa existente e indudable.

No se sabe lo que se tiene, de lo que es uno dueño, lo que hay dentro de este cuerpo, más que cuando se tiene reuma. En los momentos saludables y serenos casi no se existe y no se es más que una mirada flotante y sin otro contenido que lo que mira. ¡Qué sentimiento más profundo y más maravilloso el del reuma! ¡Pobres, criminales, viles, mal intencionados los que lo tienen y abusan de él para quejarse, hacer daño o azuzar a los demás unos contra otros!

El reuma, además, parece que asegura la vida unos diez años más por lo menos, cuando, en cambio, sin reuma no se sabe cuánto se va a vivir y si se morirá mañana. Hay dos viejos en el «Diario» de los Goncourt que disputan sobre quién vivirá más que el otro, y hay uno que asegura que él tiene reuma y que el reuma inmuniza para diez años más.

De mi reuma no se enterará nadie si lo tengo. Lo ocultaré; pero lo llevaré sin pena ni felicidad, enterado de lo que es el mundo gracias a él, que bien las merece, porque eso es lo más perfecto que podemos

Digitized by Google

hacer y lo que más de acuerdo está con nuestra aspiración legítima en la vida.

El ácido úrico es como unas gotas de limón con que se nos prepara para el consumo de la muerte, para que estemos más gustosos. Que no se nos convierta en «gota», o «piedra» o «cálculos». Que sea sólo un «reumita» que nos haga sentirnos macizos y sensibles.

Nada de estar muertos en un bienestar demasiado negativo y eliminador, en ese neutralismo de la mal llamada salud perfecta. La salud perfecta debe tener un poco de reuma.

El día que huele a ácido fénico.

¿Qué día es éste? No me quiero volver loco, porque todos sabéis que existe. Yo no podré decir en qué día cae según el almanaque zaragozano, que es el único que matiza un poco los días; pero lo que sí os digo es que existe el día ese en que de todas las alcantarillas del cielo y de la tierra sale un particular olor a ácido fénico, y no sólo en una calle, sino en todas.

En nuestros primeros años de transeuntes de la vida creímos siempre que es que se trataba de un olor especial de un portal más obscuro que los otros, el portal de la casa en que ha estado la desinfección. Pero no, no es eso; es toda la ciudad, quizá todo un sector del mundo, lo que huele a ácido fénico.

Todo huele a ácido fénico, como otros días todo está ensordecido por la quinina, quinina que han tomado otros, no nosotros; quinina que ha tomado toda la ciudad, quizas todo el hemisferio occidental.

El día que huele a ácido fénico es un día enfermo, en que, aunque nada digan los periódicos, hay una terrible epidemia en la ciudad, que ha sido extinguida

Digitized by Google

rápidamente por la más grande inundación de ácido fénico.

El día que huele a ácido fénico tiene mucho de día en el que ha habido gran escamoteamiento de cadáveres y la mitad de la ciudad, por lo menos, se ha ido a paseo sigilosamente.

No es mal augurio el encontrar el día que huele a ácido fénico, porque más que nada quiere decir el que lo olfateemos que hemos pasado el momento peligroso, pues es como el trueno, que el que lo oye ya no es el fulminado por el rayo.

El día que huele a ácido fénico nos llena un poco de aprensión y nos hace ver un poco obscurecida y enlutecida la vida, muy agravado su sentido, pues aunque haya quedado salvada por el momento, nos paseamos, eso es indudable, por la vida, que puede ponerse súbitamente enferma, que puede contagiarse a lo mejor, que puede beber la muerte en cualquier vaso de agua.

El banco público.

—¿Y usted qué acostumbra hacer por las tardes?—le pregunté a aquel viejecillo.

—Nada, me doy un paseo y vuelvo a casa—me contestó.

—¿Y durante el paseo qué hace?

—Nada... pasear.

El anciano aquel tenía la consunción inevitable; pero sobre ella tenía otra enfermedad que era como un soplo de mayor pobreza de salud que caía sobre su vida...

Paseé con él una tarde. Sonaban sus pies al arrastrarse por la acera como los de todo un colegio en fila. Había vuelto a romper zapatos como un niño. El sol de la tarde le enterraba, porque el sol mismo va ente-

Digitized by Google

rrando una generación poco a poco. Su sombra era más obscura que la de los demás. Se podría decir que en su sombra también se reconocía la arterioesclerosis.

Noté que saludó a uno de esos que llevan el estandarte de un anuncio, anuncio que pegan en el ambiente de la buena tarde en la que debía estar prohibido fijar carteles. Era otro anciano como él, sino que más amarillo, menos brillante, más seco. La sombra de su estandarte, menor que la de las personas y tan obscura como la de los viejos, era como un obstáculo que se atravesaba en el paseo.

Lo olvidé cuando entramos en el jardín; pero al volver del paseo noté que el estandarte estaba en el mismo sitio, sino que había descendido como si su mástil se hubiese hundido en tierra. Mi anciano enfermo me indicó que nos sentásemos.

—¿Pero se sienta usted en un banco público?

—Sí, en éste todas las tardes...

Iba a decirle mi opinión de los bancos públicos, pero quise observar aquél sin sobresaltar a mi compañero. El hombre del estandarte se puso a charlar con el padre de mi amigo. Una señora anciana y envuelta en un manto negro como en una túnica terció también en la conversación; por detrás, con curiosidad, los que no hablaban en el asiento del otro lado miraban y respiraban sobre nosotros.

¡Cómo se impregna uno de miseria en un banco público!—pensaba yo, viendo cómo todos nos hacíamos uno en el banco público, dándome cuenta de la extraña comunicatividad que fraguaba el banco frente a las gentes que no nos hacían caso, apreciando cómo se formaba entre todos una solidaridad de marineros que van juntos en un mismo barco.

Se nos fué haciendo tarde. Yo quería saber bien hasta qué hora conversaba mi cliente con sus compañeros de azar y hasta qué punto le infiltraba el banco.

Digitized by Google

Cada vez éramos más, un grupo indisoluble, una especie de cuerpo común del que no salían sino las cabezas. Todos sin levantarse del banco, juntando los rostros, formaban un extraño corro en que respiraban su mismo fracaso.

Tuve la tristeza de acusarle a su hijo—¡paradoja de la vida, que hace que alguna vez se acuse a los padres a los hijos como primero se acusó a los hijos a los padres!— «Diga usted a su padre que no se siente en los bancos públicos—dije yo—. Esa miseria palpitante de que están llenos, esa hambre que tienen, ese aliento de los que están sentados, es suficiente para agostar hasta una juventud... Ese hombre del estandarte de la casa de vinos es capaz de matar al que se siente a su lado con ese gran fracaso que respira... Eso de que se quejaba usted de cómo duerme su padre, ese ronquido seco y doloroso, es contagio de banco público, porque es como duermen y como roncan los bancos públicos.»

—¿Pero, papá, te sientas en los bancos públicos?

—Sí, hijo—contestó el padre con una dignidad que nos hizo cortar la conversación y los comentarios—; pero no me volveré a sentar más en ellos.

La escarcha.

No se sabe cuándo se ha fraguado. Los que se han levantado temprano no han visto nada, y los que se acostaron después de la madrugada tampoco han visto nada.

La escarcha es algo transparente, un malabarismo de la Naturaleza, algo dotado de inmaterialidad y de invisibilidad hasta que se realiza, hasta que queda tendida, cuajada y manifiesta.

Moldea la realidad del mundo la escarcha. Yo recordaré siempre la rampa de aquella calle que frecuen-

Digitized by Google

té durante muchas mañanas escarchadas, y en la que la realidad de su cuesta era vivísima.

Siendo como la nieve no veréis pasar ni un copo de escarcha por los cielos diáfanos. Es de una elaboración sutil preparada por todas las grandes refinerías del espacio. Sólo es un poco inoportuna, porque ese rocío helado debía caer en el verano y no en el invierno. ¡Qué dicha pondría en las mañanas del estío! Sería entonces un postre exquisito para la tierra en vez de ser un cilicio, sería azúcar en vez de ser sal.

Aquí no se ven esos suelos rústicos con hierbajos que reciben la escarcha en provincias. Sobre esos suelos resulta más verdadera la escarcha y parece que la tierra ha envejecido de pronto, sólo a través de la noche de intenso frío y de intensa luna que hizo anoche, pues las hierbas teñidas de blanco parecen canas ralas, las canas plateadas y fuertes de los viejecitos muy curtidos, cuyo color terroso hace contraste con su pelo.

La escarcha supone una buena mañana en que el cielo brillará como si fuese una gran vidriera azul, y en que los árboles se destacarán gozándose en el espacio, sintiendo toda su personalidad viva, escociente, sollamada.

¡Parece mentira que resistamos a una vida tan dura, en la que es tan fatal el contraste entre sus optimismos y sus fierezas!—nos decimos al pisar la escarcha tendida, tan alegre y de tan aguda repercusión, coral blanco de la mañana, azabache desparramado por haberse roto los hilos que lo retenían en el cielo.

La escarcha tiene una especie de sugestión íntima, gracias a la cual cuando hay escarcha en el paisaje parece que la hay también en nuestra alma. Copia el espejo interior con más nitidez que nunca el panorama escarchado.

Bajo la gasa de la escarcha parece ser que la ciudad verifica su primera comunión con el invierno.

Digitized by Google

La netitud de la vida, su idea evidente y evidenciada, adquiere una pasmosa intensidad cuando se viste con el tisú de plata de la escarcha. Todo se perfila como nunca en la mañana de gran escarcha, como si la escarcha, como un elemento fotográfico de gran eficacia, hubiese acabado de fijar bien todas las siluetas.

¡Qué magníficos días esos en que la escarcha dura hasta la noche, esos en que la esfera lívida del reloj marca mejor y más intensamente que nunca sus horas, y en cuya noche brillan esparcidos por el suelo, como si fuesen alfileritos de la Virgen, los últimos vestigios de la escarcha!

Como la churrera a los churros, la Providencia nos espolvorea de un poco de escarcha antes de engullirnos.

¡Lo que he andado por medio de la vida con las plantillas de la escarcha entre el pie y el zapato!

Sobre una hoja de almanaque.

En un álbum de retratos que he comprado en una librería de viejo había una vieja hoja de almanaque. Muchas veces me sucede esto, y siempre me quedo parado pensando en lo que significa eso, en lo que me quiere decir esa hoja de almanaque.

Esa hoja auténtica de la vida, esa papeleta del tiempo, no debe de ser clasificada entre las cosas impresas. Es algo más.

Y sobre lo que en sí representa generalmente un difunto, es la hoja en que se paró el almanaque cuando murió aquel ser querido. Es como el día en que se resumió toda la vida de aquel que murió. Por eso no la tiro. Es el mejor compendio de una vida.

Esta que he encontrado hoy es de un 24 de Mayo.

¿De qué año es esa hoja de almanaque?

Digitized by Google

Es lo único que no pone en ella, lo único que sería muy difícil de saber, porque ha habido varios 24 de Mayo que han caído en sábado y en los que se ha celebrado a San Juan Francisco de Regis, confesor, y San Robustiano y Santa Susana, mártires. ¿Por qué no poner la fecha del año a las hojas de almanaque y los nombres de los representados en los retratos de los álbumes?..

Ese 24 de Mayo fué una fecha solemne para el que la guardaba; así, nada menos, que en el álbum de retratos.

Está amarilla, más color barquillo en las márgenes que en el centro. En la compacta tinta de sus cifras y de sus nombres, el microbio de la tinta tose con la tuberculosis que todas las cosas adquieren alguna vez. La tinta va perdiéndose, está ya corrompida, flaquea, y el aceite que entró en su composición se ha esparcido a su alrededor.

Toda la impresión está triste, ha tomado un negro tinte de moscón, se ha puesto seca, árida, desconsolada.

Aquel 24 de Mayo, debió ser un día espléndido, en que la primavera, como una reina de visita en Madrid, pasó en una carroza de París por la calle de Alcalá, entre la expectación de todas las gentes, paradas y bifurcantes. Hoy, ese día 24 de Mayo, si no se piensa mucho en que es 24 y es de Mayo, parece un día pobre, invernal, de esos es que se arruga hasta el cielo del frío que hace. «Por lo menos, se piensa, es ya un día de frío, congelado, lleno de hojas secas en la perspectiva del pasado.»

Esta hoja suelta, escondida entre unos papeles de familia, entre un libro de poesías, entristece más que un pensamiento, y yo he pensado muchas veces si yo debería ir a los cementerios esos aniversarios que me señala la casualidad, como solemnizando esa fecha que me ha subrayado el destino.

Digitized by Google

Lo que dice al respaldo no sirve pará orientarse. Sin embargo, lo he leído, buscándole un sentido. Dice:

Pensamientos.

«La imaginación de las mujeres exige más riendas que espuelas. Es un niño revoltoso, que debe llevarse con andadores para que no dé pasos en falso.

Las mujeres serían siempre virtuosas si fuesen constantes con su primera palabra.

Una contestación suave ablanda la cólera.

Solución al jeroglífico de ayer:

Vale más tarde que nunca.»

Esto es lo que dice el reverso, en el que ya se transparenta el anverso, como si el papel fuese inmaterial. Ni la solución del jeroglífico, con su deje incongruente, da luz sobre lo que pasó aquel día.

Desde luego yo, el día de difuntos, entre los pensamientos que como oraciones dedico a los muertos, tengo los dedicados a aquellos cuya desaparición señaló la hoja de almanaque guardado entre las páginas de un libro cualquiera.

Digitized by Google

Un pueblo real.

Cadalso de los Vidrios.

La concepción del vidrio es muy española. Quizá no llegamos al cristal, que es algo menos sincero y más artificioso y artificial que el vidrio; pero nuestro puro sentido del vidrio es algo castizo y original. (Habría que repetir lo del barroquismo.)

En una exposición francesa pasó una vez que a un fabricante de vidrio le dieron un premio medriocre, pero un premio como fabricante de cristal, y el fabricante estaba desesperado, porque eso era que habían creído que su vidrio era cristal, aunque cristal regular, sin haberse dado cuenta el Jurado de que era vidrio y que, por lo tanto, merecía el primer premio de los premios al vidrio: el premio que le hubiera hecho feliz.

En el vidrio, nuestra tierra llega a clasificaciones y matices estupendos, y se podría decir que nacen las cosas de vidrio como las espigas de la tierra, es decir como un nuevo producto plástico de ella, como las calabazas más fantásticas, como la sal en las salinas.

Sin refinamiento, como flor original de esta realidad española, con depuraciones místicas en su substantancia, surge el vidrio de nuestra tierra. En un estudio mío sobre Góngora, con lo que más me encaro es con esa fe y ese ilusionismo vítreo y con filigranas de vitral que saca Góngora de la más pura realidad, de esa tierra opaca y gredosa que se torna en los crisoles transparente y adquiere tonos de aguamarina y topacio.

Al pasear por las afueras segovianas, pisando el duro mosaico de su tierra, pienso que piso la tierra

Digitized by Google

más rica en vidrio, bastando un crisol y un soplo de espíritu para dar su forma a eso que se esconde.

Yo he ido en mis excursiones hasta Cadalso de los Vidrios, donde está la fábrica más antigua que hubo en España y donde hay un bello palacio que parece ser del marqués de los Vidrios y de su hija la marquesita de los ojos de cristal. (¿No hay la marquesa de Pie de Concha?)

En ese pueblo toledano que se destaca sobre el paisaje de infierno de la serranía toledana—el paisaje en que si no supiésemos algo de geografía supondríamos el Sinaí—está esa primera fábrica modesta, disimulada, con su breve chimenea, con sus crisoles inverosímiles. Ahí se fabricaron los vidrios de toda España y, sobre todo, los «cristales de cuarterón», que cerraron al invierno todas las ventanas y esos balcones a los que la espesa madera interior, en la que se abría por el día sólo un ventanal, convertía en ventanas. El invierno de la poca civilización, el invierno del mundo aún incomprendido, era más duro invierno que el nuestro; era un invierno crudo, con crudeza de Edad Media.

De la tierra obscurecida—yo la vi en invierno—de aquel pueblo, al que obscurecían más sus olivares y sus casas un poco trogloditas, brotaba un fondo de contraste que hacía más ingrávido, transparente, delicado, metafórico, el vidrio, que era la industria del pueblo, como por vocación divina, como por inspiración poética; porque si no, ¿cómo pudo ocurrir que en ese pueblo, tan apartado y de tan difíciles caminos y en rinconada tan abrupta, surgiese la gongórica ilusión del vidrio, es decir, la idealidad de lo real, la transparencia simbólica y alquitarada con un fondo tosco y con opacidades de conceptuosidad terrena?

Pueblo maravilloso y como pueblo de poeta es: pueblo sucio, de calles abandonadas a la incuria y a la inclemencia del tiempo. Todo lo sombrío, todo lo

Digitized by Google

abyecto que emporcaba sus calles, su separación del mundo por los barrancos más desesperados, daban más importancia a su fábrica exaltada y clarividente, a su palacio romántico y a las casitas, tan limpias en el fondo de su interior.

¡Qué gratas intimidades las de las casas de Cadalso de los Vidrios! En cada casa hay un vidrio antiguo, en el que resplandece algo así como la filtración y condensación del tiempo. Yo no sé qué tienen que ver esos vidrios con el tiempo; pero el tiempo se transparenta en ellos y se esconde en su cuévano como en su propio búcaro.

En la casa en que yo habité, y en la que por cierto no había cristales, y si se quería ver la noche o la mañana había que abrir las maderas, había una bola de vidrio y un frutero antiguo, en que se reflejaba el día de Cadalso como en una unidad de tiempo que comprendía el pasado y el porvenir. La cosa diáfana, a la par que un poco turbia y extrañamente cerrada en sí misma, que es una hora de todo tiempo, allí estaba en la jaula de aquella bola de vidrio, de tonos cambiantes y verdosos, como en su pecera ideal.

Cada casa estaba alegre con su objeto de vidrio, y todo el cuidado de las manos estaba en conservarlo. Vivían más del campo que de la fábrica, casi extinta y sentenciada al abandono por la competencia de otras fábricas más poderosas y más junto al ferrocarril; pero todos se miraban aún en los objetos de vidrio que les habían quedado.

La mística idealidad de toda Castilla, y casi me atrevería a decir de toda España, se me reveló en ese pueblecito, en que resplandecían los vidrios y se alegraban los ojos, hechos a la tierra adusta, sequeriza y opaca, viendo brillar la luz y lo que de tiempo y espacio se reune en la luz que entra en el vidrio de los objetos del pasado.

En casa de las cuatro hermanas, discretas y que

Digitized by Google

estaban suscritas a *La Moda Elegante*, presencié un día la limpieza de los objetos de vidrio y vi cómo las cuatro hermanas ayudaban a que no se cayesen, y hasta había una que ponía su delantal debajo, como una red, por si se les escapaban a las otras.

—¡Figúrese usted—me dijeron—que don Damián, el director de la fábrica, dice que desde hace dos siglos no se fabrica nada de esto, ni se sabría fabricar con estos tonos tan raros!

Entre las visitas que hice, fué la principal la del anciano director de la fábrica, el que la había dirigido los últimos días de su auge, cuando aun salían carros cristaleros para Madrid. El viejo director no había querido marcharse de su Cadalso de los Vidrios, aunque tenía dinero para irse a vivir a Madrid.

—Los momentos más difíciles de mi vida—me dijo—son cuando, paseando por la carretera, se me acerca algún caminante y me pregunta: «¿Qué pueblo es éste?» y yo digo «Cadalso de los Vidrios»; me congratula como nada...

Visité con el viejo director la fábrica y me llevó al rincón de judío que hay en toda fábrica, bodega o almacén. Allí me enseñó los objetos únicos de la colección, el vaso con color de mirada, la retorta con tono encendido, la botella de un color verde único.

—¡Qué verde!—dije sin poderme contener.

—¡Ah, sí!... Ese verde es ya inencontrable... Aquí vino un restaurador de vidrieras de catedral, que no encontraba por ningún lado ese verde... Ni con esmeraldas disueltas se podría producir... ¡Para que después digan que la Naturaleza prodiga todos los verdes!

—¿Y cómo lo producen?

—Muy sencillo: es una solera de verde casi agotada, con restos de otras cosas verdes, hija de la primitiva cosecha; con restos de las primitivas botellas de cerveza, que se hicieron aquí... Sólo en alguna vieja

Digitized by Google

farmacia es posible que se encuentre alguna antigua bombona de este color. Pero vea este viejo cáliz, para las iglesias en que no los había de oro... Este—me dijo enseñándome una copa alta con lechosidades y blancuras opalescentes—sólo gracias a que mezclamos huesos humanos con la masa translúcida del vidrio y con la tierra matriz se logra este producto, de una pureza y una experiencia máxima... Es un secreto de Cadalso de los Vidrios... Muchos han intentado producir este vidrio sin mezclar ese ingrediente y no lo han conseguido nunca.

Me quedé mirando un largo rato el cáliz y comprendí que de aquella fusión de la tierra y los huesos en el fuego depurador brotase aquella especie de espíritu reencarnado, aquella especie de visión de las cosas a través de los ojos vidriosos de los muertos y después que pasaron como los tíficos por el baño de agua, por el baño de fuego del purgatorio.

—Todo es tan frágil, que hay que tener un cuidado atroz con ello... Yo no los toco... Muere el producto de varios siglos, completamente hecho añicos, en cada cosa que se rompe... Yo, hasta he llorado a veces al ver caer y estrellarse alguna.

¡Qué impresión me dejó Cadalso de los Vidrios! Realmente parecía que conservaban ampollas de tiempo con cuidado sumo, todos quietos, con los brazos cruzados, con el aliento contenido ante lo frágil.

No pude ver funcionar la fábrica, pero vi caer una helada espantosa que me hizo contemplar un cielo convertido en un gran fanal de vidrio, viendo en la tierra el brillo del cisco de vidrios que había hecho la escarcha.

¡Aquella helada sí que lo bautizó ante el forastero con el nombre merecidísimo de Cadalso de los Vidrios!

Digitized by Google

La mona de imitación.

Estaban bajo la lámpara del comedor, como cobijados o empollados por ella. Había un gran equilibrio entre los dos, y tanto inclinaba la cabeza el uno como el otro sobre los periódicos que leían. El terranova del palillero los separaba, erizado con la carlanca de sus palillos. La vinagrera o el «convoy»—como quiera decirse—estaba quieto en un rincón del mantel, pringado con su aceite y avinagrado con su vinagre. El frasco de la sal, como un aparato de peluquería, parecía ese muñeco de los niños que se levanta él solo cuando se le tira o se le ladea.

El matrimonio estaba en esa hora de asueto en que se come el periódico—generalmente, algo así como la paja en un pesebre—y el rumiamento es silencioso, adusto, sordo.

Dieron a sus periódicos las vueltas de ritual: 1, 2, 3 y 4, y otra más de propina, y después se miraron. Tenían esa agresión del uno por el otro que da la vida. El calor sofocante les impulsaba.

No acababan de iniciar ninguna conversación y se seguían mirando. Parecía que tenían miedo a lo que iba a suceder.

Por fin él dijo:

—En verano se tienen ganas de jugar a la brisca.

Ella, sin saber por qué, comenzó el juego de la repetición:

—En verano se tienen ganas de jugar a la brisca...

El sonrió, sintió la cosquilla agria de ese juego de la repetición, y siguió:

—De ese puesto del melonero...

—De ese puesto del melonero...—repitió ella.

—Viene—dijo él—un fresquillo muy lindo... Sale del fondo de los melones y de las sandías.

Digitized by Google

—Viene un fresquillo—repitió ella—muy lindo ... Sale del fondo de los melones y de las sandías.

El hizo una pausa, sin dejar de sonreír, deseando que se le pasase a ella el mal instinto del juego de la imitación. Apretaba los dientes al sonreír, pero estaba dispuesto a continuar el juego.

Por fin volvió a hablar:

—El papel de este periódico es un papel chillón...

Ella repitió:

—El papel de este periódico es un papel chillón...

—Eres una mona de imitación...—dijo él.

—Eres una mona de imitación...—repitió ella.

El reía, pero reía torvamente... Se daba cuenta de que el instinto de ese juego maldito y simple no se puede torcer, y que la impaciencia acrecienta en el otro el ansia de la imitación. Pero ¿tendría él el aguante suficiente en medio del sofoco excepcional de la noche? ¿Podría tener la ilimitada cortesía que se necesita para aguantar ese jueguecito?

—Mira, Mercedes, que te la vas a ganar—dijo.

—Mira, Mercedes, que te la vas a ganar—contestó ella, imitatriz, con la nerviosidad de la que tiene flema bastante para no hacer caso de las amenazas.

—¡Mercedes!... ¡Mercedes!... ¡Jem!—dijo él, carraspeando con amenaza.

—¡Mercedes! ¡Mercedes! ¡Jem!—dijo ella, imitando hasta el carraspeo hombruno, de garganta tabacosa.

—Soy una entrometida y una tonta de capirote —dijo él, para que se clavase ella misma la navaja del insulto.

—Soy una entrometida y una tonta de capirote —dijo ella, sin hacer esa transposición por la que se dice «eres» en vez de «soy», sucediendo cuando se hace eso que se acaba la imitación, rota esa identidad que irrita y excita sobre los malos instintos.

El vió que aquello no tenía remedio; que o guardaba ese largo silencio de una hora por lo menos para

Digitized by Google

calmar la sañuda manía imitativa, o si no, cada vez se agravaría más.

—¡Vamos, basta ya!—dijo seriamente, haciendo un último esfuerzo de autoridad.

—¡Vamos, basta ya!—repitió ella, haciendo la caricatura del tono en que aquello le fué dicho.

—Bueno. Lo que quieras...—dijo él, con una resignación hipócrita, para ver si así la convencía.

—Bueno. Lo que quieras...—dijo ella, que no estaba dispuesta a cejar, ya borracha del mal vino que es el deseo de imitación.

El se levantó y se dirigió hacia ella, cogiéndole la cabeza entre las dos manos.

—Mira que esa broma tuya da más calor...—dijo amenazador y sonriente, muy cerca de ella, ya un poco chulo y silbante.

—Mira que esa broma tuya da más calor—repitió ella.

El entonces la dió, en medio de las risas de los dos, una bofetada que la debió hacer daño. Ella, con la lividez de las greñas colgando, se aguanto, esperando la nueva palabra para vengarse.

—¿Lo ves? Te he dado más fuerte de lo que quería —dijo él.

—¿Lo ves? Te he dado más fuerte de lo que quería —repitió ella, sin piedad, corrigiendo la ternura de él, escupiéndole sus propias palabras.

—Mira que voy a acabar por irme a la calle—dijo él.

—Mira que voy a acabar por irme a la calle—contestó ella, haciendo una parodia nasal de sus palabras.

—Mercedes: ¡esto es inaguantable!—gritó él, cogiéndola y removiéndola por los hombros.

Ella, más gananciosa cuanto más se excitaba él, repitió con rostro resplandeciente:

—Mercedes: ¡esto es inaguantable!

El se paseó a lo largo de la habitación, fuera de sí. Aquello había llegado al momento álgido. El amor

Digitized by Google

propio disputaba en los dos, desesperado como nunca. El estaba acorralado por ella. Se sentía espiado por ella para saltar sobre cualquier palabra que dijese, y repetirla. Muy embozadamente, aquello era un escarnio.

—Parece que lo que ha habido en ti siempre ha sido odio y no amor—dijo él.

—Parece que lo que ha habido en ti siempre ha sido odio y no amor—replicó ella, sin querer aceptar el deseo de armisticio que había en él.

Esa lucha de la imitación es la única que no admite bandera blanca ni parlamentación. Sólo acaba cuando quiere el que ataca implacablemente.

El seguía paseando triste, dramático, melancólico, con las manos a la espalda. Se sentía acorralado. ¿Qué hacer con ella? ¿Darle otra bofetada más fuerte? Se lo merecía; pero aquello la enardecería más.

¿Guardar silencio? Parecía una cobardía, y, además, él sentía ansiedad de llegar pronto a una paz, porque si no, aquello provocaría una ruptura irreparable.

—¡Mercedes, vida mía!...—dijo con todo cariño, acariciándola el pelo, amansándola.

Ella, con la cabeza echada hacia atrás por la caricia, se quedó fija en él, como la cabeza torcida de un muñeco con articulaciones rígidas. Quizá dudó un momento si repetir o no aquella palabra; pero con lentitud, con ensañamiento y entera responsabilidad, repitió:

—¡Mercedes, vida mía!...

El la tapó la boca, y las últimas palabras salieron un poco sofocadas.

—Vas a hacer que te ahogue—insistió, ya con la voz trémula.

—Vas a hacer que te ahogue—repitió ella, con inaudita voz de desafío.

Ya estaban los dos serios. Ya se había vuelto aquello el desafío a muerte del odio de sexos que hay en

Digitized by Google

el fondo del amor. Ya estaba despierto el duelo fratricida.

—No te he querido nunca, porque, aunque no te lo creas, siempre he visto asomado a tus ojos ese ser odioso que eres—la dijo él.

Ella no quiso interrumpirle, para contestarle la frase entera, hasta con todo el veneno de sus comas:

—No te he querido nunca, porque, aunque no te lo creas...

Ahí él la interrumpió, apretándole la garganta, no queriendo oír todo el párrafo suyo, como si en vez de repetición fuese una cosa espontánea y verdadera, nacida en el corazón de Mercedes.

Apretó; pero en cuanto, vencido por la repugnancia a hacerla daño, aflojó las manos, salió más de prisa, en una sola palabra unida, el resto de la frase:

—Siemprehevistoasomadoatusojoseseserodiosoque eres...

Movió Mercedes la garganta, como para reponerse de la apretazón, y, retadadora y temeraria, esperó con recta y devoradora atención la nueva palabra que dijese.

—¡Maldita seas!—dijo él, que vió ese gesto en toda su malignidad.

—¡Maldita seas!—contestó ella, poniendo un gran desprecio para él en la mirada...

—Me eres algo repulsivo—dijo él.

—Me eres...—comenzó a decir ella. Pero él se abalanzó a su cuello, y empujando la silla la hizo caer y cayó sobre ella... Le agradeció el silencio... Por fin había vencido la imitación; por fin sus últimas palabras no tendrían eco...

El se movía sobre ella, luchaba, forcejeaba, sellaba sus labios, le costaba quizá mucho trabajo cerrar la espita de las palabras.

Ya había pasado el suficiente rato para que en la tregua de reloj que da la victoria en las luchas cuerpo

Digitized by Google

a cuerpo en los *ring* se diese por ganada la de la imitación, cuando la mujer, extendida en el suelo, desencajada, como muerta, con el contrincante como un juez de campo inclinado sobre ella, ya sin las manos en su cuello, se movió como en un ataque de epilepsia y lanzó como un ronco suspiro el resto de frase que le faltaba: «... algo repulsivo.»

Después volvió al silencio y a la inmovilidad.

—¡Mercedes! ¡Mercedes!—gritó él. Pero Mercedes no contestó, y pasó un largo rato y seguía sin contestar. Tenía que estar muerta para no contestar, para no seguir la testaruda imitación.

Estaba muerta.

Oyendo la máquina de escribir de la lluvia.

La lluvia ha estado escribiendo sus cosas en su máquina de escribir, en su Yost especial.

Horas de oficina extraordinarias e interminables. Parece que hacen balance de fin de año en el Banco de la Naturaleza.

¿Qué dictan a esta máquina de tecleo insistente, que cuando parece que al fin va a poner el «q. b. s. m.», sigue escribiendo sin interrumpirse?

Algunas cosas me parece alcanzar al vuelo. Tienen algo de monótomas cartas comerciales las que dicta la lluvia, y siempre están llenas de los «Nuestros socios» y de los «Presente», bajo los nombres de los González y los Gutiérrez a los que van dirigidas.

Algunos de los párrafos más seguidos de este dictado que se escapa por lo desarticulado y discontinuo parece que dicen... «El exceso de mortalidad de este mes tiene asustado a todo el mundo... Parece ser que la Naturaleza ha hecho saldo de todas las perso-

Digitized by Google

nas un poco averiadas...» «El largo mes de Enero nos abruma como si llevásemos un baúl mundo sobre nuestros hombros...» «Era necesaria esta agua... Todos la estaban echando de menos... Aprovecho la ocasión de que llueva para poderos escribir en las máquinas del cinc...» «Debéis de comprender lo triste que es la Naturaleza y que debéis comprar paraguas.»

La máquina continúa como tecleando lo que recuerda, las últimas palabras flotantes del dictado y otras que no he entendido y otras que recogen del borrador que tienen a la vista.

Se oye mucho la puntuación: «Punto y coma...» «Punto...» «Punto y aparte...» «Dos puntos...»

A veces las máquinas de los tres balcones con cinc en la repisa dialogan, se adelantan, se atrasan, hablan unánimes. No caen gotas en ese trecho, y después se precipita un diluvio sobre él, en ducha, que levanta todas las teclas al mismo tiempo.

A veces parece que escriben una obra teatral, conversaciones en un «gabinete bien amueblado»:

«Fernando.—¿Y me amaría usted toda la vida, Marcela?

Marcela.—Siempre.»

Lo único que diferencia a la máquina de escribir de máquina de la lluvia es que la máquina de escribir tiene timbre para señalar los finales de párrafo, y la máquina de la lluvia, no.

La máquina de escribir de la lluvia señala sus variaciones de párrafo con pausas solemnes que hacen verdaderos puntos aparte, en los que parece haberse callado definitivamente.

¡Qué gran labor de máquina hace la lluvia, que escribe a veces durante quince días como si copiase el *Quijote!*

Tampoco tiene la máquina de la lluvia ese ruido de dientes que produce el carro al ser movido después

Digitized by Google

de acabada la línea. La máquina de la lluvia parece escribir sobre largas bobinas que se van desenrollando de lado, en escritura continua y en una sola línea interminable.

Así el texto de la carta escrita en forma de cinta telegráfica es tristón, llorón, sensiblero y la inspiración es lenta y suenan las cinco y las seis y las dos y las tres letras de cada palabra con dejadez y languidez deslavazada.

«Qué penosa y qué sola está la calle bajo la lluvia... Los faroles tienen llenas de lágrimas las mejillas... Los automóviles, al lanzar la luz de sus focos, como descubren la lluvia, parecen regaderas de luz y agua... Los árboles se visten de azabaches... Los balcones saledizos protegen de la lluvia a los miserables... Las casas están llenas de reuma... Los bancos públicos se sienten barcas que van a flotar sobre la inundación... Los serenos con sus capuchones echados son las focas de la noche... En el silencio de la noche se oyen los pasitos de la lluvia que pasa... Los árboles de tronco brillante parece que se han puesto el impermeable... Las verjas parecen recien pintadas... La electricidad, ya que sufre la inundación acuática, debía crecer y lucir mejor.»

Y la máquina de escribir de la lluvia continúa toda la noche con insistencia, adormiladamente, escribiendo cartas comerciales, cartas a la familia, comedias del gran mundo, diarios íntimos.

La Miti-Lai.

No se hizo bien el reclamo, o no sé lo que pasó; el caso es que nadie asistió a la única representación que dió en el Teatro Dramático la magnífica y célebre actriz india Miti-Lai.

No la volveríamos a ver nunca. Se embarcó para su

Digitized by Google

país con la intención de no volver ya más a Europa.

Habíamos visto su retrato en todas las revistas del mundo, era algo extraordinario, dotado de una reserva y una dignidad tan misteriosa como la de la emperatriz de la China.

Buscamos por todos lados a alguien que hubiese estado en la única representación de la Miti-Lai, y encontramos, por fin, uno, el único espectador que había asistido al teatro, el que había quedado ungido único representante de la Miti-Lai en España.

¡Con qué avidez le preguntamos!

—El teatro estaba solo—nos contestó--. Ni un crítico, ni un desconocido... Sólo yo... Representaron la obra para mí solo y todos sus personajes se fueron abriendo el vientre según el texto de la tragedia, muriendo en escena como caballos de la plaza de toros, con el mondongo fuera... La Miti-Lai sonreía en medio de la tragedia con una sonrisa llena de sufrimientos y de dicha, porque veía cómo cada uno de los que se sacrificaban se iba al paraíso... ¡Qué gran actriz!

El relato del único que había visto a la Miti-Lai me dejó más grabada aún en el corazón la ausencia de la gran actriz, a la que nadie vió trabajar y de cuya representación ni los periódicos dieron cuenta. ¡Con qué gran desconsuelo se debió ir de entre nosotros la actriz del incógnito después de haberse presentado en el gran Teatro Dramático! ¿Cómo se pudo dar en la vida una ausencia tan unánime, tratándose de la más pálida y más grande de las actrices?

La caseta que se va al mar.

Veo—hay que acabar por ver cosas que no se verán nunca—veo una caseta que se desprende de la tertulia de las demás casetas y con la que por fin rea-

Digitized by Google

liza el mar la hazaña de rapto que hacía tanto tiempo meditaba y ansiaba.

Es una caseta pintada con rayas azules y blancas y lleva un número que es lo que más se destaca en el naufragio: *el 14.*

Es confusa la visión de eso que rueda, pero es así. La caseta no ha sido fletada sobre el mar, sino engullida, aunque se mueva sobre las olas oscilante, flotando sobre su pesada base de madera y sus ruedas, que son como boyas que la sostienen.

Barco extraño y primitivo, que en la exhalación del suceso no se sabe si está habitado o no, hasta que de pronto surge despavorida su moradora en el dintel de la caseta, del extraño hidroavión que se tambalea sobre el mar. Es una bella mujer desnuda y despavorida que ha hecho la llamada suprema a los bañeros y a los nadadores, imposibilitados de nadar en el mar crispado y epiléptico del turbión.

Entonces la visión de la caseta que se aleja y naufraga se ha vuelto algo simbólico, como si presenciásemos el tránsito de Venus, que al fin volviese al mar de donde salió al principio del mundo.

El previsor.

No sabía qué hacer con su dinero y tampoco con su automóvil. Por eso compró tantas ruedas calzadas de neumáticos, que le llegaron a llamar en la ciudad «el cien ruedas».

El largo coche iba cubierto materialmente de ruedas, que si no ascendían a cincuenta, eran unas quince o diez y seis.

Era un rumbo tan alardeante el del hombre de las diez y seis ruedas, que los ladrones querían solidarizarse en sociedad de resistencia para apoderarse de

Digitized by Google

aquellas ruedas, que eran como grandes monedas de gigante.

—¡Deme usted una rueda, señorito!—le decían los rapaces que piden limosna.

Tenía crédito en todos los Bancos, porque era el hombre de las diez y seis ruedas calzadas con neumáticos nuevos.

A todos les merecía una inusitada consideración el dueño del automóvil de las diez y seis ruedas de repuesto y recambio. Los periódicos daban más en primer término la noticia de su veraneo, y nos parecía que se había ido a dar la vuelta al mundo, deseoso de gastar sus diez y seis ruedas de recambio en la máxima excursión.

Pero ¿por qué llevará tantas ruedas?—se preguntaban las gentes.

Sólo se supo el día del gran concurso en que fué el vencedor y en que dijo a los periodistas:

—No es mi automóvil el que ha ganado, sino mi previsión de llevar de repuesto diez y seis ruedas con neumáticos.

Sus diez y seis ruedas le habían hecho tan veloz... Habían sido las que habían corrido de algún modo.

Los recibos pagados.

¿Cómo los economistas no han dado un objeto útil a los recibos pagados?

Hay que dar un valor económico a los recibos pagados. Los grandes economistas debían dar realidad a esta idea.

Mientras no se dé un objeto positivo y de crédito a los recibos pagados no habrá llegado a su perfección la ciencia económica.

Se ve que es una injusticia económica el que sólo

Digitized by Google

sirvan los recibos pagados para que los conservemos en un cajón por si nos los quieren cobrar otra vez.

Hay que dar un valor financiero a los recibos pagados y que nos sirvan de alguna manera para merecer más consideraciones en el crédito.

Esa ingeniosidad por excelencia que caracteriza a los grandes hacendistas daría la mayor prueba de sutileza convirtiendo en valor cotizable ese valor muerto, a cuya muerte no se resigna un sentimiento muy humano y firme.

La vida de relación no habrá llegado a su ápice comercial hasta que no sean utilizados los recibos pagados, esa enorme cantidad desembolsada que vamos ahorrando en el vacío.

No nos podemos resignar a perder por completo esa gran fortuna que gastamos. Aquellos premios a todo el que había gastado determinada cantidad en tal o cual establecimiento fueron el primer atisbo racional de esta medida económica; pero en vez de prosperar han desaparecido casi.

La alta economía, la que sabe jugar con millones nominales, la que ha fabricado las grandes quimeras, las grandes posibilidades y las más fantásticas formas de especulación, realizaría su invento más honrado si diera estado económico de riqueza a las facturas ya pagadas.

Modos de andar.

Hay muchos modos de andar de tipo muy personal.

Hay el que anda como un cojo sin ser un cojo, y cuando precisamente todos los cojos se afanan para andar como los que no lo son y hasta inventan un cantar, un gesto de la mano o del bastón, un silbido algo, en fin, con lo que creen disimular su cojera.

Digitized by Google

Hay el que anda queriendo ganar un paso siempre, lo cual no significa que quiera andar muy de prisa sino que quiere dar un paso más de los que puede dar.

Hay, por el contrario, el que anda dejándose un paso cada dos que da, perdiendo el paso que se comienza con la pierna derecha o con la izquierda, estableciendo un lapsus en su marcha.

Hay el que anda como si fuese detrás de un enemigo queriéndole alcanzar o buscándole las vueltas.

Hay el que anda como si fuese a llegar tarde al correo o al tren y el que anda haciendo tiempo para que llegue «el día de mañana».

Hay el que anda con vicio de ciclista a pie, como si pedalease siempre, haciendo una flexión exagerada.

Hay andar de proletariado, andar de cura, andar de compás y andar de eterno militar voluntario.

Pero entre todos los andares el que más me conmueve es el de ese pobre hombre «fatal» que es de los primeros que transitan en la madrugada y que da unos pasos de pies para medir, largos pies alpargatados que se aplican completamente a la acera como los de los palmípedos y se pegan y se despegan sonoramente, como si fuese midiendo el camino.

Los vasos que habremos roto.

Estamos en la época de las estadísticas, y dan ganas de saber hasta qué punto hemos consumido tal o cuál cosa.

La estadística de los vasos es digna de intentarse.

¿Cuántos vasos habremos roto?

Yo creo que para cada ciudadano acostumbrado a beber el agua en vaso o copa de cristal, ha trabajado una fábrica de cristal lo menos un día.

Esa creo yo que es una cuenta satistactoria. Todos los hornos de una gran fábrica han estado encendidos,

Digitized by Google

y los sopladores han soplado en favor de cada uno de nosotros lo menos un día.

Es una gran idea con bastante suntuosidad esa de que se haya molestado por nosotros toda una fábrica y todo el humo desparramado por la alta chimenea haya salido en honor nuestro, a nuestro servicio.

Yo me había dado ya por conforme con esa idea, cuando un día lancé mi fórmula estadística en una reunión de señoras, y una exclamó;

—¡Ah, no...! Yo reclamo dos días de trabajo de esa fábrica de cristal sólo para mí.

—Y yo, media docena—dijo otra.

—A mí póngame usted quince días—dijo una tercera.

Entonces yo las respondí con severidad:

—En el promedio, señoras, no puede haber competencia... Conténtense con que la fábrica de vidrio haya trabajado un día por cada una... Ya es bastante...

La herradura floja.

Cuando tomé aquel coche simón noté que el caballo de agudas caderas huesudas, que más que caderas parecían unos alones traseros, llevaba una herradura floja, que iba sonando a medio desprendida, dando eso un agudo dolor a todo el coche. Se sentía la misma sensación de que algo iba a desprenderse, de cuando aquel diente flojo que tardó tanto en caer estuvo a punto de irse al fin.

El chacolotear de la herradura sobre las piedras era cada vez más insistente y desprendido.

—¡Ahora ya sólo le quedan dos clavos...! ¡Ahora, uno!...

Sonó durante mucho tiempo la castañuela de hierro, y ya distraídos el cochero y yo con la monotonía del ruido, perdimos la noción del chacoloteo, y cuan-

Digitized by Google

do quisimos recordarlo, cuando quisimos volver a encontrar el monorrítmico ruido, ya no sonaba... ¡Había perdido la herradura el caballo!

Entonces me di cuenta que eso significaba para mí que acababa de perder mi suerte, pues si la herradura que alguien se encuentra supone una gran suerte, la que pierde el caballo del coche en que va montado un señor se lleva consigo la suerte del que va en el coche.

Todavía no he tenido ocasión de comprobar si perdí mi suerte—suponiendo que la tuviese—; pero me dió la sensación la pérdida de la herradura del caballo de mi simón, perdida entre el silencio y el polvo, de que se había quedado extraviada mi propensión a ciertos premios, sinecuras o herencias.

¿Pero cómo arreglar esto? ¿Anunciar en la sección de «Pérdidas» esa pérdida de una herradura entre la calle Espalter, calle Alfonso XII y paseo de las Acacias? No es posible publicar este anuncio, porque si prometo una buena gratificación, serán demasiadas herraduras las que me serían presentadas, y además, en el comentario bárbaro de unos con otros se dirían: «¡He aquí un señor que ha perdido una herradura!», y la herradura del caballo sería aplicada a mis brodequines. Mejor es dejar que la suerte que yo he perdido la aproveche algún desgraciado. ¡Que le aproveche!

Las abuelas que no son abuelas.

Hay unas viejecitas solteras que no quieren ser de ninguna manera «abuelas».

Por el verano andan mucho por la calle esas ancianas, a las que la gente llama abuelas sin serlo.

—¡Abuela, que mancho!—les dicen por detrás unos obreros que vuelven de prisa del trabajo.

Digitized by Google

—Abuela, ¿sabe usted si está por aquí cerca la calle tal?...

—Abuela, cuidado con los coches.

La viejecita vuelve la cabeza muy alborotada cuando se oye llamar así, y a veces responde airada:

—¡Al único nieto que tenía le ahorcaron por ladrón!

El borracho de los toros.

El borracho de los toros es el más grande del mundo, es el borracho emprendedor que se va a correrla borracho y que hasta se atreve a meterse, completamente borracho, en un tendido de sol. ¡Doble jaqueca terrible...!

Ese borracho de los toros parece que se ha caído numerosas veces y hasta que le han arrastrado con las mulillas antes de comenzar la corrida y antes de que le vuelvan a arrastrar de nuevo cuando acabe la fiesta, y sea transportado, flojo como un caballo muerto, a la Comisaría o a la Casa de Socorro del distrito.

Al borracho de los toros le quedan frases taurófilas suficientes para lanzárselas a los matadores mientras las ciruelas de sus ojos se le caen al suelo en miradas que no puede fijar en lo alto .¡Sueño horripilante!

Al principio parecen aficionados embriagados con la fiesta; pero después todo el tendido se da cuenta de que son unos borrachos, porque equivocan los gritos, y al que lo ha hecho bien le lanzan gritos adversos y al que está banderilleando —¡qué fácil es pasarse y decir en vez de eso «baranderilleando»!—le gritan como si fuese un matador.

Los borrachos de los toros descubren los resortes del aficionado violento y estentóreo.

A los borrachos de los toros todo se les sale: la muletilla de un bastón, que así parece un gallo descabezado; el pañuelo, los puños, que en la ovación ines-

Digitized by Google

perada que improvisan lanzan al ruedo; el puro que reservaban para la noche, y la cartera, de la que alguien se aprovecha siempre.

El borracho de los toros confunde todas las direcciones y para dirigirse a la presidencia se dirige a otro palco cualquiera, diciendo a una bella señorita con voz terrible:

—¡Pero, señor presidente! ¡Pero, señor presidente! ¡Mas caballos!

Cuando todos los caballos han muerto ya y están cubiertos con sus hábitos de harpillera.

Las mujeres de los pisos bajos.

Estaba desesperado yo aquella noche de gran calor. Después de cenar solo se me planteaba de nuevo el conflicto sentimental.

Entonces me decidí a realizar un primer impulso antiguo. Decir algo a las chicas de los pisos bajos, pretenderlas, dedicarme a ellas con decisión.

Salí. Los pisos bajos resplandecían abiertos porque hacía demasiado calor; era peor asarse que ser fisgado por todos.

Elegí la primera mujer solitaria que encontré en los pisos bajos y le hice la seña del amor. Nada. Aquella mujer solitaria se indignó, y levantándose muy seria cerró la ventana.

Seguí asomándome a todas las rejas y obtuve el mismo resultado. «No hay amor en el mundo por lo visto» me dije.

Dejé cerrados y asándose todos los pisos bajos de la ciudad. Parece mentira, pero ni una sola reja de los pisos bajos respondió a mi amor.

Digitized by Google

Ambiente de peluquería.

En los espejos de las peluquerías está el nidal de los pájaros flautas.

Las tijeras les cortan el canto, que, sin ese golpe de tijera certero y rasgado, sería interminable.

La amenidad de los canarios flautas hace más optimista la peluquería, llena de los alegres frascos de metal blanco y de cristal azul.

—¿Qué va a ser?—pregunta al hombre sin barba y sin pelo en la cabeza el peluquero...

—Nada... Haga como que me rasura y déjeme disfrutar de los pájaros, de las tijeras, de las maquinillas.

Las tijeras parece que nos cortan pensamientos, una barbechera de ideas y numerosas menudas palabras sobrantes, sobre todo cuando son «segundos» de pelo en vez de «minutos» los que dividen con su corte fino y afilado.

El ramaje de nuestras ideas es el que vamos perdiendo y del que se nos inunda el paño blanco. En muchas ocasiones parece que nos han cortado el bigote; en otras, que nos han cortado la perilla. Pero como no teníamos ni bigote ni perilla, es que lo han imitado las puntas dispersas de la cabellera cercenada.

¡Cuántos «recuerdos—mechones» perdidos para las nòvias que pudimos tener!

Imagen taxativa.

El frío crudo huele a lomo de caballo.

Digitized by Google

Las falsas entradas de teatro que hay tiradas en la noche.

La noche tiene un momento desesperado, en el otoño sobre todo, cuando los grandes kursales están abiertos y tienen números nuevos y han venido del extranjero las estupendas mujeres que tienen un brillante de 50 quilates incrustado en el ombligo.

En ese momento desesperado de las noches de otoño se oye la música que toca el preludio del número sensacional.

Son las once y media y tres minutos y catorce segundos de la noche...

El hombre que no puede entrar en los teatros, que no tiene para poder entrar, que se va vacío a casa, siente una especie de loco optimismo; le parece que ya están caídas por el suelo las entradas con las que podría penetrar en los teatros, o que dando un cigarrillo a los porteros de los coliseos le dejarían entrar...

Se vuelven asequibles los teatros en esa hora de gran incitación en que se ven lucir más que nunca los luminosos arcos de medio punto de sus grandes portales...

Pero el hombre pobre que no podía entrar en ningún sitio alegre y que no lleva ni para la copa de cazalla del Tupi Musical toma con sus últimos quince céntimos el tranvía consolatriz, que tiene a esa hora luz de teatro, prodigiosa luz de teatro, y en cuyo parquet de barco hay tirados indudablemente entre los billetes de tranvía con una punta cortada, billetes de todos los teatros, billetes nuevos que tiraron los que desistieron de ir al teatro porque ya era tarde o los que los pierden al sacar el pañuelo.

Digitized by Google

Las claraboyas de las escaleras.

Las claraboyas de las escaleras que miran oblicuamente al cielo sobre los tejados parece que son sacapruebas fotográficos que están impresionando constantemente los retratos de distintos grupos de la vecindad.

Las terribles proposiciones incidentales.

No se sabe lo que es una de esas proposiciones: ni la definición de los Diccionarios ni la de la Gramática les van bien. No son nada de eso.

La proposición es el arma política más grave, es el ultimátum definitivo. Si yo fuese un historiador político, escribiría la historia de las proposiciones incidentales en España y de sus efectos fulminantes.

La proposición se suele preparar en un gran despacho presidencial, lleno de butacones muy cómodos, con cuadros muy pequeños hundidos en grandes marcos dorados, con estatuas en bronce, con un termómetro inmenso y un barómetro de muelles complicados, un gran barómetro político siempre en: VARIABLE.

Todos los políticos reunidos en ese despacho colaboran en la confección de la proposición, empeñándose en que sea sobria, en sintetizar su efecto, porque en eso está el secreto de su fuerza y su tensión. Todos admiten las enmiendas de sobriedad. Todos están como el que recorta cada vez más los márgenes de un almanaque de bolsillo. Cada tijera encuentra un último reborde. Hay un momento en que la tijera amenaza cortar la parte escrita.

Digitized by Google

Una última vez se repasa la proposición, y el que tiene más historia política dice:

—Ese «para» sobra... A Sagasta le falló una proposición por un «de» sobrante...

Por fin esa especie de tarjeta respaldada que es la proposición incidental se la guarda el abanderado político en el lado secreto de su cartera.

—Mañana estallará en el Congreso una proposición incidental—se dicen unos a otros—. Y al día siguiente, en cualquier momento de la sesión, el papelito de la proposición vuela como una aleluya inofensiva por el aire de la Cámara; parece que se ha escapado de una tribuna el papel que envolvía un caramelo; todos lo ven planear en el aire, rizar el rizo, ir a caer sin dejar de no caer, irse a quedar por su ligereza sobre la última capa de la atmósfera cargada de la Cámara, como un papel que cae a un estanque; pero de pronto..., ¡¡pum!!, estalla, y explotan los taquígrafos, y se trastorna ese aspecto de despachito nocturno, abrumado y oficinesco que había adquirido la Cámara en los días suaves y grises.

Una cosa así es la proposición incidental, y quizás una cosa tan grave y de menos espectáculo, como, por ejemplo, la flecha de papel lanzada por una de esas cerbatanas que usan los japoneses; flecha que se clava tan mordaz y sutilmente en la sien del que buscaba, que le infiere un alfilerazo mortal.

También se podría comparar el efecto de la proposición a esa bolita de papel que es lanzada en el colegio, valiéndose como tirador de la goma roja que sirve para cerrar la cartera. Sí; la proposición incidental es esa bolita que acierta con el blanco de dolor más agudo, con el punto más nervioso.

—¡Ahora mismo voy y se lo digo al rey!—dice el presidente, achagado, y entonces le entra la inquietud sorda y remordiente al que lanzó la bolita de papel. El no ha querido dar un golpe tan fuerte y que le co-

Digitized by Google

loca en situación tan grande de responsabilidad. No sabe cómo disculparse. El rey le regañará, afeará su conducta, y si no le castiga de otra manera y le recomienda mayor respeto, le hará ocupar el mismo sitio en que, ojo por ojo y diente por diente, otra proposición incidental le apuntará y le marcará el golpe en plena sien cuando más descuidado esté.

Una proposición incidental es la cosa más hipócrita y más comedida del mundo, escrita en letra zaina y pequeña, con granos de melinita en cada «o».

¡Oh, si en Africa pudiésemos luchar con proposiciones incidentales! Quizás debiera ensayarse el procedimiento de tirarles a los moros proposiciones incidentales a la cabeza.

La fotografía en traje de baño.

«Se nos puede ver—decían las bañistas al pasar desnudas por la playa—,pero no retener... El que nos quiera retener así, que se case con nosotras... Este es un incentivo del matrimonio, pero no de la fotografía».

Los fotógrafos no se atrevían ya. Habían sido decomisadas sus máquinas, aunque se decía que el decomisador tenía el más bello álbum de fotografías de bañistas que existía en el mundo, porque el muy bribón revelaba las placas decomisadas en la cámara obscura de la delegación, usando, como autoridad que podía permitirse esos lujos, el farol rojo de la casa de socorro próxima, que se mandaba llevar para eso.

Tan severas llegaron a ser las órdenes, que se registraba a todo el que entraba en la playa para ver si llevaba Kodak.

Pero un día apareció tal belleza en las arenas, que hubo un fotógrafo furtivo que se propuso reproducirla y lo logró.

Digitized by Google

El fotógrafo furtivo reveló en seguida su placa, y, «¡oh maravilla!», había salido perfectamente, viéndose lo plástica y admirable que era, aun en esa obscuridad contradictoria del clisé negativo que muestra una negrita de cejas y sonrisa blanca sobre un fondo que después es en la prueba el fulminante claror del mar.

«¡La de miles de duros que me va a valer esta fotografía!», pensaba el fotógrafo furtivo, mientras parecía preparar en la prensa para las copias una especie de esquela de defunción.

Ningún *disparo* le había dado lo que aquel que había hecho sobre la bañista escondiendo la máquina bajo su manta de baño. El fué el fotógrafo al que más le había valido una foto, pues había ganado veinticinco mil pesetas por la fotografía de la explosión contra el Emperador, hecha en el momento de estallar la bomba; él había ganado 60.000 pesetas por haber perpetuado el momento en que cogió el toro al gran torero «Don José», y él, que iba en el tren del descarrilamiento célebre de Arzadum, fué el único superviviente con su Kodak, del que extrajo una fotografía que había hecho en el instante en que los trenes se embistieron, valiéndole cada prueba dos mil pesetas, se iba a hacer rico con esta bañista que había pescado como si fuese una sirena de oro.

En efecto, la apetitosa fotografía se comenzó a publicar en todas las revistas del mundo ocupando toda la portada.

«Una bella bañista» ponía hipócritamente debajo de la fotografía. Muchos no pasaron de la portada en aquel número, despertándose de su ensimismamiento gracias al golpe en la nuca que sólo la esposa sabe propinar al marido cuando le sorprende en una contemplación pecaminosa.

Ninguna revista del mundo quiso privarse de aquella bañista única, y hasta los periódicos en papel es-

Digitized by Google

traceño que nunca publicaban fotografías publicaron la de la estupenda bañista, cuyo traje de baño a listas rojas, azules y amarillas dibujaba de bulto todos sus contornos.

¡Pero cómo estaba el Marqués de Alerinces! ¡Y cómo estaba su bella hija la Marquesita!

Porque la fotografía que había hecho el fotógrafo furtivo había sido la de dicha Marquesita, la hija única de la más linajuda familia del reino, belleza escondida en los más puros miriñaques y que si había tomado baños de mar había sido contra su voluntad, por prescripción facultativa! ¡Salir en todas las revistas del mundo, desde las del reino hasta las del Japón, con pies en chino que sabe Dios lo que podrían decir!

El pleito que entabló el Marqués contra el fotógrafo fué tan implacable, que logró arruinarle, haciendo que le decomisaran sus máquinas y sus archivos, pues se le pidió una gran indemnización por haber deshecho el matrimonio de la bella Marquesita con el Conde Espín, porque, como decía el Conde, «resultaba demasiado mirada por todo el universo con torpe delectación». Realmente, ni la bailarina más célebre había conseguido una exhibición parecida; pero es que en el adocenamiento de las bañistas que publicaban las revistas, notándose demasiado su cinismo, aquélla fué la bañista ideal.

Aspiración.

Yo voy a ser más sincero que he sido nunca. Tengo que llegar a decir cosas que por cuestión de honor piden las cosas que no se digan.

Que un sacacorchos es una verdadera arma criminal que hiere en espiral al corcho, como no hay ninguna arma humana que lo haga con tanto ensañamiento.

Digitized by Google

Que las perchas nos quisieran ver colgados de ellas.

Que las escupideras están hartas de nosotros.

Que los cepillos, en cuanto pueden, nos arañan, se nos clavan, nos ofenden.

Que el paraguas huye de nosotros en cuanto puede, y se clava entre las piedras para no dejarse llevar, como niño testarudo que se agarra a las paredes.

Que las sillas se quitan de su sitio muchas veces para ver si nos caemos. Gracias que desconfiamos tanto de ellas, que volvemos la cabeza para ver si nos han hecho esa jugarreta.

Que el último bocado que reservamos en el plato, así como el último sorbo que reservamos en la copa, hay alguien que se los toma aprovechando nuestra distracción.

Que... etcétera, etcétera.

Difinición de personajes de novela.

Era una de esas mujeres que llevan uno de esos corsés baratos de 9'50 que se exponen en las tiendas de telas con gran profusión.

Era un hombre de esos que están mordiendo siempre un puro nuevo y echan a la humanidad el desperdicio de la circuncisión del puro, escupiéndolo por entre los colmillos con monstruoso desdén.

El inyectado.

El inyectado ha comprado todas esas clases de jeringas de cristal que se lucen en los escaparates de material médico en que los fórceps se destacan como elementos prácticos para las ensaladas.

El «inyectado» ha sufrido desde la inyección de la

Digitized by Google

jeringa esmerilada—con esmeril de farmacia—de un litro, hasta los de la pequeña jeringuilla que parece aparato con que disolver en la sangre un caramelo.

El «inyectado», en vista de eso, tiene otra personalidad; es un ser especial y aparte, con alma distinta al alma humana. ¡Le integran sustancias tan inverosímiles! ¡Se reunen en él el hidromitolgomeado y la pirintelasialogenía de advelanicasia!

Hay que tener miedo al «inyectado». Se mueve por otros móviles que los demás, es más duro y perverso, su crítica está exahusta de generosidad, reacciona con insensatez, es traidor y soslayado.

El mejor "pizzicato".

Ningùn «pizzicato» más incitante que el de la liga sobre la carne, cuando la mujer, para refrescar el cerco que hace en su muslo, la pizca como a las cuerdas de su violoncello el pizzicateador.

La patinadora.

Era la patinadora empedernida. Iba la primera y salía la última.

Hasta que un día no fué al *skanting* helado, porque había logrado la gloria de los patinadores: morir de pulmonía.

Le robaron el reloj.

Le sacaron el reloj del bolsillo y lo lamentaba entre lágrimas.

—¡No es el reloj, no es el reloj!... Es que me han robado ocho horas de vida... ¡Le quedaban ocho horas de la cuerda que yo le había dado!

Digitized by Google

Los autos a la puerta del cine.

Tienen ritmo entre sí muchas cosas modernas. Hay ritmo entre la grúa y el autocamión, que se desprende del enorme cajón en que lleva las piedras, y después, sin el esfuerzo de la mano humana, lo remite a su sitio de nuevo; hay ritmo entre los anuncios luminosos y los tranvías que pasan; hay ritmo entre ese escaparate de óptica moderna y ese de maquinaria, etc., etcétera.

Hay ritmo entre muchas cosas completamente distintas, siendo lo más difícil de apreciar estos ritmos secretos.

Un ritmo de esos especiales de la vida moderna es el que se establece entre el cine y los autómoviles que están parados a su puerta.

Los automóviles parados a la puerta del concierto o del teatro de verso no tienen que ver nada con el espectáculo; están impacientes, despegados, olvidados y alejadísimos.

Sólo los automóviles modernos a la puerta del cine ritman con el espectáculo de rápida manipulación con motor de mucho tiqui-tac con gran avance en el tiempo, quizás a una velocidad de cien kilómetros la hora.

Esos automóviles que se quedan a la puerta son la realidad de los autos espectrales que corren en las películas a velocidades inauditas, dejando pasmados a los carreteros.

Los mismos dueños de los automóviles, quietos a la puerta de los cines, no dejan de sentir la emoción de la carrera incesante, sintiéndose transportados durante toda la película en sus automóviles de rauda marcha.

Yo, que paso en los tranvías y a pie al margen de los cinematógrafos y veo a los autos quietos y soña-

Digitized by Google

dores en su esquinazo, he sentido las bastantes veces para ya declararlo este ritmo entre el cine y los autos veloces y modernos que están junto a su puerta.

Lentejuelas de sol.

Una de las cosas que han tenido más observadores ha sido el rayo de sol polvoroso. Tanto como se ha estudiado de minuciosamente la tuberculosis ha sido estudiada la composición del rayo de luz espolvoreada.

Con nuestros microscopios de observadores nos hemos acercado todos a esa veta luminosa y densa, y hemos estado largos ratos abstraídos en su «estudio».

Ese volandero polvo de talco parece polvo escapado a los terciopelos antiguos.

Es polvo vivo y polvo más bien del que levantan los cepillos que del que levantan las escobas; es la flor del polvo, el polvillo que es digno de los cielos, el polvillo que tiene cierto espíritu.

No es el mismo siempre ese polvo que da densidad al rayo de sol, ni es polvo que «asciende por la escala de sol», como han dicho todos los que se han ocupado de él creando un tópico falaz; es polvo que pasa de través por el rayo de sol; es polvo que se va sustituyendo todo a lo largo de él, porque toda la multitudinaria avalancha del polvo quiere tomar un momento el sol.

Todo el polvo que ha anidado en la habitación se da esa vueltecita por el sector del sol, y después, cuando ya de regreso busca su libro, su fondo de búcaro, su estanteria o su cortina, se dicen unos corpúsculos a otros:

—¿Y qué ha hecho usted?

—Me he dado un paseíto al sol.

Digitized by Google

Sólo las casas que tienen diez o doce máquinas de esas que succionan el polvo por aire comprimido no tienen de esta clase de rayos de sol, en que el alma de lo más sútil se incendia de radioactividad un segundo y después se apaga. Es triste ese rayo de sol delgado, espectral, de las casas demasiado higiénicas de las que se ha absorbido todo el polvo. Parece que se está en los limbos de la nada, dentro del cristal de una gran campana neumática.

La fetichista.

Esta muchacha apasionada, cuyas miradas son miradas que sofocan y enjaulan, tenía un muñeco de cera y yeso de esos que están vestidos de frac, que gastan monóculo y nunca sacan las manos de los bolsillos, los muñecos de última invención, algo así como los kirikis crecidos y ya de largo, dandys que venden en esas tiendas que son medio dulcerías, medio comercios de bibelots.

Esta muchacha siempre ha tenido pasión por estos muñecos que ni pertenecen al arte ni a la juguetería; por esos escuercillos del arte que revelan que su dueña es una fetichista.

La fetichista en cuestión necesita dar su cariño, poner su devoción en seres más hechos que las muñecas; por eso escoge esos Budhas, esos soldados de la gran guerra, esos holandeses de porcelana, y, por fin, este elegante de frac, pollo de cuento de revista inglesa o norteamericana, más bien norteamericana.

—¡Pero, por Dios, Susana!, ¿cómo ha adquirido este hombrecito banal y completamente idiota, al que ha dado el mejor puesto sobre el piano..?

—¿No le gusta? Es usted el primero al que no le encanta...

—Es como si yo hubiese comprado para encima

Digitized by Google

de mi mesa la mujer vestida de rosa y muy escotada que venden como pareja de este marido soñado...

—Pues no hubiera estado mal.

—¿Y por qué entonces no la ha comprado usted también? Ha cometido una deslealtad, Susana, al separar ese matrimonio de bibelotes...

—No diga usted bibelotes, diga bibelots...

—Perdóneme que no le haga caso... Es más burlón bibelotes, y no se merecen otra cosa esos muñecos...

Hice una pausa. Mucho odiaba a esos pollos fatuos hechos en serie, como ahora se hacen también en la vida las especies humanas; mucho odiaba a esos majaderos escultorizados y convertidos en idolillos para antojo de las señoritas y hasta de los mismos señoritos que sienten a ese muñeco como ideal; pero más odio los diálogos de comedia entre gente casadera con un ingenio impertinente y mañoso que puede conducir con los encantos de la ingenuidad al matrimonio.

En mi silencio, el muñeco de Susana, el muchachito de «magazine» inglés o norteamericano, más bien norteamericano, lucía toda su petulancia, su aire de maestro de baile, su algo de patinador, su orgullo de rubio con un frac muy negro y de faldones demasiado largos, marco de una pechera intachable. Me acordaba frente a él de los escaparates de las tiendas en que se venden, escaparates atestados de ellos, como si fuesen una vitrina del creador del cielo y de la tierra o como si nos asomásemos a la escalinata del «music-hall» en que todas las parejas escalonadas en los distintos peldaños son después de todo la misma. No me pude contener, y cogiendo al bibelote cínico, desfalcador y engañoso de encima del piano, le dije a Susana:

—Si yo fuese su novio, la exigiría que antes de nada me dejase romper este figurín... ¡Me gustaría tanto dejarle caer!

Digitized by Google

—Pues hágalo—me dijo Susana con decision, aunque no sin cierta pena.

Pero yo dejé en su sitio el figurín mundano, porque pasó por mí toda la idea de la responsabilidad en que iba a incurrir con mi acto yendo a substituir al bibelote sobre el piano de Susana.

El tic-tac cristalino.

El reloj de bolsillo que a veces coloco sobre la mesa porque resulta que los relojes de pared no acaban de señalar la hora íntima y precisa, ha tenido hoy un ruidillo que había perdido hacía tiempo, un ruidillo agudo, pertinaz, sutil, volviéndose el tic-tac metálico un cristalino tic-tac, como si fuesen de fino cristal las ruedas y los dos puntos muertos en que martillea el volante sonasen dentro de una copa de Bohemia.

Hacía mucho tiempo que no oía ese tono del reloj, quizá desde aquel principio de curso en que me dejaron interno en un colegio con un reloj de bolsillo por toda compañía íntima. Desde entonces no había tenido un tono tan entrañable el reloj.

¿Qué me irá a pasar? ¿Qué emoción profunda me anuncia? ¿Me iré a morir?

Desde aquel angustioso momento del internado, digno de dedicárselo a Nuestra Señora de las Angustias, y en el que el reloj hizo el pobre todo lo que pudo por entretenerme, no he vuelto a oir un tic-tac así.

Se cede un cuarto de abono.

No llegaron quizá a recoger este detalle los inolvidables periodistas Ossorio y Gallardo y Sepúlveda. Se quedaron en el límite del abono y en llevar por pri-

Digitized by Google

mera vez a la literatura aquellas damas muy compuestas, escotadas, con largos guantes blancos y con uno de aquellos abanicos de pluma dotados de unos espejitos en sus varillas capitulares o dedos pulgares.

Con gran discreción, recogiendo lo que tienen de favor más que de venta, voy a anotar y subrayar esos anuncios que suelen aparecer durante la temporada del Real cediendo la cuarta parte de un abono.

Es el anuncio más discreto y más elegante del periódico y tiene el antifaz de seda de unas iniciales y de unas señas que suelen ser, más que las de la abonada, las de una de sus amigas íntimas. ¡Por Dios, que no llegue a transparentarse quién cede esa cuarta parte, porque los vecinos de abono, y para la superstición de la abonada, todo el teatro, las miraría con cierta ironía!

Es un anuncio ese que sólo puede provocar visitas distinguidas, capaces de ir elegantemente ataviadas al regio coliseo, señoras y señoritas que tienen, sin duda, unos buenos gemelos con incrustaciones de nácar y lapislázuli. No es ese anuncio de los que provocan la visita del estafador, de la trapisondista o del trapero.

—Las señoritas de Romuáldez—dice la criada precediendo a las desconocidas que van en pos de la cuarta parte del abono.

—Que pasen..., que pasen—dice la dueña de la casa exagerando la cortesía para borrar lo que de traspaso tiene esa cesión...

—Siéntense... siéntense ustedes... ¿Quizá venían para compartir con nosotras el palco del regio coliseo...?

—Sí... Eso... Nosotras tampoco queríamos gastar esa enormidad que cuesta este año el abono...

—Bien... Es una razón, aunque les advertimos que nosotras no lo hacemos por economía; es que tenemos otro abono en la Princesa el segundo día de la se-

Digitized by Google

rie, y en vez de enviar nuestro palco esa noche a los gorrones de la familia, que ya tienen la avilantez de hacerse trajes para nuestro abono, hemos pensado en cederlo de este modo.

Las señoritas de Romuáldez se muerden los labios, pues han recibido una dura lección de orgullo en esa pretenciosa disculpa de las concesionarias.

—Es un palco muy bueno, desde el que se ve de frente el espectáculo, y no crean que nos lucramos; pedimos estrictamente la cuarta parte del abono completo.

Las señoritas de Romuáldez en ese momento se vengan de la actitud de la concesionaria dándola un billete de quinientas pesetas para que haga la merced de cambiárselo, porque no tienen otro más pequeño. Ese gesto de dar el billete es lo único que convierte el comedor en la sala del mostrador; pero la concesionaria se levanta y cambia en duros el billetazo de las de Romuáldez diciéndolas:

—Como en esta casa corre tanto el dinero, hay tantos duros, que me ayudaran ustedes a salir de unos cuantos...

El trato se vuelve escandaloso por como suenan los duros.

—Ahora bien—dice la señora concesionaria—, si alguien, sin saber nada, sube a preguntar por nosotras al palco, ustedes tendrán la amabilidad de decir, como si fuesen familia a quienes hubiésemos cedido el palco: «Que las señoras de Vivares no han podido ir esa noche»; nosotros nos portaremos a la recíproca.

—Entendido, no faltaba más—dice la mayor de las Romuáldez levantándose y dejando sobre la mesa su tarjeta para los intercambios.

De ese modo comienza una amistad que será muy duradera entre las de Romuáldez y las de Vivares, habiendo quizá un cruce entre ambas familias porque un día el pollo de Vivares, al ir a devolver a las de

Digitized by Google

Romuáldez un sujetador de brillantitos que apareció en un rincón de su palco, y que por la inicial seguramente las pertenecía, se prendó de la mayor de las Romuáldez, la más lagartona, y se casó inmediatamente con ella, apareciendo unidos en una bella criatura los apellidos de Vivares y Romuáldez, con un guión de lujo para más postín.

Así, ese anuncio de cuarta plana que he visto también en los diarios de Lisboa anunciando la concesión de la mitad o un cuarto de un abono de «camarote» en San Carlos, es una enternecedora llamada de los que quieren y no pueden, a las buenas personas de una misma condición siendo una cosa que une como el haber sido padrinos en un mismo bautizo.

La ipecacuana.

Sobre la opinión de los médicos, se necesitan recetas tramadas sólo por la buena fe.

Hemos olvidado cosas de las que tenemos una buena opinión; así, por ejemplo, la ipecacuana, medicina muy indicada en estos malestares indecisos y en estos catarros circunstanciales que en los días de cambio de estación acosan a las gentes.

La ipecacuana creo que nos sentaría bien y que haría mucho más que cualquier específico con nombre extranjero.

Yo, desde que me he acordado de la ipecacuana, la recomiendo con esa alegría particular que se tiene en recomendar a los demás una medicina eficaz, que se espera que nos agradezcan mucho.

—Contra eso, un poco de ipecacuana.

—¿Se necesitará una receta?

—No. La ipecacuana es una de las pocas medicinas leales, de esas que se despachan sin receta.

Sólo he tenido una precaución al recomendar la ipe-

Digitized by Google

cacuana inofensiva, y ha sido buscar en el diccionario lo que era: «Planta fructicosa de la familia de las rubiáceas, muy usada en medicina como emética, tónica, purgante, sudorífica».

Lo de rubiácea es lo que más recomienda a la chulona y bonancible ipecacuana.

El capitán opiómano.

No se podía consentir que la marina se diese al opio. Se podía admitir una tripulación borracha, pues hay una última idea de la responsabilidad que no se apaga en los borrachos y que en los marinos ha servido para dar a veces mayor lucidez a la marinería y salvar el barco de la catástrofe.

Pero el opio borraba la idea de la responsabilidad y, lo que es más grave, desorientaba a todos, y en vez de ver la negrura de tormenta veían luces y ángeles en el cielo seráfico.

Las autoridades emprendieron una campaña muy intensa contra los opiómanos, y, entre otros, detuvieron al capitán Oriol, al que encontraron los aparatos de fumar opio, pretextando el capitán que era su señora la que fumaba.

Las autoridades aceptaron la disculpa y el capitán Oriol volvió a regir su barco *El Veloz*.

Viendo que aquello iba serio, el capitán Oriol estuvo una temporada sin fumar opio; pero sentía tanto la náusea del mar, veía tan abrumadoramente el vacío de la vida, que volvió a comprarse los bártulos y el estuche del opio.

Ahora lo hacía con un gran disimulo y fumaba en la noche, pues indudablemente fué algún espía el que le había denunciado la vez pasada, temeroso por su vida si su capitán se embriagaba y el barco se quedaba sin gobernante.

Digitized by Google

El capitán Oriol, para huir de la inmensidad de la noche y como escondiéndose en una cobardía de valiente, preparaba lo que el llamaba «la operación del espíritu», tomando una actitud de enfermo de hospital, desahuciado por todos los médicos, enervado, necesitado del último esfuerzo de la ciencia...

El capitán Oriol era un opiómano con premeditación, pues después de emperezarse sobre el diván, desde el que se veían las estrellas, y de pensar mucho en que iba llegando «la hora de la operación», entraba en el otro mundo del opio.

Otra vez volvía a ese exceso de opio a que se entrega el opiómano ascendente, progresivo, y por fin llegó a la noche del delirio de gala, del delirio absurdo.

El capitán Oriol, aquella noche sintió el sueño de los descubrimientos, la quimera más peligrosa de los marinos, y en plena embriaguez estudió un mapa ideal en la gran sábana blanca que como si fuese un mapa había arrancado de su cama. Después cogió la brújula para orientarse, y con un compás en una mano y el lápiz en la otra, estuvo meditando y trazando una ruta fantástica por en medio de los mares que veía.

Estaba frenético, espumoso de entusiasmo, vidente.

La noche era magnífica, digna de aquel gran sueño que había llenado de continentes nuevos y floridos el mapa blanco de la sábana.

El capitán Oriol sonreía y de vez en cuando volvía al inmenso mapa y con el lápiz embriagado hacía nuevas rayas, nuevos trazados y ángulos y números.

¡Qué gran alegría gozaba!

Se quedó sin arrugas su frente y sus orejitas de hombre frío y sagaz se pusieron en punta, altas, acuciosas.

Debía ser un hermoso jardín botánico, sin carteles colgados de los troncos, el que veía, o quizás era mag-

Digitized by Google

nífico decorado de teatro con variadas apoteosis de mujeres.

Había en su rostro una especie de luz como la que las candilejas ponen en el rostro del autor, aunque era el porvenir sin duda de una aurora boreal.

Cuando en su meditación miraba al cielo parecía ver el paraíso y verle a Dios rodeado de sus coros.

El cuarto entero del capitán se iba contagiando de su hilaridad como de una fosforescencia y en los espejos había una luz como esa de las grutas marinas que ilumina no se sabe por qué desgarrón el Sol. Hasta la máscara china que colgaba de la panoplia de las armas finas y pequeñas del ensañamiento parecía tener idea de lo que veía y parecía ver también aquel horizonte boreal que veía el capitán.

Como cerciorado de una fe absoluta, se levantó el capitán Oriol y se dirigió hacia la puerta, y entreabriéndola llamó, y rehaciéndose, como ocultando su alegría, como reservando su descubrimiento para cuando en la mañana que esperaba llegaran a divisar las grandes rocas de amatista y luz, dió muy serio al que se le presentó la orden de un cambio de rumbo inmediato...

El otro saludó y se fué a comunicar la orden.

El barco viró en redondo, se le sintió como cogido por los cabellos por una mano potentísima y obligado a cambiar de ruta, y todo él crujió desvencijado, desencolado por la brusca maniobra, agrietado por algún lado.

El capitán Oriol estaba satisfecho de que obedeciese a su orientación la nave, que volvería condecorada por el brillante más grande del mundo a su vuelta a Europa.

—¡Vamos al país de los Soles! ¡Dos Soles en vez de uno! ¡Hurra!... ¡Hurra!...—gritó con voz sofocada y sin poderse contener.

El que el barco ande en una nueva dirección hace

Digitized by Google

que suene con rudo ruido la cadena sin fin de las aguas, pasando con más rigidez por los dientes de la rueda dentadas de las olas...

El capitán Oriol no dejaba de reír, de reír.

Cuando, ¡zás!, el barco se abrió como un gran coco que se rompe y oyóse un espantoso griterío, que tuvo el consuelo de un silencio inmediato después de haberse hecho en el agua de la catástrofe el tirabuzón succionador de los naufragios rápidos...

Y el capitán Oriol, el capitán opiómano, se hundió en medio de sus huestes, riendo hasta debajo del agua de la visión maravillosa de su hallazgo en el mapa de la gran sábana durante aquella embriaguez de opio que hizo estrellarse al barco contra el peor arrecife.

El brigadier y su esposa.

El baile de máscaras del teatro Moderno tenía su aspecto espléndido de siempre, no sabiéndose de qué año era, pues su atmósfera y su luz eran como una condensación del pasado a la par que del presente.

La magnífica alfombra redonda para los bailes daba su perfume a iglesia y a palacio.

Todo el salón estaba más abrigado que nunca por si los escotes se entreabrían. Se entraba en el escenario del teatro más que en sus butacas, y todos tenían el rubor de actores y actrices que debutasen. Los miraban todos los palcos, aun los vacíos, por entre las cortinas que daban al antepalco.

Hidalgo llevaba a su esposa porque se lo tenía prometido hacía mucho tiempo, pues a última hora hubiera dado cualquier cosa por no llevarla. Cuando la vistió de máscara en el saloncito de la tienda de alquiler, se dió cuenta de que corrompía un poco a su mujer aquel traje, y cuando entró con ella del brazo en el salón le pareció que la lanzaba a la escena él

Digitized by Google

mismo, y apretó su brazo con fuerza avasalladora, como si se bañasen en el mar en la hora álgida de la resaca.

El iba disfrazado de lord inglés y ella de dama de los volantes, exquisitamente peinada y enseñando su alta garganta, que componía un agudo y erguido triángulo con sus hombros caídos.

Los mantones de Manila convertían en verbena el baile de máscaras, y las que los llevaban usurpaban el lugar que correspondía a otras máscaras. En aquel baile de trajes, en que hasta los caballeros estaban disfrazados, no iba bien el mantón, que en los grandes bailes de la Opera hacía mejor papel y servía para enganchar a los hombres de frac prendiendo en sus flecos los botones de la bocamanga.

Hidalgo, con su esposa, buscaba las márgenes del salón, la parte baja de los palcos, aunque desde un palco un atrevido le tiró de las cintas de su sombrero claro de inglesote de monóculo y patillas.

A medida que avanzaba la noche, como sucede en los banquetes, el salón de baile se llenaba de más voces, de más guirigay, y se notaba que todos los rostros estaban arrebatados, como si todos hubiesen bebido demasiado champagne.

Todas las máscaras tenían gran miedo de que las arrancasen el antifaz y lo sujetaban por la nariz como si se tapasen el rostro con un abanico. Parecía que la vorágine de la fiesta presagiaba ese tirón deshonesto y maldito que arrebata el antifaz a una mujer.

Hidalgo, con su esposa, se paseaba cada vez con más soltura por en medio del salón. Ella miraba, sorprendida, a todos lados, como un gato que se distrae, cuando de pronto dijo a su marido:

—¡Mira!... ¡Fíjate!...

—¿Qué?

—Esos... No son máscaras...

—Entonces, ¿qué son?

Digitized by Google

—Mi abuelo y mi abuela... El va sin disfraz, porque era brigadier y ése es su uniforme, y son los suyos también los grandes bigotes rubios que pasea, y ella lleva el traje de los retratos, su traje de calle, aunque se haya puesto ese antifaz por disimular...

Hidalgo y su esposa se quedaron parados en medio del salón, siguiendo con la vista a aquel extraño brigadier, que resultaba una máscara, porque su uniforme, ya en desuso, le daba carácter de máscara, y a ella, que también resultaba enmascarada por su vestido de una moda antigua...

Iban lentos, satisfechos de engañar a todo el baile, que les admiraba por su propiedad y por una íntima armonía que había entre los dos trajes, a diferencia de todos los demás, que componían parejas inarmónicas.

Cuando les hubieron perdido de vista, la señora Hidalgo se sintió algo indispuesta y rogó a su marido que la condujese a su casa, y los dos en un simón regresaron a su hogar, después de desprenderse rápidamente de sus disfraces en la tienda alquiladora, como bañistas que al salir del baño dejan en la caseta el traje alquilado, quitándoselo con frío, asco y arrepentimiento de habérselo puesto.

Ya en el silencio de su casa, que tenía algo de pecaminoso, como si fuesen los calaveras que vuelven después de la calaverada, ella buscó el álbum de los retratos, y abriéndolo por el sitio en que estaban sus abuelos, se los mostró a su esposo...

—Sí... Sí... Los mismos...—dijo él.

—Hasta llevaba esa cruz—dijo ella; y sin poderse contener estalló en el llanto nervioso del miedo y del dolor...

—¡Debimos acercarnos a ellos! ¡Debimos acercarnos a ellos!—decía entre lágrimas.

Digitized by Google

La peineta dorada.

De la coqueta ya no quedaba nada. Sólo el rosario de las vértebras, su cráneo, las muletas descompuestas de sus piernas, el asiento innominable — formado por el isquión, el púbis y la sínfisis pubiana—, el pedazo de maniquí de mimbre del pecho y los cetros de los fémures.

La coqueta estaba inquieta porque ella quería distinguirse de todas las demás. Siempre había sido patilluda y peinetera y necesitaba algo con qué adornar su cráneo.

Entre los botones, hebillas y trapajos que había en el fondo de la caja encontró la peina dorada con la que la enterraron porque era su rasgo original, y clavándosela chulescamente en la cocorota, se sintió ya feliz con la cresta dorada y flamenca.

Cuando los pueblos salvajes decoran los cráneos, es que tienen más firme idea de lo humano y saben que el humano necesita como su última vanidad al que por sinonimidad con el peluquero, el pedícuro y el manícuro podríamos llamar el cranícuro.

La columna invisible.

Uno de estos últimos días he descubierto la columna de periódico en que no se ven nunca los artículos. En ella estaba metido el mejor, junto a toda la prosa que repite la prosa de siempre, junto a las crónicas y las críticas de arte de los oficinistas da la crítica. Fuí enseñando mi hallazgo a mis amigos. Ninguno había tropezado jamás con esa columna, porque es la columna que no se ve, la que saben muy bien los que confec-

Digitized by Google

cionan los periódicos que no se ve. En aquel artículo se encontraba el estilo florido de la verdad.

Desde ese día leo en los periódicos el artículo contra el que más se ha conspirado; el artículo colocado en el lado de la sombra.

La señorita de las piernas torcidas.

La madre apática, la madre que no comprende, la madre frívola y distraída, deja que las piernas del niño se venzan y se tuerzan.

El niño, aun con las piernas muy torcidas, se sostiene en equilibrio y anda con la misma dificultad que el equilibrista sobre la cuerda floja.

«Ya se le pondrán derechas... Eso les pasa a todos los niños y después no se les nota», dice la madre, y el niño sigue siendo contrahecho.

Ese niño, si es niño, tendrá que ser boticario, por causa de sus piernas torcidas, y su figura tendrá más aires de fracaso que la de un cojo. Con hongo, sobre todo, su figura será lamentable.

¡Ah, pero si es una niña, el caso será verdaderamente trágico! Cuando llegue a la edad en que poder ser menorcita, graciosa y ágil como una pequeña bailarina de ópera, irá avergonzada, y pronto, más pronto que a las demás niñas, la pondrán de largo.

Ya de largo, la señorita de las piernas torcidas se siente salvada, y como el paso la denuncia un poco, practica esos disimulos de los cojos, tan difíciles tan costosos, tan perfectos. Procura no ir de prisa; se pone zapatos discretos, sin hebillas relucientes, y pone en sus ojos, en su sonrisa o en su escote una insinuación vivaz, aguda, destellante, que distraiga a los que la miren.

La señorita de las piernas torcidas llega a tener

Digitized by Google

novio, un primer novio, que un día se va porque se ha aburrido y quiere a otra, aunque no hay nadie que le quite de la cabeza a la señorita de las piernas torcidas que se ha ido porque ha notado su defecto y eso le ha espantado. Entonces la señorita de las piernas torcidas llora amargamente, y hasta echa la culpa de lo que le pasa a su mamá, la mamá, que cada vez está más inconsciente y más llena de alifafes y dolores; la mamá, que es ya «la pobre madre» que echa la culpa de lo zamba que es su hija a aquella ama de cría, o a aquella niñera tan noviera que la llevaba a paseo, y que, ¡si se distraería!, que el novio, un soldado falto de alimento, mientras se descuidaba, se bebía el biberón de la niña, de la pobre niña que comenzó a adelgazar hasta que un día se enteraron de la causa.

La señorita de las piernas torcidas, consolada al fin, encuentra otro novio, un novio que no se entera de que tiene las piernas torcidas y que se casa con ella.

Entonces la señorita de las piernas torcidas, que se hace perdonar su defecto en vez de seguir disimulándolo, hace eso que toda mujer española hace cuando se encuentra indefectiblemente casada: se abandona, no pone ninguna esbeltez ni ningún cuidado en su vida; ya no lee los periódicos, ni mira con curiosidad las cosas; se achaparra, ensancha, se derrenga; sus piernas se acaban de torcer, y lo que es más terrible, cuando tiene el primer hijo, que resulta niña, y da los primeros pasos, la deja andar sola, la deja abandonada a sus propias fuerzas, se endormisca y no cuida de ella, y a la niña se le tuercen las piernas en garabatillo, acortadas, monstruosas, como las de esos perros contrahechos, de patas cortas y hacia dentro.

Digitized by Google

"Garages".

Por todos lados se hacen «garages», esas falsas habitaciones, esas precarias estaciones que ocupan vanamente el espacio. Es gastar inútilmente sitio y diezmar la capacidad de habitaciones de que dispone la ciudad el dejar que se inmiscuyan en el centro, en cualquier manzana de la ciudad como «gusanos de la manzana». Son como casas hechas por el embalador.

Me parece una cosa fría, vacía, con pobre aire de asilo, el «garage». Donde cae deja una mancha negra de un aceite espeso, que no habrá baldeador que logre limpiar. Ese solar tan ansioso de florecer en forma de cordial casa llena de vecinos se eterniza como «garage».

Quizás, las estaciones futuras sean numerosos «garages» de los autos dispuestos a salir a hora fija por los numerosos caminos que entonces surcarán el mundo.

Los grandes «garages» serán especies de laberintos superpuestos con ascensores para subir los automóviles y colocarlos en sus alcobas. El «garage» está llamado a ser una torre babilónica y asombrosa. (Para ese mueble que parece que se ha escapado que es la motocicleta, también tendrá que haber rascacielos con habitaciones más chicas.)

Pero se reducirán los «garages» entonces a las cuadras y chamizos en las afueras, sin mezclarse tan incongruentemente a las casas de la ciudad, como robando el espacio cordial de la ciudad.

El espíritu del «garage» no es recomendable en general, está lleno de hombres fuertes como gimnastas de circo que tienen grandes ambiciones y que aun siendo «chauffeurs» tienen una amante con sombrero y pieles. Todos estudian la manera de robar más a

Digitized by Google

sus dueños y se malean unos a otros como las criadas que van a la compra y se reunen bajo los grandes «garages» de los mercados.

No sabemos apenas de esa vida y sólo vemos la sombra antipática que hay allí, sombra de cochera sin los nobles caballos, notando también como el perfume de galantería y de riqueza que sale de los «autos», se escapa a los coches, con pungencias para los criados.

Esa cosa húmeda, de cubos de agua tirados contra el esmalte y por entre las ruedas de los coches, desflecándose el agua como se desfleca en las ruedas de las norias, acaba de dar más ingratitud al «garage», en el que entran montones de tristes cacharros de gasolina, y donde los mecánicos, en cuclillas o debajo de los coches, con todos los sueños de su profesión tirados por el suelo, curan el coche.

Lo que yo veo es que se van a construir muchos y que se están construyendo demasiados. Lo que yo veo es que en el estudio del escultor Querol—¡pobre artista mediocre!—resuenan los «piafidos» de los automóviles, y al lado de mi casa es posible que levanten uno. ¡Con lo que roncan de noche!

La hija del gran torero.

La hija del gran torero retirado, y como incógnito después de la retirada, es algo maravilloso, luminoso, enjundioso.

Vive en la gran ciudad, en una casa con cinco miradores. Se viste de un modo elegante; pero en ciertos rasgos del andar y en ciertos arrechuchos de su carácter es una plebeya de rompe y rasga. Tiene siempre dos arranques: uno muy fuerte, como mujer de garbo y de jaleo, y el otro, el falso, el comedido, el de la señorita.

Digitized by Google

Los dos magníficos mantones de Manila que tiene, los mantones con que su madre se adornaba en las grandes fiestas, el uno está sacrificado a ser cubrechimenea, y el otro, cubrepiano. Van perdiendo su color, no se los pone nunca; pero siempre está sintiendo el impulso de tirar de ellos y ponérselos en un periquete escapándose con ellos a la calle.

La hija del gran torero, en medio de su vida próspera y señoril, tiene que estar conteniendo la sangre retozona y viva, esa sangre que afluye a sus ojos, que parecen lanzar miradas como de sangre, como chorros de sangre.

Muy pocos saben que es la hija del torero, porque va casi siempre con su madre; pero los que lo sabemos la vemos como con la chaquetilla de luces del padre, como acorazada para el amor por la malla de oro. (Los redondeles, las especies de hombreras acharretadas que tienen las chaquetillas, las lleva como pezoneras sobre los senos.) Se viste de luces la hija del torero; pero no nos atrevemos a acercarnos a ella aun siendo tan hermosa.

Todo novio, todo jovencito incauto de esos que siguen a su casa a la señorita que encuentran bella en la calle, al saber que es la hija del torero se estremecerá y huirá muy a cobardado.

¡Qué treinta y tres años—los años de la diosa Venus—tendrá la hija del torero! Qué ocasos más sangrientos y anaranjados se verán junto a ella; ¡pero cuidado con su manera de matar, porque matará igual que su padre, de un golpe y para siempre, alcanzando al corazón desleal y engañoso en su cifra y cruz fatal!

Digitized by Google

Luz negra.

Aquel hombre tenía la lámpara de luz negra y reunía a sus amigos más íntimos, a los nostálgicos, para que viesen sus recuerdos destacándose en blanco sobre el fondo negro y viéndose las evocaciones de sus óvulos gracias a la luz negra.

Largas pestañas.

Tenía unas pestañas inmensas..., demasiadas pestañas, que eran como sombrajos de sus ojos.

Las de grandes pestañas se casan en seguida porque con sus grandes pestañas cae en una tela de araña inevitable el que primero las mire.

—Me enredé en sus pestañas—podría decir su marido explicando el accidente.

Uñas que se parten.

Siempre tenía miedo.

—Mis uñas se parten, y ésa es señal de muerte temprana...

—Esas son supersticiones—la replicaba yo.

Pero me atemorizaba después de mi réplica aquella fragilidad de las uñas, siempre con su doblez en medio, como próximas a quebrarse, siempre agrietadas.

—Que me traigan unas tijeras, que se me ha roto una uña—gritaba ella, sin acabar de distraer a la don-

Digitized by Google

cella, perdida en el fondo de la casa, y teniendo que recurrir al fin al timbre.

Me acordaré siempre de aquella predicción de las uñas. Debí comprarla unas uñas postizas, unas uñas de hierro o haberla injertado uñas fuertes de usurero.

La que enseña la enagua.

Los domingos abundan mucho las que enseñan la enagua. Es esa aparición de la enagua algo así como la espuma del domingo, como la puntilla de la falda.

La que lleva la enagua fuera va como con el borde nevado, como con un colgante de papel, como si fuese a perder toda la camisa y llevase ropa tendida sobre ella misma.

Ese desgalichamiento del borde blanco pone una cola de blancura a la que lo lleva, y, sin embargo, ella no se la ve.

Sólo detrás de la puerta de un portal se puede evitar eso, pues hay que subir toda la enagua desde la cintura; y como no se atreven a hacer alcoba de cualquier portal, llevan colgante el trapajo blanco de la enagua, como si fuesen «bebés» de carnaval cuando llevan el gabán de varón puesto sobre el traje antiguo.

Siempre con peinador.

Aquella mujer siempre en peinador, hasta cuando algún amigo iba a casa del amigo, nos escamaba a todos. Uno le hubiera dicho al marido: «Di a tu mujer que en esas largas horas de convalecencia y languidez que tiene no se ponga el blanco «matiné»... No hay cosa que conduzca a las mujeres al adulterio como esa costumbre de quedarse con la blanca y suelta sobre pelliz»...

Digitized by Google

En efecto, aquella mujer siempre con peinador, que en verano atisbaba la calle por entre las persianas con el peinador suelto, mientras se hurgaba con un palillo en su perlina dentadura, se la pegó a nuestro amigo con todos los de su misma promoción y con los vecinos de enfrente.

La novela.

Me resultaba repugnante hacer una novela, uno de esos engaños y de esos abusos contra todos.

Pero había que hacerla.

La dama tonta de la novela, la inmoladora, la protagonista, se ponía delante de mí con su traje de gasas haciendo dengues con la sombrilla de encajes y escribiendo con ella en el suelo:

NOVELA...

Pero yo cada vez veía más la trivialidad y las escenas insinceras y prolijadas de la novela, y me despedí de la dama inquietante de la novela sin aceptar su ofrecimiento...

Desde ese día me persigue como el *Ramón* que escribía aquella novia a lo largo de la playa cruzando como una carta cruzada los arenales, un NOVELA... NOVELA... NOVELA, constantemente escrito en la arena de mis paseos.

El collar de ojos.

Era necesario que alguien tuviese un collar de ojos, ojos diferentes, escogidos; nunca el par, siempre uno solo de cada pareja, para lo cual sólo había que dejar tuertos a los interfectos escogidos.

La otra Salomé fué lo que pidió a su Tetrarca, y tuvo su collar de ojos, porque en las tradiciones de

Digitized by Google

la vida tenía que haber un collar de ojos con sus niñas de adorno, un collar de ojos como cuentas de un collar inimitable, ni el vulgar collar de perlas que son asequibles a cualquier millonario como una docena de ostras de Arcachón a cualquier pelanas o pelafustán.

El sobrevivirse.

Se ha hablado del modo de conservar la vida «viva» durante mucho tiempo, a una temperatura de máxima gelidez.

Ya se han hecho varias experiencias con animales, sobre todo con murciélagos, a los que se les ha tenido encerrados tres años en una cámara frigorífica, viendo que al deshelarlos, al cabo de ese tiempo, su corazón ha palpitado, reanudando su ritmo como en el segundo después a aquel en que los helaron.

Quizá se consiga helar al hombre y que pase de una época a otra en perfecto estado de congelación. Habrá el mártir de la ciencia que por conseguir asomarse a un siglo de mayor civilización se dejará helar, y así poder amanecer en el siglo XXII, pidiendo como premio a su rasgo heroico que le vuelvan otra vez a la helada fresquera y le despierten en el siglo XXIII, y así poder ser el hombre asombroso y sorprendente que haya podido ver tres siglos y que quizá, como al ser más raro de la creación, se le conceda el privilegio de dormir casi todo el siglo a cada nuevo siglo que sobrevenga, para poder apreciar las diferencias de tiempo y dar a los hombres la verdadera perspectiva de su evolución.

Espero ese mártir.

El hombre helado en nuestros días rogará al conserje de su alcoba de estuco, más helado que el de las alcobas corrientes, que le llame a las ocho de la

Digitized by Google

mañana del día 1 de Enero del año 2000. «Pero a las ocho de la mañana en punto... No se le olvide» —dirá, por fin, y se meterá en la cama de sábanas heladas, mucho más heladas que las de las camas corrientes.

Ahora bien. ¿Merece la pena de pasar helados el tiempo, para vivir después y en resumidas cuentas una vida casi tan extensa como la que se hubiese vivido al lado de los seres queridos y conocidos?

¿Después de tanto perseguir el dulce calor de los braseros en los inviernos de la vida, meterse en el cuarto oscuro y hecho de carámbanos?

Claro que al amanecer en ese nuevo día de un siglo próximo, varias de las enfermedades que hoy no se curan ya habrán encontrado su medicina, y por lo menos se morirá de menos enfermedadas de las que hoy se muere; pero eso quizá no merezca la pena de pasar tanto tiempo en tan fría prisión y después de despedida tan eterna de sus contemporáneos y familiares...

Así, cuando veo, asomándome por la rendija de la puerta, a todos los que hay esperando vez en esa consulta, me parece entrometida su pretensión, la gran avaricia de pasar a otra edad. Debían despacharles a todos, porque ninguno tiene cara de darse cuenta del hermoso placer que hay en morirse y en irse muriendo. Su avaricia de vida y de curiosidad les ciega y les hará morir más limitados que lo que pudieron serlo.

El bucranio.

El bucranio está pidiendo siempre una alabanza eterna. El bucranio de buey es el que exaltó en mí esa imagen de la muerte que sostiene la vida y en la

Digitized by Google

que se apoya muchas veces la arquitectura, porque los bueyes de la muerte tienen mucha más fuerza que los bueyes vivos, son ya la fuerza pura y eterna.

Es bello y va muy bien con la piedra, y quizá interpretan su sentido de resistencia y perennidad esos cráneos de bueyes que se repiten en la ornamentación y sostienen unas guirnaldas de follaje que van de unos a otros. Los bucranios que están colocados ordinariamente en las metopas o intervalos que separan dos triglifos y que a veces tienen vendas, son lo menos frío de la escultura. Aunque ya no tienen aquel objeto que tenían en la antigüedad de recordar las víctimas ofrecidas en el sacrificio, figuran en el nuevo matadero de cabe el Puente de la Princesa, donde representarán las víctimas ofrecidas también en el sacrificio, si no a los dioses, a los hombres. No ha estado mal la ocurrencia en ese concejal que parece haber sido el arquitecto de ese matadero matritense.

El bucranio tiene una pareja que quizás es superior a él, y más espiritual, el cráneo de carnero, y que en arquitectura se llama «un encuentro»..., repitiéndose en los libros y las descripciones: «Un encuentro de carnero de oro» porque de oro era muchas veces.

Estos bucranios, que no son de buey, sino de carnero, y en que la gracia es mayor, pues sus cuernos, rizados como dos volutas naturales y menos herméticos y rígidos que las volutas, adornan la triste sosera del cráneo de hocico largo y roto estan en el otro mundo, y pacen en las eternas praderas de granito comiendo tierra, cuscurros de pedernal y arena. Hay que ver cómo moverán la cabeza, esa cabeza que si ya en los carneros es muy baja y husmea la tierra constantemente, en el bucranio lo es más aún, con un atroz languidecimiento final.

Desde los ojos del bucranio mira la piedra, con una actitud meditabunda, enterada en ese cráneo de toda la certeza del mundo. La gran síntesis del tiempo, que

Digitized by Google

es la piedra, adquiere conciencia y representación, en el fondo simbólico del bucranio.

El lado por donde asoma el alma oculta en los edificios y la tremenda cantidad de muerte que tienen incrustada en sí, es por la cabeza del bucranio.

Sea ésta una llamada, una exaltación oportuna, para que los buenos arquitectos que me lean y que en este momento trazan sobre los grandes tableros y bajo las intensas luces los modelos de las casas futuras, dibujen siempre unos bucranios en sus fachadas.

¡Anden! No sean negados... Es cuestión de un momento... Son fáciles de dibujar, y si los ponen en el plano, los picapedreros sabrán esculpirlos, porque en el fondo clásico de su instinto, de cuando eran picapedreros griegos, en una encarnación lejanísima ya, duerme la ciencia de haber hecho muchos.

Símbolo nacional.

En la Casa del Pobre, del Retiro, está el símbolo nacional. De vez en cuando vuelvo a entrar a verle para ver cómo sigue siendo el mismo y cómo nos representa de bien, y allí me encuentro el símbolo intacto, sin perder sus malos colores, integérrimo, aunque muy enfermo.

No es un muñeco cualquiera aquel muñeco, sino un símbolo nacional, y dentro de esa casa rústica en que hay tantas cosas banales, es lo único que puede verse, lo único que no es un juguete de la Real niña, lo único que la estropeó la gran casa de muñecas establecida en el jardín.

Según se entra en esa firme casita, que tiene hondas raíces en el bosque, se encuentra a mano derecha la alcoba en que el «pobre enfermo nacional» no se levanta nunca de la cama. A esa hora de una luz de des-

Digitized by Google

pedida en que yo suelo entrar presuroso en esa alcoba, como doctor al que se le ha pasado la hora de la visita, el enfermo está más expresivo que nunca, embargándole la honda emoción del conflicto entre la vida y la muerte. A esa hora es cuando este pobre hombre de madera vive y siente recrudecida su pasta humana.

Tomarle el pulso, ¿para qué? Tiene la gripe española, la eterna gripe, la que hace guardar cama durante el verano y durante el invierno, la que tiene postrado siempre al ciudadano español.

—¿Cuántos años lleva así?

—Cerca ya de cien años... ¡Pero qué bonita es la luz de Madrid! ¡Mientras la vea!

—¿Y qué toma usted para sostenerse?

—Un cocimiento de ajos que me recomendó una comadre.

—¿Se acuerda usted de la reina Isabel niña?...

—Ya lo creo... Me traía alguna vez unos bombones... Y me daba ánimos para que soportase mi destino... Ese día que venía la reina niña me cambiaban la ropa de la cama.

—¿Y ahora?

—Ahora me la cambian las Damas Archicofrades.

—¿Y no le traen nada de comer esas ilustres damas que le cambian la ropa de la cama?

—No, señor... Alguna vez me renuevan el agua bendita de la pila...

Así hemos hablado algunas veces con el «símbolo nacional» toscamente tallado en la madera del Montañés empleada en una representación profana frente a las imágenes religiosas de siempre.

Ese hombre enjuto y endurecido por la enfermedad, hay un momento en que se incorpora sobre la cama con un movimiento brusco, como para ir a decir sus últimas palabras antes de morir, como con ese arrebato último por el que hasta el último Papa muerto

Digitized by Google

pidió su ropa para vestirse y después cayó en la postración suprema...

El guardián de la Casa del Pobre, que ha desaparecido un momento, dejando solo al visitante con el enfermo, es el que provoca ese gesto del *griposo*, manejando una formidable palanca igual que un guardaagujas. Varias señoras se han desmayado al ver incorporarse con violento crujido de huesos a ese tipo de hospital provincial.

Yo enseño a los extranjeros y a los provincianos que vienen a ver Madrid el «símbolo nacional» vivo y palpitante, el hombre representativo en el que pensamos en las alcobas de la enfermedad, cuando después de haber creído pasar la gripe entramos de nuevo en ella.

«*Sabe usted*—me escriben después—*que me acuerdo mucho del enfermo de la Casa del Pobre, del* «símbolo nacional», *que usted decía.*»

Y yo vuelvo y volveré de vez en cuando a la Casa del Pobre, del Retiro, no sólo para cumplir con el precepto de las Obras de Misericordia que manda «visitar los enfermos», sino, además, para ver la supervivencia del griposo español, siempre en su catre pegado a la pared y junto a la ventana cuya luz alimenta su alma, y siempre bajo la pililla del agua bendita, de la que se sostiene un ramo de olivo. Mira con la eterna esperanza de levantarse, la percha atestada de sus ropas, ropas que han ido pardeando y convirtiéndose en ropas de asilado, ropas en cuyos bolsillos ha habido que echar bombones de alcanfor, las ropas que no quiere que se lleven, porque siempre tiene la esperanza de levantarse mañana.

Digitized by Google

Humos.

Dedicados a observar los humos de las fábricas, dejando de ser contempladores triviales y distraídos que aplican a sus propios pensamientos los simbolismos y las imágenes del humo, para ser experiencia y plasma auténtica del humo, se le comprende de otro modo.

El humo—es lo primero que yo he descubierto al observarle—, no es nada quimérico. El humo es una verdad material, auténtica, plástica como una escultura, es decir, como muchas esculturas.

Los humos de las fábricas, el humo de esas grandes chimeneas que llegan al cielo, es como una ristra de esculturas de Meunier, jorobadas por el trabajo.

El estado de ánimo de cada obrero, durante el trabajo, se resume en el humo que sale de la chimenea. Como cada hombre es un hombre distinto cada instante, y el humo está en despedida perpetua de sí mismo, por eso el humo se lleva y desvanece en el cielo al proletariado entero de la fábrica curvado sobre el trabajo, en pleno retortijón interior de cansancio, porque, aunque su figura esté derecha y erguida, él se escorza con los escorzos más difíciles íntimamente, según comprueban y propalan las nubes sobre el cielo.

Hay una salida constante de obreros por la chimenea de la fábrica, y es eso como un despido forzoso y fatal.

En los momentos álgidos de la fábrica, cuando el trabajo está en su apogeo, los obreros que se van por la chimenea para nunca volver—y por cuya ausencia sienten esa atroz melancolía sus homónimos a la vuelta del trabajo—llegan a formar una mayor y más es-

Digitized by Google

pesa muchedumbre, y la masa terrible del humo tiene algo de muchedumbre en día de huelga general, la huelga que huye, la huelga vencida.

El humo tiene embaladas en su algodón negro figuras humanas, que interpreta con todo vigor el interpretador de los humos.

Los humos de las fábricas de cristal son unos humos con curiosos diseños, viéndose a los pobres sopladores requemados por el fuego de los hornos, desnudos de medio cuerpo para arriba y soplando en los inmensos globos en que vomitan litros y litros de vida.

Siendo un buen interpretador de los humos, hasta se ve a veces el brillo del cristal, la cosa blancuzca de las grandes retortas de vidrio, dentro de cuyas panzas relucen, como en una pecera, los peces dorados del fuego.

Hasta en los humos sencillos se pueden observar cosas. Así, por ejemplo, yendo yo por un camino, al pasar junto a la casa de una viejecita muy pobre, la he visto en el humo espulgando al gato, voluptoso como un niño.

Y en Segovia, desde mis balcones, que daban a la tapia de uno de los conventos en que estuvo Santa Teresa, he visto cómo se iba en el humo la vida de todas las monjas y cómo se reflejaba en el humo apenas perceptible la gran debilidad de las profesas... ¡Inolvidable humo espiritual más que material, en que se veía que no comían casi las pobres miserables! Nunca, en mucho tiempo que he contemplado aquel humo etéreo, que era un temblor del aire, como ese de la luz que reflejan en las paredes los barreños, en cuya agua se espejea el sol, he observado un día pascual, un día de guisado con carne... ¡Cuántas monjas escuálidas, liliales y ahiladas, se escapaban todas las mañanas y todas las tardes con las manos debajo del largo tablón del peto por la chimenea del convento segoviano!

Digitized by Google

La farmacia.

Y si respondiese la botica, los males serían menos; pero en la botica ya no hay medicinas. Las medicinas además se han detenido en su evolución. Los boticarios no salen ya al campo, ni machacan peces de nueva especie, ni las tierras y los minerales nuevos los trituran en los morteros. El Fausto farmacéutico está inactivo. Parece que los boticarios juegan, como los niños en los bancos de piedra de los jardines públicos, a venderse como distintas cosas la misma arena con nombres distintos, en cacharros diferentes.

No se puede salvar muchas veces a los enfermos porque no está en la farmacia lo que se mandaría pedir.

La lista de productos que se llama «petitorio» y que por lo menos debían tener las farmacias, es, según dijo Dorvault en 1884 en su obra *La oficina de farmacia*, «tres mil treinta y cinco» ¡y eso en 1884 cuando hoy muchas no llegan a esa cifra!

En las farmacias de los palacios quizás quedan aún frascos con sustancias salvadoras.

Lo que yo haría sería dar grandes cantidades a mis enfermos y romper el cuentagotas, ese hijo del temor. Eso sí, para este tratamiento es necesario que el enfermo tenga siempre el contraveneno o el neutral de la medicina, por si acaso. «Hay que embriagarse de medicina», diría yo a mis enfermos.

El farmacéutico más leal que he conocido repetía siempre con gran ironía las palabras de *Aecio* cuando componía un ungüento: «Que el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob se digne dar tal o cuál virtud a este medicamento».

Y también decía que los cirujanos debían de decir

Digitized by Google

muchas veces el mismo responso que en aquel tiempo se usaba:

«Hueso, sal de la garganta como Jesucristo hizo salir a Lázaro del sepulcro, o como Jonás salió del vientre de la ballena; o mejor todavía: hueso, yo te conjuro por San Blas, mártir de Jesucristo, para que salgas o bajes.»

Yo desconfío de casi todas las farmacias, sólo tengo una escogida en un barrio extremo. Es a donde yo voy a comprar mis medicinas. Está iluminada por el gas. Es obscura, tétrica, pero tiene una elegancia de despacho antiguo, de despacho del sabio, con el busto de Hipócrates en mármol, muy retorcidos y seriotes los bigotes del gran tipo socrático. Tiene divanes como un café esa farmacia y tiene una mesa de mármol estilo Imperio en la que un gran jarrón con tapadera, un jarrón como una urna cineraria, se yergue como conteniendo el último remedio, el más rico. Al final, iluminado como una fragua, se ve el laboratorio. El despachito del boticario está entre cortinas oscuras, y siempre está en él el buen boticario con las gafas sobre la frente, porque de cerca ve muy bien con su vista natural.

Es el último boticario romántico que queda. Yo voy a charlar con él los domingos. Los dos solos, en la oscuridad de ese segundo despacho y viendo por detrás del jarrón azul de la muestra la gente que pasa, hablamos de la verdad de la vida.

Me ha hecho confidencias inapreciables que me han hecho ver un mundo con ciudades salvadoras y eficaces, pues me ha dicho:

—El bicarbonato completamente puro yo le diré cuando vaya a París dónde lo venden, el único sitio en que lo hay... Cuando quiera un poco de verdadera adrenalina, de la que vale de verdad veinte mil duros el kilo, avíseme y yo le diré en qué farmacia de Londres la venden.

Digitized by Google

Mucho he pensado en esas farmacias ideales, perdidas en un rincón de Londres o de París, farmacias donde encontraría también ese febrífugo que acabaría con la fiebre que pondrá al fin con mi corazón ladeado por los insomnios.

Toros en América.

Esas corridas de toros que se celebran en América durante el invierno ponen luz y calor en nuestros días tristones y fríos. Los telegramas de toros en América animan la calle de Alcalá, y el asta de la bandera de la plaza de toros madrileña recoge las noticias de aquellas corridas con fruición inusitada, como si fuese la más sensible asta de telegrafía sin hilos.

Los telegramas de esas hermosas corridas de verano en invierno que se celebran en América, nos sorprenden siempre y nos hacen sonreír ante la paradoja que suponen. Debían quizá ser más explícitos estos telegramas, y quizá los revisteros taurinos debían irse en los barcos que al principio de la temporada americana llegan a América llenos de aficionados con calañés, aficionadas con mantón de Manila y con mantilla, toros de nuestras dehesas, banderillas, mulillas y caballos de coche simón...

En el transatlántico de los toreros, que tiene toda la animada garrulería de una ida a los toros, van durante toda la travesía los toreros vestidos de torero y los picadores vestidos de picador, del brazo de los monos sabios, con su blusa roja y su vara fresnera en la mano... ¿Por qué los únicos que no se van a América para hacer las grandes reseñas cablegráficas son los revisteros consagrados...?

Les falta color a esos telegramas, cuando sería de tan gran novedad encontrar todas las diferencias en-

Digitized by Google

tre aquella fiesta y ésta, entre ambos públicos, entre ambas atmóferas y diafanidades.

Es prodigioso ese doble juego del torero para cuya fiesta no se pone el sol ni varía el solsticio. Gracias a esos telegramas la imaginación tiene un dulce braserillo, pues es fácil ver las sombrillas, los abanicos, las impaciencias fogosas, el ponerse de pie como a la voz de mando, los insultos especiales, los «anda, tú» dulzones y estentóreos, el sol más picante que nunca, las naranjas, las gaseosas con su poquito de humo cuando se empuja su bola hacia dentro, un humo de pistola que se acaba de disparar.

A esas plazas del otro mundo es a las que se va el alma de los grandes toreros que murieron en nuestras plazas, así como de allí vienen a torear aquí los que se desgraciaron en su segunda etapa de primavera y verano, segunda parte de ese año monstruoso sin otoño ni invierno que disfrutan. Esos toreros que cambian de mundo con la muerte reencarnan en uno de esos muchachos obcecados por la fatalidad que se tiran al ruedo desde los tendidos y que dan dos pases magníficos a un Miura.

Sepamos bien que hay esas corridas en los días fuertes y desabridos del invierno. Ese debe ser nuestro mejor consuelo si sabemos tener imaginación para atizar las cuatro ascuas de los telegramas.

Broncistas.

Como algo que proclamase a un gran artífice, se lee muchas veces en esta ciudad el rótulo de BRONCISTA.

Cuando leo ese remoquete de «Broncista» me quedo pensando en esa categoría tan varonil que es la de broncista.

No sabemos bien lo que es el broncista, lo que

Digitized by Google

hace ni cómo lo hace. El trabajo del broncista es brillante en su conclusión; pero es largo, difícil, inacabable.

BRONCISTA, volvemos a leer en la muestra de ese piso bajo, de ese balcón, de esa tienda; pero pocas veces hemos visto al broncista y hemos podido ver en lo que consiste su trabajo. Un fondo de laboriosidad sí hemos visto al pasar junto a los broncistas, y hemos visto en las paredes de la tienda, como relucientes elementos de la gran panoplia profesional, grifos de las fuentes, bolinches de cama, discos, redondeles, fallebas de las puertas, tiradores y hasta algún llamador.

El broncista parece hombre duro, avezado, rudísimo, el que más se parece al espadero o, con más precisión, al daguero antiguo.

El broncista trabaja el duro bronce y broncea muchas cosas que no lo son. Su arte más delicado precisamente es el de dar un dorado indeleble y simpático.

Yo llevaría mi reloj a un broncista, en la seguridad de que me lo dejaría muy bien, hasta mejor que cuando lo compré. Ningún reconstituyente para las cosas, nada tan ostentoso y tan duradero como el llevarlas al broncista.

Lo que más le molesta y le ofende a un broncista es que le llamen herrero, que confundan las dos profesiones, de tan radical diferencia.

—¡Yo no soy un herrero!—dice con sin igual orgullo. O bien se reduce a decir:

—¡Eso, que se lo haga un herrero!

Los broncistas lucen su sortija de sello en bronce, como si fuese de oro. La construyeron ellos mismos en un rato de ocio. Es la joya de su broncinerismo.

Los broncistas dan una condición bruñida a los metales que les mejora, les enardece, les hace simpáticos. Esas grandes camas pulidas y abrillantadas

Digitized by Google

por los broncistas barra a barra, desde la corona del pavés hasta los bolinches, quedan de una brillantez sólida y admirable.

Entre los broncistas parece que debe haber escuela francesa y escuela inglesa; una, la escuela de lo más indeleble, y otra la de lo menos indeleble.

Está bien que haya tantos broncistas en Madrid. Por eso lucen alegremente los agarradores de las puertas, los llamadores y otros muchos detalles de bronce o bronceados.

Las estudiantinas.

Se inicia de pronto muy lejos, allá al final de la calle, un hilillo de música, algo que parece más un recuerdo que una realidad.

«Ti-ru-ri-ru-ri... tiri-i-i-i-i-tiri...»

Parece que el mosquito de la música nos suena al oído, un mosquito con tono de violín y con el entubamiento de una flauta delgadísima, sutil, casi capilar.

«Tiruriri-tiri... tiruviriviri... tiviruivi...»

(Los puntos suspensivos también tienen música, pues que ellos son los que inician una música de puntos suspensivos al principio.)

Nuestro pensamiento se pone a marcar el paso como si fuese uno de esos chicos que se agregan al regimiento que pasa tocando un pasodoble. No podemos retenerle; queremos darle cierta seriedad y evitar que se nos vaya con los golfos y con esa música que tiene algo de la de los afiladores y de la de los organilleros; pero se nos escapa, y por lo menos un largo trecho, hasta que se pierde en la otra esquina, no podemos evitar que les acompañe. ¡Qué alma más canalla tenemos después de todo!

Ese momento en que la estudiantina se precipita,

Digitized by Google

en que desemboca en nuestra habitación hasta empujando las maderas que tenemos cerradas, es un momento abrumador en que todo trepida como cuando los tranvías irrumpen en ese mismo trecho de calle, frente por frente de nuestro balcón.

Así cruza la estudiantina nuestro puente; pero lo cruza en seguida. Otra vez vuelve a ser la del principio, y se repite en nosotros nuestra emoción de unos minutos antes, volviendo a quedarnos dentro esa especie de puntos suspensivos musicales. ¡Qué efímera la cosa!... Y nos quedamos pensando en las estudiantinas.

Los verdaderos maestros de las estudiantinas son los maestros panderas, esos que tocan la pandereta como con cien manos y le dan cien golpes de nudillo, codo, rodilla y punta de pie al mismo tiempo y en pocos segundos.

Son esos maestros de pandereta como esos dioses indios que tienen muchos brazos y tienen un valor como el de la primera bailarina en medio del coro de bailarinitas.

Hay momentos solemnes en que la estudiantina penetra en el salón de los rastacueros o en el Centro Patriótico o Tradicional, y entonces el maestro pandereta tiene que bailar la pandereta en medio del salón.

Las estudiantinas están muy organizadas de antiguo. Quizás no se pueden improvisar. El director de estudiantina suele ser un señor muy serio, que dispone de local para ensayar, tiene una hermosa bandera con pinturas al óleo en su casa y posee casi todos los aparatos musicales, entre los que se destaca el «triángulo», que en una estudiantina es algo decisivo, con lo que se puede aspirar a conmover al jurado y llevarse el primer premio.

El iniciador, el director de una estudiantina es casi un empresario como el empresario de la *Zarzuela*,

Digitized by Google

por ejemplo, y además de un empresario tiene algo de capitán de regimiento, pues la estudiantina es el intermedio entre la música militar y la música civil del arte.

En la oficina del director de estudiantinas hay sobres azules, circulares y un tomo de la guía de señas que manejan los estudiantes aplicadamente, escogiendo a todos los Pérez y pasándoles una circular en que «se tiene el honor de ofrecerles el concierto a S. S. E. E. y a toda su distinguida familia». A veces llega la distinción a dedicar al festejado un diploma o una placa de metal, con su nombre grabado, y debajo el nombramiento de socio de honor o de socio protector.

«Vi-vi-vi... virui-vi-vi... viruivi.»

Se dirige la estudiantina hacia los domicilios de los socios de honor señalados en el plano de la noche.

«Viru-vivi... viru-vi... vii.»

Lleva la estudiantina su cabeza de cabos gastadores, mucho más chulos que los verdaderos cabos gastadores; pero con la misma contención al andar, la misma regularidad, y sobre todo al dar las vueltas a las esquinas, haciendo un ángulo recto perfecto, sin ripio y sin indecisión. ¡Oh, la vuelta a la esquina es lo que con más orgullo, presunción y entusiasmo hace la estudiantina! ¡Con qué placer bailan el rigodón de las esquinas! ¡Con qué ritmo, con qué gentiliza, con qué tontería vuelven las esquinas!

«Vi-vi-vi-viriviri-vi... vivii...»

La familia que espera a la estudiantina ya la ha oído. La orden es terminante: «que hay un enfermo de gripe», o que «los señoritos están fuera de Madrid». Es un momento de emoción ese en que la estudiantina viene confiada, lenta, durmiéndose en la perfección de dar la vuelta a la esquina, buscando disimuladamente el número de la casa del agasajado, que se esconde, que se calla en medio de la oscuridad, que

Digitized by Google

está inquieto porque es mucho más difícil aparentar que no se está de noche que de día: ¡de noche el que se quiere negar tiene que estar sin luz, y como ya no está justificado el ruido del trajín del día, tiene que estar silencioso!

«VI-VI-VIRUI-VI-VI-VI...»

Ya son mayúsculas las letras del tararira o virivira que lanza la música de la estudiantina y que nunca pasa de ser el tarareo de quien recuerda una música oída hace tiempo. Como esos trenes que avanzan hacia nosotros en el cinematógrafo, ya ha conseguido esta música la proporción máxima, y cuando la ha conseguido, calla súbitamente, calla toda la orquesta, porque, como en los circos, éste es el momento pánico cuando los representantes suben al piso, quizás, quizás penetrando por el balcón.

Ya hablan en la puerta de la escalera: «¿Por qué insisten?» «¿Es que, como si fuesen un ejército de «golillas» o «corchetes», que es a los que se parecen más que a los estudiantes, van a invocar el nombre de la ley y con sus linternas sordas van a hacer un reconocimiento en la casa?»

No. Lo que pasaba es que querían llevarse la placa o el diploma para raspar el nombre infame y obsequiar a otro. Un momento se teme que al bajar y defraudar al batallón se escuche en la calle ese rumor de las multitudes de teatro que protestan de su Rey y que acaban tirando piedras y gritando los «¡¡abajos!!» más típicos y estentóreos. Sin embargo, no se escucha nada, pues aunque indudablemente los insultos son unánimes, son por lo menos silenciosos. Todos, después de esa leve murmuración, reanudan su música y su marcha como autómatas, aunque apretando un poco el paso para recuperar el tiempo perdido. Entonces se dirigen a la casa que les recibirá, y en donde las niñas rellenas de candidez y el papá y la mamá les pasarán a la sala, les darán chocolate y,

Digitized by Google

llamándoles «señores estudiantes», les preguntarán qué tal llevan sus asignaturas y hasta se sentirán dispuestos a concederles la mano de sus hijas. Perpetuará eternamente el recuerdo de esa visita la placa colgada en la sala gracias a la que el buen don Prudencio quedará convertido en rector honorario.

¡Qué rostro le sale en la hora de frío a la estudiantina! Se les pone más violada la barba—esa barba a la que no hay navaja que pueda apurar —, y los poros de la nariz se les irritan y les salen también una especie de cañones violados.

Bajo su traje de estudiantes les delatan, y más que eso, esos rizos que salen por delante del sombrero, apenas sostenido en la coronilla, unos grandes mechones de rizos de peluquería y que hacen juego con sus corvejones la clase de sonrisa insistente que usan al pedir.

¡Ah! Pero cuando se corrompe la estudiantina, cuando ya se pone verdaderamente imposible, es cuando entra en la calle sórdida y tarda en salir de ella mucho más que el tren del túnel más largo. Saliendo al fin ennegrecida, con los encajes del cuello y la bocamanga como llenos del carbón del vicio.

Las casetas en invierno.

Las casetas de las playas en invierno parecen casillas pobres y abigarradas que acaban de pasar por el peligro de una inundación y que han sido puestas a salvo en la subida del camino...

Los espejos que hay en su fondo están tristes y verdosos como el mar que parece azogarles por detrás. Todos tienen la cicatriz de un roto.

Un peine olvidado se llena de la mugre de peinar al tiempo. Algún alfiler y algún imperdible oxidados se ven clavados en las lonas.

Digitized by Google

Las casetas que tienen un miedo atroz a la tormenta pasan las horas tristes de la tormenta duradera del invierno, con verdadera compunción.

De vez en cuando tiritan las lonas y alguna vez parece que va a ascender la caseta entera como si fuese una cometa.

Cada vez se vuelven más velas marinas sus flancos, cada vez son más decoraciones frágiles y adolescidas de toda dolencia, siendo sobre todo su puerta, como desvencijada puerta de la decoración de un aposento de teatro.

Peinetas blancas.

Los peineteros no saben lo que hacer para que siempre tengan alguna actualidad las peinetas. Por eso han lanzado las peinetas blancas, peinetas de una especie de hueso blanco, peinetas desaboridas, que, sin embargo, hacen bien entre los cabellos negros.

De muy atrás parece que viene esta costumbre de las peinetas blancas, peinetas de encaje almidonado, peinetas un poco japonesas por aparentar que son una especie de labor de marfil.

Las peinetas blancas son peinetas escalofriantes que hacen más desgarrada la belleza de la que las lleva.

Las primeras chulas de Madrid, las que sabían lucir en sus patillas sin perder su belleza y su imperio las hebras de plata de las primeras canas, usaron estas peinetas blancas que hoy vuelven.

Es atrevida la moda de estas peinetas, que ponen el adorno blanco de una vejez precoz en las cabezas preocupadas por la idea fatal de la vejez. ¡Primer blanco mechón de adorno el de esa peineta blanca!

No sé por qué también tiene algo de adorno de muerte, de presunción de muerte, de estar más allá

Digitized by Google

de la vida y de la muerte, esto de adornarse con las peinetas blancas. Tiene sorna, coquetería, tristeza. Es agria y contrastante la cosa.

Sobre las peinetas rosas, que son las segundas que aparecen en la historia de la peineta, y sobre las peinetas de metal, que son las terceras, las peinetas blancas son más chulas y más trágicas.

Son una cosa muy efímera, y por eso hay que señalar su fecha. No es que vayan a morir, es que están muertas de por sí. Pero tienen el oculto sentido, la repuñalera gracia de un ex-voto, de un recuerdo por todas las bellas verbeneras que murieron. Son como el espectro de aquellas peinetas que ellas usaron, como el esqueleto de aquellas peinetas.

Es un adorno lleno de intención y que en medio de todo sonríe en los cabellos, sonríe como una bella dentadura, sonríe al sesgo con una sonrisa maliciosa; y como siempre en toda imagen de las que provocan esas peinetas, lo macabro se reune con lo dicharachero, se le ocurre a uno pensar que hay algo de sonrisa de dentadura postiza en esa sonrisa.

Son refrescantes esas peinetas y tienen algo de nieve en las cumbres, ensalzando su copete en lo alto del moño.

Parecen presumir las que las llevan como esas chicas que para presumir de blancas se visten de negro, aunque, por el contrario, éstas, para presumir de morenas, se ponen esa tilde blanca.

Las peinetas blancas parecen haber sido encontradas en lo más profundo de la cómoda, en aquel rincón que nadie tocaba hacía mucho tiempo, que ni la mamá se atrevió a revolver nunca porque era de la madre de la madre de su madre.

Queden, pues, añadidos estos adjetivos a las peinetas blancas, a esas obsesionantes sonrisas de los moños.

Digitized by Google

La criada que mata a su señora.

Charlaban en la habitación en que no se encendía la luz hasta que no llegaba la hora de cenar, pues un farol cercano daba luz a la habitación, luz municipal, luz de la calle, que era una voluptuosidad sentir en la casa cerrada y privada.

Había llegado la pobre doña Genoveva a contar toda su vida a la mujer que parecía compreder todo lo que se la decía, aun cuando sus cejas cruzadas parecían tener tachada su inteligencia.

A veces era cariñosa con su señora. «Como sé que le gusta la brecolera—le decía—, le he traído una brecolerita que me ha costado un poco cara, pero que es muy buena.»

En la hora de las alcachofas venía cargada de alcachofas como pirinolas de alzapaños, como cabezas de tirsos recién cortadas, como una especie de obra de ebanistería o de bolinche de balustre de escalera.

Los guisantes se los ponía muy a menudo cuando era ocasión de ellos y se pasaba las horas muertas desollando las sardinas verdes de las judías llenas de perlas verdes.

En medio de todo, la fijeza brutal, astuta, fiera, de la criada en la señora tenía algo sospechoso. No entraban en la criada las confidencias con su parte de confianza y de descripción de cosas distinguidas. Cuando le contaba aquella vez que estuvo en Palacio y le decía lo que vió, no se daba cuenta de nada, sino de que «su señora había estado donde vive el Rey». «¿Y cuántos criados tendrá el Rey?»—se le ocurría preguntar.

Así, un día, con rabia de que aquella señora fuese su señora y creyendo que era inferior a ella por como se

Digitized by Google

prodigaba en confidencias, fué y, ¡zás!, la mató con el cuchillo de la cocina.

Sólo quería gozar de la gran superioridad que hay en matar, y quería ver como el más interesante espectáculo de su vida cómo se sorprendería al ser asesinada.

Después, en el proceso, ella misma contó lo que su ama le dijo; «¿Pero por qué me matas?» Y cuando aun seguía hundiendo el cuchillo, le gritó: «Pero ya no más... Ya hay bastante.»

No había querido robarla, no. Bien estudiado el caso, es que quería abusar de la confianza depositada en ella, es que quería beber la ingratitud, el fuerte alcohol para los bajos instintos de su carne cruda, jamás traspasada por la civilización, por las ideas, por las delicadezas.

—Yo le iba dando confianza día tras día, para matarla al final—dijo con descaro en su proceso.

Los extranjeros de las catástrofes.

En toda catástrofe ferroviaria hay unos extranjeros que perecen en ella.

Es fatal el destino de esos extranjeros. Han venido de su lejano país nada más que para morir en una catástrofe ferroviaria, entre extranjeros, dando la nota internacional que necesitan los trenes para su mayor importancia.

Eran muy turistas esos extranjeros, cuyo nombre, mal escrito sin duda, figura en la lista de los muertos. Habían visto medio mundo y habían estudiado el arte y la arquitectura en todos los países. Asombraban a sus muchas relaciones contándoles, al llegar, sus nuevas andanzas. ¡Y bastó el instante del choque para evaporar todas sus memorias, escapándose todas las tarjetas postales y vistas de países que llevaban en la memoria en una especie de acordeón como esos ple-

Digitized by Google

gados que se venden en los estancos con todas las vistas de cada ciudad, un acordeón que en estos casos de pérdida de memoria turística son de los que llegan hasta el cielo, como serpentinas dobladilladas que se desdoblan!

¡Pobres extranjeros de la catástrofe! Nadie reclamó su cadáver, y los del hotel en que se hospedaban, para cobrarse la cuenta, se aprovecharán y se quedarán con toda su fortuna.

Iban o venían de una ciudad pintoresca, a la que habían visto con más netitud que sus propios habitantes. Llevaban las chucherías típicas que se compran en todo lugar del mundo, y habían comido alegremente, sintiéndose extranjeros, ricos y optimistas, en el comedor de alegres botellas de barro rojo.

Sobre el lugar de la catástrofe, gracias a la emoción que han desparramado por el paisaje los recuerdos desvaídos de los extranjeros, parece que hay evocaciones, sombríos rincones de bosque, algo de Suiza, algo de desfiladero balcánico, algo de panorama París Lyón-Mediterráneo.

En su país, en su casa, allá lejos, sabrán la noticia muy tardíamente, cuando esperaban recibir noticias de su vuelta. El dueño del hotel habrá escrito, o quizá el cónsul de su país, a sus parientes:

«Muy señores míos:

Mr. H... Twh falleció con la señora y los niños que le acompañaban en la catástrofe ferroviaria ocurrida últimamente.

En el hotel hay una maleta y un baúl esperando sus órdenes o de la persona que más directamente esté interesada en los asuntos de Mr. H... Twh.

Queda su afectísimo, s. s., q. s. m. b.»

¡Pobre extranjero, con la misión de morir en un descarrilamiento! Yo ya sé reconocerlos entre los que veo y los miro de hito en hito para acordarme bien de ellos,

Digitized by Google

Las carracas.

Las carracas son tristes, insoportables, trituración de los nervios, la maquinilla de moler café para moler las células nerviosas.

Son cigarras imitadas, mal imitadas, además de que la cigarra sería insufrible si no interpretase el ardor, la modorra y la exuberancia del verano.

La carraca suena a navaja de muchos muelles que se abre, que se está abriendo, que no para de abrirse. Es un aparato que sólo gusta al niño que es un chulo de mala ley, de mala calaña.

Las de espejitos y con forma de diminuta guitarra—guitarra para la tarántula que pica—es el espanto de lo recargado, y si los niños se entenebrecen con las otras, con esas les entra la murria que acaba por matarles; pues, aunque les entretienen también, les envenena ese entretenimiento.

Esa música medieval de la carraca no mueve el sentimiento religioso siquiera, sino que lo reprime, lo abruma.

Los niños, en el fondo de su corazón, las tienen horror. Las admiten porque ven cómo se las ofrecen de cortésmente y porque les aturden sonándoselas encima y dándoles el vértigo de hacerlas girar. Yo traigo de pequeño el odio a la anodinadora música de la carraca y he estado esperando para decirlo a poderme explicar un poco vastamente y a que mi declaración fuese verdaderamente pública.

Digitized by Google

La sirena y el ancla.

El ancla parece que tiene una misión más extraordinaria que la que en realidad le corresponde. El ancla parece tener un significado oculto, y así como ha habido una masonería que ha escogido la escuadra y el cartabón como símbolo, debía haber otra especie de masonería que eligiese el ancla.

¿Cómo siendo sólo el gancho en el que el barco se encadena a la tierra, figura como símbolo en las solapas, en los cuellos y en los botones dorados de los marinos? Algo más quiere decir; algún misterio inexplicable e indescriptible, como el de la Trinidad, es el del ancla.

Hay el ancla enorme, como una rígida y pesada balanza de hierro; el ancla proporcionada de los yates; el ancla, como un azadón, de los barcos pequeños; hasta el ancla dije de reloj.

El ancla enorme es antipática y es ruidosísimo el efecto que hace la gran cadena rozando el casco del buque al correr hacia abajo o hacia arriba. El mar se la irá comiendo, porque al mar lo que más le gusta es roer como un hueso un pedazo de hierro.

Las anclas de bronce, relucientes, afiladas, bruñidas, de los yates, son las más perfectas y serias, y cuando bajan al fondo del mar parece que buscan algo más que la tierra en que engancharse.

Un día, una de esas anclas de bronce realizó su misión. Esta anécdota me la contó un gran viajero del mar con yate propio. He aquí sus palabras:

—Habían anclado aquel día en el trecho más azul y tranquilo del mar. Aquella noche se preparó una fiesta digna del lugar más cubierto de estrellas que ningún otro y digna del tiempo cordial que hacía. Los

Digitized by Google

violines, unidos en un extraño y sentimental consorcio con los acordeones, adormilaban aquella noche lánguida y acostada sobre el mar, noche que parecía hacerse la muerta sobre sus aguas aprovechándolas como si fuesen una gran hamaca. Hasta la madrugada, que nos metió dentro de una inmensa perla, no cesó la dulce velada, y después de dejarla pasar mandé que desanclasen el yate, sucediendo entonces el caso insólito de que, al sacar el ancla, vimos todos que venía clavada en ella una sirena, una mujer que chillaba y se retorcía en el aire. Uno de nosotros la desclavó, yendo a su encuentro con intrepidez, subiendo a la pobre víctima sobre cubierta, donde el doctor del yate dijo que no tenía cura, que tenía que morir de un momento a otro, como sucedió al fin, decidiendo devolvérsela el mar para que no se diese la falta de respeto de que la tuviesen disecada en las vitrinas de los Museos... Esta fué la breve aparición que hizo en el mundo la única sirena que ha sido pescada en el mar...

Y entonces comprendí yo que el ancla es el anzuelo para las sirenas, el columpio en que pueden salir sentadas o atravesadas.

Las armónicas.

Si yo no fuese un adorador de las armónicas y no creyese que se las debía fomentar, diría que ha caído sobre el mundo en general, y sobre Madrid en particular, una epidemia de armónicas.

Numerosas fábricas lanzan armónicas sobre el mundo, y las armónicas no se cansan de tocar; provocan el deseo de la música como el deseo de fumar. El que ha comprado una armónica la sacará de vez en cuando de la petaca de su estuche y se pondrá a tocar la más desleнguada de las melodías, la más inter-

Digitized by Google

minable, el más difícil bordado de notas. ¡Excelsos afiladores!

La gran fábrica Hohner es la que más armónicas lanza. En los estuches de esa fábrica está retratado su viejo fundador, abuelo de la actual familia, buen señor venerable, que comenzó sólo con dos obreros y hoy tiene muchos miles construyendo nueve millones de armónicas al año. El noble anciano, con patillas de borla, ha sido el encanto de sus nietos, y en aquella casa todos han usado, en vez de chupón, la dulce armónica.

Es cuidadosa la confección de las armónicas, y prueban cada una seis maestros—las limpiarán después—, uno de ellos gran organista.

La gran fábrica, establecida en medio de la Selva Negra, despide armonías por todas las ventanas, sobre todo por los cristales rotos de que están llenas las fábricas, y el humo está denso, espeso de notas musicales, de sobrantes de la fabricación. Todos los que se aproximan al pueblo de Trossingen, sede de las armónicas, se ven sorprendidos por los aires de esos delicados peines musicales, aires que interpretan como nada toda la melancolía de los grandes bosques. La vuelta del trabajo de los obreros de esa fábrica está llena de estelas de armónica, todos con su armónica en los labios.

El que en mi vecindad suenen con más frecuencia que nunca las armónicas, me pone frente al soñador aparato que en Suiza llena los valles, y allí donde el hombre se siente encerrado, desesperado, tristón, es como el desahogo de sus almas el ecófono, que interpreta el eco de sus nostalgias. El tener que estar empozados en patria tan estéril y tan híbrida, abrumada por los paisajes, les hace llorar con las armónicas y encontrar en su embriaguez compensación a su hundimiento. Las tabernas están llenas siempre de un aire irrespirable de notas de armónica; y cuando al-

Digitized by Google

gún borracho es arrojado al monte y abre la puerta, se desparrama por la Naturaleza una bocanada de sones de armónica muy rayados, muy cernidos, muy menudos.

La armónica es encantadora; pero no hay que abusar de ella. La armónica de boca, ese pitillo musical, ese cigarrillo musical de brea, merece descansos, largos descansos, que deben respetar los tocadores. Aunque todo profano al tocar la armónica se sienta un gran músico y director de toda una orquesta, debe saber poner punto final a ese final de concierto que siempre imita la armónica, constantemente, en ese punto en que todos los profesores, después de haber descendido el telón, aun entonan un último suspiro colectivo, para que no resulte tan brusco el guillotinazo del telón.

La armónica es un aparato que toca los primeros de mes, cuando toda la vida sonríe y las monedas suenan en los bolsillos. El pobre hombre que no ha podido ser tocador de violín y que lo hubiera deseado tanto, puede tocar la armónica, que es el aparato más fácil, con tantas voces como un órgano, el único aparato de sones enlazados y completos que no necesita profesor.

El sonido trémulo de las armónicas, aplicado a los niños, crea niños sentimentales, bondadosos, ilusos, que ven muchas cosas a lo lejos. Sólo es peligroso que se dedique demasiado a la armónica, pues en vez de sentimentales se volverán sensibleros.

La armónica es el gran instrumento de regalo, pudiéndose elegir entre marcas tan sugestivas como «¡Olé!», «Postilloncito», «La estudiantina», «Banda de marineros», «Alondra».

La armónica es la parienta del acordeón, el acordeón soplante y sencillo; tanto, que en las marcas de fábrica el tocador de armónica está sentado sobre un acordeón como sobre un sillín para el campo.

Digitized by Google

Al oír la armónica se siente el desplegarse del corsé del acordeón, de los diez y ocho o treinta pliegues de su fuelle, de toda la extensión de esa máquina fotográfica de la melancolía.

Para ser más hermana del acordeón la armónica —su hermana pequeña—, también está ligada con la gente del mar, y sobre el mar hay vagos sones eólicos llenos de «armónica», porque las armónicas y los acordeones naufragados no mueren en el fondo del mar, no se ahogan nunca, y su alma respira en sus canutillos o empuja sus botoncitos de nácar.

El terrible entrevistador.

El camerino de la bella actriz resplandecía siempre de blancura, y por eso ella resultaba más morena de lo que era en aquel conjunto albísimo.

Mary sostenía que la influencia de su camerino blanco y destellante favorecía a su distinción, pues en una habitación así sólo entran hombres distinguidos y no se corre el peligro de que se arrincone en la sombra del camerino ese asiduo que luego resulta una alimaña.

En los camerinos blancos los pelmas caen como moscas en la leche, denunciándose en seguida y obligando a que se les eche casi automáticamente del nidal que les denuncia.

En los camerinos blancos no entran los chantagistas ni los toreros. Obliga a una responsabilidad de mayor etiqueta el adorno en blanco del cuarto de la actriz.

Sin embargo, fracasó el blanco camerino el día que entró en él el reportero de *La Nueva Idea* encargado de celebrar una entrevista con la exquisita Mary.

¡Qué hombrecito más absurdo aquel del bastón muy largo!

Digitized by Google

Tenía un tipo de miserable que ensuciaba la blancura de la habitación. Mary temía que la lucha que se había entablado entre lo blanco y lo negro en cuanto entró el periodista acabaría tiñendo de negro toda la habitación.

—Usted dirá—le dijo nerviosa.

—No se asuste usted, pero yo soy un entrevistador genial... Mis preguntas no se parecen a las que hace nadie, y por eso son tan leídos mis artículos...

—Pregunte... —insistió Mary queriendo acabar.

—¿Fué usted sietemesina?

Mary se quedó desconcertada, pero le repuso con burlón encono:

—Todo lo contrario. Yo nací de diez y siete años.

—¿Cómo?

—El día que debuté.

—¿Y a usted le gustan los cadáveres morados o amarillos?

—Los prefiero verdes...

—¿No ha matado usted a nadie?

—No... Pero es posible que cometa pronto mi primer crimen...

—¿De qué enfermedad quisiera usted morir? ¿Prefiere usted el tifus o la coqueluche?

—Prefiero no morirme de ninguna... Pero siempre tendrá que ser de la que el médico quiera.

—¿Qué mueble o cachivache preferiría usted ser?...

—¿Yo?...—preguntó Mary sorprendida—. ¿Yo?... un «confidente».

—¿Cuántos dientes postizos tiene usted?

Mary hizo un gesto irritado de no poderse contener ya; pero como nunca sabe una artista la fuerza que puede tener un periódico, prefirió contestar con una chirigota:

—Sólo los pen... dientes.

—¿Toma usted mucho bicarbonato en las comidas?

—¿Es que le parezco a usted tan *sosa*?

Digitized by Google

—En caso de descarrilamiento, ¿qué le gustaría a usted perder?

—El portamonedas.

—No es eso... ¿Qué miembro le gustaría a usted perder?...

—Cualquiera de la familia que no sea ninguno de los que yo prefiero.

—Se me escapa usted de las preguntas como un lagarto; pero yo le haré preguntas más ceñidas... En caso de que la sentenciasen a muerte, ¿cuál sería su último capricho?...

Ya no podía más la preciosa artista; rebosaba indignación, se le había torcido la boca con un rictus doloroso, se clavaba las sortijas entre los dedos, había desgarrado un pañolito de encajes...

—Que me trajesen su entrevista hecha picadillo muy menudo con las tijeritas de las uñas... ¡Váyase!... ¡Váyase!...

El terrible entrevistador sonreía a aquella mujer, presa de un ataque de nervios, y le repuso imperturbable:

—No me iré sin que me dedique un retrato suyo... Es lo último que preciso para mi original entrevista.

Mary se abalanzó al grupo de los retratos clavados con puntas de París en la pared y cogió uno cualquiera, el de un caballero... Después rectificó; tomó uno suyo y escribió, atravesando con su escritura todo el escote:

Al más insoportable de los entrevistadores, en prueba de antipatía eterna.—Mary.

—Muchas gracias—dijo el espantoso entrevistador—, y se marchó haciéndo una reverencia, mientras Mary olía su frasco de sales porque ya se sentía próxima a perder el sentido.

Digitized by Google

El ciprés inesperado.

El hotel feliz, lleno de cretonas alegres para enjugar la frialdad y la tristeza de las paredes y para vestir su obscena desnudez, se sitió una mañana demudado, cariacontecido, como si en la noche anterior hubiesen asesinado a alguien y el padre, que se solía levantar muy de mañana, hubiese sorprendido el cadáver de la víctima caído debajo de la mesa del comedor entre las migas inevitables de la cena última.

En el jardín había comenzado a crecer un ciprés. ¿Cómo había ido a parar hasta allí? ¿Qué viento grave había llevado allí aquella semilla?

—Sí, es un ciprés.

—Sí, un ciprés.

Fueron repitiendo todos inclinándose sobre el remate verdinegro, sobre aquella especie de gala tétrica.

—¡Un ciprés!

—Es cosa que debe suceder muchas veces en los jardines... Porque esos cipreses que se ven emerger sobre las tapias blancas de muchos jardines son cipreses, como éste, hijos de la casualidad...

—Es como un recordatorio... Indudablemente, es un envío que nos hacen, es un regalo de los muertos.

—¿Pero quién puede ser?

Mala ocurrencia de un hermanito fué la de hacer esa pregunta. Todos a coro la contestaron inmediatamente en el fondo de su alma, hasta el propio indiscreto. ¡Quién había de ser! Todos se habían olvidado de su muerto, de la *madre*. La había olvidado el esposo y los hijos también. Se había hecho en aquel hotelito una alegría que no contaba nunca con la que

Digitized by Google

se había ido hacía años y que se había revelado al fin con tan delicada y sobria presentación.

Todos iban a discutir si se debía arrancar o no el ciprés; pero se callaron.

El padre, que ya temía por su propia vida, dijo:

—¡Que crezca y que lo veamos durante muchos años! El árbol que planta el destino en su fiesta del árbol no puede arrancarse.

El gato de la electricidad.

Siempre había temido el hombre de los pelos de punta, de los pelos escobillados y erizados, el encontrarse con el gato de la electricidad.

Era tan nervioso el joven de los pelos tiesos, que presentía a todas horas a ese felino de indudable existencia.

Siempre al mirar las lámparas, y, sobre todo, al dar a las luces y al enchufar los cacharros eléctricos y los ventiladores, sentía miedo del gato de la electricidad.

—Un día que esté solo y encerrado en una habitación, me saldrá al encuentro y se me tirará a la cara—pensababa el muchacho de los pelos electrizados.

Y por fin sucedió. El «micifuz» de la electricidad salió por la gatera del enchufe y le hizo «¡Fú!» con terrible incremento.

Entonces el joven cogió un hierro de la chimenea para defenderse. (¡Qué disparate!)

El gato se replegó un momento en un rincón del despachito, sin dejar de bufar como un circuito sulfurado o como un toro voltaico en plena irritación con los carbones incisivos; es decir, algo así como con «los dientes largos».

Y el gato tenía puesto el cascabel del timbre eléctrico de la puerta, el timbre que sonaba como un

Digitized by Google

cascabel, y eso es lo que más le tenía indignado, que le hubieran puesto ¡hasta cascabel!...

La disputa iba a ser trágica. La lucha del hombre y el gato eléctrico encerrados en la misma jaula iba a ser pavorosa.

Brillaron los ojos del gato como si se hubieran encendido más, como esos focos del autómovil que tienen dos golpes de luz, uno suave y otro proyectante y largo, y, ¡paf!, se tiró al pobre muchacho, cuyo miedo le ablandó por primera vez el pelo, se lo puso lacio y partido por una raya en medio. ¡Qué desconocido resultaba con aquel peinado y aquel pelo languidescente! No le hubiera reconocido ni su padre.

Los bufidos de la electricidad le metían en los tuétanos esa impaciencia que desbarata los nervios. Eran grandes bufidos que llenaban la habitación angosta. El gato eléctrico dibujaba la silueta del muchacho empavorizado, dando saltos a su alrededor, sobre su cabeza, cada vez en un peloteo más próximo, agarrándose a los clavos de la habitación, quedándose colgado como un condenado.

El pobre joven atacado por el gato eléctrico sólo describía sablazos de defensa con las tenazas de hierro de la chimenea, hasta que, ¡¡puf!!, llegó la hora del contacto: el gato se le echó a la cara, se la arañó toda y él le dió con la tenaza de hierro—¡qué barbaridad!—, lo que le hizo quedar carbonizado en el acto.

¡Por qué no se defendió con una silla de madera o con cualquier otra cosa aisladora!...

Descubrimiento científico.

El sabio doctor Wast lanzó la idea. Las vidas humanas, para aprovechar el circuito de su talento, no son solitarias e individuales. Cada ser humano tiene su duplo al otro extremo de su meridiano inteligente.

Digitized by Google

Es indudable. La naturaleza, que sabe lo escasa y lo preciosa que es la vida humana, aprovecha para dos seres lo que podríamos llamar la «vivencia».

«Por eso—dice el sabio doctor—la ley ha estado cometiendo el peor de los crímenes, el de asesinar en el sitio más lejano del mundo a una criatura inocente, dependiente del reo a muerte que se mataba en los antípodas. *La guillotina ha cortado dos cabezas siempre.* Si algún argumento nuevo hiciese falta para suprimir la pena de muerte, éste es decisivo, porque la cadena perpetua no compromete al otro viviente. Sólo la muerte.»

Si permaneciesen.

Si permaneciesen «ellos», todos «ellos», aunque no fuese más que como espíritus, se adensaría tanto el ambiente de la casa, que no la podríamos transitar.

Yo, en esas temporadas en que me quedo completamente solo en casa, he pensado esto, y he visto realmente que aun siendo inmateriales tendrían obstaculizado el camino de la casa. Por muy sutiles que fueran, al apiñarse en los pasillos lo ocuparían todo.

Juro que no están porque he hecho las experiencias sobre su densidad y he ofendido a su silencio de tal manera, que hubieran tenido que responder. Ninguna consigna les hubiera consentido callar.

No están, no los hay, porque en los pasillos oscuros tropezaríamos indefectiblemente con ellos.

Digitized by Google

La superviviente.

Se habían muerto todas sus amigas y hasta todas sus ahijadas, llevándose todas a la tumba el secreto de su nariz, ya incalculable e inalcanzable, ya imposible de adivinar.

Si sería vieja, que hasta habían encanecido sus pieles de zorra y se fueron volviendo tan blancas, tan blanquísimas, que acabaron por ser finísimas e inverosímiles pieles de armiño.

—Doña Juanita, ¡que pieles de armiño!

—Sí, hijas, sí—respondía ella—. De armiño y del mejor, del más verdadero...

NUEVAS Y ULTIMAS PROSAS

Luces.—Ha atardecido. En el gran paseo elegante sólo quedan las luces de los coches, los faros a veces brillantes, a veces mortecinos, de los automóviles; los lentes azules de algún milord cuyos faroles están enfermos de la vista.

Los automóviles pasan raudos como los que en la noche pasan discretamente por los pasillos con la vela en la mano.

Los coches de caballos tienen más carácter, y se siente cómo sus caballos nadan en el asfalto; nadan como caballos de Neptuno en la noche.

Ya todas las señoritas van tristes. No se las ve. Ha caído la sombra sobre ellas. Sólo las luces de sus coches corren por la sombra. Ellas van apagadas, deseosas de abrir los abrigos en sus casas llenas de

Digitized by Google

luz. Ahora van cohibidas, solitarias, como viejecitas tristes.

Es la hora de la meditación, del rosario dentro de los carruajes, de pensar si conviene *Z*utano o Mengano, de arrepentirse, de no sentirse nadie.

Las bellezas caen desmayadas y deshojadas en el fondo de los carruajes.

El que vió la hora de su muerte.—De la muerte no se sabe casi nunca hasta que sucede. Sólo aquel hombre tuvo de pronto la visión súbita y segura. Vió en el reloj de su despacho que había llegado la hora de su muerte.

Se puso el reloj pálido, pálido, pálido. La esfera se exaltó de blancura. Sólo en eso reconoció la hora fatal y se murió al punto.

El hallazgo.—Después del traspaso del «Hotel de las Cartorce Naciones», el nuevo dueño mandó que le diesen un buen repaso, y él mismo, como general en jefe, presenció la limpieza.

En el fondo de los grandes armarios se encontraron pedazos de queso durísimos que ni los ratones habían podido roer; cuscurros de pan también duros como piedras, muchos huesos de aceituna, cuchillos herrumbrados y con melladuras que daban tristeza, raspas de sardina, servilletas que sirvieron para limpiar las bocas sucias de huevo, hace muchos años.

Encima de los armarios había gallinas y faisanes y palomas que se habían escapado y escondido en lo alto, muriendo allí acurrucaditos. También había numerosos huesos de cereza de esos que se disparan con un guizque de los dedos.

—¡Ahora miren debajo!—dijo el dueño, y los nuevos camareros metieron las escobas debajo de los enormes aparadores, de los anchos trincheros, de los obscuros armarios. Las escobas apenas podían en-

Digitized by Google

trar. Del primer empuje sólo sacaron los algodones del tiempo y muchos tapones de botella, tapones vulgares y de esos tapones hinchados que son como los petardos gastados de las botellas de champagne.

—Aquí no sé lo que hay—dijo un camarero, y se acercaron a ayudarle todos los demás, metiendo las escobas por ese sitio como remeros al unísono. Todos hicieron un gran esfuerzo y por fin, ¡zas!, apareció el cadáver seco de un camarero antiguo.

La peluca.—El coronel era un gran «timador», en el buen sentido de la palabra, pues era timador porque se timaba con todas las mujeres que encontraba a su paso. Vigilaba los pasillos de los trenes, y veía en vez del paisaje a la bella viajera que se reflejaba en los cristales del corredor, pasándose todo el viaje absorto en el mismo sueño de la belleza del tren; en los tranvías enfocaba sus miradas también a la señora más bella y en los salones era irresistible su acoso.

¡Si siempre que tuvo que poner cerco al enemigo hubiera sido tan osado y enérgico!

Su mujer estaba desesperada con él. La dejaba en un rincón del salón y él iba a gorjear y a dar caramelitos a las muchachas peripuestas que hacían la rueda de la coquetería con sus grandes abanicos de pluma.

Un día la pobre esposa ya no pudo aguantar más, y quitándose la peluca, súbitamente se la tiró a la que bromeaba más con su marido.

—He matado dos pájaros de un tiro—gritó entonces la esposa pelona. ¡¿Conque vengo yo tan peripuesta para que este caballero no desluzca, y se pone a flirtear con cualquiera?!...

La muchacha a la que había tirado la peluca estaba desmayada y al esposo le había matado el ridículo.

Digitized by Google

Más greguerías sólo para este libro.—A los hombres puros debían enterrarlos en las cajas de puros... Son sus féretros obligados.

El cangrejo es una imitación barata de la langosta.

Las peras de la luz, que cuelgan a la cabecera de la cama y de la lámpara de comedor, hay un momento en que están maduras y obedecen en seguida, y otro momento en que se ponen tardías, en que las ataca el gusano que las inutiliza.

Los ventiladores mueven sus alas con arrebato parecido al de las moscas cuando caen en la red.

Esos hombres de las grandes gafas con armaduras de concha parece que se han acercado a nosotros en automóvil.

Los ventiladores de la Argentina debían emigrar en bandadas a Europa con las golondrinas, pues inútiles durante su invierno, nos vendrían muy bien en nuestro verano... En reciprocidad, después, los nuestros se prestarían al viceversa de esa «emigración golondrina» de los ventiladores, uniéndose a la bandada general...

Cómo sería la reina de Francia.—Si existiese reina de Francia habría que ver lo extravagante y estrambótica que sería y cómo llevaría las faldas abiertas,

Digitized by Google

enseñando las medias más inverosímiles sobre las piernas más finas e inauditas del mundo.

Sería el escándalo más retrechero del Universo, y sus perfumes desvelarían a todos sus habitantes.

Impondría como marcha real de su corte una alegre pieza de jazz-band.

La que se observó bien.—Los médicos curan según les inspira, bien o mal, el enfermo, según les guien los propios dolientes.

Por eso aquella mujer aprensiva e hiperestésica se salvó. Se observaba como jamás nadie observó a un enfermo.

—Me duele en este rinconcito más que en este otro y repercute este dolor aquí... Y anoche a las tres y diez y ocho sentí una percusión aquí... Y en la madrugada se me puso un telo en este ojo y sentí un deseo de miel en el que se interesó mucho el hígado... Hacia las siete de la mañana he tenido tres pulsaciones débiles, y al apretarme aquí he sentido un reflejo en la celdilla cerebral número cuarenta y dos...

¡Después de ese cuadro de síntomas, gracioso hubiera estado que no la hubiesen sabido recetar! Por eso se curó.

Los espejos de luto.—Cuando murió Hortensia, la bellísima Hortensia de brazos de cera, no sólo se vistió de luto el desconsolado esposo y toda su servidumbre, y pintó de negro las puertas y las ventanas del palacio, y cambió por caballos negros sus caballos blancos y alazanes, sino que hizo pintar de negro todos los marcos de los espejos.

Pintados de negro todos los marcos de los numerosos espejos del palacio parecían hacer un reparto eterno de esquelas de defunción.

—Se miró ella tanto en ellos que deben quedar convertidos en panteones de su recuerdo.

Digitized by Google

El que se miraba en aquellos espejos parecía leer su necrología en el periódico del día

El estornudo absurdo.—Iban bien aquellas relaciones. Había tenido suerte. Ella era discreta y sabía tener el piano limpio como un centro de mesa de cristal negro. Su fortuna era considerable, consistiendo la mayor parte en blancos corderos, más de cien mil cabezas de ganado. Se la veía por eso como una pastora ante el conflicto de reina a la que sus cien mil corderos querían lamer las manos.

Hasta que un día se le ocurrió estornudar a él de un modo fantástico, desilusionador, rayano en el delirio de lo ridículo.

Quedó flotando el estornudo ruidoso con ruido de trompetillas grotescas de una nube de mosquitos. ¿Qué diablo maligno y burlón le había lanzado a aquel estornudo? El caso es que la novia le escribió al día siguiente despidiéndose de él para siempre.

Tarjetas en el acto.—Una de las pocas cosas a que tenemos derecho de urgencia es a un ciento de tarjetas. Se pueden pedir en el acto, y lo que no pasa con ninguna medicina de preparación en la farmacia, pues siempre habrá que volver «dentro de media hora», por lo menos, sucede con las tarjetas.

Por eso protestaba airadamente en la litografía que se negaba a hacérselas, aquel caballero que necesitaba sus tarjetas en el acto.

—Tengo un sagrado derecho a que sean en el acto y ustedes un deber ineludible de obedecerme. ¡Jamás ha debido pasar esto! ¡Negarse a hacerme las tarjetas en el acto! ¡Esto no tiene nombre!

—Caballero, cálmese... Pero es imposible. Su tarjeta es una tarjeta excepcional que no puede hacerse de ninguna manera en el acto.

Leyendo por encima de su borrador el texto exi-

Digitized by Google

gente habría que dar la razón al impresor. La tarjeta que deseaba en el acto aquel caballero era la siguiente:

José María Ibidarrosgueduela de Arentanziderrua y Fernández de las Hinestrosas, Primer perito mercantil con carnet oficial de la Cámara de Comercio, colegiado y pagando la mayor cuota establecida.

Nueva Gran Vía Transversal (segundo trozo), núm. 1.888, piso 4.º, cuarto letra F, núm. 1, centro derecha. Teléfono M-M 17-82 (de inquilinos). Apartado de Correos 4.678.

La sensibilidad de los cuadros.—Con nuestras observaciones privadas y distraídas aportamos datos a la ciencia que pueden ser alguna vez muy útiles.

Mi última observación transcendental ha sido la de la pungencia telepática de los cuadros.

El dato ha sido recogido ante mi retrato cubista.

El otro día, al entrar en la habitación, mi retrato tenía cara de haber llorado. Sobre mi mesa había un telegrama que sólo encontré después de un rato de distracción. En el telegrama se me daba una triste noticia. El cuadro lo había sabido antes que yo. Y todo el kaleidoscopio cubista se había movido, y las lágrimas triangulares del cubismo pendían de mis mejillas amarillas.

La bombilla inmensa.—Tenía tal ansia de luz en sus salones que encargó la bombilla de más potencia que se había hecho nunca. El conmutador con que se encencía estaba en un rincón de la antesala y era como la aguja que manejan los guardaagujas.

El, ansioso de luz, puso él mismo el gran globo de la nueva bombilla, encontrando ya cierta saciedad a su empeño en atornillarla al tirabuzón del portalámparas.

Digitized by Google

—¡Ahora!... ¡Den al conmutador!—gritó desde lo alto de la escalera, y una luz deslumbrante que hacía mucho más profundos los espejos se lanzó a bailar sobre el parquet del gran salón.

Estaba satisfecho; ¡qué gran sarao iba a dar! ¡A ese sí que se le podría llamar *sarao*, porque sería digno de la palabra mayestática y única!

Pero pronto una ola de murmullos como esos que se levantan en los teatros para demostrar la indignación del pueblo con su rey, le hizo volver a la realidad. ¿Qué pasaba? Que toda la ciudad se había quedado a media luz por cómo había absorbido la mayor parte del voltaje aquella bomba inaudita que de pronto explotó con ruido dinamitero, rota por una de las piedras que tiraban desde la calle.

El sueño cerrado.—Cuando le fueron a llamar aquella mañana no respondió.

Hubo un momento que se creyó que había muerto; pero pronto se encontró su pulso vivo y rotundo.

—¡Don Pedro, despierte!—le gritaba la vieja sirviente.

—¡Don Pedro!—le gritaba una vecina que había sido requerida por la vieja sirviente, y que llevaba los churros del desayuno en su llavero de junco.

—¡Don Pedro!—le gritó con vozarrón descompuesto el portero, dándole los bofetoncitos que se dan al desmayado para que se reponga.

Llamaron al médico por si era la enfermedad del sueño; pero el médico aseguró que no era eso, sino un sueño profundo y normal.

Entonces se avisó a la Academia de Medicina, y, en gran consulta, hubo un doctor que dió con la razón de su sueño y la manera de despertarle.

—Está afondado en su sueño—dijo—, y, por lo tanto, sólo bajando al sótano se le podrá despertar... Hasta el sótano ha caído en su sueño afondado y pesado...

Digitized by Google

Bajaron al sótano, descorrieron los cerrojos de la última cripta y allí gritó el de la idea: «¡Don Pedro! ¡Don Pedro!», y los que arriba vigilaban el sueño del dormido se precipitaron por las escaleras abajo con la noticia de que había despertado ya.

—¡Yaaa!—gritaban.

La siesta del niño.—Quiero fijar la escena momentánea en el libro que quiere perennidad:

Es temprano. Son las tres de la tarde. El Retiro reposa paliado por los castaños de Indias, que se abanican a sí mismos con sus grandes hojas, sus hojas estilo pay-pay, hojas que se mueven con movimiento autóctono, porque no hay ningún vientecillo que venga de ningún lado, a no ser, a veces, un aura leve que envían los aeroplanos que se elevan en Cuatro Vientos...

Hay en el Retiro unas cuantas personas, los guardas con su trompeta preparada por si ven al ciervo o al jabalí y tienen que anunciar la pieza a los cazadores; los holgazanes impenitentes, que leen un periódico de hace más de quince días y cuyo texto ha iluminado la tortilla que fué envuelta en él; un cura que se aburre en casa; una señora que hace una media interminable, de esas que los clowns tardan mucho en quitarse y son como radio de toda la pista; unos niños vestidos de dril, acompañados de una doncella treintarrealera, unos niños anémicos, como con descalabraduras en las sienes y con unas ojeras color cardenal enconado, esos niños que desde muy temprano echa de su casa el papá para que le dejen en paz, niños que sienten una triste orfandad por tener que estar demasiado tiempo en el jardín obligatoriamente, abrumados por las seis horas de echados de casa que tienen que sufrir; una de esas mujeres que

Digitized by Google

esperan que pase todo el día para reintegrarse a la ciudad nocturna, mujeres desgalichadas con zapatos de tacones de madera, que suenan desdichadamente, y un paquete misterioso, como de bañistas de río, al brazo; y un ama muy lujosa, con pendientes como pensiles árabes, con collar de nueces de oro repartido en varios toisones, que acuna en el cochecito a un niño de ojeras azules y de carne transparente, bajo el resol, como nos sorprendió transparentándose nuestra mano frente a la luz de la llama de una bujía que empantallamos con nuestros dedos para evitar que el aire la pudiese apagar.

Entre esas pocas gentes que hay en esa hora temprana y recalentada del Retiro, me ha interesado, sobre todo, ese niño, que debe vivir en las lujosas casas que rodean el Retiro y que por su salud envía la madre bajo las enramadas, ya que están a un paso.

Me he sentado cerca. Dormía frente a la luz pesada que gravita hasta en los trechos de más sombra de un jardín a las tres de la tarde. Dormía opíparamente, sin que pudiera despertarle ni la abeja luminosa, que era una pinta de sol escapada a la maraña de las hojas.

Me puse a recordar ese sueño en que se baña en luz y se orea lo inconsciente, depositándose en su fondo una cantidad de substancia y de mieles, a las que después hemos recurrido muchas veces. (No es que convenga ver las cosas, sino presentirlas como magnetizado, como sepultado en su vibración.)

Es un sueño fertilísimo y esplendoroso ese de los niños que miran en sueños hacia el cielo y la luz y se sienten en la yema de la vida, en la fecunda nebulosa, de la que después nos desprendemos secos, limitados, desconfiados, escépticos. Pasan fuegos fecundos, yemas del huevo divino, nubes fogosas y tornasoladas de un ámbar puro, substancias, selenios, radiums que penetran en la mente suspensa y tierna.

Digitized by Google

Hay una embriaguez especial, suculenta, cómoda, única, en esos sueños de los niños que se duermen de cara al bochorno en los jardines o en los campos.

A sospechar de nuevo ese sueño he dedicado muchas veces mi envidia.

Locura de Navidad.—Cuento a todo el mundo, aunque no sea ocasión de ello, el caso que ví aquella Nochebuena.

Los dos marineros orientales presos en Occidente, obligados por la fatalidad a pasar la noche del Natalicio en puerto extranjero y lejano, se combinan y con el calor de los vinos en la mente se dirigen al puerto y sueltan las amarras de su barco.

¿Dónde van?

Van a su patria lejana. Quieren pasar allí la noche de Navidad, y aunque salen a las diez de la noche aspiran a llegar cuando den las doce a ese puerto que está a tantas millas de éste como millas ocupa el mar que cubre medio mundo.

La locura es frenética, pero ellos, como todo viajero que se mete en el tren o en el barco para pasar esa noche con los suyos, hacen el intento, por lo menos se ponen en camino, y la media noche sonará para ellos en la ruta de su remota casucha, en la alta mar de su nostalgia.

Los que gritan en los grandes ruidos.—Hay unos seres de instinto brutal y alma perlática que gritan aprovechándose de los momentos ruidosos. Cuando más viva es la circulación, cuando suena la campana de una iglesia, una música callejera, los automóviles que pasan, los tranvías, los vendedores de periódicos, entonces esos seres desgañitados, de alma ansiosa de gritar, lanzan sus gritos, los meten entre el ruido.

Si pudiésemos parar todos los ruídos de que se prevalen esos gritones desesperados para esconder

Digitized by Google

sus gritos, nos encontraríamos con una serie de gritos humanos desarticulados, mondos, descarados, que lanzan a veces caballeros muy serios.

Ráfaga de viento.—Aquella cortina movida por el viento del atardecer despedía al día.

Y como era primavera, los árboles de recién brotada hoja se movían con languidez de bailarina que quiere bailar la danza del vientre.

Y a los sombreros de copa de los que habían ido a las bodas y los bautizos de la primavera se les despeinaba el castor.

Observación. — Todavía no saben que no oímos mientras nos lavamos, que somos una especie de buzos sordos mientras dura el chapuceo.

El hueco del sofá.—En aquel hermoso sofá inglés el asiento era tan movible que dejaba un hueco profundo detrás de el, marchándose por allí las cosas como por un bolsillo con el forro roto.

Eran inagotables las tragaderas del opulento sofá de asiento traslaticio; pero nadie se ocupaba de ver lo que se tragaba. Una apatía especial, una repugnancia de andar en las axilas a las cosas hizo que nadie rebuscase en las faltriqueras de aquel magnífico sofá para cinco personas.

El gran sofá caminaba en el tiempo como una sección de vagón de primera, siempre esperando a los viajeros del día en un viaje de todos los días.

Hasta que un día se le ocurrió al ama de la casa registrar en la brecha profunda entre asiento y respaldo, encontrándose numerosos abanicos, bolsillos lle-

Digitized by Google

nos de cosas y dinero, mucho dinero, pues sólo en una carterita anónima había la cantidad de diez mil piastras. La apañada mujer guardó el tesoro del sofá porque nadie se acordaba ya de todos aquellos bolsillos, abanicos y cantidades que había perdido, además de que había sido el sofá el que había retenido todo aquello y sus propios dueños los que lo habían echado en el buzón. ¡Allá el profundo sofá con su conciencia!

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

BIBLIOTECA CALLEJA
PRIMERA SERIE

OBRAS PUBLICADAS

AZORÍN:
- Parlamentarismo español. . . . . 3,50 PTS.

UAN RAMÓN JIMÉNEZ:
- Diario de un poeta recién casado . . 3,50 PTS.
- Platero y yo. . . . 3,50 PTS.
- Estío. . . . . 3,50 PTS.
- Sonetos espirituales 2,— PTS.

RICARDO DE ORUETA:
- Berruguete y su obra *(166 fotografías)*. . . 10,— PTS.

G. K. CHESTERTON:
- Ortodoxia . . . . 3,50 PTS.
- Pequeña historia de Inglaterra . . . 5,— PTS.

P. SAVJ LÓPEZ:
- Cervantes . . . . 3,50 PTS.

RODRIGO ZÁRATE:
- España y América . 3,50 PTS.

J. MORENO VILLA:
- Evoluciones. . . . 4,— PTS.

ANDRENIO:
- Novelas y novelistas 4,50 PTS.

R. PÉREZ DE AYALA:
- Política y toros . . 4,50 PTS.
- Las Máscaras. I . . 4,50 PTS.
- Las Máscaras. II . . 5,— PTS.
- Prometeo. . . . . 5,— PTS.
- El sendero andante. 6,— PTS.

MANUEL BUENO:
- En el umbral de la vida . . . . . 4,— PTS.

JULIO CASARES:
- Crítica efímera. I. 4,50 PTS.
- Crítica efímera. II. 4,50 PTS.

MANUEL AZAÑ :
- Estudios de política francesa contemporánea . . . . 4,50 PTS.

JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA:
- El Poema de la Pampa. . . . . 4,— PTS.
- La intimidad literaria. . . . . 4,— PTS.

LUIS BELLO:
- Ensayos e imaginaciones sobre Madrid . . . . . 4,— PTS.

RAFAEL CALLEJA:
- Rusia, espejo saludable para uso de pobres y de ricos. 5,— PTS.

MANUEL GÁLVEZ:
- El solar de la raza . 4,50 PTS.

EUGENIO D'ORS:
- Glosas . . . . . 4,50 PTS. *(Páginas del Glosari de Xenius.)*

JOSÉ MARÍA CHACÓN:
- Ensayos críticos de literatura cubana. 6,— PTS.

J. FRANCOS RODRÍGUEZ:
- Días de la Regencia. 4,50 PTS

JOSÉ VASCONCELOS.
- Estudios indostánicos . . . . . 6,— PTS.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA:
- El alba y otras cosas. . . . . 5,— PTS.

Digitized by Google

Digitized by Google

32101 067489748

Digitized by Google